

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento Antropología, Historia y Humanidades

Convocatoria 2018-2021

Tesis para obtener el título de Doctorado en Historia de Los Andes

CORSARIOS, FORTUNA, ESPÍAS Y RESISTENCIA INDÍGENA Y AFROPERUANA: EL
FRACASO DE LA CONQUISTA NEERLANDESA DEL PERÚ (1580-1648)

Donoso Bustamante Sebastián Ignacio

Asesor: Cañizares Esguerra Jorge Antonio

Lectores: Ortiz Sotelo Jorge Alfredo Rafael, Lane Kris Eugene, Prieto Noguera María Irene

Mercedes, Cuvi José Nicolás, Bermúdez Arboleda Nancy Patricia

Quito, mayo de 2025

Dedicatoria

Dedico este trabajo a mis “piratillos”, José Ignacio y Simón, y a mi padre, el J. I., por contarme cuentos de piratas en la playa...

Epígrafe

“(…) cuando sepan en Holanda que estoy preso en la Inquisición y que me atormentaron, habiendo diecisiete años que estoy entre los españoles, y que quemaron el cuerpo del general que estaba en la isla enterrado (refiriéndose a L’ Hermite), darán al rey de España, guerra, la más cruel que nunca han dado” –Inquisición 1647.

Declaración de Adrián Rodríguez a Juan de Ortega en las mazmorras de la Inquisición.

Índice de contenido

Resumen	7
Agradecimientos	9
Introducción.....	10
Expansión colonial neerlandesa.....	22
El proyecto de conquista del Perú	34
Capítulo 1. Los neerlandeses y sus intentos de alianza con los indios	44
1.1. Descripciones de los indios magallánicos	45
1.2. Ambiguas relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos	48
1.3. La única alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos	50
1.4. Brouwer, Herckmans y el último intento alianza con los indios chilenos.....	64
Capítulo 2. Espías e informantes	77
2.1. La libre movilidad de los extranjeros en el Perú	81
2.2. El Ciervo Volador, Van Noort y primeros informantes neerlandeses en Perú.....	88
2.3. Joris Van Spilbergen.....	99
2.4. Hans Bartholomew Aventroot y la Armada de Nassau	109
Capítulo 3. La Inquisición	120
3.1. La Inquisición Limeña y Pedro de León Portocarrero, “el judío portugués”	123
3.2. Adrián Rodríguez y los “desertores” de Spilbergen ante la Inquisición	128
3.3. Descubrimiento del espionaje y procesos contra Adrián Rodríguez.....	137
3.4. Los reos de la Armada de Nassau y el epílogo de Aventroot.....	147
3.5. Alarmas múltiples, ataques al Brasil y nuevos espías	158
3.6. El acto final: La Gran Complicidad.....	161
Conclusiones	171
Referencias	186

Lista de abreviaturas y siglas

AGI: Archivo General de Indias / Sevilla

ANH: Archivo Histórico Nacional de España / Madrid

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Esta tesis se registra en el repositorio institucional en cumplimiento del artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior que regula la entrega de los trabajos de titulación en formato digital para integrarse al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador, y del artículo 166 del Reglamento General Interno de Docencia de la Sede, que reserva para FLACSO Ecuador el derecho exclusivo de publicación sobre los trabajos de titulación durante un lapso de dos (2) años posteriores a su aprobación.

Quito, mayo de 2025

Resumen

Este trabajo trata acerca del proyecto de conquista del Perú por las Provincias Unidas¹ entre 1598 y 1644 a través de seis expediciones, y cómo se conectó con el proyecto global neerlandés y su expansión en otras latitudes. Para conseguir su propósito en el Virreinato Peruano usaron dos estrategias: buscar alianzas con las poblaciones subalternas de indios y negros, y plantar espías e informantes en el Perú. Se analizan las razones por las que los extranjeros fueron capaces, en principio, de recabar la información y las varias respuestas de indios y negros a las propuestas de alianza, así como las redes de informantes que apoyaron las expediciones durante décadas. También las respuestas locales conforme se descubrieron las redes de espías. El impacto de la organización, cada vez mejor, de las expediciones gracias a la información más completa que recibían, tuvo una respuesta en la Inquisición Limeña como institución de defensa contra las invasiones más allá de su papel tradicional en la lucha contra la herejía. Los aportes historiográficos del trabajo incluyen el estudio de las características peculiares del proyecto de conquista neerlandés del Pacífico Americano frente a las regiones Atlántica y Asia, donde tuvieron éxito en arrebatar espacios coloniales a los imperios ibéricos. Además, la lectura de la expansión neerlandesa en el Perú como un proyecto de conquista y no solamente como piratería, que es la forma en que tradicionalmente se ha interpretado. El trabajo critica las interpretaciones actuales sobre los proyectos de alianza con las poblaciones subalternas en general, pero en particular con los indígenas araucanos. Con respecto al tratamiento de los extranjeros en Perú, se critica las interpretaciones de la sociedad colonial como cerrada a los del norte de Europa, en particular por miedo a la herejía en clave tridentina. El trabajo presenta evidencias de una recepción positiva y generalizada a sujetos de los Países Bajos, incluso ligados originalmente a expediciones de piratería, cuanto practicaban profesiones en demanda relacionadas al

¹ Antecesoras de los actuales Países Bajos fueron las Provincias Unidas de los Países Bajos, llamadas oficialmente República de los Siete Países Bajos Unidos (Sixirei 2019, 153) un Estado de facto conformado por las siete provincias del norte de los Países Bajos: Frisia, Groninga, Güeldres, Holanda, Overijssel, Utrecht y Zelanda, agrupadas desde 1579 en la Unión de Utrecht y oficialmente reconocido como Estado independiente en 1648 con la firma de la Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra de independencia con los Habsburgo españoles, llamada guerra de Ochenta Años (1568-1648) (Ortiz Sotelo 2008, 79). Aunque, en virtud de la Tregua de los Doce Años (1609-1621) con Felipe III, el monarca español reconoció implícitamente la existencia de las Provincias Unidas (Berrueta 2019). El origen de las Provincias Unidas radicó en los problemas políticos y religiosos bajo la dominación de los Habsburgo. Las disensiones entre católicos y calvinistas dieron lugar al establecimiento y enfrentamiento en 1579 de la Unión de Arrás, que reconocía a Felipe II como soberano, y la Unión de Utrecht, que lo rechazó y dio origen a las Provincias Unidas. Luego siguió el Acta de Abjuración que depuso a Felipe II en 1581, y finalmente la creación de la república en 1588. Por ser ese el nombre propio de los Países Bajos durante el periodo estudiado (1580-1648), en este trabajo se usará el nombre abreviado de Provincias Unidas, y neerlandeses el gentilicio para llamar a sus habitantes.

comercio, la navegación y la milicia, siempre que fueran (o se convirtieran) al catolicismo. Finalmente, la crítica a las interpretaciones de la Inquisición Peruana y los autos de fe meramente como ataques contra la herejía de mercaderes conversos por racismo. Se relee a la Inquisición del periodo como un agente geopolítico que buscó la protección del Virreinato Peruano de la amenaza de conquista por parte de agentes conversos conectados con los proyectos neerlandeses.

Agradecimientos

A mi director de tesis Dr. Jorge Cañizares-Esguerra por su acertada y exigente asesoría. A Mireya Salgado por acompañarme durante el proceso de formulación redacción del trabajo. A los lectores de la primera versión por los apropiados comentarios que han permitido pulir adecuadamente la versión final, en especial al Dr. Jorge Ortiz Sotelo.

A mi madre...

Introducción

Este trabajo trata acerca de cómo la expansión colonial neerlandesa de las dos últimas décadas del siglo XVI y primera mitad del XVII impactó en el Virreinato Peruano. La mayoría de trabajos que han tratado sobre los neerlandeses en las costas del Perú lo han hecho desde la perspectiva de que eran piratas tratando de debilitar al Imperio Español dentro del marco de la guerra de los Ochenta Años. Pirata, según el diccionario de la RAE, “es la persona que, junto con otras de igual condición se dedica al abordaje de barcos en el mar para robar” (RAE 2024). Por extensión, piratas son también los que atacan puertos con la misma intención. Este trabajo cuestiona ese supuesto, pues, si bien las expediciones neerlandesas al Pacífico Americano practicaron la piratería, su principal objetivo fue la conquista de territorios pertenecientes al Imperio Español y el establecimiento de colonias. Conquistar implica mucho más que rapiña y destrucción, pues involucra “ganar, mediante una operación de guerra, un territorio, población, posición, etc.” (RAE 2024), con la intención de quedarse. Este trabajo plantea que, en realidad, las empresas neerlandesas fueron de conquistadores y que fracasaron en ese intento, aunque, como piratas tuvieron éxito, y por eso es así como las recuerda la memoria y la historiografía.² Por lo tanto, la novedad historiográfica de este trabajo se enfoca en la lectura de la expansión neerlandesa como proyecto de conquista, más no solamente piratería. Con respecto a la perspectiva, se argumenta que las características peculiares de conquista en el Pacífico americano (no en la región atlántica y Asia donde los neerlandeses tuvieron éxito en ocupar territorios coloniales ibéricos), es mucho menos común, y novedosa para explicar los resultados de las expediciones neerlandesas al Virreinato Peruano.

Dentro del enfoque que mira a los piratas con conquistadores, destacan Benjamín Schmidt con el artículo: “Aliados exóticos: el encuentro chileno-neerlandés y la conquista (fallida) de América” (1999), y Jorge Cañizares-Esguerra que, al comentar la obra *Pirate Nests and the Rise of the British Empire, 1570-1740* de Mark Hanna (2017) argumenta que los piratas fueron una suerte de conquistadores, y los compara con los españoles de las primeras décadas del siglo XVI que, bajo las mismas lógicas de guerra, acumulación de botín, y circulación de mercancías robadas, conformaron monopolios en América sobre las cenizas de los Imperios

² La historiografía que trata las expediciones de los neerlandeses al Pacífico Americano como piratería es extensa. Para este trabajo se han revisado las siguientes obras: Andrien (2011), Armas (1997), Barros (1885), (1999), Bradley (1989, 2008, 2009), Burney (1813, 1816), Clayton (1973, 1974, 1978), Gerhard (1990), González (2013), González ([1893] 1931), Guarda (1953), Lane (1999), Lohmann (1964, 1975), Lucena (1992), Lunsford (2004), Medina ([1923] 1962), Mercado (1985), Montáñez (2014), Phelan (1967, 1995), Rosales ([1674] 1877), Zaragoza ([1883] 2005).

Inca y Azteca. Para Hanna la relación entre los piratas y el Imperio Español era mucho más compleja que la simple piratería, ya que no se trataba de depredación sino más bien de parasitismo, pues el robo de barcos y puertos españoles proveía de los recursos que circularon por las colonias británicas del Caribe y América del Norte, para crear esos mercados. Estos argumentos contemporáneos plantean que los piratas, más que romper el monopolio español, buscaron vaciarlo y reemplazarlo para crear monopolios propios a través de la colección de conocimientos, capitales y recursos locales (Hanna 2017). Este debate es válido para replantear la concepción tradicional de los piratas porque suma elementos de análisis, especialmente cómo el uso de los recursos robados a los españoles sirvió para construir los mercados coloniales ingleses. Bajo el supuesto de que los neerlandeses buscaban hacer lo mismo que los piratas del Caribe, pero en el Virreinato Peruano, esta perspectiva permite redefinir sus expediciones como de conquista y ver otros elementos (Hanna 2017; Cañizares-Esguerra 2019).

El enfoque de esta investigación es el cualitativo, basado en la recolección de datos a partir de las fuentes primarias, que son los documentos de archivo, y secundarias, que incluyen la bibliografía publicada, para luego realizar interpretaciones sobre las diferentes características, causas y relaciones de los hechos históricos analizados (Sullón-Barreto 2016, 28). El tipo de datos buscados y recopilados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (ANH) y Archivo General de Indias (AGI) son todos aquellos que, para el periodo comprendido entre los años 1598 y 1648 y en el espacio geográfico del Virreinato Peruano, se relacionan con tres variables de investigación: la relación entre los neerlandeses y las clases subalternas, incluyendo indios, mestizos, negros y mulatos libres y esclavos, los espías e informantes neerlandeses y judeoportugueses y la Inquisición Limeña, en su papel de garante de la soberanía imperial española. Por lo tanto, se trata de una investigación eminentemente histórica, entendida como “un conocimiento por huellas”, en la cual el historiador procuró la reconstrucción aproximada del pasado a través de testimonios o evidencias documentales. Según Marc Bloch (1952, 49, 54) si bien “el pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar”, el conocimiento de ese pasado, en cambio, a través de su interpretación, sí es susceptible de progreso, transformación y perfeccionamiento. Esa ha sido la tarea del historiador, centrado en reunir las fuentes documentales, interrogarlas y leerlas de la forma más objetiva posible, esforzándose “en pesar su autenticidad y su veracidad”. Y luego de cumplir con estos procedimientos: observación histórica, crítica de fuentes y análisis histórico, estará en condiciones de pensar las ideas, ha deducido consecuencias, y propuesto

los argumentos explicativos del fenómeno de estudio (Sullón-Barreto 2016, 28). En ese sentido, a través de la interpretación hipotética de las expediciones neerlandesas al Pacífico como campañas de conquista antes que piratería, en el espectro global de una pugna con los imperios español y portugués y la expansión geopolítica de las Provincias Unidas, se busca dar una nueva lectura del fenómeno y hecho histórico, distinta de los enfoques historiográficos tradicionales que lo analizan desde la perspectiva de la piratería localizada y periodizada en el Pacífico americano.

Esta investigación se adscribe a la corriente historiográfica de la historia global y conectada, con raíces en la historiografía francesa de la escuela de los Anales y que, para superar la parcialización de los estudios basados en el Estado-nación, busca historiar el fenómeno de la globalización para explicar fenómenos que rebasan las fronteras nacionales. La historia global “es más que la historia de la globalización, aunque a menudo ambas se confunden”, y esa confusión deviene de la forma como se entienda y defina la globalización (Hausberger y Pani 2018). Sigue la línea de “quienes defienden la idea de una ‘globalización temprana’, ya en el siglo XVI, entendiendo ésta, de forma más bien pragmática, como la construcción de un amplio entramado de relaciones de diversa índole, que en su conjunto cubrieron el globo, que por primera vez fue comprendido en su forma real” (Hausberger y Pani 2018). Favorece una historia centrada en relaciones, interacciones e interdependencias suprarregionales y transfronterizas, y en sus repercusiones en diversos ambientes locales y regionales, como se construyeron y desbarataron. Además, busca revelar las influencias, intercambios y flujos de bienes, personas e ideas entre regiones cercanas y distantes, en el espacio del Virreinato Peruano, entre 1598 y 1648. Los fenómenos globalizadores analizados tienen que ver con el campo de la política en lo que se refiere a la formación de imperios como el neerlandés, y sistemas de pugnas con sus competidores, España y Portugal, transformaciones de estructuras de dominación locales y regionales, como en la relación que, a raíz de la presencia de los neerlandeses en el Pacífico Americano, se produce entre los indios y las autoridades españolas, constitución de instituciones y organizaciones supranacionales o supraestatales, como la Inquisición en su papel de garante y protector de la soberanía española en el Perú frente a las invasiones neerlandesas. Este enfoque no trata al Virreinato Peruano como apéndice de la historia europea, porque aspira a construir una narrativa que, consciente de asimetrías y jerarquías de poder, visibiliza el papel de los diferentes actores, sociedades, Estados, regiones, continentes y culturas, que forjaron las conexiones estudiadas con el fin de descentrar el análisis del enfoque eurocéntrico (Hausberger y Pani 2018).

Considerando que se inscribe en el ámbito histórico-analítico de los estudios geopolíticos y del poder, en los campos de la historia global y conectada para indagar sobre el papel que juega el Pacífico Americano en el proyecto imperial neerlandés, surge la pregunta: ¿Cómo interpretar el curso neerlandés entre 1598 y 1643 en el Pacífico Americano como parte de un proceso de pugna entre imperios del siglo XVII, dentro del marco de la guerra de Ochenta Años? Desde esa perspectiva, entender los cambios y el funcionamiento en la geopolítica mundial y mirar, específicamente, lo que el Imperio Neerlandés buscó “conquistar” y qué logros, y, especialmente, fracasos tuvo su proyecto. Y, sobre todo, ¿cómo entender la derrota neerlandesa en el Pacífico considerando su éxito al establecer colonias en otras latitudes? El estudio de caso de las expediciones neerlandesas y sus acciones en el Pacífico sirve para explicar un fenómeno mayor (pero no obvio), para la historia global: el impacto de la Guerra en Perú frente a la dinámica de la construcción del periodo político y económico global conocido como la “Pax neerlandesa” entre 1580 y 1680 (Wallerstein 1984), y las razones por las que no pudo fundar colonias en esta latitud. Para ello resulta necesario romper las nociones de las historias nacionales que impuso el positivismo histórico, e ingresar a la perspectiva de la historia global y conectada, para mirar el fenómeno a través de varias perspectivas comparativas, especialmente la implantación de informantes y espías y expectativas de alianzas con poblaciones subalternas del Perú. El enfoque de la historia global y conectada permite analizar y argumentar, cómo “las clases subalternas o las sociedades extraeuropeas expuestas al colonialismo o imperialismo, con sus variadas economías, culturas y formas de organización, no fueron víctimas pasivas de fuerzas que les eran ajenas. Siempre hubo oposición al expansionismo y a la hegemonía occidental; hubo actos de resistencia, movidos por ideas propias, y hubo también instancias de alianza, cooperación y cooptación. Todo esto generó procesos que ningún poder hegemónico pudo controlar” (Hausberger y Pani 2018).

Tomando en cuenta que la visión historiográfica tradicional privilegia el mundo Atlántico, y el Pacífico quedó rezagado en la producción bibliográfica³, la entrada teórico-metodológica de la historia global y conectada, permite dar sentido y lugar histórico al Pacífico americano en la historia de la competencia global por comercio y espacios coloniales (y susceptibles de colonización) entre las Provincias Unidas y los imperios Español y Portugués, y el impacto de

³ De ahí el porqué, en lo personal, luego de haber agotado la bibliografía histórica y la literatura sobre piratas, donde la gran producción es sobre aquellos de otras latitudes, este estudio se concentra en aquello que implicó la interacción de personajes, definidos como piratas por la historiografía, con el Imperio Español en el Pacífico, y especialmente del Virreinato Peruano, y lo que hoy son las modernas repúblicas de Chile, Perú y Ecuador.

este proceso en el Virreinato Peruano. Otro aporte historiográfico de este trabajo es el tratamiento del tema de las expediciones neerlandesas al Pacífico americano, no como un problema local, sino desde la perspectiva global y conectada, en el marco amplio de la búsqueda de conquistas en Perú para la construcción del Imperio Neerlandés global, que conecte ambos extremos del Pacífico, y éste con el Atlántico. En efecto, la revisión bibliográfica evidencia que los historiadores hispanoamericanos cedieron las historias globales y holísticas a sus pares del hemisferio norte, concentrándose tradicionalmente en la epistemología de las historias locales de tema puramente nacionales. Este trabajo busca romper con esa tradición y, también, al escribir sobre el Perú, busca terminar con una suerte de sesgo epistémico nacionalista, sobre el que no vale la pena abundar, sino solo señalar que, hasta hace un par de décadas, era impensable que un historiador ecuatoriano escriba sobre hechos ocurridos principalmente en Lima y el Callao.

Este estudio implica dar voz tanto a españoles como a neerlandeses. Para los primeros, existe abundante bibliografía y documentación primaria, concretamente del ANH y AGI. En cuanto a la bibliografía que incluye recopilación, publicación y análisis de fuentes primarias sobre neerlandeses en Chile, destaca (y se ha usado ampliamente en este trabajo) la obra “Los holandeses en Chile” de José Toribio Medina (1852-1930), el historiador más destacado como recolector de fuentes primarias de la historia temprana de Chile, especialmente interesado en la literatura de viajes relativos a su país. Asimismo, para el análisis de la Inquisición Limeña, se ha utilizado la monumental obra de Medina “Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima” en dos tomos, que sigue siendo la síntesis histórica más completa de esta institución. Dar voz a los neerlandeses fue más difícil, pues la pandemia imposibilitó la movilidad y, entre otras cosas, visita física al Archivo General del Estado de los Países Bajos en La Haya, en donde reposan, además de muchos otros documentos primarios, los expedientes de la Armada de Nassau, quedando esto pendiente como un importante desafío posdoctoral. Sin embargo, para integrar la visión neerlandesa al trabajo, se utilizó bibliografía de historiadores de ese país, en donde destacan las obras de Wieder (1923), Ijzerman (1915), Villiers (1906), y las más recientes de Sluiter (1937), Barrenveld (2001) y Goslinga ([1983] 2017), complementadas con Burney (1803, 1806, 1813) y Callander (1768) que, para compilar sus colecciones de viajes, usaron los diarios neerlandeses originales de las expediciones, tradujeron las partes relevantes al inglés y las incorporaron en sus obras.

El proyecto geopolítico neerlandés de construcción imperial geopolítica se explica en el subcapítulo titulado “Expansión colonial neerlandesa”, a partir de los autores Weller (2016),

Valladares (2021), y, especialmente, el experto en la historia del Imperio Neerlandés: C. R. Boxer (1977, 1988). La expansión neerlandesa se construyó sobre la base de la pugna con Portugal, el imperio que le precedió en todas las latitudes donde pusieron sus ojos, y al cual lograron arrebatar colonias, inicialmente en el Lejano Oriente, aprovechando su crónica debilidad y manifiesto declive de fines del siglo XVI y primera mitad del XVII. El capítulo también explora lo sucedido en la competencia entre las Provincias Unidas y el Imperio Hispanoportugués también en el Índico, África y el Atlántico americano. En todas esas latitudes, los neerlandeses lograron con éxito arrebatar colonias a sus rivales, en algunos casos de forma indefinida y en otros, aunque sea temporalmente. La búsqueda de colonias en el Perú, explicada en el subcapítulo “El Proyecto de conquista del Perú”, no era un caso aislado o un apéndice en los esfuerzos geopolíticos neerlandeses de crear un imperio global como lo ha tratado la historiografía tradicional (Boxer 1977, 1988), sino parte sustancial del proyecto, para unir los dos extremos del Pacífico. Entonces, la pregunta de investigación es de carácter exploratorio. Considerando los éxitos de la expansión neerlandesa en otras latitudes, se trata de explicar ¿Por qué -dado su tamaño, recursos y óptima organización-, las expediciones neerlandesas fracasaron en sus objetivos de conquista en el Virreinato Peruano?

La investigación considera tres variables que son, en realidad, en primer lugar, las dos estrategias identificadas como clave en el proyecto neerlandés de conquista del Perú: las alianzas con las poblaciones subalternas y los informantes y espías. Y en segundo, la respuesta del Imperio Español a través de la Inquisición, vista no sólo desde la perspectiva de tribunal de la fe sino como institución protectora y garante de la soberanía española, por su rol de fiscal al investigar, juzgar y condenar a los indios rebeldes y espías confabulados con los conquistadores neerlandeses. La primera variable, que consta en el segundo capítulo titulado “Los neerlandeses y sus intentos de alianza con los indios”, fue fomentar la buena relación con los indios, especialmente con miras a la posibilidad de crear alianzas. El argumento de esta sección, en diálogo con el mencionado artículo “Aliados exóticos” (1999) de Schmidt, es que el proyecto neerlandés de conquista del Perú era imposible sin el apoyo de las poblaciones de indios, como se probó en Sri Lanka e Indonesia, donde lograron arrebatar con éxito esas colonias a Portugal gracias al respaldo de las poblaciones locales que vieron con buenos ojos las posibilidades comerciales planteadas por las Provincias Unidas, que además les permitían mantener su cultura y religión, a diferencia de los portugueses, que pretendieron cristianizarlos. Los neerlandeses vieron a los indios de la Araucanía chilena, en guerra permanente con los españoles, como unos aliados ideales, y concibieron la idea de una

confederación basada en la hermandad de causa que implicaba la lucha contra el enemigo común: el Imperio Español.

El objetivo general del capítulo es ir más allá de lo planteado por Schmidt (1999), cuyo análisis deja de lado la posibilidad de que los neerlandeses hubieran podido pactar con los indios magallánicos para poder controlar el paso entre los océanos Atlántico y Pacífico. Por lo tanto, se explora el universo amplio de las relaciones entre neerlandeses e indios de las distintas latitudes en donde se produjeron los encuentros. El argumento de esta sección, analizado en el subcapítulo “Ambiguas relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos”, es que, pese a las buenas intenciones de los neerlandeses en general para establecer relaciones cordiales y, quizás, alianzas con los indios magallánicos, las que se establecieron fueron inicialmente cordiales, pero generalmente terminaron en sangre. En efecto, un aparente trato amigable inicial por parte de los indios obedeció al incentivo del trueque por bienes europeos específicos, pero cuando los neerlandeses quisieron ir más allá, los indios los atacaron y mataron. En algunos casos, los neerlandeses se vengaron, pero en todo caso quedó sentada la idea de que eran caníbales demasiado salvajes y primitivos, comparados con las civilizaciones que los neerlandeses conocieron en el Lejano Oriente, y que no era posible establecer pactos con ellos.

El subcapítulo “Descripciones de los indios magallánicos” explora la fascinación despertada en los europeos por los indios del estrecho de Magallanes, especialmente la de Schapenham, a partir del artículo de Gallez (2007). El argumento de esta sección parte de la propuesta de Schmidt (1999) que pasa revista a la dinámica de relaciones de los neerlandeses con los indios patagónicos en busca de una alianza, sin embargo, descuida el hecho de que un pacto eventual también era posible con los indios del estrecho de Magallanes, que los españoles ya habían tratado de controlar luego de la incursión de Drake. En efecto, si los neerlandeses lograban conquistar el estrecho con apoyo de los indios hubieran puesto en jaque a los españoles. La sección explora la dinámica de las expediciones neerlandesas con los indios magallánicos y por qué no fue posible para los neerlandeses establecer relaciones perdurables con ellos, más allá de las ricas descripciones que dejaron en sus diarios, que demuestran la fascinación europea por los indios.

Luego está el análisis de toda la gama de relaciones ocurridas a lo largo de las costas chilenas continentales, las islas Mocha y Santa María, Chiloé, Valdivia, Valparaíso, las costas peruanas, notablemente Paíta, y muy especialmente la zona del Callao, Puná y Guayaquil. En todos los casos se argumenta que los neerlandeses exploraron la posibilidad de establecer

alianzas sólidas y estables, una necesidad básica para poder fundar colonias. El subcapítulo, titulado “La única alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos”, explora la alianza que, efectivamente, se produjo entre neerlandeses e indios chilenos. Analiza la captura de Chiloé por parte de Baltazar Cordes en 1600, que está ausente del artículo de Schmidt (1999), quien, erradamente, señala el año 1609 como el inicio de la búsqueda neerlandesa de una alianza con los indios del sur de Chile en guerra con los españoles. En consonancia con el artículo de Hojman (2011) y con el apoyo de las narrativas de Errázuriz (1882), Guarda (1953) y Mercado (1985), se argumenta que, aunque fue efímera y de poca consecuencia para los neerlandeses, la alianza lograda por Cordes tuvo impacto en la dinámica entre indios y españoles, que desarrollaron las categorías diferenciadoras de indios “de guerra” y “de paz”, y, a partir de entonces afianzaron una relación basada en el poder duro y el blando, es decir el castigo, premio y chantaje, de lado y lado, que permitió a los indios una situación favorable, pues, finalmente, significó su autonomía en la región al sur del río Biobío, por los próximos doscientos años. Por lo tanto, la novedad historiográfica del trabajo se centra en las varias respuestas indígenas a los proyectos neerlandeses de alianza, y, especialmente, en las críticas a otras interpretaciones actuales sobre el proyecto de alianza neerlandés con indígena en general, pero en particular con indígenas araucanos.

El argumento del último subcapítulo de esta sección, titulado “Brouwer, Herckmans y el último intento alianza con los indios chilenos”, es que se produjo una segunda y también efímera alianza entre neerlandeses e indios chilenos hacia el final del período, en 1643, demostrando que los éxitos en ese proyecto de alianza fueron con la primera expedición que logró capturar Chiloé, y la última, que tomó Valdivia. La segunda (y última) alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos fue la de la expedición de Brouwer y Herckmans que, a pesar de los grandes recursos y expectativas, pero sobre todo de las promesas y la propaganda para tratar de mostrarse como aliados confiables para los indios, siempre resultaron demasiado parecidos a los españoles, y, por lo tanto, indignos de confianza. Al final, los españoles recapturaron Valdivia y la repoblaron para evitar que otros europeos se apropiaran del estratégico puerto. La sección analiza el discurso y la dinámica de los españoles en torno a los dos tipos de indios que quedaron establecidos en la historiografía por el prolongado conflicto del sur de Chile entre los “indios de paz” y los “indios de guerra”.

La segunda variable, explorada en el tercer capítulo titulado “Espías e informantes”, fue enviar informantes al Perú que regresen a las Provincias Unidas con información necesaria para organizar las expediciones de conquista y, mejor aún, colocar espías en el Callao y Lima

para establecer una correspondencia fluida con información actual acerca de los territorios cuya conquista se pretendía. El objetivo general a este respecto es aportar a llenar en alguna medida el vacío historiográfico señalado por Montáñez-Sanabria en su tesis doctoral de 2014, en el sentido de que faltan estudios históricos con respecto a los espías en el Perú hispánico. Además, busca conectar y comparar los discursos de los espías, según aparecen en las declaraciones tomadas durante sus procesos inquisitoriales, con los hechos en el Perú, especialmente de ataques de Spilbergen y la Armada de Nassau.

El subcapítulo “La libre movilidad de los extranjeros en el Perú” explora las posibilidades y estrategias de asimilación tuvieron en la sociedad para explicar la facilidad con la que los informantes y espías neerlandeses pudieron establecerse y moverse libremente por el Perú. Coincide con la tesis de Bradley (2001), que presenta al Perú y su relación con los extranjeros como una realidad que se descubre al mundo europeo: las descripciones de los viajeros -y de algunos marineros-, que relataban las bondades del medio, especialmente en términos económicos, que habrían llevado a muchos europeos no españoles -y a otros extranjeros-, a querer participar del prometedor comercio, y a radicarse (probablemente con buenas intenciones), en territorio peruano (Sullón-Barreto 2016, 6-7). Esta realidad sugiere que el Perú virreinal se hallaba integrado, por medio del comercio, en un complejo y distante mundo interconectado que se globalizaba, donde el Perú, desde el principio de su existencia, manifestó “rasgos cosmopolitas” (Bradley 2001). Y el argumento de Tamar Herzog (2006), en el sentido de que el proceso de integración atendía básicamente a dos criterios: el primero referido a lo religioso, es decir, “que a partir del siglo XVI los que quisieran instalarse en los dominios de España tenían que ser católicos”. El segundo, relacionado con la intencionalidad -o buena voluntad-, de la comunidad de acogida, pero también del sujeto inmigrante. Y contrasta con la historiografía tradicional que explica la construcción de la imagen de los extranjeros desde la mentalidad cultural, política y religiosa de las autoridades castellanas, donde la Corona estaba llamada a defender la unidad de la fe cristiana frente al “otro” (Armas 1997; Flores 2005). Flores plantea, en cambio, que, para determinar las actitudes de los peruanos y el gobierno virreinal frente a las incursiones enemigas, existió una asociación entre piratas y extranjeros como enemigos de la monarquía, pero este enfoque cae en el error de la generalización, porque, si bien los piratas procedían de naciones extranjeras, no todos los extranjeros eran piratas (Flores 2005; Sullón-Barreto 2016, 9). En este sentido, el trabajo aporta con críticas a las interpretaciones de la sociedad colonial como cerrada a los extranjeros del norte de Europa, en particular por miedo a la herejía en clave tridentina. La

evidencia señala una recepción positiva y generalizada a sujetos de las Provincias Unidas, incluso cuando originalmente estaban ligados a expediciones de piratería.

La hipótesis sobre el origen de los espías neerlandeses en Perú, que consta en el subcapítulo “El Ciervo Volador, Van Noort y primeros informantes neerlandeses en Perú”, es que, a partir de un hecho fortuito, que fue el naufragio del Ciervo Volador, cuyos sobrevivientes pudieron asimilarse temporalmente con éxito al colectivo social peruano como marineros, carpinteros y soldados para luego volver a su patria, las Provincias Unidas obtuvieron la información necesaria para organizar expediciones letales como las de Spilbergen y la Armada de Nassau, que constan en los subcapítulos “Joris Van Spilbergen” y “Hans Bartholomew Aventroot y la Armada de Nassau”. Simultáneamente, la expedición de Van Noort dejó otro espía en Arica, que consta en el subcapítulo. El argumento del primero es que Spilbergen y su flota llegaron al Perú mucho mejor preparados que los antecesores y, por eso, sus logros fueron más notables. Sus éxitos se debieron a que aprovecharon bien la experiencia adquirida de las expediciones anteriores, pero también, probablemente, a que tenían mucho mejor información gracias a los espías e informantes. Spilbergen, además de circunnavegar el mundo, es importante en la historia global de la expansión neerlandesa por haber conectado dos espacios a los extremos del Pacífico: Chile y Filipinas, por medio de la guerra, en la cual retó el predominio político y monopolio comercial español en lo que consideraba su *mare clausum*. En efecto, batalló a las armadas del Mar del Sur y Filipinas en un lapso de dos años, derrotando a la primera y siendo vencido por la segunda, pero estableciendo un empate técnico entre las Provincias Unidas y España en el Lejano Oriente que se prolongó por siglos, pues España nunca logró expulsar a los neerlandeses de Indonesia, pero estos tampoco pudieron sacar a los españoles de Filipinas.

El argumento del segundo es que se identificó dos tipos de espías e informantes: los migrantes neerlandeses con profesiones requeridas en el Perú, como la milicia y la navegación (Bradley 2001), o comerciantes (Cioranescu 1974, Weststeijn 2019). Con respecto a Hans B.

Aventroot, especialmente desde sus facetas de profeta milenarista e incipiente capitalista, destacan sus biógrafos Cioranescu (1974) y Weststeijn (2019), y Schmidt (1999) en la parte de panfletista que buscaba una alianza con las poblaciones subalternas del Perú para lograr la conquista y adhesión del Virreinato a la causa geopolítica neerlandesa. El subcapítulo se concentra especialmente en analizar e interpretar el papel de Aventroot y sus aportes como espía e informante de la Armada de Nassau y, posiblemente, de la de Spilbergen. En lo que se refiere a la Armada de Nassau, en este capítulo se destaca la innovación discursiva

neerlandesa de buscar, además de la alianza con los indios, una con los negros y mulatos, libres y esclavos, de Lima que, en la expectativa neerlandesa, se sublevarían masivamente contra la tiranía española con la sola aparición de la Armada de Nassau en el horizonte, y se analiza las hipótesis de porqué esto no sucedió.

En cuando al capítulo 4, titulado “La Inquisición”, analiza la tercera variable del trabajo, que es la Inquisición, tratada en el cuarto capítulo bajo la hipótesis de que fue la institución que escenificó la respuesta del Imperio Español a 45 años de ataques neerlandeses al Perú. El argumento de esta sección es que al acto o respuesta final del Imperio Español a cuatro décadas de expediciones de conquista neerlandesas al Virreinato Peruano fue el proceso conocido en la historiografía como Gran Complicidad, que se ha tratado tradicionalmente como parte de la pugna entre católicos y criptojudíos, pero que en realidad tuvo un trasfondo importante en la guerra, traducido en la idea de que los judaizantes del Perú eran cómplices de los neerlandeses en las tentativas de conquista. Esto se ilustra con varios ejemplos tomados del proceso.

El subcapítulo “La Inquisición Limeña y Pedro de León Portocarrero, ‘el judío portugués’” analiza el caso de dos célebres espías: Aventroot y Pedro de León Portocarrero, y argumenta que viajaron al Perú y lo recorrieron como comerciantes recopilando la información necesaria para futuras expediciones. León Portocarrero, biografiado por Carcelén (2009) y Montáñez (2014), se circunscribe a la segunda categoría de espías, la de los comerciantes criptojudíos portugueses vinculados con las Provincias Unidas, y el papel de la Inquisición para investigarlos, juzgarlos y castigarlos. El argumento de esta sección es que otra fuente de información de las Provincias Unidas para las expediciones de conquista del Perú fueron los judíos portugueses establecidos en Perú en comunidades dedicadas al comercio, que correspondían con sus amigos y familiares de las Provincias Unidas. Para explicar este fenómeno, se pasa revista a la historia de la expulsión de España y Portugal y la diáspora sefardita que permitió la formación de colonias judías en el norte de Europa, especialmente las Provincias Unidas, con ramificaciones en América. La Inquisición, instaurada como tribunal de la fe, con el tiempo también persiguió a los judaizantes por espionaje. Como ejemplo de esto, se analizan algunos casos en los autos del tribunal limeño, y muy particularmente el del espía Pedro de León Portocarrero, llamado “el judío portugués”, que viajó extensamente por Perú recopilando información, y de vuelta en Europa publicó un libro muy útil para los propósitos de la Armada de Nassau.

El subcapítulo “Adrián Rodríguez y los ‘desertores’ de Spilbergen ante la Inquisición” argumenta que, de todos los soplones, el más notable fue Adrián Rodríguez, que volvió al Callao en calidad de espía hasta 1625, cuya biografía se rescata para la posteridad en éste y el subcapítulo “Descubrimiento del espionaje y procesos contra Adrián Rodríguez”. El argumento de esta sección gira en torno a cuatro casos inquisitoriales: el de Adrián Rodríguez, dos alemanes y un francés que abandonaron la flota de Spilbergen en costas peruanas. Rodríguez ha pasado a la historia como el más conocido de los espías de las Provincias Unidas que, si bien llegó casualmente como náufrago en 1600, volvió convertido en espía con sueldo trece años después, y operó sin ser descubierto hasta ser delatado por los desertores de la Armada de Nassau en 1624. Increíblemente, pudo enviar información impunemente en las propias flotas de galeones sin ser detectado, demostrando la ineficiencia o ingenuidad de las autoridades españolas. Los otros dos casos demuestran un cambio de actitud de las autoridades hacia los extranjeros, a raíz de la traición de los náufragos del Ciervo Volador que luego de su liberación volvieron a su patria y entregaron toda la información necesaria para los armadores de empresas conquistadoras. Frente a esta realidad, el Santo Oficio, más allá de su papel tradicional como tribunal de la fe, asumió el rol de garante de la soberanía española en el Perú y, esta vez, no fue tan amable con los desertores de la armada de Spilbergen, procesados como espías, y remitidos a Europa en calidad de prisioneros de guerra. Tanto la captura de Carsten Carstens como las deserciones de varios corsarios permitieron al virrey conocer el lamentable estado de la Armada de Nassau, ganar tiempo y preparar una defensa más efectiva, además de evidenciar y dismantelar la trama de espías de las Provincias Unidas en el Callao. Luego analiza los procesos, tanto criminal como inquisitorial, del más conocido de los espías: Adrián Rodríguez, y, especialmente sus revelaciones al previamente sobornado compañero de celda Juan de Ortega, lo que permite tener una mirada novedosa sobre la Armada de Nassau desde la perspectiva del espía, cuya pena de muerte fue, increíblemente, conmutada por los inquisidores en 1625.

El subcapítulo “Los reos de la Armada de Nassau y el epílogo de Aventroot” rastrea el destino de los prisioneros y desertores de la Armada de Nassau, particularmente de Pieter Jan y otros tres capturados en Guayaquil, y su proceso ante la Inquisición, que permite mirar el debate entre los inquisidores sobre si los reos debían procesarse ante el Santo Oficio como herejes o la justicia común. Finalmente, se argumenta que fueron tratados como prisioneros de guerra y, luego de breves procesos, liberados por una cédula de 1630 para que hicieran de sus vidas lo que quisieran. También explora el epílogo de Aventroot, sus últimos y fallidos planes por

conquistar el Perú espiritual y materialmente, su último proceso inquisitorial y su muerte en la hoguera en Toledo en 1632.

El subcapítulo “Alarmas múltiples, ataques al Brasil y nuevos espías”, en donde consta el espía llamado Plemón (Suardo 1936), argumenta que las alarmas y miedo en Perú continuaron desde 1624 hasta 1635, especialmente porque los éxitos de los neerlandeses en sus conquistas del Brasil se percibían como amenaza para la soberanía española en Perú. En medio de esa tensión, las ahora muy vigilantes autoridades peruanas descubrieron que la trama de espionaje no terminó con el proceso de Adrián Rodríguez, sino que continuaba, y el jefe de los espías de entonces, Plemón, fue capturado con unos planes muy concretos para conquistar el Callao y Lima, procesado y expulsado del Virreinato.

Finalmente, el subcapítulo titulado “El acto final: La Gran Complicidad”, construido tomando como base las narrativas históricas de Medina (1923; 1952), Barros (1885) y Rosales (1674/1877), y en diálogo con Lewin (1950), Báez-Camargo (1960), Böhm (1984), Rivanera (1994), Escobar (2002), Schaposchnik (2015) y Torre (2014) para indagar la hipótesis de que la Inquisición Limeña fue, además de un tribunal de la fe, la institución capital para defender y garantizar la soberanía española en el Perú frente a los intentos de conquista neerlandeses, al perseguir, investigar y juzgar delitos políticos relacionados con espionaje y traición.

La novedad historiográfica se relaciona con la crítica a interpretaciones de la Inquisición peruana y los autos de fe como ataques a herejías y mercaderes conversos por racismo. En efecto, en la parte final del trabajo se relea la Inquisición de este periodo como un agente geopolítico que buscó la protección del Pacífico de conquistas potenciales por parte de agentes conversos conectados a proyectos neerlandeses en ese sentido. Además, con el estudio de las redes de informantes que apoyan las expediciones de conquista a lo largo de las décadas, las respuestas locales conforme se descubrían las redes de espías y las razones por las que extranjeros fueron capaces, en principio, de recobrar información. Y, finalmente, el impacto que la reorganización de expediciones con cada vez mejor información tuvo en la constitución de la inquisición en el Perú como proyecto de defensa contra la invasión y no sólo contra la herejía.

Expansión colonial neerlandesa

A partir de los viajes de Vasco da Gama a la India (1497-1524), Lisboa monopolizaba el comercio de especias con el Lejano Oriente. Los neerlandeses, mercaderes y marinos por naturaleza, participaban del lucrativo negocio comprando las especias de los barcos que

llegaban cargados a los puertos portugueses y las distribuían por el Atlántico europeo. También comerciaban con puertos españoles por los productos venidos de las Indias Occidentales (América). Pero su rebeldía en contra de la monarquía española coartó el negocio. En efecto, Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558) fue monarca de las Provincias Unidas por herencia paterna, y esos derechos pasaron a su hijo Felipe II (1527-1598). Sin embargo, desde 1566 y hasta 1648, los neerlandeses, alimentados por diferencias especialmente culturales y religiosas, pero también políticas, sostuvieron una intermitente, pero cruenta guerra de independencia contra el Imperio Español.

Esa conflagración -conocida como la guerra de Ochenta Años-, un conflicto tan largo como globalizado, resultó paralelo al proyecto autónomo neerlandés de crear su propio imperio transoceánico, semejante a los reinos rivales España y al Portugal. El 15 de abril de 1580 las Cortes de Tomar proclamaron a Felipe II como rey de Portugal, que, como respuesta a la revuelta neerlandesa, en 1586 y 1587 decretó embargos para impedir que los neerlandeses adquieran las especias orientales en Lisboa. Así, el monarca español agregó dos elementos a la contienda: convirtió a Portugal en enemigo y objetivo militar de las Provincias Unidas, e hizo de la guerra comercial un componente del esfuerzo bélico hispanoportugués.

Cuando las provincias septentrionales de los Países Bajos se rebelaron contra la Monarquía Hispánica, los consejeros de Felipe II no tardaron en ver que España sólo ganaría la guerra si cortaba su nervio vital: el comercio marítimo, que era la base de su poder económico y superioridad naval. Un instrumento eficaz para lograrlo (al menos a corto plazo), eran los llamados embargos generales con la doble finalidad de suprimir el comercio ilícito con los rebeldes neerlandeses y confiscar la mayor cantidad posible de navíos para aumentar su propia marina de guerra (Weller 2016).

La drástica eliminación del comercio con las Provincias Unidas tenía también un componente religioso, pues buscaba evitar que ideas protestantes contaminen los puertos hispanoportugueses (Weller 2016). Pero los neerlandeses hallaron formas de burlar los embargos, como comerciar con bandera neutral de la Liga Hanseática en puertos alemanes controlados por los Habsburgo, aunque los niveles de intercambio resultaron insuficientes. Por lo tanto, concibieron viajar a la fuente de las especias y establecer rutas y factorías propias donde abastecerse. Ello implicaba retar el monopolio hispanoportugués en el Lejano Oriente. La estrategia tuvo éxito, y resultó en la creación de un imperio ultramarino y la época del Siglo de Oro Neerlandés, desde 1580 a 1680, primer momento histórico de incipiente hegemonía capitalista global llamada Pax neerlandesa (Wallerstein 1984). Así, las

limitaciones comerciales producidas por la guerra desencadenaron el ciclo neerlandés de exploración naval en busca de instaurar rutas comerciales y factorías propias, y, finalmente, su propio imperio ultramarino. Establecieron las primeras empresas privadas de exploración y comercio con autorización oficial llamadas “voorcompagnies” o pre-compañías privadas de comercio, que tuvieron entre sus pioneros a “los zelandeses (que) practicaban un comercio más restringido y conectado con el Atlántico, donde aspiraban a dominar y a reducir, a cualquier coste, la presencia luso-española” (Valladares 2021). Para evitar confrontar directamente con los portugueses que controlaban la ruta bordeando el África, entre 1594 y 1596 los neerlandeses intentaron vanamente hallar el mítico paso del Nordeste, que supuestamente conectaba el Mar del Norte con China. La cadena de fracasos tuvo un éxito notable al mejorar el conocimiento geográfico de la región ártica y demostrar definitivamente la inexistencia del paso. La única alternativa era retar a los portugueses en su derrotero tradicional, y las flotas se aventuraron hacia el Índico doblando el cabo de Buena Esperanza. La primera expedición de 1595 supuso un fracaso comercial, pero sentó las bases de la colonización de Indonesia. Además, en el trayecto (siguiendo el ejemplo de portugueses, franceses e ingleses) entraron al lucrativo negocio de esclavos, estableciendo fortalezas en la costa del África Occidental, llamada Costa de Esclavos Neerlandesa y ubicada en los actuales Estados de Ghana, Togo, Benín, Nigeria y, especialmente, Angola, arrebatada a los portugueses, donde para 1660 estaban firmemente asentados.

Las autoridades y gremios de comercio neerlandeses sabían que los asaltos de Francis Drake al Caribe en 1585 produjeron ganancias de unos dos millones de florines (Goslinga [1983] 2017, 529, n. 30). Además, estaban a la vista los éxitos, tanto en el comercio como en el corso y la piratería, de Hawkins, Raleigh y el conde de Cumberland. Siguiendo su ejemplo, los mercaderes de Zelanda crearon las compañías privadas y fueron pioneros en la apertura del comercio entre las Provincias Unidas y los territorios españoles del Caribe. Siguieron comerciantes de otras ciudades, notablemente Pieter Van Der Haghen, importante hombre de negocios (especialmente del comercio textil), nacido en Amberes por 1564 y comerciante en Ámsterdam y Rotterdam⁴ (Barrenveld 2001, 23; Goslinga [1983] 2017, 32).

⁴ A fines de 1596 Haghen planificó una expedición a las Indias Occidentales de cuatro barcos con rumbo a Santo Domingo, Puerto Rico y otras partes del Caribe, y reclutó tripulantes españoles y portugueses. Regresaron cargados de riquezas, demostrando las buenas posibilidades de comerciar con los hispanoamericanos (Goslinga [1983] 2017, 54-55). Con esos antecedentes, en 1597 llegaron al gobierno decenas de solicitudes de mercaderes de todas las Provincias Unidas, por permisos para comerciar con África, Asia y América. Ese fue el preludio del impulso neerlandés para la conquista comercial del mundo, que comenzó en 1598 y se intensificó en los siguientes años (Goslinga [1983] 2017, 529, n. 30).

Con estos antecedentes, la épica aventura de conquista y colonización del Pacífico americano, que terminó ignominiosamente en 1643, comenzó de forma auspiciosa casi medio siglo antes, en 1598, con la fundación de la “compañía de Magallanes o de Rotterdam”, una de las muchas que operaron, entre 1594 y 1602, financiadas por mercaderes del norte y ricos inmigrantes del sur de las Provincias Unidas. Hagen era su promotor, y el principal financista Johan Van Der Veken, comerciante y el banquero más rico de Rotterdam. Otros administradores eran los mercaderes Jacob (Jacques) Mahu “un comerciante experimentado y profesional” nacido en 1564, de familia prominente de los Países Bajos del sur y su hermano, y Simón de Cordes nacido en Amberes alrededor de 1559 (de probable origen judío portugués), que comerció con Brasil en 1593. El primero y el tercero fueron almirante y vicealmirante de la flota que se organizó. Entre los accionistas figuró Jacques L’ Hermite de Amberes, que aportó 2.500 florines y era padre del futuro almirante del mismo nombre, comandante de la Armada que bloqueó el Callao en 1624 (Barrenveld 2001, 23-25, 33). Para entonces Haghen, en asociación con otros empresarios, ya comerciaba en la costa africana, Brasil, isla Española y Puerto Rico (Goslinga [1983] 2017, 32). Faltaba establecer relaciones comerciales con Perú, y organizó esta expedición privada para abrir la ruta desde Europa por el lado occidental (es decir el extremo austral de Sudamérica), a las Indias Orientales, donde los neerlandeses ya poseían colonias. Pusieron sus ojos en Chile, identificado como un reino rico en recursos, pero sin una potencia europea capaz de explotarlos, para fundar una colonia que permita establecer un puerto en el extremo americano del circuito comercial transpacífico, similar a la ruta española de galeones que unía Manila y Acapulco desde 1565. El incentivo derivó del regreso exitoso, en 1596, de la expedición de Cornelis de Houtman desde Indonesia cargado de especias, que supuso el inicio de la conquista del archipiélago por las Provincias Unidas, y los planes del viaje comenzaron poco después (Barrenveld 2001, 23). Sabiendo que comerciar en territorios de jurisdicción española les estaba prohibido, quisieron probar cuan observantes de la ley eran los súbditos españoles en sus provincias ultramarinas. Por lo tanto, investigarían el potencial para comerciar a lo largo de las costas chilenas y peruanas, e intentarían generar una relación más o menos estable.⁵ Y, de no ser posible, recuperarían los costos y obtendrían ganancias gracias a la piratería. Además de las mercaderías que intentarían vender, retar la hegemonía española en el Pacífico, su “mare clausum”, requería de nutrido armamento para “cualquier acción ofensiva o defensiva que pudiera volverse

⁵ Hay evidencias de que, en más de una ocasión, el intercambio se dio en calidad de contrabando, lo que supuso riesgo de graves consecuencias para los españoles que lo practicaron en Chile y Perú (Bradley 2008).

inevitable o simplemente deseable” (Bradley 1989, 13). Luego enrumbarían a sus factorías asiáticas, donde dispondrían de los productos que no vendieron en Perú y comprarían las tan cotizadas especias, para volver a Europa por cabo de Buena Esperanza. En definitiva, la misión de la compañía era “enviar una expedición exploratoria y corsaria a través del estrecho de Magallanes para atacar la costa española del Pacífico y el archipiélago malayo, en imitación de los viajes previos de Drake y Cavendish” (Goslinga [1983] 2017, 51).

La primera expedición neerlandesa al Pacífico americano contó con cinco navíos, uno grande y cuatro más pequeños, y se aseguró los servicios de marinos experimentados, como un piloto portugués bordo de la Caridad. A la cabeza iba Jacob Mahu como capitán del Hoop (Esperanza) de quinientas o seiscientas toneladas (Barrenveld 2001, 24, 33). Segundo al mando era Simón Cordes como capitán del Liefde (Amor o Caridad) de trescientas toneladas⁶ (Barrenveld 2001, 24). Los otros tres eran el Geloof (Fe) de 320 toneladas, al mando de Gerrit van Beuningen (Emden ca. 1565-1599), el Trouwe (Fidelidad), de 220 toneladas, capitaneado por Jurien van Bockholt (Dordrecht 1559-6/04/1599), y el yate⁷ Blijde Boedschap (Buena Nueva del Evangelio),⁸ mejor conocido como Ciervo Volador, de 150 toneladas, al mando de Sebald de Weert (Amberes, 2 de mayo de 1567 – 30 de mayo o junio de 1603). La tripulación sumaba unos quinientos hombres y el armamento entre 104 y 106 cañones (Bradley 1989, 13). A bordo de la Caridad iba Dirck Gerritsz Pomp, reclutado para negociar el comercio con Japón y China, pues fue el primer neerlandés que visitó esos imperios a bordo de mercantes portugueses en la década de 1580.⁹ Y seis pilotos ingleses, como el primer oficial William

⁶ Antes del viaje este barco se llamaba Erasmo y llevaba un mascarón con la figura del filósofo.

⁷ Yate, del neerlandés “jacht”, era una embarcación de tres palos parecido a la flauta, pero más pequeño. Consta como filibote en los reportes españoles: “Testimonio de unas declaraciones de ciertos holandeses”, “Declaración que hizo en la ciudad de Santiago del Reino de Chile (...) Rodrigo Giraldo, capitán del filibote flamenco” (Medina 1923). Flauta. Embarcación latina de unas 100 toneladas. Flyboat (Filibote). En el pasado, se denominaba así un tipo de barco holandés, de fondos planos y unas quinientas toneladas de carga, dedicado al tráfico de cabotaje (Amich [1956] 1991, 207, 210).

⁸ Previo a la expedición, el yate se llamaba Vliegend Hart (Corazón Volador). En las declaraciones de sus hombres en Perú y Chile consta como “Ciervo Volador”, “Ciervo que Vuela”, “Ciervo Bermejo” o simplemente “Ciervo” (Medina 1923, 310-311; Bradley 1989, 13).

⁹ Dirck Gerritsz nació en Encusa (Frisia Occidental) por 1544, y hablaba muy bien portugués y castellano, pues vivió desde los once años en Lisboa con sus hermanas, casadas con mercaderes flamencos, y fue por cinco años a la escuela. Gracias a esos conocimientos, pudo ser escribano y traductor de varios viajes comerciales en urcas flamencas. En 1568 viajó a la India portuguesa en el Santa Clara (de la Armada que llevaba al virrey), y se estableció en Goa, donde vivió por veintitrés años. Durante ese período realizó un viaje comercial a la China y dos al Japón, como artillero, a bordo de mercantes portugueses. Posiblemente llegó al Japón en el Santa Cruz, que ancló ahí por segunda vez el 31 de julio de 1585. En 1589 regresó a Lisboa, donde estuvo seis meses (Medina 1923, 339-340) y, en abril de 1590, volvió a Encusa, donde gozó de cierta fama como el primer neerlandés que visitó Japón, ganándose el apodo de “Dirck Gerritsz China”. Hombre inteligente y medianamente instruido, consta entre los primeros neerlandeses que publicaron sus viajes, populares por la buena calidad de lo escrito en una época donde se apreciaban los relatos de viajes. Sus escritos y entrevistas sirvieron para otras narrativas como el primer manual de marinería publicado en la historia: el “Tesoro del Marino” de 1592, de

Adams, a bordo de la Esperanza Timothy Shotten, que circunnavegó el mundo con Thomas Cavendish entre 1586 y 1588, y otro que posiblemente lo hizo con Drake entre 1577 y 1580. Además, Thomas Spring, muerto en el Atlántico, y Thomas Adams (hermano de William) abatido en escaramuzas con los indios del sur de Chile (Bradley 1989, 13; 202 n. 10; Bradley 2008, 10). En el marco de la guerra, la flota zarpó de Goree (cerca de Rotterdam), el 27 de junio de 1598, y los resultados de la expedición fueron variados, pues, por azares del destino, cada barco terminó actuando de forma independiente y con distinta suerte.

Mahu falleció de fiebre en el Atlántico el 23 de septiembre de 1598. Simón Cordes ascendió a almirante y Beuningen, convertido en vicealmirante, tomó el mando de la Esperanza, mientras que Weert se convirtió en capitán de la Fe. Luego del típico y azaroso cruce del Atlántico, la flota llegó al estrecho de Magallanes y, para el 3 de septiembre de 1599, una tormenta los separó primero en dos y luego tres grupos, antes de alcanzar el Pacífico. Dados los rigores del invierno del extremo sur de América, unos 120 corsarios murieron de escorbuto, hambre y frío, reduciendo en un cuarto la dotación original. Entre ellos figura Bockholt, que falleció en la Patagonia el 6 de abril de 1599, y fue sucedido al frente de la Fidelidad por Baltazar de Cordes, hermano de Simón. Weert no logró pasar de Magallanes y, con dotación diezmada y al borde del motín, volvió a las Provincias Unidas. Simón Cordes (al mando de la Caridad), y Beuningen fracasaron rotundamente en sus intentos por establecer relaciones con los indios, fundar colonias y comerciar con españoles. Es más, Simón Cordes y Beuningen fueron asesinados por indios y reemplazados, respectivamente, por Jacob Jansz Quaeckernaek (Rotterdam ca. 1543 – 21/09/1606) y Jacob Huydecoper. Con las tripulaciones disminuidas y faltos de provisiones, por consejo de Dirck Gerritsz, Quaeckernaek y Huydecoper concluyeron que era menos arriesgado y más provechoso cruzar el Pacífico y vender sus mercancías en Japón. Esperanza y Caridad navegaron juntas hasta Hawái, donde desembarcaron siete hombres de la primera, se casaron y establecieron con mujeres locales. A poco de pasar Hawái, sobrevino una tormenta y la Esperanza se perdió para siempre. Mientras que el 19 de abril de 1600 la Caridad llegó a Usaki en las islas Kyushu de la provincia de Bungo (Japón). Los hombres estaban tan débiles que solo seis de veinticuatro podían caminar. Entre ellos iba William Adams, primer inglés que visitó y, de hecho, vivió y murió en Japón como un importante y adinerado armador de barcos, profesor de matemáticas y comerciante.

Lucas J. Wagenaer e “Itinerario” de 1596 por Jan Huygen van Linschoten (Barrenveld 2001, 22; Goslinga [1983] 2017, 28). Luego hizo otros tres viajes a Lisboa, uno como mercader a Porto en 1595, y otros dos a Alemania antes de embarcarse al Perú en 1598 (Medina 1923, 339-340).

Llegó a ser amigo y asesor personal del shogun Tokugawa Ieiasu, gracias a lo cual consiguió la libertad del resto de tripulantes (a quienes los misioneros portugueses declararon piratas), y con el tiempo logró arrebatar el monopolio a Portugal, estableciendo con éxito el comercio entre las Provincias Unidas y el Imperio del Sol Naciente. Su vida inspiró la novela “Shogun” de James Clavell (Bradley 2008, 16; Clulow 2014).

La historia de Baltazar Cordes, al mando de la Fidelidad, consta en un posterior apartado porque fue uno de los dos neerlandeses que lograron establecer alianzas con los indios y colonias efímeras en el Sur de Chile. Finalmente, la de Dirck Gerritsz al mando del Ciervo Volador también consta en su propio apartado porque, aunque fue el único barco neerlandés de la historia en rendirse y entregarse a los españoles en el Pacífico americano, pudo llevar a cabo la segunda estrategia concebida para minar el poder español en Perú: poner informantes a recopilar información necesaria para organizar futuras expediciones de conquista.

Para 1600, con el envío de quince flotas que sumaban 65 embarcaciones, gracias a una combinación de política comercial agresiva, pericial naval y armamento superior, las Provincias Unidas rompieron el monopolio portugués de las especias en su lugar de su origen. Además de que la competencia entre las muchas “voorcompagnies” promovía el caos, exceso de burocracia y poca eficiencia para el comercio en general, el éxito de la ventura comercial en el Lejano Oriente permitió acumular suficiente capital para establecer, el 20 de marzo de 1602, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC por sus siglas en holandés)¹⁰ constituida sobre la base compartida de capitales estatales y privados, y veintiún años de exclusividad para colonizar y comerciar con Asia, concedidos por el gobierno de las Provincias Unidas, lo que suponía “el monopolio del comercio con todas las tierras situadas al este del cabo de Buena Esperanza”, con enormes poderes comerciales, militares (como la autoridad para declarar la guerra y firmar la paz) y políticos (como la potestad para concertar alianzas), “...aunque bajo la supervisión de los Estados Generales que, además, se reservaban el derecho de revisar (esto es, limitar o revocar) esta cláusula” (Valladares 2021). Su capital corporativo se dividía en acciones establecidas en la Bolsa de Ámsterdam, una de las más antiguas de Europa, “por lo que tenía la ventaja de tener un capital constante, por lo que algunos expertos ya la consideran como un antecedente del sistema de organización empresarial capitalista” (Valladares 2021). Llegó a tener 80.000 empleados entre civiles, que

¹⁰ Tanto ingleses como franceses coincidieron en la creación de similares compañías, aunque ninguna tan exitosa como la VOC. En 1600 se creó en Londres la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que existió hasta 1858. Francia constituyó su compañía más tardíamente, en 1664 (Valladares 2021).

sumaban el 62.5 por ciento, marinos (el veinticinco por ciento) y militares (el 12.5 por ciento). Es notable que “en todo momento se recordaba que el objetivo primordial de la compañía consistiría en favorecer el comercio de los súbditos de la República y en hacer la guerra a los hispanoportugueses” (Valladares 2021). En este contexto, a través de relaciones familiares con sefarditas establecidos en las Provincias Unidas tras las expulsiones de España y Portugal, los judaizantes del Nuevo Mundo establecieron lucrativas relaciones clandestinas con ésta y otras compañías mercantiles.

Entre otras facultades, en el marco del conflicto, la VOC también auspició la guerra de corso, una forma de piratería amparada en la legislación, que permitía aumentar el poder y alcance de la armada nacional, contratando y armando naves y tripulaciones privadas, cuyas acciones estaban amparadas en documentos llamados patentes de corso. La modalidad de otorgar estatus jurídico a compañías que realizaban “piratería corporativa”, permitió al gobierno de las Provincias Unidas mantenerse convenientemente al margen de las responsabilidades legales derivadas de actividades cuestionables, pero, a la vez, participar de sus beneficios económicos. La VOC tuvo un grado importante de autonomía e influencia política, traducidos en la facultad para fundar factorías y colonias en los territorios conquistados, donde nombró autoridades y ejerció poderes legislativo y judicial, resultando que “...estas Compañías casi actuaban como estados independientes (por ejemplo, concedían préstamos a los Estados)” (Valladares 2021).

Las colonias de Portugal, el más débil de los imperios ultramarinos, se convirtieron en objetivo estratégico de las Provincias Unidas, que consiguieron desplazar y suplantar la presencia colonial y comercial portuguesa en el Lejano Oriente. En efecto, a través de la VOC, construyeron su imperio, apoderándose por la fuerza de colonias establecidas por los portugueses desde principios del siglo XVI. El cabo de Buena Esperanza, paso obligado entre los océanos Atlántico e Índico, figura entre las primeras ocupados por la VOC, que fundó un puerto estratégico como punto medio de abastecimiento en el largo viaje de Europa a China. La colonia creció de forma sostenida con inmigrantes neerlandeses y alemanes (ancestros de los bóeres o afrikáners) y, para 1652, ciudad del Cabo era un próspero asentamiento. La isla de Ambon en las Molucas (Indonesia), que era base de operaciones del comercio portugués de especias desde 1575, les fue arrebatada por una flota en 1605, año en que comenzó la colonización efectiva del territorio por los neerlandeses, que en 1619 fundaron Batavia (hoy Yakarta, capital de Indonesia). Hacia finales del siglo XVII controlaban los principales puertos del archipiélago. Luego pusieron sus ojos en la isla de Taiwán (llamada Formosa -o

Hermosa-, por los portugueses), importante como fuente de arroz, azúcar y pieles de ciervo, y un punto de comercio con los mercaderes de la dinastía Ming que reinaba en China, a quienes compraban seda para revenderla en el Japón. En 1624 fundaron en la costa sur una base llamada Fort Zeeland, aunque los españoles controlaron el norte desde 1626, hasta ser definitivamente expulsados en 1642. Formosa se convirtió en base tan importante para los neerlandeses que fue desde ahí que en 1646 enviaron una flota a tomar Manila, que pertenecían a España desde 1565, y expulsar a los españoles del Lejano Oriente. Pero perdieron la batalla y abandonaron futuros intentos de capturar Filipinas¹¹ (Boxer 1988, 28).

Las costas de la isla de Ceilán (hoy Sri Lanka), fuente de canela y marfil, estuvieron bajo influencia portuguesa desde 1505, pero budistas, hindúes y musulmanes desarrollaron animosidad hacia ella cuando intentaron convertirlos al cristianismo. Mientras tanto, los neerlandeses empezaron a llegar en 1602 y demostraron tolerancia religiosa, mucho interés por comerciar y muy poco en la evangelización. Los gobernantes locales, que buscaban comerciar sin cristianizarse, los invitaron desde 1636, y apoyaron en la expulsión de los portugueses, lograda en 1658. Desde entonces, Ceilán, ubicada en medio del trayecto entre Sudáfrica e Indonesia, se convirtió en punto neurálgico del circuito comercial neerlandés (Boxer 1988, 116-117). Desde Goa en la India, colonia portuguesa desde 1510, Portugal conquistó Malaca en la costa occidental de Malasia, un año después. En 1606 la VOC lanzó el primero de sus numerosos intentos por arrebatar el enclave a Portugal, que dio fruto en 1641, cuando logró expulsar a los portugueses del Lejano Oriente. Como resultado de esta exitosa campaña, el centro del comercio de especias en se trasladó de Lisboa a Ámsterdam, y, gracias a ello, los embargos y prohibiciones comerciales entre las provincias rebeldes y la península Ibérica dejaron de surtir el efecto previsto de dañar el comercio neerlandés en general. Japón, uno de los imperios más celosos y herméticos de la Historia, autorizó el comercio con las Provincias Unidas entre 1609 y 1641 en la isla de Hirado. Luego les concedió monopolio en la isla artificial de Dejima (frente a Nagasaki), siendo los neerlandeses, hasta 1853, los únicos europeos autorizados para comerciar con el Imperio del Sol Naciente. Este lucrativo comercio incluyó seda, azúcar, pieles de ciervo y de tiburón, paños de lana y cristalería europea (Boxer 1988, 267). En conclusión, la VOC resultó tan eficiente que, en pocos años, desplazó a los hispanoportugueses, convirtiendo a las Provincias Unidas en el monopolista del comercio

¹¹ Las Provincias Unidas controlaron Taiwán hasta 1662, cuando la perdieron ante una enorme armada china comandada por el almirante Cheng Chenggong, llamado “pirata Koxinga” por sus enemigos europeos (Boxer 1988, 162).

global de especias. Pero, en el hemisferio occidental, no quedarían fuera del reparto del continente americano y, pisando los talones de ingleses y franceses, para inicios del siglo XVII exploraban la costa septentrional atlántica de los actuales Estados Unidos. En 1614, a orillas del río Hudson, establecieron un asentamiento llamado Fort Nassau, que, dadas frecuentes inundaciones y mal clima, abandonaron después de tres años.

El 9 de marzo de 1609 España y las Provincias Unidas pactaron una tregua de doce años en la agotadora guerra empezada en 1580. El artículo IV reconoció el derecho neerlandés a comerciar con los puertos de la península Ibérica, pero no con aquellos ubicados más allá de la línea del tratado de Tordesillas,¹² para lo cual requerían consentimiento expreso del monarca español. Para 1614 gobernaban ambos reinos los partidarios de la paz, lo que no implicó “paz más allá de la línea”. Mientras que España bajó la guardia, los neerlandeses, siguiendo la doctrina de Hugo Grocio, interpretaron el artículo como “libertad de comercio”, es decir, a su mejor conveniencia para conquistar las Indias Occidentales. Continuaron su contrabando en el Caribe y, aprovechando información proporcionada por los corsarios ingleses, dos expediciones neerlandesas anteriores, y la red de espías que operaba en el Virreinato Peruano desde fines del siglo XVI, proyectaron una nueva y mejor equipada expedición al Pacífico a cargo de Joris Van Spilbergen (Lucena 1992, 19, 127).

Apenas expiró la tregua (1609-1621), los éxitos de la VOC inspiraron la creación, en 1621, de otra sociedad mixta: la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (WIC, por sus siglas en holandés) con una directiva de diecinueve miembros conocidos como los “Hereen XIX” (Diecinueve Señores) y cinco oficinas ubicadas en Ámsterdam, Róterdam, Middelburg, Hoorn y Groninga. Algunos de los más importantes comerciantes de las Provincias Unidas se unieron, “junto con muchos otros mercaderes menores que acudieron a la llamada de la nueva empresa con más fervor que dinero” (Valladares 2021). Además, “ciudades como Leiden, célebres por su calvinismo militante, se movilizaron a este efecto con un gran éxito, asegurando a sus habitantes que había llegado la hora de acabar con el papismo en la América española” (Valladares 2021). Lo mismo sucedió en Utrecht, Dordrecht, Haarlem, Deventer, Arnhem y Groninga.

¹² Para evitar conflictos de intereses entre España y Portugal, el Tratado de Tordesillas, suscrito en 1494 entre los Reyes Católicos y Juan II, repartió las zonas de navegación y conquista del Atlántico y América a partir de una línea ficticia situada a 370 leguas (cada legua equivalente a unos 5.555 metros) al oeste del archipiélago de Cabo Verde, garantizando a los españoles las Antillas y la ruta del cabo de Buena Esperanza a los portugueses (Boorstin [1983] 2000, 178).

El resultado se materializó en que la Compañía (...) logró hacerse con un capital de siete millones de florines, de los que sólo un veinte por ciento procedía de los regentes de Ámsterdam. No obstante, como una gran cantidad del capital de otras provincias se canalizó a través de la cámara de Ámsterdam, de nuevo resultó ser la provincia de Holanda la principal beneficiaria a la hora de repartir el control sobre la nueva compañía (...) En la cima, eran los propios Estados Generales los que supervisaban la actuación de la Compañía y votaban un subsidio anual de un millón de florines y varios buques de guerra en caso de necesidad (Valladares 2021).

En consonancia con los esfuerzos coloniales en el Sur de Chile desde fines del siglo XVI, la WIC tenía instrucciones “para hacer contratos, acuerdos y alianzas con los príncipes y nativos de las tierras” (Schmidt 1999, 445). Pese a que la WIC se orientó más hacia las acciones corsarias, “persistió en otros círculos la noción más idealista de que los indios esperaban pacientemente la llegada de sus ‘libertadores’ del norte, y que una alianza neerlandesa-americana desharía rápidamente un siglo de hegemonía de los Habsburgo” (Schmidt 1999, 451).

Una de las primeras acciones de la WIC, en 1624, fue reestablecer la colonia del río Hudson con el nombre de Fort Orange.¹³ Y al año siguiente fundó la colonia de Nueva Ámsterdam en la isla de Manhattan (actual Nueva York). En 1655 alcanzó su máxima extensión al absorber el asentamiento sueco de Fort Christina. También buscó crear bases permanentes en el Caribe, y envió expediciones que lograron apropiarse de las islas de Curazao en 1634, Aruba, Bonaire y San Eustaquio en 1636, Saba en 1640 y la mitad de San Martín, compartida con Francia desde 1648. Desde principios del siglo XVII, siguiendo la estela de ingleses y franceses, los neerlandeses exploraron la costa norte de Sudamérica, hasta que en 1616 la VOC estableció la primera fortaleza en Surinam. Disputaron el territorio con Inglaterra hasta el tratado de Breda de 1667, posterior a la segunda guerra angloholandesa, cuando cambiaron Surinam a los ingleses por Nueva Ámsterdam, que los neerlandeses recuperaron brevemente en 1673, para perderla definitivamente un año después. Desde entonces Surinam fue colonia indisputable de las Provincias Unidas (Boxer 1988, 256).

En su afán por suplantar a Portugal en todas las latitudes, las Provincias Unidas se concentraron en Brasil. La WIC surgió en un contexto de particular belicismo anti hispanoportugués, generado a lo largo de la tregua, cuando tomaron cuerpo las ideas de

¹³ En la actualidad, la ciudad de Albany (capital del estado de Nueva York), se asienta sobre el antiguo Fort Orange neerlandés (Boxer 1988).

Willem Usselinx, que, con la experiencia de las exitosas actuaciones de la VOC en el Lejano Oriente, arrastró y animó a las Provincias Unidas a conquistar Brasil, un proyecto especialmente promovido por la comunidad sefardita de Ámsterdam, conformada por expulsos de Portugal. En 1624, con el objetivo de establecer plantaciones de caña de azúcar (producto vedado en el mercado europeo por los embargos de Felipe II), y abastecerlas con esclavos africanos, la WIC se apoderó de Salvador de Bahía (al nordeste del Brasil), con una armada de 66 barcos y 7.280 hombres comandada por Jacob Willkens y Piet Heyn, al costo de unos dos millones y medio de florines. Pero, Felipe IV dispuso la inmediata recuperación de la plaza y un año después organizó dos armadas (una portuguesa y una española), con un total de 63 barcos, 945 cañones, 3.200 marineros y 7.500 soldados, comandados por Fadrique de Toledo, que recuperó la ciudad en mayo de 1625 (Lucena 1992, 136). Pero la WIC no se dio por vencida y envió una nueva escuadra en 1627, que falló en capturar Bahía, pero tomó la flota portuguesa anclada en la rada. En 1628 la WIC se apoderó de la isla de Fernando de Noroña, y en 1630 una armada de más de sesenta barcos y unos 7.000 tripulantes capturó Olinda y Recife, logrando, en los once años siguientes, avanzar hasta tomar toda la capitanía de Pernambuco. Así se cumplieron objetivos declarados de la WIC: comercio (principalmente de esclavos), guerra de corso e instauración de colonias como Recife, y “la conquista en 1634 de la isla de Curazao, en el Caribe venezolano, (que) reforzó la penetración de la Compañía. Más de 23.000 esclavos africanos cruzaron el Atlántico a bordo de navíos holandeses con destino al Brasil entre 1636 y 1645, año este último del verdadero cénit para la WIC” (Valladares 2021).

El comercio neerlandés se fortaleció gracias a la progresiva consolidación de su imperio transoceánico administrado por sus dos exitosas compañías internacionales: la VOC y la WIC. A pesar de sus éxitos iniciales, en el largo plazo los resultados comerciales de la WIC no satisficieron las expectativas de sus inversionistas:

un largo proceso de destrucción e incertidumbres se prolongó hasta la derrota holandesa de 1654 y la consiguiente retirada (...) del Brasil. Entre tanto, las acciones de la WIC no pudieron evitar un descenso irreparable en el mercado de Ámsterdam. No faltaron intentos de conquistar enclaves en Chile, que fracasaron. En 1648 una expedición brasileña comandada por el gobernador de Río de Janeiro (...) recuperó el puerto esclavista de Angola, durísimo golpe para el control de la trata africana. Obviamente, los hechos explicitan la nula ventaja que la Compañía obtuvo en el Atlántico de la revuelta independentista de Portugal contra España en 1640 (Valladares 2021).

En efecto, Portugal presionó para recobrar sus territorios, y, en 1649 logró derrotar a la WIC por vez primera y hacerla retroceder hasta que, para 1654, recuperó todo el Brasil y expulsó a los neerlandeses, que en buen número poblaron Surinam y las Antillas Neerlandesas (Boxer 1988, 98-99):

la primera ofensiva holandesa fue un fallido ataque al puerto del Callao, en el Perú (1624), y la ocupación de Bahía, capital del Brasil, durante casi un año (1625). Más duradera fue la conquista de Pernambuco (Recife) en 1630, que no sería recuperada por los portugueses - separados ya de la Corona de Castilla-, hasta 1649. Durante esos casi veinte años, Holanda desarrolló un provechoso comercio basado en el azúcar brasileño y los esclavos de Angola (colonia también arrebatada a Portugal). Incluso enviaron como gobernador del Brasil al conde Mauricio de Nassau, sobrino-nieto de Guillermo de Orange. Sin embargo, el alto coste económico que suponía mantener una flota de guerra, junto a la victoriosa resistencia militar de los portugueses sellaron el destino del Brasil holandés, que a su vez provocó la pérdida de Angola (Gómez 2005, 143).

El proyecto de conquista del Perú

La entronización de Felipe II como rey de Portugal en 1580 sumó las colonias portuguesas a los reinos controlados por los Habsburgo españoles, aumentando exponencialmente su poderío imperial ultramarino. Mientras tanto, los neerlandeses, que avanzaban en la conquista y sustitución de Portugal como potencia colonial del Lejano Oriente desde 1595, y controlaban el comercio global de las especias, no dejarían de lado la costa pacífica de Sudamérica. En efecto, buscaron conquistar aquellos territorios donde la soberanía española era nominal o en disputa, especialmente el sur de Chile. Con ese propósito, siguieron la estela de los corsarios ingleses isabelinos, que señalaron la ruta entre el Atlántico y el Pacífico. Pero, además, consiguieron el apoyo decisivo de Inglaterra, que les cedió los pilotos y otros navegantes que recorrieron el Mar del Sur con Drake (1577-1580) y Cavendish (1586-1588) (Bradley 1989, 13).

La “gran ofensiva” (Phelan 1967/1995) para conquistar el Pacífico americano se produjo durante 45 años entre 1598, cuando la compañía Magallánica lanzó su flota, y 1643, cuando la escuadra de Elías Herckmans, renunció al proyecto de conquistar Valdivia. Aunque el conflicto concluyó formalmente con la firma de los tratados que conforman la Paz de Westfalia, suscritos entre enero y octubre de 1648, que implicaron el fin de la guerra de Ochenta Años, y el reconocimiento formal por parte del Imperio Español de la independencia, existencia y soberanía de las Provincias Unidas, que hasta las rúbricas fue solamente de facto

(Boxer 1977). La ofensiva, que formó parte del proyecto global de construcción del imperio ultramarino neerlandés, contó con seis expediciones, dos mayores y cuatro menores (definidas así en función de sus tamaños), con unos 33 barcos, potencia de fuego de 751 cañones y un total de unos 3.750 hombres.

La primera, mencionada en el apartado precedente y antes de fundada la VOC, navegó entre 1598 y 1601, fue comandada por Jacob Mahu y Simón Cordes. La segunda tenía dos coincidencias con la anterior: el patrocinio de una compañía privada formada en 1598 por los mercaderes Pieter Van Beveren, Huyg Gerrtisz Van Der Buys y Jan Benning, y zarpó de Goree, apenas dos meses y diecisiete días después, el 13 de septiembre de 1598. Fue capitaneada por Oliver Van Noort, un antiguo tabernero de Utrecht no exento de excentricidad, pues “desfiló con su tripulación a través de Rotterdam en trajes de payaso justo antes de zarpar para dar la vuelta al mundo” (Goslinga 1983/2017, 23). Tenía cuatro naves de mediano tamaño: Hendrick Frederick de 350 toneladas, al mando del vicealmirante Pieter Esaisz de Lint, Mauritius de 250 toneladas y veinticuatro cañones, Hoop y Eendracht (Concordia) de cincuenta toneladas cada uno, con una tripulación total de 248 hombres y unos 130 cañones (Bradley 2008, 18).

Luego de depredar las costas chilenas, Van Noort cruzó el Pacífico y llegó a Filipinas el 15 de octubre. Fue el primer neerlandés que retó de forma efectiva la hegemonía española del Pacífico, atacando puertos importantes en ambos extremos: Valparaíso y Manila. Bloqueó el segundo y, para provocar a los españoles, capturó varios mercantes. El gobernador Francisco Tello de Guzmán respondió con una escuadra al mando del Dr. Antonio de Morga, futuro presidente de la Audiencia de Quito. El combate de Cavite del 14 de diciembre de 1600, resultó en un empate técnico, pues Morga se hundió con el galeón San Diego, mientras que Van Noort perdió el Eendracht, cuyos tripulantes fueron ejecutados por “piratas y rebeldes”. Van Noort escapó a Borneo, donde llegó el 26 de diciembre, en el Mauritius. Pasó por la base neerlandesa de Java, cruzó el cabo de Buena Esperanza, atravesó el Atlántico con una escala de reabastecimiento en la isla de Santa Helena y ancló en Rotterdam el 26 de agosto de 1601 con 65 hombres. Trajo gloria a su país como el primer neerlandés en circunnavegar el mundo, y el cuarto en hacerlo, luego del español Elcano y los ingleses Drake y Cavendish.

La tercera, que navegó entre 1615 y 1616, fue auspiciada por una empresa privada llamada Compañía Austral, cuyos accionistas principales eran el comerciante valón Isaac Le Maire, Pieter y Jan Clements Kies y Jan Janszon Molenwerf. Como antecedente, por 1615, Isaac Le Maire solicitó al gobernante neerlandés Johan Van Oldenbarnevelt “que infestara toda la costa

del Perú” (refiriéndose a la parte occidental de Sudamérica) para establecer allí una liga contra España. Cuando Oldenbarnevelt no hizo nada, Le Maire organizó y financió su propia expedición, a la que envió a su hijo Jacques junto con el veterano de tres viajes al Oriente Willem Corneliszoon Schouten (Schmidt 1999: 462). Tenía dos barcos menores: Eendracht de unas 180 toneladas y 19 cañones, y Hoorn, de unas 56 toneladas y ocho cañones, con 87 tripulantes y su objetivo cumplido al descubrir el cabo de Hornos, fue encontrar una ruta más práctica y efectiva que el estrecho de Magallanes por el extremo austral de Sudamérica, abriendo a sus sucesores, de par en par, las puertas del Pacífico (Mercado 1985, 41-42).

Pero las mayores fueron la cuarta de Joris Van Spilbergen (1614-1617), y la quinta, de Armada de Nassau (1623-1625), ambas auspiciadas por la VOC y comparativamente las más grandes y mejor organizadas de cuantas se aventuraron en el Mar del Sur durante todo el periodo hispánico, incluidas las auspiciadas por ingleses y franceses (Bradley 2008). Sin embargo, sus logros, comparados con los enormes objetivos de conquista y comercio que se trazaron, fueron escasos, por no decir efímeros. Y lo fueron también si se los contrasta con los de piratas y bucaneros menos dotados del armamento, recursos y auspicios que éstas tuvieron (Lohmann 1975; Bradley 2008). La flota de Spilbergen, organizada en los primeros meses de 1614, estaba compuesta por seis navíos, dos mayores: Groote Sonne (Gran Sol) y Groote Manne (Gran Luna) de seiscientos toneladas y 28 cañones cada uno; dos medianos: Morgensterre (Estrella de la Mañana) y Aeolus (Eolo), de 350 toneladas y veinticuatro cañones cada uno, y dos menores, los yates: Meeuw (Gaviota) y Jager (Cazador), de sesenta toneladas y ocho cañones cada uno. Los cascos llevaban doble forro como protección contra la broma y otros moluscos xilófagos, típicos de aguas tropicales. La tripulación era de más de setecientos hombres y niños, “holandeses de Nostradama (Ámsterdam), y algunos alemanes de la Alta, y otros franceses de la Rochela” (Medina 1923, 381-382, 387), pero en su mayoría de Zelanda y las islas Frisias, además de ingleses e irlandeses, 350 de los cuales eran soldados (Bradley 2008, 31). Para facilitar el desembarco, cada nao llevaba diez lanchas utilizadas como galeras, capaces de transportar entre cincuenta y sesenta hombres y montar dos o tres pequeños cañones de proa. Recordando las dificultades que tuvieron los anteriores, los armadores se aseguraron de que estuviera suficientemente abastecida con pescado seco salado, carne y galletas para tres años de viaje. Y los oficiales de revelar el verdadero destino del viaje, pues Perú y Chile eran tremendamente impopulares en comparación con India y el Lejano Oriente, donde había posibilidad de hacer negocios (Bradley 2008, 30).

El comandante, Joris Van Spilbergen, era un veterano marino zelandés de 47 años, pues nació en 1568. Había participado en acciones corsarias en África, América y Lejano Oriente desde principios de siglo, y tuvo un papel destacado en la derrota de los españoles en Gibraltar en 1607 (Phelan 1967/1995, 147). Spilbergen, merecidamente reputado como “el Francis Drake neerlandés”, probó ser una elección acertada para dirigir la empresa, pues, al igual que el inglés, supo mantener férrea disciplina y fue más solícito de lo usual con la salud y bienestar de la marinería. En reiteradas ocasiones, su liderazgo firme y capaz contribuyó en buena medida a superar los peligros y conflictos que surgieron en sus viajes (Phelan [1967] 1995, 163). También emuló las estrategias diplomáticas de Drake en cuanto al tipo de floridos espectáculos que debía poner en escena para crear la impresión de fuerza y opulencia, y aumentar el prestigio de su país en puertos extranjeros. Por ejemplo, en ocasiones importantes, toda la tripulación vestía vistosos y elegantes uniformes completos. Además, el buque insignia iba finamente amoblado y bien surtido de vino y buenas conservas, donde amenizaba las cenas de los oficiales con orquesta y coro de marineros. Spilbergen llevaba una patente o comisión oficial de “Sus Altezas los Estados Generales y Su Principesca Excelencia” (el príncipe Mauricio de Nassau) como almirante responsable supremo, solamente limitado por un “consejo amplio” compuesto de los oficiales principales, que funcionó como tribunal de almirantazgo y con el que Spilbergen debía consultar decisiones cruciales¹⁴. Para reflejar mayor unidad y coordinación oficial en comparación con las anteriores (financiadas con capital privado), esta empresa tuvo apoyo económico de la VOC, deseosa de ejercer su monopolio comercial y reafirmar el derecho de paso exclusivo hacia China por Magallanes. Los documentos de embarque enumeran gran cantidad de mercancías a ofrecerse en Perú, aunque, sabiendo que sus puertos estarían totalmente cerrados al comercio con las Provincias Unidas, el destino final era el Asia Pacífico, donde los neerlandeses las cambiarían por productos orientales (Villiers 1906, 11; Bradley 2008, 30-31).

¹⁴ Las fuentes principales de esta expedición son el diario oficial de Spilbergen en neerlandés publicado en Leiden en 1619 con el título “Nieuwe oost ende West Indische Navigatie” (traducido del neerlandés por Jacob de Villiers en 1906). Además, hay versiones no oficiales de los objetivos y aventuras en las declaraciones hechas ante funcionarios españoles en Perú por cuatro hombres: dos alemanes que abandonaron la flota en el puerto chileno de Papudo llamados Andreas Heinrich y Philip Hansen. Un tercer desertor, el francés Nicolas de la Porta, se deslizó a tierra en el puerto peruano de Huarmey. Estos personajes fueron catalogados como espías y procesados por la Inquisición limeña. Luego, Lohmann señaló reideramente que las “deserciones” fueron en realidad planificadas por los armadores y comandantes, y sugirió que tenían intenciones de operar como espías y comunicarse con otros previamente establecidos en Perú (Lohmann 1964, 37, 1975, 448-491). El último testigo, Francisco de Lima, madrileño, fue prisionero de los neerlandeses desde el 26 de enero de 1615, cuando el barco en que viajaba de Angola con esclavos, fue interceptado cerca de Sao Vicente en la costa brasileña (Bradley 2008, 29).

La expedición formaba parte de la estrategia comercial global de la VOC que, si bien mostró renovado interés en auspiciar un viaje comercial, en realidad tenía el propósito (tanto defensivo como ofensivo) de hacer sentir a los españoles su presencia en ambos extremos de su *mare clausum*. En efecto, basados en la doctrina de “*mare liberum*” de Grocio, interpretaron las cláusulas de la tregua de la manera más favorable a sus intereses comerciales. Consecuentemente, en franco desacato a la tregua, el 8 de agosto de 1614 zarpó de Texel (puerto cercano a Ámsterdam) la “misión comercial” de Spilbergen. Luego de nueve meses, el 6 de mayo de 1615, entró al Pacífico, estableciendo el récord de cruzar el estrecho en sólo 34 días. Cuando la tripulación supo que iban a Chile, hubo descontentos e indisciplina, y, aunque llevaban abundantes provisiones, no bastó para eliminar los problemas derivados de las deficiencias dietéticas de los tripulantes (como los brotes de escorbuto) ni disminuyeron los brotes de sedición (Bradley 2008, 30). Sin embargo, llegó en mucho mejor estado que las anteriores, pues, evitando los errores del pasado, tenía información de los espías y la experiencia y conocimientos de las expediciones precedentes (Bradley 2008, 31). En cada una de las cuatro naos principales iba un piloto, incluyendo ingleses veteranos de las expediciones de Drake y Cavendish, un maestre, un capitán de soldados, un cartógrafo y varios agentes comerciales (Bradley 1989, 13; 2008, 31). El ex rehén Francisco de Lima, declaró, sin mencionar su nacionalidad, que eran “gente muy diestra”, que el general y almirante eran “muy grandes pilotos”, y que era evidente su conocimiento de la navegación por aguas chilenas:

venían tan confiados como si toda su vida hubieran navegado y andado por estas partes, de modo que estando en el puerto de Concón, donde hizo quemar un navío nuestro, dijeron que no les daba pena no tomar allí agua, que adelante tres leguas la tomarían, y fueron a tomarla siete leguas de allí, al Papudo, con la certidumbre que si fueran naturales de la tierra... (Medina 1923, 383).

La flota pasó por la isla Mocha el 25 de agosto de 1615, asaltó Santa María el 1 de junio, pasó por Concepción el 3, atacó Valparaíso el 11 y 12 del mismo mes, y pasó brevemente por Arica el 2 de julio. En todo lugar, Spilbergen intentó, en principio, comerciar, pero finalmente navegó en actitud abiertamente bélica con España. Siguiendo el ejemplo de Van Noort, combatió a ambos lados del Pacífico para hacer sentir la presencia neerlandesa en el *mare clausum* español. Sin embargo, los resultados de Spilbergen fueron al revés, pues Van Noort pirateó con éxito las costas chilenas y eludió la Armada del Mar del Sur, para luego lograr un modesto triunfo contra la armada española frente a Filipinas en 1600. Mientras que

Spilbergen, navegó impunemente las costas americanas, “protegiendo” por fuerza los intereses de su país, repelió y tomó represalias frente a todo acto hostil, aniquiló la Armada Virreinal y cruzó el Pacífico. En el otro extremo se agregó a otros contingentes navales para establecer una sólida fuerza, capaz de defender los asentamientos de la VOC y repeler un poderoso escuadrón hispanoportugués preparado en Filipinas para expulsar a los neerlandeses de Indonesia. Enfrentó a la Armada de Filipinas con miras a desalojar a los españoles del Asia y disuadirlos de intentar lo mismo con ellos en Indonesia. Pero fue derrotado, y con ello las Filipinas se salvaron para el Imperio Español, pero también Indonesia para los neerlandeses, resultando en el empate geopolítico colonial de ambos imperios (Phelan [1967] 1995, 164-165; Bradley 2008, 30-31).

La Armada de Nassau representó el clímax de los intentos de conquista del Virreinato Peruano. Estaba compuesta por once navíos, cuatro grandes: Ámsterdam y Delft de ochocientas toneladas cada uno, 42 y cuarenta cañones, respectivamente; Orangien de setecientas toneladas y veintidós cañones; Hollandia de seiscientas toneladas y 34 cañones y Eendracht de seiscientas toneladas y 32 cañones; cinco medianos: Mauritius de 560 toneladas y 32 cañones, Arent (Águila) de cuatrocientas toneladas y 28 cañones, Koningh David (Rey David) de 360 toneladas y dieciséis cañones y Griffioen (Grifo) de 320 toneladas y catorce cañones; y dos más pequeños: Hoop de 260 toneladas y catorce cañones y Haeswint (Galgo) de sesenta toneladas y cuatro cañones. Siete se construyeron específicamente para la expedición, y se rentaron de dueños particulares los cuatro restantes. La ciudad de Ámsterdam aportó los navíos Ámsterdam, Delft, Arent, y Haeswint, la de Zelanda el Orangien, la de Rotterdam el Hollandia, Mauritius y Hoop, y el norte de Holanda el Eendracht, Koningh David y Griffioen. La tripulación era de 1.637 hombres, seiscientos de los cuales eran soldados (Bradley 2008, 52-53). El impresionante armamento previsto para el desembarco, rápido y eficaz combate terrestre, incluía azadones y picas, cantidad de púas para estorbar la artillería enemiga, “poniéndolas en el suelo derramadas, fijas en un madero en triángulo de madera, (de forma que) una púa quede (siempre) levantada, y otro artificio en un palo de vara de alto para descarretar la artillería” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 13). Cada nave llevaba un armazón de madera que servía de trinchera portátil y, de lastre, 24 piezas de bronce en las bodegas, “armadas para campaña (...) con sus carretones armados para campear por tierra” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 13). Para ese propósito, el Hollandia también llevaba dos piezas de bronce, “de las cuales se aprovechan para ponerlas en las proas de las lanchas”, y cuatro pedreros más en cada navío (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 13). Los soldados contaban con

medias picas y picas enteras, petos con espaldar, morriones, y bombas manuales, que eran “unas bolas como granadas de hierro que dándoles fuego se abren y disparan como dados”. En los dos navíos mayores iban, respectivamente, 150 y trescientos barriles de pólvora de un quintal (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 13). El comandante supremo o “general”, fue el almirante Jacques L’ Hermite (en holandés Lermijte), hugonote francés refugiado en Holanda de unos 45 años, casado y residente en Ámsterdam. Había navegado a las Indias Orientales y tenía buena reputación entre sus hombres. El segundo era el vicealmirante Geen Huygen Schapenham, soltero de unos 40 años, que viajó a la India portuguesa (Lucena 1992, 134).

Inspirado por los triunfos de Spilbergen, el propio estatúder Mauricio de Nassau fue el motor de la expedición, que apoyó personalmente. Dado el tamaño y proyecciones, la organización tomó seis años, desde 1618. Mientras estuvo vigente la tregua, los planes fueron provisionales, pero en las Provincias Unidas comprometieron cinco barcos y para 1622 aumentaron la oferta a seis, incluidos los dos mayores. En abril de 1623 el Príncipe inspeccionó personalmente la flota ya equipada (Schmidt 1999, 452; Weststeijn 2019, 1038-1039). Costó un millón de florines recogidos por todo el país que, según el prisionero Carsten Carstens (capturado en el Callao el 12 de mayo de 1624), tuvo financiamiento mixto: capital y pertrechos del gobierno y también de muchos particulares, especialmente comerciantes (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 11). Es notable que, además del financiamiento oficial, cualquier ciudadano (por más humilde que sea) podía convertirse en socio accionista, aportando capital para luego cobrar intereses de las ganancias resultantes. En efecto, el espía Adrián Rodríguez, preguntado: “¿De dónde Holanda, siendo un país pequeño, tenía tanta gente y dinero para financiar una empresa tan costosa?”, respondió que se anunció por todo el país con pregones públicos, de forma que “el que quisiese tener parte en la Armada (...) acudiese con los dineros que tuviese (...) Cada labrador daba cuatro, diez o doce patacones o más, y al cabo de siete años se hacía la cuenta, y daban a cada uno la ganancia que le tocaba” (ANH/Inquisición 1647 7, 8-9).

La Armada zarpó de Goree el 29 de abril de 1623 con destino secreto para las tropas, y, sólo cuando ya estaban en alta mar reveló el almirante que iban a Perú, provocando desánimo general, contrarrestado con la promesa de que “los llevaba a tierra donde había mucho oro y plata, con que serían ricos” (Anónimo 1625, 2). Ya en el Mar del Sur, recalaron en Juan Fernández, de donde navegaron al continente. Falló en sus instrucciones al no lograr interceptar la Armada Virreinal frente a Arica con el cargamento de plata, ni desembarcar y marchar sobre Potosí. Según Carstens, “no se les dio el tiempo lugar para ello”, y por eso

avanzaron hacia el Callao “entendiendo hallar en él la dicha plata y Armada” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). Tenía tres objetivos en el Callao: un rápido desembarco, asalto y toma del puerto y la capital, captura de la capitana Nuestra Señora de Loreto y su cargamento de plata, y saqueo con destrucción de todos los barcos mercantes surtos en la rada. En la práctica, sólo cumplió con el tercero (Bradley 2008, 56). Se presentó ante el Callao el 8 de mayo, intentó vanamente desembarcar para tomar el puerto y avanzar a Lima el 10, destruyó los barcos la madrugada del 12 y bloqueó el Callao por 98 días (casi tres meses), hasta el 14 de agosto, durante los cuales fue dueña del mar, capturando todo mercante disponible para conseguir provisiones indispensables y aliviar su crónica escasez. L’ Hermite murió el 2 de junio y lo substituyó Schapenham. Entre los hitos más notables del bloqueo, el 16 de junio remolcaron un brulote¹⁵ para hacer estallar el Loreto. Pero los defensores adivinaron el plan y dispararon desde tierra, volándolo antes de alcanzar su objetivo y obligando a los tripulantes a saltar al mar.

Mientras tanto, para conseguir provisiones y botín a lo largo de la costa, un grupo atacó Pisco el 13 y otro Guayaquil el 6 de junio (Clayton 1973, 31). Bajo el mando de Cornelis Jacobsz, cuatro navíos: Concord, David, Griffon y Greyhound zarparon el 14 de mayo al sur para cumplir el plan original de asaltar Arica, Nazca y Pisco. Esperaban encontrar Arica vulnerable, cosa que era cierta porque el corregidor carecía de armas y apenas contaba con un fuerte de adobe medio descompuesto, donde puso cuatro cañones. Pero asustó con eficacia a los neerlandeses con movimientos defensivos (Bradley 2008, 58-59). Las autoridades de Pisco, advertidas del ataque, ocultaron los barcos tras de un peñón en la ensenada de la Laguna. Pero diecisiete fueron descubiertos y capturados cargados de vino, harina y diversas mercaderías, y varios destruidos. Trescientos cincuenta soldados fueron impedidos de desembarcar varias veces por la tenaz y efectiva resistencia local y se retiraron con cinco muertos, dieciséis heridos, trece desertores y un barco menos, Regresaron al soporífero bloqueo el 15 de junio (Clayton 1973, 31; Bradley 2008, 59). El 23 de mayo unos doscientos hombres comandados por el almirante Julius Wilhelm Van Verschoor zarparon al norte en el Maurice y el Hope. El 2 de junio capturaron una barca centinela en la isla del Muerto y bloquearon el golfo de Guayaquil. A medianoche, una pequeña tropa al mando del capitán Schulte desembarcó en Puná y saqueó el poblado abandonado junto con cuatro barcos anclados, quemando uno. El botín incluyó cacao, vino, queso y galletas. Remontaron el

¹⁵ Brulote. Del francés brûlot de brûler (quemar). Barco cargado de materias combustibles e inflamables, que se dirigía sobre los buques enemigos para incendiarlos (Diccionario de la RAE).

Guayas en botes y aparecieron dos días después frente a Guayaquil. El 6 de junio, luego de una breve refriega, se hicieron dueños de la ciudad, saquearon los edificios y destruyeron los astilleros con varios navíos en construcción. Para descargar su frustración, quemaron las iglesias junto con los bien surtidos almacenes portuarios con textiles valorados en más de 100.000 pesos. Las llamas se volvieron incontrollables y tuvieron que evacuar, y, perseguidos en su retirada, sufrieron algunas bajas. Según el diario oficial murieron 35, aunque las estimaciones españolas más conservadoras refieren hasta 55, y varias narrativas incluso el doble, además de 30 heridos y varios desertores. Los guayaquileños muertos fueron alrededor de cien (Clayton 1973, 32). La exitosa conquista de Guayaquil pudo ser el principio de una colonia neerlandesa en el Perú, pero los corsarios carecían de capacidad para retener la ciudad por más de unos días, y se retiraron dejando la mayor parte en cenizas. Con este modesto triunfo, el 5 de agosto volvieron al Callao, donde poco después Schapenham y sus oficiales se rindieron a las evidencias y levantaron el bloqueo (Bradley 2008, 59). Como su única victoria significativa fue la breve captura de Guayaquil, planificaron un segundo asalto, esta vez respaldado por toda la flota, que fondeó en Puná el 25. El 27 remontaron el Guayas nueve lanchas y dos galeras medianas, con una fuerza de entre cuatrocientos y quinientos mosqueteros, artilleros y lanceros (Clayton 1973, 32). Los guayaquileños estaban alertas y listos para combatir a un enemigo desalentado, y, pese a que los neerlandeses duplicaron su tropa, los vecinos se defendieron con oportunos refuerzos y municiones llegados de la sierra: cincuenta arcabuceros de Quito y cien más de Chimbo y Cuenca. Al cabo de tres horas, rechazaron el ataque y veintiocho neerlandeses yacían muertos en las calles (Burney 1813, 29).

La Armada de Nassau partió a Nueva España, y se presentó el Acapulco el 20 octubre, donde fracasaron las negociaciones por provisiones a cambio de los rehenes que quedaban, y una treintena de corsarios desertaron (Bradley 2008, 63). El escuadrón se dividió: algunos barcos avanzaron al noroeste a buscar el galeón de Manila, y el resto se quedó frente a Acapulco buscando dónde cargar agua. A mediados de noviembre la flota se reunió en Zihuantanejo y el 29 abandonaron el cerco del galeón. El consejo resolvió navegar a las Indias Orientales, y se adentraron en el ignoto Pacífico por la tortuosa ruta de los galeones, con la vana esperanza de topar alguno en el camino. En enero de 1625 trocaron objetos de hierro en Guam con muy necesitados víveres. Prosiguieron a las Molucas y anclaron en Ternate el 4 de marzo, donde la escuadra se disolvió y sus navíos se destinaron a varias funciones. En octubre, Hugh Schapenham se embarcó en Batavia con rumbo a Holanda, pero murió y fue sepultado en una

pequeña isla, a dos leguas de Bantam, el 3 de noviembre. El Concordia (con el autor del diario) llegó a Holanda el 9 de junio de 1626, y un mes después ancló en Texel el que debía conducir a Schapenham (Callander 1766-1768, 327; Burney 1816, 32-36; Bradley 2008, 63).

La sexta y última expedición, auspiciada por la WIC y el gobernador neerlandés del Brasil Juan Mauricio de Nassau, comandada por Hendrik Brouwer y Elías Herckmans y ocurrida entre 1642 y 1643, contaba con cinco navíos: Amsterdam y Vlissingen, con treinta cañones cada uno, Eendracht, con veinticuatro cañones, Dolphin con seis cañones y Orangie-boom (Naranjo), tripulados por unos seiscientos hombres, 350 de los cuales eran soldados de las guarniciones del Brasil¹⁶ (Bradley 2008, 75). Las armadas de Spilbergen y Nassau están en la mitad cronológica de las seis expediciones, con las dos que les precedieron entre 1598 y 1601, la de Schouten y Lemaire (cuasi paralela a la de Spilbergen) en 1616, y la de Brouwer y Herckmans de 1643, que fue la última tentativa de conquistar territorios en el Virreinato Peruano. Por lo tanto, en el marco de la guerra de Ochenta Años, las seis expediciones, en su conjunto, fueron la parte que correspondió al Pacífico Americano de la estrategia geopolítica global neerlandesa de crear un proyecto hegemónico de expansión a partir de la revuelta de 1568, y posterior consolidación imperial.

¹⁶ Lamentablemente las fuentes no proporcionan el tonelaje de las naves (Mercado 1985, 46-50; Bradley 2008, 75).

Capítulo 1. Los neerlandeses y sus intentos de alianza con los indios

En el contexto de la guerra de los Ochenta Años y simultánea expansión de su imperio, la primera estrategia que las Provincias Unidas concibieron para lograr conquistas en el Virreinato Peruano fue buscar una alianza sólida y de largo plazo con las comunidades de indios, indispensable para establecer y consolidar una eventual colonia. La experiencia adquirida en conquistas contemporáneas en Indonesia y Ceilán, donde sustituyeron a Portugal como potencia colonial, demostró que ningún proyecto de conquista tendría éxito sin el apoyo y complicidad de las poblaciones indígenas. Sin respaldo local resultaba muy difícil (sino imposible) arrebatarle territorios a otra potencia colonial como España, así sea en espacios donde su presencia era débil. Bajo el supuesto de que los indios americanos les ayudarían contra los españoles como hicieron los indonesios y esrilanqueses contra los portugueses, los neerlandeses buscaron aliados locales en el Virreinato Peruano. Reconocieron que el aislamiento geográfico y escasa población española en la Patagonia, especialmente el área ubicada entre el extremo sur de Chile y la isla Grande de Chiloé, favorecían sus intereses geopolíticos y comerciales, pues la presencia permanente de españoles era de apenas una generación, desde 1567. Además, desde la conquista, era permanente el estado de guerra entre las diversas tribus mapuches que resistían fieramente la dominación española en defensa de sus territorios, independencia, formas de vida tradicionales y soberanía. En efecto, estos indios se destacaban de otros del Virreinato por su falta de sumisión, y esto hacía que la Patagonia fuera la frontera imperial en Sudamérica, donde la soberanía europea era poco más que nominal.

En el tema de la dinámica oscilante de relaciones entre neerlandeses e indios en Chile y Perú, destaca el artículo: “Aliados exóticos: el encuentro chileno-neerlandés y la conquista (fallida) de América” (1999) de Benjamín Schmidt, que explica cómo, desde el imaginario neerlandés de fines del siglo XVI, comenzó a desarrollarse un marco discursivo en torno a la idea de que los indios sudamericanos eran sus “hermanos” en el sufrimiento y opresión que ambos padecían en manos del Imperio Español, y de ahí el proyecto de forjar una alianza antiespañola que, en conjunto con las fuerzas que el gobierno de las Provincias Unidas enviaría a Chile, expulsarían a los españoles.

En el imaginario neerlandés prevalecía la idea de que el enorme esfuerzo de extraer plata descansaba sobre los hombros de los indios mitayos: “los pobres indios”, que ganaron la simpatía neerlandesa por ser víctimas de la brutal explotación española, reflejada en el espejo de la tiranía que Felipe II y sus sucesores ejercían en las Provincias Unidas. Y esta

percepción, en el marco de la rebelión, se magnificaba, en primer lugar, con la potente retórica antiespañola característica de la Leyenda Negra y, en segundo, con el ardiente discurso anticatólico que se propagó desde 1519 con la Reforma Protestante, muy popular en las Provincias Unidas. Fue así como los neerlandeses se identificaron cada vez más con los indios, subyugados en América tal como ellos en Europa, por el mismo poder opresor: el Imperio Español. Y, en el imaginario neerlandés, nacieron y se enraizaron el concepto de supuestos valores antiespañoles compartidos y el discurso de una “hermandad de causa” con los indios, magnificado por la propaganda que pintaba como épica la lucha de los hermanos chilenos, análoga a suya para liberarse del mismo yugo (Schmidt 1999, 446-447).

Según Schmidt, la selección de Chile como punto de partida para la conquista de todo el Virreinato Peruano, tiene que ver con otro elemento discursivo que se construyó en el imaginario español desde el estallido de la revuelta neerlandesa. En efecto, conforme avanzaba la guerra, “Flandes” se volvió sinónimo de conflicto prolongado que no se resuelve, y la resistencia mapuche en el sur de Chile tenía paralelo con lo que pasaba en Europa. Dado que la guerra se volvió permanente, surgió la definición de Chile como “Flandes Indiano”, que fue tomando cuerpo en la historiografía española del siglo XVII, se extendió por toda Europa y fue asimilada en el discurso neerlandés de conquista del Perú. Pronto surgió el interés formal por una alianza efectiva con los indios en pie de guerra, para juntos expulsar a los españoles de Chile, “liberándolos” de su opresión. Si se lograba establecer un acuerdo de largo plazo y la guerra tenía éxito, el lugar que ocupaba el Imperio Español en América podía ser vaciado y reemplazado por las Provincias Unidas como nueva potencia colonial liberadora de los indios, tanto en lo político como en lo religioso. Este discurso se plasmó en la literatura y grabados de la época, y para fines de la década de 1590 llegó el momento de pasar a la acción. Los planes de la primera expedición incluían el ofrecimiento de apoyo militar y protección a los indios en guerra con el enemigo común, y crear, efectivamente, un “Flandes Colonial Indiano” (Baraibar 2013). Con esas ideas, en 1598 zarpó la primera expedición neerlandesa al Pacífico (Schmidt 1999, 441-473).

1.1. Descripciones de los indios magallánicos

Schmidt, en su artículo de 1999, dejó de lado la posibilidad neerlandesa de pactar con los indios del estrecho de Magallanes y cabo de Hornos, que no estaban en guerra formal con España, pero tampoco conquistados. Un acuerdo con ellos podía facilitar el control neerlandés de los estratégicos pasos entre en Atlántico y el Pacífico en beneficio del proyecto de construcción de un circuito mercantil global. Desde el viaje de Magallanes (1519-1522) los

indios patagónicos estaban idealizados. En efecto, las descripciones de aquellos que vivían alrededor del estrecho y canales adyacentes eran fantásticas e irreales. No las desmintieron Drake y Cavendish, sino que, por el contrario, las adornaron con narrativas de gigantes que doblaban la estatura de los hombres normales, eran capaces de correr como caballos y tenían huellas de dieciocho pulgadas de largo, de donde nació el apelativo de “patagones¹⁷”, generalizado para todos los indios de la zona. El popular diarista e historiador inglés Richard Hakluyt (1553-1616), más preocupado por embellecer sus relatos para atraer el interés del gran público que por la verdad, copió fielmente las anotaciones de los diarios de Cavendish y otros viajeros. Aumentó así el exotismo de esas tierras lejanas y sus habitantes, añadiendo, sin fundamento, que eran antropófagos. Para fines del siglo XVI estos mitos estaban generalizados por Europa (Bradley 2008, 13).

Fueron los neerlandeses de la expedición Magallánica quienes se encargaron de desmentir las leyendas y representar a los nativos de formas más precisas para la posteridad, cuando los contactaron durante una excursión a cazar leones marinos. Dirck Gerritsz declaró que “era gente pequeña de cuerpo, vestidos de pieles”, de piel rojiza, largas cabelleras y entre diez y once pies de altura (Medina 1923, 343; Bradley 2008, 13). Aunque Spilbergen cayó en la misma tentación de Hackluyt y volvió a describirlos como “de gran estatura” y llamarlos patagones, a pesar de que, mientras sus hombres recolectaban agua, madera, mariscos y bayas en la bahía Cordes, entre el 16 y el 24 de abril de 1615, estableció contacto con indios que probaron ser hombres normales, visitaron los barcos y trocaron ornamentos de concha perla con cuchillos y otros enseres europeos (Bradley 2008, 32). Pero fue Schapenham, vicealmirante de la Armada de Nassau, quien dejó las mejores imágenes narradas de estos indios. Su barco penetró el estrecho de Le Maire el 2 de febrero de 1624 y apareció el cabo de Hornos el 6 (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 15). Dobló el cabo el 15, demorando unas siete semanas más que Le Maire y Schouten, sus descubridores en 1616 (Bradley 2008, 52-53). El Orangien y otro navío anclaron en una bahía de Tierra de Fuego cerca de la entrada norte del estrecho de Le Maire, que bautizaron como “Verschoor” en honor del contralmirante. Ahí pescaron mucho con anzuelo, recolectaron los mariscos de la orilla y tuvieron su primer encuentro con nativos, de quienes adquirieron pieles de león marino (Burney 1813, 10). El 18 anclaron en una bahía que bautizaron como “Schapenham”. Recorrieron un largo canal hacia el este, bautizaron una isla como “Terhalten” en memoria otro capitán de la escuadra, notaron

¹⁷ Los viajeros de los siglos XVI y XVII confundían bajo el nombre de patagones a los Tewelche, Selk'nam, Yámana y Alak'aluf (Gallez 2007, 7).

que Tierra de Fuego está dividida en muchas islas y que el paso al Mar del Sur, además de Magallanes y el cabo de Hornos, era posible por otros varios canales. En definitiva, dedicaron varias semanas examinar minuciosamente la zona (Rosales 1674/1877, 73). Schapenham, en el patache Windhond, exploró del 21 al 25 de febrero la entonces desconocida bahía de Nassau y descubrió las islas Lennox y Navarino. En la costa sur de la segunda contactó con los Yámana.¹⁸ Hábil observador, produjo el relato más antiguo y detallado de estos indios (Gallez 2007, 1, 10). Los describió como gente guerrera que usaba varios tipos de armas: “Unos llevan arcos y flechas con punta de piedra en forma de arpón, hechas con mucho arte. Otros se arman de largas lanzas cuya punta es un hueso filoso provisto de dientes para clavarse mejor en las carnes. Utilizan también garrotes y hondas que manejan con mucha eficacia, así como cuchillos de piedra bien afilados” (Gallez 2007, 6). Según entendió, siempre llevaban sus armas porque estaban permanentemente en guerra “...con otro clan que vive unas millas al este, en el paso Goree y cerca de la isla Terhalten. Éstos se pintan de negro, mientras los de las bahías Windhond y Schapenham se pintan de colorado” (Gallez 2007, 6). Parecían no haber visto armas europeas ni entender como funcionaban: “no conciben que se pueda herir con una espada, y mucho menos con un mosquete, toman la espada con sus manos tan pronto por la hoja como por la empuñadura” (Gallez 2007, 9). Meses después, el rehén Carstens también describió a esos nativos como “gente salvaje que se sustenta de lobos marinos, los cuales comen crudos, y son gente de buena estatura, membrudos, y andan vestidos de pellejo de lobos (...) y traen por el pescuezo unos caracolillos que usan de flechas” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 15). Para su desgracia, los europeos no hallaron más alimento que moluscos adheridos a las rocas. Pero establecieron relaciones cordiales con los yaganes, que los guiaron a fuentes de agua dulce para llenar sus reservas y, de esta buena relación inicial, se planteó la posibilidad de un acuerdo. Una innovación de la Armada de Nassau con respecto a anteriores expediciones fue la de llevar

¹⁸ Los Yámana (llamados comúnmente yaganes) de sangre pura están extintos, y hoy sólo existen mestizos con su sangre. Eran los indios más australes del mundo, pues vivían en los canales situados entre la isla Grande de Tierra del Fuego y cabo de Hornos. La minuciosa descripción de Schapenham demuestra fascinación con ellos y cubre todos los aspectos observables de su vida, incluidos la fisonomía, pintura corporal, costumbres, casas, herramientas, y, especialmente, embarcaciones:

Sus canoas son dignas de admiración. Para construirlas, toman la corteza entera de un árbol grueso, la modelan recortando ciertas partes y volviendo a coserlas, de manera que adquiera la forma de una góndola de Venecia. La trabajan con mucho arte, colocando la corteza sobre maderos, como se hace con los barcos en los astilleros de Holanda. Una vez obtenida la forma de góndola, refuerzan la canoa cubriendo el fondo de punta a punta con palos transversales, que recubren a su vez de corteza. Luego cosen el conjunto. En estas canoas, que miden diez, doce, catorce o dieciséis pies de largo por dos de ancho, se sientan cómodamente siete u ocho hombres, y navegan tan eficazmente como lo harían en una chalupa de remos (Gallez 2007, 1, 5-6).

cartas del príncipe Mauricio proponiendo a los indios y negros una alianza formal contra los españoles. No está claro si los yaganes recibieron alguna de estas propuestas, aunque, si lo hicieron, de nada sirvió porque no leían ni hablaban castellano.

1.2. Ambiguas relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos

Las relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos fueron siempre ambiguas. Oscilaron entre la cordialidad, cuando se trataba de intercambiar cosas necesitadas por ambas partes, y la abierta hostilidad, luego de percibir que los europeos querían algo más que el trueque. En general, los esporádicos encuentros no fueron felices. En 1600, cuando pequeñas partidas de la primera expedición desembarcaron en busca de comida y agua, los indios los atacaron y mataron reiteradas veces. Adrián Diego,¹⁹ de la tripulación del *Ciervo Volador*, declaró que, mientras estuvieron invernando

(a)parecieron por la costa de Chile algunos hombres salvajes y, vistos por los de la armada, echaron un batel con algunos hombres a tierra, los cuales llamaron a los dichos salvajes haciéndoles señas de paz, y no se quisieron llegar, por lo cual les tiraron con algunos mosquetes y mataron algunos. Y después, habiendo salido a pescar algunos hombres de las dichas naos, acudieron los dichos indios encubriéndose, y con dardos que tiraron (...) mataron tres holandeses e hirieron otros dos (Medina 1923, 316).

El capitán del mismo barco, Dirck Gerritsz, añadió: “solas dos veces vinieron naturales de la tierra, la una en canoas hasta dieciséis indios, y otros catorce en tierra, los cuales les mataron dos flamencos e hirieron otros dos con palos por haber entrado descuidados en el monte” (Medina 1923, 343). Los neerlandeses enterraron los cadáveres en el lugar donde los encontraron solo para descubrirlos, días después, “desenterrados, mutilados, desfigurados y disparados con flechas” (Bradley 2008, 13). Esto sugiere que los indios practicaban alguna suerte de ritual purificador de la tierra, en la que no querían foráneos vivos ni sus cadáveres, y menos aún pactar con ellos.²⁰

Esta vez los neerlandeses se abstuvieron de retaliaciones, pero no ocurrió lo mismo con la segunda expedición, pues Van Noort estuvo muchísimo más lejos de lograr un acuerdo con los indios. Es más, dada su brutal retaliación por un ataque de los indios, pasó a la historia

¹⁹ Adrián Diego consta más comúnmente en declaraciones contemporáneas como Adrián Rodríguez y fue el más notorio de los espías al servicio de las Provincias Unidas en Perú, donde operó de 1600 a 1604, cuando fue canjeado por prisioneros españoles en el marco de la guerra, y luego de 1613 a 1625 cuando fue finalmente deportado a Europa, como se verá posteriormente.

²⁰ La costumbre de desenterrar y destruir cadáveres de extranjeros indeseables para que sus cuerpos no contaminen tierras americanas, se repitió en 1624, con los restos de Jacques L' Hermite en la isla San Lorenzo, y 1643 con los de Hendrick Brouwer en Valdivia (Bradley 2008).

como el más cruel de los exploradores neerlandeses del Pacífico. Al igual que sus predecesores, llegó al extremo sur de América con la tripulación extenuada, enferma y carente de provisiones. Decidió no arriesgar el cruce de Magallanes en invierno, y esperó el paso de la estación en la boca oriental del estrecho, entre puerto Deseado y cabo de las Vírgenes. En un desembarco para buscar comida, unos alacalufes emboscaron y mataron a dos europeos y se llevaron los cuerpos (Gallez 2007). Van Noort supuso que se los comieron y decidió vengarse. Unos días después, el 22 de noviembre de 1599, penetró el estrecho de Magallanes en su cuarto intento y llegó a las dos islas de los Pingüinos, llamadas Santa María y Santa Magdalena en las cartas españolas. Sobre la más pequeña, vieron unos cuarenta indios dedicados a sus faenas. Sin saber ni importarle si se trataba de los mismos asesinos de sus hombres, envió dos botes con gente armada, a quien los indios hicieron señales de que se aleje y, para evitar que desembarquen por comida, les arrojaron cadáveres de pingüino. Los europeos avanzaron resueltos, mientras los indios les dispararon flechas que no surtieron efecto, antes de huir a una cueva. Desembarcaron y los siguieron hasta ahí, donde el salvajismo europeo probó no tener límites, pues los rodearon y masacraron, incluyendo mujeres y niños.²¹ Los hombres de Weert, mientras regresaban al Atlántico, encontraron por únicos sobrevivientes a una mujer herida, que huyó, y cuatro niños, a uno de los cuales llevaron a Europa y enseñaron a hablar holandés para que sirva de intérprete con sus congéneres a las futuras expediciones (Errázuriz 1882, 241-242).

Quince años después, el 3 de abril de 1615, Spilbergen entró al estrecho de Magallanes (Lohmann 1975, 385). Mientras cruzaba los primeros canales, un barco desertó y los demás se separaron, para reencontrarse el 16 en bahía Cordes, donde permanecieron hasta el 24. Spilbergen festejó la reunión y agasajó a sus oficiales a bordo del Gran Sol (Bradley 2008, 32). Nuevamente las relaciones entre europeos y nativos oscilaron entre lo cordial y lo belicoso. Los indios atacaron un bote que salió en busca de provisiones y mataron dos tripulantes (Mercado 1985, 71). Spilbergen no tomó represalias y tampoco suscribió acuerdos. Nueve años después, a fines de febrero de 1624, la Armada de Nassau probó nuevamente que los indios magallánicos eran peligrosos, cuando una tempestad dejó aislados a unos tripulantes del Arend en la península Hardy, y, repentina y salvajemente, los atacaron “con palos, hondas y picas” dejando vivos sólo a dos (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 15; Gallez 2007, 6). El diario de la expedición narra los hechos:

²¹ El diario de Van Noort se refiere siempre a los nativos como “salvajes”, que habrían pertenecido a la hoy extinta tribu de los yámanas (Gallez 2007).

Botes y partidas de hombres fueron enviados inmediatamente a tierra para cargar agua dulce. Al lugar acudieron algunos nativos, cuyo comportamiento parecía amistoso. El día 22 se levantó una tempestad tan repentina y violenta que los botes que cargaban el agua se vieron obligadas a volver a sus navíos, dejando atrás parte de la tripulación. El día 23, habiendo cesado el viento, se enviaron de nuevo los botes a la orilla y se reanudó el trabajo de abreviar. Pero, por la tarde, un súbito resurgimiento de la tempestad los obligó a zarpar nuevamente, y quedaron en tierra diecinueve hombres pertenecientes al navío *Águila*, los cuales -por la más inexplicable negligencia-, estaban desprovistos de armas. Al día siguiente (el 24), habiendo mejorado el tiempo, se despacharon de nuevo los botes al sitio donde dejaron a los diecinueve hombres, pero sólo dos fueron encontrados con vida. Los nativos, al parecer sin otra razón que haber visto a los neerlandeses desprovistos de medios de defensa, los habían atacado con garrotes y hondas, y mataron a todos menos a dos, que tuvieron la suerte de ocultarse. Cinco de los cuerpos fueron encontrados cortados en cuartos y destrozados de una manera extraña. Luego de este evento, siempre se envió una guardia de soldados con cada bote, pero no se vio ni un solo nativo (Burney 1813, 12-13).

El hecho de que los yaganes se llevaron doce cadáveres, que cortaron y mutilaron de forma particular, nuevamente sugiere que realizaban un tipo de acto ritual de purificación de la tierra, aunque para los neerlandeses “se alimentan de carne humana cruda”. Schapenham, que al principio se maravilló con los yaganes y les dedicó extensas descripciones, cambió de opinión cuando vio los cadáveres de sus tripulantes. Había tratado con nativos de India e Indonesia, cuyas culturas juzgó más civilizadas, y, horrorizado, describió a los yaganes como salvajes poco inteligentes que andaban desnudos en el intenso frío de la bahía de Nassau, parecidos “más (a) los animales irracionales que a los seres humanos”, carentes de toda cultura, pudor y religión, “a la vez malvados y engañadores (...) mostrando al principio mucha amistad para con el extranjero, con la intención de atacarlo y asesinarle cuando se le presente la oportunidad, como ocurrió con los diecisiete hombres de la nave *Arend*” (Gallez 2007, 7-9). Luego del episodio, los juzgó como gente demasiado primitiva para considerar la posibilidad de una alianza (Gallez 2007, 7-9).

1.3. La única alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos

Benjamín Schmidt argumenta que el esfuerzo neerlandés para establecer una alianza con los indios data de 1609, cuando la república separatista de las Provincias Unidas obtuvo la independencia de facto del gobierno de Felipe III (Schmidt 1999, 444-445). Sin embargo, la evidencia histórica prueba que datan de once años antes, cuando la primera expedición emprendió su viaje a Chile. Schmidt también plantea que la alianza nunca se dio, ignorando el

hecho de que Baltazar Cordes logró un pacto con indios rebeldes y, juntos, capturaron la isla grande de Chiloé. El hecho inédito fue posible gracias a una mezcla de audacia y buena suerte, pero sobre todo porque Cordes aprovechó la conflictiva situación de la región. En efecto, en 1598, coincidiendo con la expedición, se desató una revuelta indígena generalizada, donde murió el propio gobernador de Chile, y el 24 de noviembre de 1599 las huestes mapuches destruyeron varios pueblos, masacraron a los españoles, especialmente en Valdivia, y retomaron el control de la mayor parte de la Araucanía. Desde entonces, y por los siguientes trescientos años, España mantuvo un control débil en la región y fue incapaz de extender su soberanía al sur del río Biobío, donde el estado de guerra, sin solución viable, fue permanente. Los indios amenazaban con avanzar al norte y seguir capturando asentamientos españoles, donde los colonos vivían en creciente aislamiento y permanente tensión. El revés español fue de tal magnitud que sólo la isla grande de Chiloé permaneció bajo su control, pero aislada del Chile continental, y podía correr la misma suerte, como de hecho sucedió cuando los indios recibieron refuerzos de Baltazar Cordes (Hojman 2011, 8).

Pero antes de revisar el caso de Baltazar Cordes, conviene analizar los intentos de su hermano Simón y Gerrit Van Beuningen por establecer alianzas con los indios y fundar colonias en el sur de Chile. Simón Cordes, al mando de la Caridad, permaneció durante un mes en la inhóspita Patagonia chilena y logró establecer una dinámica de contactos amistosos con la población indígena. En el archipiélago de los Chonos fue bien recibido y trocó cascabeles por carne de cordero y papas, convenciéndose de que todos los indios patagónicos eran gente pacífica con la que podía pactar. Sin embargo, no tardó en demostrarse lo confuso de esa suposición, cuando, sin tomar muchas precauciones, envió un bote por provisiones a la punta Lavapié del golfo de Arauco. Los araucanos se congregaron en la playa y los atacaron, obligándolos a defenderse con fiereza y matar un centenar de indios antes de volver al barco a contar lo sucedido. Después de la emboscada, Cordes cambió de opinión sobre sus aliados en potencia, se volvió desconfiado y furioso con los “perros indianos” (Medina 1923, 354-355). Abandonó el proyecto de pactar con ellos, y más bien se concentró en intentar relacionarse con los españoles. Con ese propósito avanzó a la isla Santa María, donde permaneció por un mes esperando a los otros barcos. Ahí entró en contacto con españoles, dos subieron a bordo y recorrieron el navío, pero, cuando quisieron ir a tierra, se los impidió pretextando que subieron sin debida autorización. En realidad, estaba muy necesitado de provisiones, y “la liberación de los españoles se dio por el precio de algunas ovejas y vacas” (Burney 1806, 193-194). Antonio Recio, emisario e informante del gobernador de Chile, Francisco de Quiñones,

pidió permiso para visitar las naves, “pero no subió a bordo sin alguna seguridad o promesa previamente dada de que no sería detenido. Hizo una segunda visita con la misma precaución, y partió en estas ocasiones a su gusto y sin interrupción” (Burney 1806, 193-194). Cordes aprovechó la visita para escribir “una carta muy regalada” al gobernador, que envió con el capitán Recio, proponiendo la venta de sus mercaderías y una alianza hispano-neerlandesa para castigar a los indios. La misiva, escrita en un raro portuñol y seguramente mal traducida del neerlandés original, resulta difícil de entender, pero dice en una de las partes más claras:

ayudaremos contra esos perros indianos, si Vuestra Señoría quiere nuestra ayuda, porque al frente de la isla, sabrá, asaltaron (a) alguna de nuestra gente a traición, mostrándonos palabras y amistad, más les costó de cierto la vida. Ya no estoy vengado de estos perros, que el capitán de Vuestra Señoría nos ha dicho cuan grandes traidores son, que no guardan (la) palabra y (...) ya lo hemos visto, si Su Señoría fuera servido, (...) ofrezco mi persona y navíos en servicio de vuestro Rey Don Felipe y de Vuestra Señoría (...). Por Dios tratamos a Vuestra Señoría la verdad. Guarde Dios a Vuestra Señoría y de buena mano derecho contra estos perros. Aguardamos la respuesta de Vuestra Señoría, servidor de Vuestra Señoría. - Simón de Cordes. General (Medina 1923, 354-355).

Pero Quiñones no mandó abastos ni respondió a la propuesta. Consecuentemente, el capitán neerlandés, desesperado por provisiones, decidió probar suerte otra vez con los indios, asumiendo que el asalto fue por un malentendido, ya que, por falta de intérpretes, los indios los tomaron por españoles. Envío otro bote con veintitrés hombres, que entendieron las señas hechas desde la costa como una invitación a desembarcar. Cuando bajaron, les presentaron la mesa servida con un banquete. Parecía que llegó el fin de sus privaciones y se materializaba la anhelada alianza antiespañola. El 7 de noviembre de 1599, Simón Cordes bajó con sus hombres que descuidaron las defensas, y fueron atacados y masacrados mientras almorzaban. Solo sobrevivieron quienes quedaron en la playa cuidando la lancha, y volvieron a bordo para contar la tragedia (Sluiter 1937; Phelan [1967] 1995). Cordes murió sin entender que la revuelta indígena era en contra de todo europeo que amenace con tomar el territorio que acababan de reconquistar, ni que el supuesto agasajo era una hábil emboscada para acabar con los intrusos, aprovechando su estado de necesidad. Fue sustituido por Jacob Jansz Quaeckernaek, bajo cuyo mando la Caridad volvió a Santa María, donde estaba la Esperanza desde el 4 de noviembre. Sus tripulantes contaron una experiencia similar: luego de la dispersión de la flota navegaron a isla Mocha, donde no encontraron población ni autoridad españolas y también fueron emboscados, tal como si todos los indios de la región hubiesen acordado una estrategia común para aniquilar a los europeos. El capitán Beuningen y

veintisiete hombres murieron, y fue sustituido por Jacob Huydecoper,²² que condujo la Esperanza a Santa María, donde, desesperado, forzó la negociación con los españoles por víveres. Curiosamente y a pesar de todo, los neerlandeses seguían creyendo en el pacifismo y amabilidad de los indios, pues sus diarios señalan la percepción general de que los mataron “por instigación y bajo la dirección de los españoles” quienes, sin embargo, nunca se hicieron presentes en las embocadas, demostrando que nada tenían que ver con ellas, sino que obedecían al hecho de que la revuelta era contra todo europeo, fuera o no español (Burney 1806, 193-194). Van Noort fue el siguiente neerlandés que ancló en Mocha con dos barcos y 147 hombres, el 21 de marzo de 1600. En contraposición con la masacre de las islas de los Pingüinos, esta vez mostró su cara amable a los indios, que lo recibieron y trocaron cuchillos y hachas por gallinas, maíz, ovejas y frutas variadas. Considerando que unas semanas antes liquidaron a Van Beuningen y Simón Cordes con sus hombres, resulta inédito e insólito que a Van Noort y a los suyos invitaron a tomar chica en sus chozas. Reabastecido y repuesto, zarpó hacia el norte el 24 de marzo, y, para entonces, había desechado la idea de buscar aliarse con los indios para fundar una colonia, y decidido que era más provechoso emprender una campaña de abierta piratería. Mientras tanto, el gobernador chileno entendió “que (...) eran mercaderes y que traían gran cantidad de mercaderías, y que las querían vender y rescatar por algún refresco de que tenían necesidad. (...) Dijéronle que eran flamencos y vasallos del Rey Don Felipe (...) y que envíe quien los traiga a este puerto (de Concepción), porque quieren venir a ayudarme contra estos perros indios” (Medina 1923, 351-352). Luego supo de la muerte de Simón Cordes:

(...) el general, queriendo saltar en tierra en la punta de Lavapié con alguna gente a tomar algún refresco, los indios que están de guerra, defendiéndoles no saltasen a tierra, pelearon con ellos y les mataron cosa de tres hombres y ellos más de cien indios, y con esto se retiraron a su lancha. Otro día vinieron los indios con cautela a darles la paz y traerles algún regalo, y estando ya muy conformes y habiéndoles dado de comer, y reconocido por los indios el descuido que el general con sus soldados tenían, dieron sobre él y degollaron a veintitrés o veinticuatro soldados y los demás se retiraron a la lancha (Medina 1923, 351-352).

Todo esto demuestra con claridad meridiana que los indios “en guerra”, lo estaban en contra de todo europeo que quisiera poner pie en sus tierras, sin distinción de si era español o de otra nacionalidad. Mientras que los indios “de paz” estaban alineados con los españoles, por lo que pensar en una alianza antiespañola era imposible. Por otro lado, las conversaciones con los

²² Otra fuente señala al nuevo capitán como Kornelisz Jansz Noris (Wreck Site 2024).

españoles resultaron infructuosas, pues Antonio Recio les dijo que él era capitán de la isla, al mando de cien soldados españoles y trescientos guerreros indios, y que no tenía orden del gobernador “para hacer estos contratos y que (le) avisaría de ello, (...) y de temor de esto el enemigo no osó a saltar en tierra” (Medina 1923, 352). Ambas tripulaciones estaban muy reducidas y debilitadas, por lo que más práctico hubiera sido abandonar un barco y embarcar todos en el otro con las provisiones. Pero los capitanes no pudieron decidir cuál desechar y mantuvieron ambos. Para entonces, sus fuerzas “no eran suficientes como para que se aventuraran en cualquier empresa contra los establecimientos españoles en Perú, (y) determinaron dejar la costa de América”, con rumbo al Japón (Burney 1806, 193-194).

Los otros tres barcos estuvieron juntos hasta el 8 de septiembre, cuando la Fe y la Fidelidad perdieron de vista al Ciervo Volador. La increíble historia del Ciervo Volador consta más adelante, mientras que las otras dos lucharon por veinticuatro días contra los vientos intentando cruzar el estrecho, al punto que el 26 de septiembre se vieron obligados a refugiarse en una bahía donde permanecieron hasta el 2 de diciembre, con las tripulaciones al borde del motín por el hambre, frío y enfermedad. Especialmente enfurecidos estaban los hombres de la Fe, comandada por Sebald de Weert, averiada e incapacitada de continuar el viaje, por lo que el comandante decidió regresar a Europa. La última esperanza de continuar con el viaje se produjo el 16 de diciembre, cuando Weert se topó con una parte de la flota de Van Noort, pero sus hombres no quisieron compartir provisiones, por lo que Weert abandonó el estrecho el 21 de enero de 1600 y volvió a a Goree, donde ancló el 13 de julio de 1600, siendo el único que regresó de la flota original, aunque sólo con 36 tripulantes.

Sólo uno de los capitanes de la primera expedición: Baltazar Cordes, llamado “un oficial joven e inexperto” a pesar de sus logros, estableció una alianza militar con los araucanos (Hojman 2011, 8). Baltazar estaba al mando de la Fidelidad, con una dotación original de 86. Pasó Magallanes a mediados de diciembre de 1599, pero emprendió el tornaviaje por falta de provisiones y mala situación general. Sin embargo, una fuerte tormenta lo sorprendió y empujó al norte, dejándolo a la vista de Chiloé. A mediados de marzo la maltrecha Fidelidad ancló en el puerto de Lacuy, al extremo noroeste de la isla Grande. Ahí entró en negociaciones con los indios, y logró convencerles que los neerlandeses eran distintos de los españoles, con quienes también estaban en guerra. Los indios aceptaron la invitación a unir fuerzas, y por fin se materializó el anhelado pacto entre conquistadores neerlandeses e indios, que hábilmente ocultaron de los españoles el arribo de sus nuevos aliados. Los indios chilotes también les proveyeron de todos los víveres necesarios, pues contaban con su recuperación

para atacar juntos a los odiados españoles, pues sus pares de Valdivia y Osorno les “echaban en cara (...) el ser los únicos que soportaban el yugo español, cuando todos los demás lo habían sacudido y se encontraban victoriosos” (Errázuriz 1882, 282). Además del apoyo indígena, Baltazar Cordes recibió la inesperada ayuda de tres renegados españoles, que le informaron sobre las defensas de la isla. Toda vez que Cordes y sus cincuenta hombres se recuperaron, dejaron la punta Lacuy en abril de 1600 con rumbo al poblado de Castro, capital de Chiloé. Con una estrategia coordinada, los neerlandeses atacarían desde el mar mientras los indios lo hacían desde tierra, atenazando a los desprevenidos españoles. Los neerlandeses incendiarían un rancho, y la columna de humo sería la señal para que los indios inicien el ataque. Pero el corregidor de Castro, Baltazar Ruiz de Pliego, no estaba del todo inadvertido. Por un lado, percibió un cambio de actitud en los indios, antes sumisos y de repente desafiantes con los encomenderos, al punto que creyó que la sublevación del continente había llegado a la isla, dispuso la construcción de una empalizada alrededor del pueblo y ordenó que la población se guarezca dentro. Y por otro, el cura de Castro, Pedro de Contreras, reportó que una india le contó de un “barco inglés” dirigiéndose al poblado, urgiendo el envío del capitán Martín de Uribe a explorar la costa con treinta soldados.

A mediados de abril, la Fidelidad se presentó en la bahía con bandera blanca, y Cordes pidió que un español vaya a bordo para hablarle “de las amistosas intenciones que lo animaban” (Errázuriz 1882, 283). Con intenciones pacíficas, el capitán Pedro de Villagoya subió y lo recibieron muy bien. Cordes le aseguró que solo eran comerciantes flamencos católicos, amigos de los españoles y fieles súbditos de Felipe II, en busca de víveres. Luego le contó sus penurias y describió el surtido de mercaderías que querían vender antes de volver a su país. Villagoya desembarcó convencido de las buenas intenciones del neerlandés, y el corregidor y cabildo de Castro quedaron tranquilos. Agasajado por Cordes, Ruiz de Pliego accedió a proveerle suministros a cambio de mercaderías, y fue entonces cuando el neerlandés echó a andar su plan: le reveló la propuesta de los indios para matar a los españoles y capturar la isla, plan que pretendió aceptar. También que los indios estaban emboscados alrededor del pueblo esperando su señal para atacar. Para que los indios salgan al descampado y aniquilarlos, le propuso simular un combate en incendiar un rancho. Ruiz de Pliego cayó en la trampa, le confesó que carecía de pólvora y municiones, y Cordes, muy solícito, le cedió una botija de pólvora y mil balas. Con ello disipó toda duda del corregidor, que ordenó la quema del rancho y siete disparos de mosquete, respondidos puntualmente por los neerlandeses. Poco después, para coordinar las acciones defensivas, Villagoya subió a bordo, pero lo apresaron

argumentando que el rancho en llamas estaba fuera del poblado y no dentro, como habían acordado. Con Cordes a la cabeza, desembarcaron los soldados neerlandeses y los pobladores los recibieron como a sus salvadores. Para coordinar el contrataque, Cordes mandó que el corregidor le remita a sus seis mejores capitanes, a quienes detuvo y degolló apenas se presentaron, mientras varias columnas de indios avanzaban sobre Castro. Antes de que el corregidor sepa de la masacre, Cordes le dijo temer que los indios sospechen “de su traición” porque el rancho en llamas estaba en los confines de la ciudad. Para disipar las dudas, le propuso fingir que encerraba a los pobladores en la iglesia, cosa que Ruiz de Pliego aceptó sin siquiera preguntarse en dónde estaban los seis capitanes que envió a apoyar a los neerlandeses (Mercado 1985, 92-93). Una vez encerrados, Cordes y sus hombres mataron a unos sesenta españoles, reservándose las mujeres, y saquearon el poblado²³ (Hojman 2011, 8). Sólo el capitán Luis Pérez de Vargas y veinticinco hombres, que estaban fuera la ciudad cuando empezó la masacre, emprendieron un desesperado contraataque. Pese a la inferioridad numérica, Pérez logró matar a dos neerlandeses y rescatar a siete mujeres antes de huir al bosque. Baltazar Cordes se vengó ahorcando a un soldado español y azotando a Inés de Bazán, acusada de ayudar en la fuga de Pérez. El capitán Pérez mandó un emisario a Osorno para reportar los hechos a su superior: el coronel Francisco del Campo, que no se sorprendió demasiado, pues sabía que merodeaban la isla entre uno y tres barcos de “corsarios ingleses”, por el capitán Cristián de Robles y su cuñado Francisco de la Rosa, que, mientras cazaba, reportó haber visto la Fidelidad a la distancia.

Dado el estado de guerra en Chile continental y la dificultad de navegar a Chiloé durante la temporada lluviosa, Cordes sabía que la probabilidad de un ataque era escasa. Disfrutaba confiado de su victoria, atrincherado en Castro con 38 neerlandeses, los tres traidores españoles y unos seiscientos aliados indios que había armado, mientras una decena de neerlandeses hacían guardia en La Fidelidad. Como si fuese parte de la revuelta indígena, la captura de Chiloé vino a sumarse a las que hicieron los indios en la Araucanía, y, gracias a Baltazar Cordes sería la primera colonia neerlandesa permanente del Pacífico Americano. Las mujeres españolas, entre treinta y más de sesenta (incluidas las nacidas en la isla de primera y segunda generación), se unieron voluntariamente a sus captores o fueron sexualmente

²³ El número de muertos podría ser mayor, pues tanto neerlandeses como indios no parecen haber estado particularmente orgullosos del episodio y, por distintas razones, intentaron maquillar los números (Hojman 2011, 8). En todo caso, este hecho inusualmente brutal fue una venganza por las atrocidades cometidas en la década de 1570 por las tropas españolas en las Provincias Unidas que, para aplacar la revuelta, involucraron asesinatos sistemáticos de civiles y violaciones masivas. La propaganda neerlandesa siempre fue exitosa en mantener a su gente informada y molesta por esos eventos (Hojman 2011, 8).

abusadas, y de esas uniones surgiría la sociedad colonial neerlandesa (Hojman 2011, 8). Pero, dadas las limitaciones materiales, insuficientes recursos y tecnología, su posición era precaria y casi insostenible. En efecto, Cordes confió en sus aliados indios para provisiones y caballos que no llegaron, pues le dijeron que los recursos isleños eran limitados. Bajo tales consideraciones, la línea de abastecimiento, hasta las Provincias Unidas, era imposiblemente larga (Hojman 2011, 17). Según una versión, luego de amasar alimentos y oro lavado (entonces disponible en modestas cantidades), Cordes abandonaría temporalmente Chiloé con la mitad de las mujeres, dejando las restantes con los indios a cargo de la isla. Volvería a las Provincias Unidas por refuerzos, armas y provisiones, para regresar al mando de una nueva expedición para afianzar su conquista (Hojman 2011, 8-9, 17). Por otro lado, pese a las adversidades, los españoles del continente estaban mejor preparados, y la reconquista era sólo cuestión de tiempo, pues Chiloé, como llave de acceso al Pacífico, era un punto estratégico fundamental para sostener la soberanía imperial en Chile (Hojman 2011, 17).

Francisco del Campo asumió el mando de una tropa de cien soldados, incluyendo setenta veteranos recién llegados del Perú y treinta sobrevivientes de la destrucción de Valdivia. No todos los indios chilotes estaban con Cordes, pues la tropa cruzó el canal de Chacao en veinte piraguas, y, en la isla, un cacique amigo le ayudó a reunirse con Pérez de Vargas y conformar un ejército de 125 españoles. Campo dividió su fuerza en tres grupos y atacó de sorpresa, con tanta eficiencia que solo doce neerlandeses lograron abordar la Fidelidad y quedar fuera de peligro, pues los españoles no tenían barcos con qué atacarla, mientras los veintitrés restantes y unos trescientos indios quedaron muertos en tierra. Campo perdió diez hombres y doce fueron heridos. Cordes, aún sorprendido, propuso canjear cinco prisioneros que tenía a bordo por leña y una vela que quedó en tierra, pero el coronel rechazó toda negociación. La Fidelidad zarpó seguida a prudente distancia por piraguas con decenas de españoles al mando del capitán Pedroza, que buscaba evitar que los neerlandeses desembarquen y vuelvan a unirse con sus aliados indios. Durante la huida, la Fidelidad encalló y quedó al alcance de los mosquetes españoles. Cordes tuvo que liberar los prisioneros y mandarlos a parlamentar para ganar tiempo hasta que suba la marea. Logró reflotar el barco, pero, dadas sus malas condiciones, prefirió no arriesgar el cruce de Magallanes, y el 4 de junio emprendió el viaje hacia Tidore en las Molucas, donde el 3 de enero de 1601 fue apresado por los portugueses con los hombres que le quedaban.

El triunfo español no fue completo, pues la Fidelidad escapó. Pero es digno de mérito que Francisco Campo recuperó la soberanía española en Chiloé y mantuvo su posición a pesar de

la crítica situación militar del momento. Su primer acto político fue un grotesco y amañado “juicio” para castigar a dos traidores españoles e indios que colaboraron con el enemigo (Hojman 2011, 9). En la memorable ocasión, pronunció un encendido discurso:

(...) diciéndoles que, aunque todos merecían, por la traición, gravísima pena, pero que perdonando a la multitud y compadecido de su ignorancia y fácil natural, los perdonaba. Pero que no podía dejar de castigar a algunos, aunque con dolor de su corazón, así por el escarmiento como por no faltar a la justicia, que es la que mantiene la paz en las repúblicas. Y para que los demás se conservasen en paz, tenía allí presos aquellos treinta caciques para castigarlos por más culpados, por haber metido al inglés en la ciudad y mostrándole el camino (Rosales [1674] 1877, 346).

Esta inapelable sentencia sirvió para la ejecución pública de los españoles y jefes indios que ayudaron “al inglés”: “los metió a todos treinta en un rancho de paja, atados de pies y manos, y los hizo pegar fuego, quemándolos a todos vivos, que, en los alaridos, en las llamas y en el horror fue un retrato del infierno, con que quedó toda la tierra temblando y escarmentada para no tratar más de alzamientos” (Rosales [1674] 1877, 346). En efecto, Campo compensó la desgracia de no haber acabado con los neerlandeses quemando brutalmente a los indios que los apoyaron. Sobre el suceso, Bradley señala:

Mientras que los relatos en español del episodio de Castro tienden a dramatizar el asesinato, la violación, el saqueo y la destrucción de la iglesia local, el propio Campo muestra la ferocidad de la represalia española, ya que, por su parte en ayudar a los holandeses, casi cincuenta indios fueron ejecutados como advertencia para el resto. Concluyó (su reporte) diciendo: ‘Todo Chiloé está tranquilo, como si nunca se hubieran rebelado’ (Bradley 2008, 17).

El discurso previo a las ejecuciones, si lo dio, indudablemente tuvo poco de lo que consta en la historia del jesuita Diego de Rosales, donde se asemeja sospechosamente a los sermones de los inquisidores antes de quemar herejes²⁴ en los autos de fe²⁵ (Hojman 2011, 9). De entre muchos castigos y torturas, la Inquisición reservaba la muerte en la hoguera para los herejes

²⁴ La herejía es una forma de pensamiento liberada del dogma, que consiste generalmente en escoger aquello de la doctrina cristiana en lo que se cree, y separarlo de aquello en lo que no. La pravedad era la condición que acompañaba al hereje, caracterizándolo como inicuo, perverso y corrupto de costumbres (The Free Dictionary).

²⁵ El auto de fe fue una ceremonia magnífica celebrada a instancias de la Inquisición, en la cual desfilaban por la ciudad ante el pueblo y las máximas autoridades todos los que fueron juzgados bajo sospecha de herejía. Luego de la procesión, los inquisidores leían las sentencias que determinaban quienes fueron “reconciliados”, es decir regresados a la fe católica, y quienes serían “relajados”, es decir entregados a la justicia secular y a las llamas por negarse a aceptar el catolicismo. La ceremonia terminaba con una misa frente a las grotescas piras en las que ardían los herejes. Dependiendo del caso, cuando el penitente pedía misericordia y se arrepentía a último momento, se le concedía la gracia de morir por garrote antes de entregar su cuerpo a las llamas. Si el reo murió en prisión o logró escapar antes de su ejecución, se hacía una efigie o muñeco de tamaño natural que lo representaba, y se la quemaba en su lugar (Torre 2014; Museo de la Santa Inquisición 2024).

recalcitrantes, y la pena impuesta a los indios resulta sospechosamente parecida. Según Hojman “tanto Campo como Rosales, o al menos Rosales sólo, eligió identificar a los aliados indios de los holandeses (y posiblemente a los propios holandeses) como el ‘otro’, el ‘hereje’ y el enemigo estratégico a largo plazo” (Hojman 2011, 9). Por tanto, las palabras atribuidas a Campo más parecen ser las del propio Rosales promoviendo su agenda contra reformista.

Aunque el número de indios ejecutados aparece exagerado en el reporte español, fue suficiente castigo como para que, en el futuro, los indios piensen dos veces antes de comprometerse con extranjeros. Como valiosa enseñanza del episodio, los indios de Chiloé y el sur de Chile continental aprendieron a jugar un rol intermedio en la pugna política y militar entre europeos. En los años venideros, supieron aprovechar la amenaza coyuntural de una conquista territorial neerlandesa para -sin seriamente considerar apoyarla-, amenazar a las autoridades españolas con esa vaga posibilidad y chantajearlas para conseguir “favores”. En efecto, consta en reportes oficiales que, frente a noticia de neerlandeses en las costas, los indios adoptaban una actitud agresiva hacia los españoles, provocándoles temor de una alianza o sublevación similar a la de 1599. Por ejemplo, cuando la expedición de Brouwer desembarcó en Valdivia, el gobernador de Chile escribió al virrey el 14 de noviembre de 1643: “Después que llegó la nueva de estar los enemigos en estas costas, los indios aucaes²⁶ están grandemente soberbios y los de nuestras reducciones muy desvergonzados. Y los encomendados y de las estancias muy contentos, diciendo todos en general muchas libertades que, por ser así, todas estas cosas doblan los cuidados y recelos (...) lo veo muy peligroso” (Medina 1923, 402). En tales circunstancias, las autoridades tendían a flexibilizarse y ceder ante la presión de los indios, promovían cautela en el trato de los españoles hacia ellos, y premiaban a los indios para que denuncien (en lugar de apoyar) los intentos de colonización extranjera. Este juego político fue una de las herramientas usadas por los indios durante décadas para mantener una autonomía relativa en la Araucanía.

Antes de volver a la guerra en Osorno, Campo ejecutó un segundo acto público para resolver el pecado y deshonor consecuentes de la unión (voluntaria o involuntaria) de las mujeres españolas con neerlandeses: “porque habían quedado muchas mujeres viudas por haberles muerto a sus maridos, el inglés les dio marido de la gente que traía, escogiendo las personas más principales, y el clérigo que consigo traía los casó. Y por la duda que hubo en los

²⁶ Auca: palabra de raíz kichwa que significa rebelde, indómito, salvaje. Fue usada por los incas para llamar a los araucanos no sometidos a su imperio. Los españoles la incorporaron al castellano con el mismo significado. En el contexto ecuatoriano, se llama aucas, de forma peyorativa, a los indígenas huaorani de la Amazonia por los mismos motivos (Diccionario de la RAE).

casamientos, envió después el obispo fray Reginaldo al padre fray García de Alvarado que los revalidase” (Rosales 1674/1877, 345). En efecto, premió a sus soldados entregándoles, por fuerza, las mujeres “españolas” (algunas encomenderas por derecho propio), y todas declaradas “viudas”, en un lugar donde la falta de mujeres europeas limitaba la posibilidad de casarse a indias y mestizas casi siempre pobres. También impuso estos matrimonios para asegurarse de que los soldados permanezcan en la estratégica isla y así repoblarla con españoles, evitando que quede a merced de indios rebeldes y extranjeros herejes. Considerando el hecho de que los niños engendrados por neerlandeses e indios aliados insultaba el orgullo chovinista español, los matrimonios sirvieron de símbolo para extirpar la herejía en Chiloé. En efecto, permitieron presumir (por lo menos legalmente), que los niños nacidos en los meses venideros eran de los cónyuges españoles de sus madres, y no “contaminados” con mala sangre de herejes, propagada en nietos y demás generaciones posteriores, incapacitándolos para administrar encomiendas aún vigentes y ocupar cargos públicos de prestigio y bien remunerados (Hojman 2011, 10). No hay registro sobre el número de matrimonios, pero consta que entre 44 y 69 soldados casados se quedaron para sustituir a los colonos que Cordes asesinó. Campo organizó los matrimonios tan atropelladamente que, ante futuras impugnaciones sobre su validez, tuvo que enviar después a otro cura para oficializarlos (Hojman 2011, 9). La mayoría de soldados se quedó por lo menos unos años, conformando el núcleo de la nueva “sociedad blanca” de Castro (Mercado 1985, 94-95, Hojman 2011, 10).

Por muchos años, Chiloé siguió siendo el extremo austral más aislado del Imperio Español en América: una isla escasamente poblada, mayormente por indios, y precaria presencia española bien diseminada, rodeada de tierra firme controlada por indios hostiles, en guerra con España. A diferencia de Chile al sur del río Biobío, donde los españoles no podían derrotar militarmente a los indios, los chilotes carecían de acceso a los mismos recursos y tácticas de combate, por lo que estaban incapacitados de replicar los éxitos militares de sus congéneres continentales. Por su parte, los continentales carecían de recursos, tecnología y motivación para conquistar la isla, y mucho menos por sorpresa (Hojman 2011, 17-18). Salvo por otros dos asaltos de neerlandeses, la soberanía española en Chiloé no volvió a quedar en entredicho. Efectivamente, en 1603, dos años después del ataque de Cordes, ancló ahí un misterioso corsario conocido con el alias pintoresco de Antoine Le Noire o Swarthy Tony (Antonio El Negro), donde “había sido recibido por los habitantes con gran cariño” (Burney 1813, 17-18). Según el diario de Spilbergen “Chiloé es un pueblo situado en el extremo del país, poseído

por los españoles hacia el Sur. Pero es un lugar de poca importancia, pues hace algún tiempo un capitán de las Provincias Unidas llamado Antoine Le Noir, con sólo treinta hombres armados se hizo dueño del pueblo” (Burney 1806, 345-346). Luego, pasó por ahí el barco La Mariage, y “se rindieron en sus manos treinta españoles” (Burney 1806, 345-346). Quizás ambos relatos se refieran al mismo caso, demostrando la vulnerabilidad de la isla, aunque ambos piratas, luego de saquear, pasaron de largo.

Varios cambios notables, relacionados con aspectos importantes de la vida de la isla, ocurrieron en Chiloé. Por temor a una nueva invasión, los españoles consideraron demasiado peligroso vivir en Castro y se diseminaron por el interior, donde cada familia extendida vivía en su propia encomienda con sus respectivos indios. Resultaba peligroso vivir entre indios potencialmente rebeldes, pero más aún lo era vivir en la costa, expuestos a los neerlandeses. Lejos del centro urbano, cada encomendero dependía de su familia extendida, que incluía indios amigos, mestizos y españoles pobres, que, a su vez, vivían del encomendero. La ruralización de la sociedad chilota permitió el surgimiento de patrones únicos de relación social, como matrimonios por selección y discursos relacionados, actitudes culturales hacia las minorías y el poder, organización de las actividades productivas y prácticas defensivas. Y tuvo la ventaja de permitir mayor discreción en cada familia con respecto a temas tabú como embarazos causados por indios rebeldes y herejes, creencias religiosas heterodoxas y otras cosas de interés para la Inquisición. El resultado, visible hasta la actualidad, es la rica cultura y folclor mestizo de los chilotes (Hojman 2011, 10-11).

A partir los sucesos de 1600, y hasta la firma de la Paz de Westfalia en 1648, desde el lado neerlandés, se consolidó la percepción de que el apoyo ofrecido por los indios a Baltazar Cordes podía traducirse en una alianza y colonia permanentes en el sur de Chile. En efecto, la historia del éxito de Cordes alimentó el discurso en torno a la idea de que los indios chilenos representaban la mejor posibilidad de forjar una alianza antiespañola en Sudamérica, y reforzaron la selección del sur de Chile como el punto de partida para la conquista de todo el Virreinato Peruano (Baraibar 2013). Van Noort supo de la revuelta de 1599 y la publicitó con particular simpatía por los “valientes guerreros” mapuches que retomaron “su territorio”, con una “gloriosa victoria” sobre los enclaves españoles de Valdivia e Imperial, “en venganza de la tiranía y la esclavitud bajo las cuales España los hacía sufrir” (Schmidt 1999, 461-462). Esta narrativa abunda de la clásica retórica anticatólica de la revuelta neerlandesa, elogiando la destrucción de claustros e iglesias junto con sus “dioses españoles” e “ídolos papistas”, y en

el imaginario neerlandés, esto suponía que los indios podían ser catequizados en la “verdadera fe” (Schmidt 1999, 461-462).

Conforme pasaron los años, la ideología patriótica evolucionó hacia una geografía republicana que apostó por un genuino y costoso proyecto de “alianza” americana, y de la retórica rebelde surgió el más grande de los proyectos de conquista concebido hasta entonces: la Armada de Nassau (Schmidt 1999, 445). Esta idea tuvo notables ramificaciones, porque los neerlandeses apuntaron nuevamente a las posesiones españolas en América sobre la base de ideas preconcebidas de las motivaciones de los indios, que supuestamente requerían y recibirían gustosos el apoyo para pelear contra España. Los organizadores asumieron que podían “reanudar rápidamente la comunicación iniciada por Spilbergen” y “solidificar” la federación con los nativos, que creían negociada. Así, cuando la Armada navegaba por el Pacífico en 1624, el almirante L’ Hermite, que llevaba meses enfermo y confinado a su cama

siendo informado de lo cerca que estaban de la costa de Chile y del puerto de la isla de Chiloé (donde sus antecesores) habían sido recibidos por los habitantes con mucho afecto, (...) era de la opinión de que los chilenos también estarían dispuestos a unirse con él contra los españoles y deseaba que sus órdenes le hubieran permitido ir directamente a Chile. Pero sus instrucciones demandaban precisamente emprender la conquista del Perú (Burney 1813, 17).

La Armada se presentó frente al Callao el 8 de mayo, L’ Hermite murió el 2 de junio y, para fines de mes, el bloqueo que llevaba más de un mes y medio con tan pobres resultados que el nuevo comandante, Schapenham, no podía sentir más que vergüenza “del papel insignificante que estaba desempeñando con su gran fuerza” (Burney 1813, 25). Ciertamente no sabía qué hacer, y, para evitar evidenciarlo, pero con el genuino deseo de hallar una salida, propuso al consejo de mando supremo volver con toda la flota a Chile a buscar la alianza con los indios, pues “el comandante en jefe estaba bien informado del estado de Chile por un nativo del país, así como por el informe de muchos prisioneros. Los chilenos llevaban muchos años en armas contra los españoles. Valdivia, que habían tomado en 1599, aún estaba en su poder, y a fines del año de 1623 una tropa de cincuenta españoles había sido rodeada por ellos y hecha pedazos” (Burney 1813, 25-26). El plan se discutió seriamente:

En el presente año de 1624, las necesidades de las tropas españolas en Chile eran tan grandes como para propiciar un motín de los hombres contra sus oficiales. La infantería española tiene ventaja sobre la chilena por sus mosquetes, pero los chilenos son excelentes jinetes, y su caballería es muy superior a la española, y tan numerosa que suelen juntarse en cuerpos de tres

o cuatro mil hombres. Los militares empleados por los españoles en Chile están compuestos en su mayoría por malhechores sacados de las prisiones (Burney 1813, 25-26).

Con un panorama tan desolador, creían que la única razón por la que los españoles no abandonaban Chile era por miedo a que las huestes indias lleven la guerra al Perú.

Schapenham se concentró en los planes originales y, durante todo el mes de julio, dispuso los preparativos para invadir Chile (Anónimo 1625, 3). En la isla de San Lorenzo fabricaron tres galeotas grandes de entre doce y catorce remos, con dos o tres piezas de artillería en cada una. Pero un brote de escorbuto y otras enfermedades derivadas de la falta de provisiones y agua (que no hallaron en la isla), retrasó los planes. Se salvaron porque, causalmente, un marinero descubrió unas plantas verdes que crecían en la parte alta, y que, preparadas en sopas y ensaladas, resultaron tan buen remedio que la mayoría se repuso en pocas semanas.

Levantaron el bloqueo el 14 de agosto, luego de 98 días. Dos días después, mientras se preparaban para zarpar de Ancón (al norte del Callao), donde cargaron agua, escapó el francés Juan de Bulas y se entregó a los españoles. Declaró que, para entonces, el objetivo de la expedición era “...entrar en Chile e ir ganando la tierra con la ayuda de los indios”, y que “habiéndose fortificado en aquella tierra acometerá a Santiago, porque dicen no tiene más de ochocientos vecinos sin artillería ni murallas” (Anónimo 1625, 2-3). Mientras pedían refuerzos y provisiones a Holanda por vía del cabo de Hornos, “se sustentarían con las presas que cogieran en la isla de Santa María y otras partes” y, si no lograban conquistar Chile, irían a las Filipinas (Anónimo 1625, 2-3). A pesar de los reveses, la Armada conservaba poder y capacidad ofensiva “...pero ahora se admitía como un hecho indudable que los españoles contaban con demasiadas fuerzas como para ser atacados, y que no se podía esperar apoyo auxiliar de los nativos” (Burney 1813, 29). El 9 de septiembre, resolvieron que “aunque había grandes prospectos de éxito si iban a Chile, primero irían a Acapulco, obedeciendo sus instrucciones, para tratar de cazar los galeones de Manila. Y luego, considerando el estado general de la flota, determinarían si debían o no ir a Chile” (Burney 1813, 29). Tras una estéril campaña en costas novohispanas, Schapenham planteó por última vez volver a Chile y aliarse con los indios para levantar un asentamiento permanente. Pero la mayoría, desmoralizada, aquejada de diversos males y disgustada por su comportamiento “errático y cobarde”, rechazó definitivamente el proyecto, al punto de que, si Schapenham insistía, enfrentaría un motín de proporciones. Lo adverso de sus resultados en el Perú, y especialmente el desastre del segundo asalto a Guayaquil, lo convencieron de abandonar el plan de colonizar Chile y cruzar el Pacífico (Barros 1885, 189; Bradley 2008, 63).

Mientras tanto, el virrey Guadalcázar quedó frustrado porque su victoria no fue militar sino debida a las enfermedades, desmoralización y falta de mando firme y decidido de sus enemigos. El 8 de enero de 1625, antes de conocerse la suerte de la Armada de Nassau en Lima, se publicó un panfleto de cuatro páginas.²⁷ El documento, redactado seguramente para complacer al virrey y basado en declaraciones de Bulas y otros prisioneros y desertores, narra la falsa historia de que la Armada emprendió efectivamente la conquista de Chile, donde fue derrotada, y sus restos regresaron a Europa por la vía del cabo de Hornos. El curioso folleto concluye con la narración de lo que nunca pasó:

Fuese de aquí el enemigo y llevolo su fortuna a Chile (pecados suyos le llevaron). Y anduvo algunos días barloventeando por aquellas bahías y saltando en tierra en una isla despoblada, se puso muy despacio para hacer agua, abriendo pozos para ello por espacio de seis días no pudo encubrirse tanto que no fue sentido. Salieron del puerto de la Concepción, lugar principal de aquel reino, quinientos infantes por la parte de tierra, y, dando el enemigo, le mataron los nuestros más de cuatrocientos infantes, de modo que la poca gente que le quedó, retirándose al mar para embarcarse, no tuvieron lugar de hacerlo, que en la misma playa acabaron con el resto de la gente que había quedado del enemigo, con pérdida de cuarenta hombres de los nuestros. Seis naos del enemigo que andaban barloventeando a la mira de este presagio y desdicha largaron las velas y dentro de una hora no se parecía ninguna en todo aquel puerto, no jamás hubo nombre de ellas, con que entiendo llevaron la nueva triste a su tierra, y los nuestros quedaron celebrando la victoria para gloria y honra de Dios Nuestro Señor (Anónimo 1925, 4).

Desde entonces, los neerlandeses identificaron y anhelaron conquistar Valdivia como el puerto seguro al otro lado del Pacífico para completar el circuito comercial con su colonia de Indonesia. La idea no se concretó en un proyecto sino hasta 1643, con la expedición de Hendrick Brouwer y Elías Herckmans.

1.4. Brouwer, Herckmans y el último intento alianza con los indios chilenos

Como colofón de la historia de la alianza imaginada por los neerlandeses con los indios americanos para derrotar al Imperio Español en Chile y Perú, está la expedición a conquistar Valdivia de Hendrick Brouwer y Elías Herckmans. El fracaso de la Armada de Nassau supuso

²⁷ El título completo de este documento es: “Insigne victoria que el señor marqués de Guadalcázar, virrey en el reino del Perú ha alcanzado en los puertos de Lima y Callao contra una armada poderosa de Holanda despachada por orden del conde Mauricio. Dase cuenta de cómo el enemigo llevaba intento de coger la plata de Su Majestad y el desastrado fin que tuvo por mano de los españoles. Avísase también de una declaración que hizo un soldado del enemigo, francés de nación y en su profesión católico, llamado Juan de Bulas, que huyó de su ejército ante el señor virrey” (Anónimo 1625, 1).

que el gobierno de las Provincias Unidas desistió de más esfuerzos para tratar de establecer una alianza con los indios del sur de Chile con miras a fundar una colonia permanente, y la WIC concentró sus esfuerzos en las costas atlánticas de América y África. Durante casi dos décadas fueron pocos los barcos neerlandeses que se aventuraron en el Mar del Sur, hasta que emprendieran otra misión de conquista de Chile, lo cual prueba que, pese a los fracasos anteriores, no habían perdido interés ni esperanza de lograr tal propósito. El intento final de forjar una alianza formal con los indios, que fue decisivo en muchos aspectos y resultó ser el último, fue también el más ambicioso, y produjo resultados paradójicamente más alentadores y a la vez decepcionantes que los anteriores (Schmidt 1999, 460).

Hendrick Brouwer, marino y burócrata, fue un funcionario de la VOC con importantes credenciales: director en Ámsterdam y jefe de su factoría en Japón. Fue también empleado de la WIC y gobernador general de Batavia (Yakarta) entre 1632 y 1636. Estaba convencido de la posibilidad de ocupar el abandonado puerto fluvial de Valdivia con el auxilio de los indios de la zona, que expulsaron a los españoles en 1599, se mantenían en pie de guerra y fungían de dueños absolutos del lugar. Una vez establecidos allí, Brouwer creía en la vieja tesis de que podían avanzar al norte, apoderarse del resto de Chile y llegar al Perú. En efecto, según declaraciones efectuadas meses después por un prisionero de la expedición llamado Antonio Juan, "...siempre oyó decir que la causa que había movido a venir de Holanda a poblar el dicho puerto era la opinión que allá había corrido de que había mucho oro en Valdivia. Y que estando allí vendrían muchos navíos a esta opinión del oro, y juntamente a buscar la plata y riquezas que hay en las Indias, porque en sus tierras se dice que de ellas sale mucho tesoro para España" (Medina 1923, 421). Fue esta perspectiva la que conquistó el interés la WIC, y aunque Brouwer no fue el primer neerlandés que seleccionó Chile, y en particular Valdivia, para establecer una colonia permanente en Sudamérica, si fue quien hizo más esfuerzos para hacerla realidad (Schmidt 1999, 461).

La propuesta no despertó demasiado interés en el gobierno de las Provincias Unidas, aunque el príncipe Guillermo II de Orange participó en la preparación de la flota, proporcionando a Brouwer cartas credenciales y regalos ceremoniales para los caciques nativos (Schmidt 1999: 461). Pero Brouwer encontró oídos en Juan Mauricio de Nassau-Siegen, gobernador del Brasil Neerlandés, y con ese apoyo zarpó de Texel el 6 de noviembre de 1642, con tres naves, hacia Pernambuco, donde ancló el 22 de diciembre. Ahí armó una escuadra de cinco navíos y seiscientos tripulantes, la mitad soldados y la otra marineros y artilleros, y partió al Pacífico el 15 de enero de 1643. Como segundo comandante iba Elías Herckmans, hombre culto y con

experiencia militar y administrativa, antiguo gobernador de Paraíba en Brasil. No llevaban el gran armamento de las expediciones precedentes, pero sí muchas herramientas, carpinteros y herreros, con miras a solicitar por última vez un tratado de cooperación con los indios chilenos (Schmidt 1999, 460-461).

La flota dobló el cabo de Hornos en la primavera de 1643 y navegó a lo largo de la inhóspita costa del sur de Chile, donde perdió el más importante de los barcos: una urca cargada con la mayoría de provisiones. El percance resultó fatal, pues según declaró el rehén Antonio Juan, “la urca no traía otra cosa más que bastimentos, que cuando salieron del Brasil era provisión para trece meses. Y (...) se perdió antes de llegar a Chiloé, por lo cual fueron quitando de la ración ordinaria de toda comida una libra cada semana a toda la gente” (Medina 1923, 415). Sin embargo, la flota prosiguió, y el 30 de abril avistó la isla de Chiloé, en cuya parte norte ancló el 9 de mayo. Fondeados en el lugar que bautizaron como Brouwershaven,²⁸ vieron por vez primera a los “aliados”, con quienes tuvieron una serie de curiosos encuentros, semejantes a una extraña comedia de modales diplomáticos (Schmidt 1999, 464-465). Primero les dejaron una bandera blanca, un cuchillo y una cadena de coral. Los indios inspeccionaron las ofrendas, y, sin ceremonia alguna, las arrojaron a un río. Pocos días después, una delegación se presentó a caballo para reprocharles sus malas intenciones, primero en lengua nativa y luego en castellano. Esto molestó a Brouwer, que cambió la bandera blanca de paz por una roja de guerra, hizo disparar cañones, y mandó una tropa al interior, que regresó con una anciana y dos niños indígenas prisioneros, de quienes no obtuvieron información por desconocer su lengua. Según el rehén Antonio Juan, recién en este punto Brouwer hizo una junta y reveló a sus hombres la misión de poblar Valdivia, pues “antes de leer la dicha instrucción y orden, (...) el general de la armada preguntó a una mujer y algunos indios que prendieron para tomar lengua si Valdivia estaba poblada por los españoles” (Medina 1923, 421). En las semanas posteriores, los indios se mantuvieron distantes, observando a los neerlandeses desde las colinas. La supuesta alianza degeneró en una dinámica de “huir y comer”, pues los indios huían cada vez que los neerlandeses desembarcaban, mientras estos se comían las vacas y ovejas que los indios les dejaban en la costa (Schmidt 1999, 464-465).

La noche del 19 de mayo, una tropa española atacó repentinamente un barco con fuego a artillería, obligándolo a apagar las luces para no delatar su posición. La mañana siguiente, un destacamento neerlandés desembarcó para enfrentarse con noventa españoles, dejando seis

²⁸ Refugio de Brouwer o bahía Brouwer (Bradley 2008).

muertos e igual número de heridos neerlandeses. Una segunda batalla, el 25 de mayo, terminó con la vida de Andrés Muñoz de Herrera, corregidor de Castro, y la captura, saqueo y destrucción del pequeño fuerte de Carelmapu en la costa continental de Chile, sus sesenta soldados y dos piezas de artillería. Desde ahí despacharon una barca con siete hombres y sal a Chiloé, para curar la carne de las vacas que ahí despostaron. También llevaban “siete mosquetes, treinta picas y veinte espadas anchas para dar a los indios que se habían confederado con los holandeses”, pero les agarró un temporal en la costa de Lacuy, “de manera que se rompió el árbol y la barca se hizo pedazos” (Medina 1923, 412, 423). Los siete sobrevivieron y lograron llegar la costa chilota, donde escondieron las armas que quedaron, pues “las picas se hicieron pedazos contra la costa”, amarraron los mosquetes y espadas al árbol de la lancha para evitar que caigan por la borda, y los escondieron tierra adentro. Permanecieron cinco días de hambre, hasta que el 30 de mayo unos indios y mestizos encontraron y quemaron la lancha, cogieron las armas, y mataron a todos menos a uno, que, porque dijo ser católico “cogieron vivo con dos cuchilladas en el rostro y cabeza”, y condujeron ante el cabo de la provincia. El prisionero declaró en Concepción, el 23 de noviembre, ante el gobernador Francisco López de Zúñiga, marqués de Baidés. Dijo llamarse “Antonio Juan” ser holandés de veinticuatro años, natural de “Bolduque” en Brabante, “despensero y da razón de todo por menor, por ser muy práctico y haber corrido las dos partes del mundo” (Medina 1923, 412, 423).

Brouwer pretendió atacar el fuerte de San Miguel de Calbuco, pero un aliado indígena le advirtió de los muchos escollos que había en la rada, por lo que el 30 de mayo dirigió su atención a Castro, donde se presentó el 5 de junio. La mañana siguiente bombardeó el poblado, y los cien defensores, mal pertrechados y dirigidos por el viejo encomendero Fernando de Alvarado, huyeron luego de quemar algunas casas, dejando vacíos y destechados la iglesia y demás edificios públicos. Los neerlandeses desembarcaron y saquearon lo poco que quedaba, incluyendo manadas de muchas ovejas y llamas (Anónimo 1923, 163; Mercado 1985, 86). Reembarcaron el 8 de junio y el 13 recalaron en la isla de Quinchao, donde saquearon y quemaron una pequeña nave y capturaron a un puñado de españoles, que liberaron luego de interrogarlos.²⁹

²⁹ Uno de estos prisioneros se llamaba Juan Mascarenhas Sousa, de origen portugués pero nacido en Quito, quien dijo tener 68 años y haber servido cuarenta en Chile: siete en Concepción y 33 en Carelmapu. Dio a los neerlandeses importante información sobre la administración de Chiloé y las riquezas en oro que había en Osorno y Valdivia, despertando su ambición y expectativas (Mercado 1985, 87 nota 71).

A mediados de julio, Brouwer finalmente progresó en las negociaciones con los indios. Alardeando su clemencia, soltó a una familia que tenía cautiva, cuya liberación demoró sólo para relatarles “las numerosas tiranías y malos tratos sufridos por los neerlandeses (a causa de los españoles)”, y les conminó a transmitir a sus compatriotas “que (los neerlandeses) éramos sus amigos y enemigos de Castilla” (Schmidt 1999, 465). Tal gesto dio resultados, pues el 19 de junio subieron a bordo dos caciques: don Diego, jefe de Carelmapu, y don Felipe, de Lacuy, en calidad de “embajadores” de los indios, y sostuvieron una larga entrevista con Brouwer, que les habló de la natural afinidad entre “sus dos naciones”, la antipatía compartida hacia España y las “múltiples razones” para acordar una alianza. Intrigados, los caciques escucharon con tediosa paciencia, aunque el diario neerlandés reportó que recibieron el sermón de Brouwer con “especial felicidad”. Aunque, indudablemente, lo que les emocionó fue ver la colección de armas que recibirían como parte del trato (Schmidt 1999, 465). Respondieron que hacía tiempo que, para escapar de la tiranía española, pensaban dejar Chiloé por Valdivia, y que no lo hicieron antes por los rumores sobre la amistad y socorro que recibirían de los neerlandeses, y “quedaron especialmente satisfechos”, según el diario. Aquí las negociaciones dieron un extraño giro. Cuando supieron que el objetivo de Brouwer era Valdivia (en manos indígenas), le ofrecieron su asistencia, y pidieron que los lleve en barco con toda su gente, pues los ríos crecidos y las tropas españolas impedían ir por tierra. Brouwer aceptó, les regaló espadas y picas y despidió “muy contentos” el 22 de julio (Schmidt 1999, 465). Al cabo de nueve días, el 28 de julio, volvieron los caciques con un regalo especial para Brouwer: la cabeza de un soldado español degollado hacía catorce días, “¿puede adivinarse fácilmente qué olor tan agradable emitía esta cabeza!”, comentó con ironía el diarista neerlandés (Schmidt 1999, 465). Diplomáticamente, Brouwer aceptó el “obsequio” y acordó armarlos y transportarlos, junto con sus séquitos, a Valdivia. Un mes después, el 21 de agosto, la flota dejó Chiloé para navegar por tres días y más de trescientos kilómetros hacia Valdivia, con 470 hombres, mujeres y niños indios que juraron lealtad a los neerlandeses “para ser liberados de la intolerable tiranía de España” (Schmidt 1999, 465-466).

Entretanto, el gobernador recibió reportes de Gaspar Álvarez, un espía español que vivía entre indios en Toltén, sobre la presencia de neerlandeses en Valdivia y la traición de los indios, y no dudó de su veracidad, pues “con la enemiga que nos tienen, se puede muy bien entender así” (Medina 1923, 404). Baidés ofreció la libertad al indio rebelde Talcalab, a cambio de llevar una carta para Álvarez. Talcalab debía averiguar todo sobre la invasión, y, mientras Baidés esperaba su regreso, llegaron otros indios a contarle “ser voz común en toda la tierra

que los enemigos holandeses están poblando y fortificando en aquel puerto, y que no hay otra cosa, y dicen haberlo oído a otros indios y caciques que estuvieron en aquel puerto y los vieron y comunicaron. Y esto mismo se ha dicho en todas las fronteras por otros indios que han llegado a ellas” (Medina 1923, 403). No cabía duda de una alianza a gran escala entre varias tribus indias de la Araucanía y los neerlandeses, pues “los indios de la tierra, todo lo que corre desde Valdivia a Osorno y la Villarrica hasta la Imperial” estaban dispuestos a ayudarles, sembrar cementseras, darles ganado “y otras cosas para su bastimento” (Medina 1923, 404).

Despachó un barco al Callao para alertar al virrey Pedro de Toledo y Leiva, I marqués de Mancera:³⁰ “(la) nueva de haberse alzado las dos reducciones de indios de Carelmapu y Lacuy con sus mujeres e hijos y robado cuanto había quedado, y embarcado con el holandés para Valdivia” (Medina 1923, 410). En contubernio con “los indios enemigos”, sin duda el corsario se apoderaría de Valdivia “y desde el dicho puerto será señor de estas mares, haciéndose dueño de él” (Medina 1923, 405). Las ciudades de Arauco y Concepción estaban en la mira, y “no se duda que se ha de ver este reino en grandísimo aprieto por la poca defensa que tiene” (Medina 1923, 404). La situación era grave, considerando los escasos hombres y armas disponibles, y que sería necesario dividirlos para defender Concepción de los indios por tierra y los neerlandeses por mar, además de mantener las tropas más al sur. Y si conquistaban Concepción, “que tan desmantelada está, y donde ha de echar todas sus fuerzas”, se adueñarían de todo el reino (Medina 1923, 404-405). Entretanto, el prisionero Antonio Juan fue conducido a Lima, donde depuso ante la Audiencia y el inquisidor Juan Andrés Gaitán el 27 de diciembre de 1643. Sus declaraciones resultaron ser la mejor fuente que tuvieron los españoles para conocer los pormenores de la expedición: “oyó decir (...) que había mucho oro, y que lo hacían para ir de allí ganando otras tierras, y que tiene por cierto que poblándose en Valdivia no se han de contentar con solo aquello, y más habiendo venido de tan lejos a traer la dicha población” (Medina 1923, 410, 417-418, 420).

Claramente, los españoles percibían que los indios consideraban a los neerlandeses como libertadores, pues “se les oye decir que ha venido quien les ha de sacar de trabajos”, que “se han de levantar, y tras ellos los yanaconas y encomendados”, y que “el gobernador y esta ciudad (Concepción) están perdidos” (Medina 1923, 405). Aunque, probablemente, lo que

³⁰ El marqués de Mancera, gobernador y capitán general de Galicia desde 1631 y de Orán desde 1637, fue nombrado virrey del Perú en 1638 en reemplazo del conde de Chinchón. Zarpó de Cádiz el 20 de mayo de 1639 en la flota de Jerónimo Gómez de Sandoval. Entró públicamente en Lima el 18 de diciembre y gobernó por ocho años, nueve meses y dos días, hasta el 20 de diciembre de 1648 (Zaragoza [1883] 2005, 238).

pasaba es que unos cuantos hábiles caciques esparcieron y exageraron los rumores para asustar al gobernador, llevándole a pensar que, gracias al apoyo neerlandés, se produciría un inminente levantamiento general contra el régimen español. Así, los indios jugaban con ambos bandos para finalmente apoyar al que resulte ganador. Si fracasaba la alianza con los neerlandeses, podían luego ofrecer su adhesión a los españoles como garantes de su “soberanía imperial” en la extensa Araucanía frente a la codicia de otros europeos, para luego negociar favores y prebendas de la Corona Española, de forma que puedan mantener la autonomía en tierras que prácticamente les pertenecían.

En medio del pánico español, una noticia ensombreció el aparente triunfo neerlandés: “estando en el Carelmapu, murió un soldado de enfermedad que le dio, y el dicho general Henrique de Braur también cayó enfermo, como era muy viejo”, y “que el dicho general Henrique de Braur había muerto de la dicha enfermedad y que le habían metido en una caja y embalsamado, y esta prevención la traía siempre, porque decía que había de navegar hasta morir en la mar y bien se echaba deber, pues siendo, como era, tan viejo e impedido no se había retirado de navegar habiendo tenido tantos puestos” (Medina 1923, 417-418). En efecto, Brouwer murió el 7 de agosto, manifestando “el deseo ferviente de que su cuerpo fuese enterrado en Valdivia” (Guarda 1953, 59).

El 18 de agosto Elías Herckmans fue formalmente investido como nuevo jefe expedicionario, que condujo la flota a la desembocadura del río Valdivia el 24, remontó el río y llegó el 28 frente a las ruinas de la antigua ciudad. Alrededor de quinientos europeos y unos 470 indios de Carelmapu y Lacuy con sus caciques fueron cordialmente recibidos por los indios valdivianos, que visitaron frecuentemente los barcos, pero no siempre con buenas intenciones. Mientras los neerlandeses discutían las estrategias para contener un eventual ataque español, los indios estaban más preocupados de trivialidades, “muy impresionados con el tamaño de los barcos, pero también muy ladrones (de sus contenidos) y deseosos de hierro. Todo vieron (...) de su gusto, incluidas las brújulas, que arrancaron de las bitácoras”, forzando a Herckmans a poner centinelas y ocultar los objetos de valor (Schmidt 1999, 466). También optó por eludir a los caciques y presentar sus peticiones directamente al pueblo. El 29 de agosto desembarcó con dos compañías de soldados, hizo reunir una multitud de más de trescientos indios y pronunció “una excelente arenga y oración”. Se explayó explicando el propósito de la expedición, y, para solemnizar del acto, presentó y entregó “cartas credenciales” del príncipe de Orange, junto con obsequios para el cacique de mayor rango. Se

despidió “cortésmente”, “después de muchos discursos de la fidelidad que (les) demostrarían en la lucha contra España” (Schmidt 1999, 466-467).

El 3 de septiembre Herckmans celebró un nuevo parlamento, donde volvió a exhibir las credenciales del príncipe: “Bajo un cielo azul, y frente a aproximadamente 1.200 chilenos” pronunció un grandilocuente discurso, dramático y decisivo, sobre la imperante necesidad de que “ambas naciones” se refuercen mutuamente en contra del Imperio Español. Ensalzó la fama y reputación de los indios chilenos por su devoción hacia la libertad y su resistencia, recordando “que los neerlandeses también habían enfrentado a los españoles durante casi ochenta años para mantener su libertad” (Schmidt 1999, 467). Ahí propuso un tratado formal, según el cual los neerlandeses proporcionarían armas y otras “mercancías” no especificadas a los indios, mientras que éstos les darían “provisiones” y otros productos (tampoco especificados), además de trabajar en la construcción de una empalizada. Más concretamente, los indios intercambiarían ganado por mosquetes. Tal era el optimismo, que Herckmans manifestó su convencimiento de que, con el tiempo, los indios peruanos se le unirían en una enorme confederación, acorralarían a los españoles, conquistarían América y desplazarían la hegemonía mundial de los Habsburgo. Tal vez para dramatizar la escena (según el diario neerlandés), cada cacique “besó” la carta del príncipe, maravillado de la distancia que había recorrido (Schmidt 1999, 467).

El 16 de septiembre sepultaron el cuerpo embalsamado de Brouwer “en la plaza del alojamiento” (Rosales 1674/1877, 85) y enviaron al navío Ámsterdam de vuelta a Pernambuco para informar de la feliz llegada de la expedición a Valdivia y pedir refuerzos para la nueva colonia. Todo parecía marchar según los planes, pero la débil alianza no tardó en resquebrajarse: “Después de estos y otros discursos (...) los neerlandeses finalmente (y con cautela) revelaron los fines y designios para los cuales también habían traído sus armas acá, es decir canjearlas principalmente por oro” (Schmidt 1999, 467). La sola mención del mineral, de forma tímida y un tanto digresiva, tuvo el efecto de un baldazo de agua fría en los indios, pues detuvo la indulgente atención de los caciques y malogró bruscamente toda negociación. Confrontados con la trillada demanda de oro por parte de los europeos, los caciques “negaron unánimemente todo conocimiento acerca de minas de oro”, temiendo, sin duda, que, de encontrar metales preciosos, estos “blancos” los pondrían a trabajar en mitas como los españoles. Para disgusto de los neerlandeses, ahora fueron ellos quienes recibieron un sermón sobre la mala experiencia de los indios con los tributos impuestos por la Corona Española en el marco de la explotación minera. Herckmans trató de calmar los ánimos prometiendo

precios justos y buena mercadería por el oro, pero todo resultó en vano. “En ese momento los caciques se miraron y no ofrecieron más respuestas” (Schmidt 1999, 467). En efecto, los indios chilenos, al principio solícitos, luego ignoraron las propuestas de supuestos “libertadores” demasiado parecidos a los españoles, y la asamblea se disolvió sin el intercambio de armas, alimentos y buena voluntad.

Pese a toda la propaganda, las semanas pasaban y los indios se resistían a establecer una alianza sólida. Más bien, el hecho de que la presencia neerlandesa sería permanente, causó suficiente temor y sospecha de que pronto los esclavicen, como para que los indios decidan, eventualmente, atacar primero. Un día los caciques rescindieron la oferta de provisiones, cosa fatal por la pérdida de las que traían en la urca que se desvaneció por los canales de Chiloé. A la falta de cooperación y fría hostilidad de los indios, se sumó el hecho de que no encontraron lavaderos de oro, salitre, tintas para teñir telas y vicuñas, con las que previeron financiar la expedición (Schmidt 1999, 467). Además, se evidenció que la muerte de Brouwer, el verdadero motor de la expedición, afectó la moral de los nuevos colonos, y surgieron signos de rebelión, al punto que Herckmans tuvo que castigar a 52 hombres,

(que) no supieron en todo el viaje a dónde venían, hasta que habiendo llegado al puerto de Lacuy, en la provincia de Chiloé, estando juntas las naos, el general hizo tocar la campana sin que nadie supiese para qué, y estando junto al árbol mayor, los capitanes y mucho concurso de gente, abrió un papel, que era la instrucción y orden de lo que había de hacer, dada por el príncipe de Orange y los Estados de Holanda, la cual se leyó en público, y se decía era orden para que fuere a poblar en el puerto de Valdivia (Medina 1923, 415).

Muchos provenían de los presidios del Brasil y otros tantos eran mercenarios profesionales franceses, ingleses, alemanes (e incluso portugueses) que trabajaban por una paga, antes que neerlandeses nacionalistas comprometidos con la expansión colonial de su Patria (Medina 1923, 414). Reclamaban porque los reclutaron a sueldo por siete meses para un viaje de ida y vuelta, sin decirles a dónde iban “y (...) cuando se abrió la orden y supieron que los traían para poblar en estas partes lo sintieron grandemente” y “todos los soldados quedaron muy desabridos”, pues “si no es sacándolos por engaño, no vendría nadie a estas partes por el riesgo grande que tiene el viaje y porque todos han de entender que, una vez puestos acá, no han de volver a sus tierras” (Medina 1923, 420). Daban por otras razones que no había más que una mujer europea, la esposa del dueño de la urca, y temían que, si caían presos de los españoles, no habría rescate ni intercambio de rehenes como se acostumbraba en Europa.

Aunque permanecieron en Valdivia hasta mediados de octubre, estas adversidades terminaron con la búsqueda de alianzas con los indios y la expedición. Con sus hombres acosados por el hambre, desertiones y el riesgo de un motín total, el 13 de octubre Herckmans decidió volver a Pernambuco. Al siguiente día remitió una carta de despedida para “su aliado” el cacique Juan Manqueante, explicándole que la falta de alimentos le obligaba a abandonar Valdivia, y pidiéndole que, si encontraba a cuatro desertores escondidos en el bosque, los detenga y ejecute antes de que lleguen (como pretendían) a Concepción a revelar al gobernador la situación vulnerable de la expedición:

Al muy valeroso señor Manqueante, cacique de Mariquina, mi amigo.

Señor, con gusto y deseo hemos recibido el mensaje que Vuestra Merced por los tres hombres nos ha enviado. A eso respondemos ahora cómo nosotros estamos aquí muy apretados de (los) mantenimientos que nos prometen los de la tierra aquí cada día, pero nada se pone por obra. Y considerando que aquí hubiéremos de morir de hambre, hemos hallado bien en nuestro consejo de partirnos de aquí con nuestros navíos, y ver si podremos alcanzar algo sobre enemigo nuestro: el español a Santa María de la Concepción.

La poquedad de mantenimientos en comida nos ha hecho jaque de nuestros soldados, algunos son huidos, aunque hasta ahora no han padecido hambre. Y si por ventura algunos de ellos vinieron a (...) tierras de Vuestra Merced, no se les dé pasaje, más, queriéndonos hacer merced, matar todos cuantos se hallaren por el campo, y no solamente Vuestra Merced (...) lo haga, más enviad a saber a todos los caciques circunvecinos de hacer lo mismo, porque ellos irán a la Concepción, sin duda, a avisar al español de nuestro estado, (de) cómo Vuestra Merced y otros caciques han contratado con nosotros. Y persisto encomendamos otra vez de no dejar alguno de ellos en vida, quienquiera que fuera, porque nosotros no enviaremos a ninguno sin que yo mismo venga o el fiscal. Todo lo demás hemos ya dicho verbalmente a los tres mensajeros, y con eso deseamos a Vuestra Merced salud y buena vida. Hecho en Valdivia, a 14 de octubre de 1643 años. Amigo de Vuestra Merced, Elías Herckmans, general (Medina 1923, 409).

Herckmans desembarcó el 19 para despedirse de los caciques amigos, que le expresaron su pesar por la partida “lamentando no haberle podido entregar más víveres” pues, si les anunciaba su visita con al menos con dos años de anticipación, hubieran sembrado lo suficiente como para alimentarlos. Frustrado, Herckmans no discutió, aunque en el diario consta la notable abundancia de ganado, granos y frutas en la región (Schmidt 1999, 467). Los tres barcos dejaron Valdivia el 28 de octubre, prometiendo regresar a poblar la tierra con más gente y medios, para lo cual se llevaron “algunos indios de aquella parte” para convencerlos

“de muchas novedades y advertencias que llevan apuntadas para formar una gran conquista en aquellas costas”, que consideraban de gran clima, con mucho ganado y, sobre todo, “con noticias de minas y esperanzas ciertas de acercarse al cerro del Potosí” (Medina 1923, 398). La flotilla ancló en Pernambuco el 28 de diciembre, para enterarse del arribo del Ámsterdam tres semanas atrás. En el puerto estaba el navío Hollandia, listo para zarpar hacia Valdivia con refuerzos y provisiones, mientras que el yate Cazador se aprestaba a viajar a las Provincias Unidas a informar de la nueva colonia (Anónimo 1923, 216; Mercado 1985, 89). El fracaso supuso acusaciones e investigaciones en contra de Herckmans, que murió antes de ser procesado. Este fiasco final en las remotas costas de Chile, obligó a los neerlandeses a aceptar el fracaso acumulativo de tres cuartos de siglo buscando una alianza con los indios chilenos (Schmidt 1999, 461). Después de la Paz de Westfalia se publicó un informe de la expedición, señalando que “liberaron a los chilenos”. Sin embargo, el autor reconoce sinceramente el fracaso específico de la misión y general de la política de alianza con los indios: “Todo (...) les agradó bastante, pero tan pronto como comenzaron a decir que habían llegado a trocar por oro (que era el único motivo de la WIC) sus caciques o jefes comenzaron a disculparse, (diciendo) que durante muchos años no habían tenido ni buscado oro” (Schmidt 1999, 467). Finaliza admitiendo la derrota de forma notable y sincera: “este viaje que el general Brouwer consideró de tan gran consecuencia llegó a un final totalmente infructuoso e ineficaz” (Schmidt 1999, 467).

Pero antes de conocer este desenlace, el gobernador chileno suponía, alarmado, que la alianza se consumó, y reportaba al virrey que “...lo principal es procurar por todos los medios deshacer esta liga para que los enemigos de tierra no den a los holandeses socorro de bastimentos”, cosa que intentaba por todos los medios (Medina 1923, 428). Considerando que el éxito de la conquista neerlandesa dependía de la alianza, emprendió una estrategia de coerción y consenso para inclinar la balanza a su favor, utilizando tanto el “poder blando” como el “duro”: premios para los leales e España y acoso para los simpatizantes del enemigo. Como ejemplo de poder blando, regó la voz de que los neerlandeses eran peores que los españoles, pues solo buscaban oro, y si lo encontraban traerían más gente y pondrían a los indios a trabajar en minas, “que es lo que ellos aborrecen” (Medina 1923, 428). En efecto, buen conocedor de la psicología y sentimientos de los rebeldes, envió mensajeros “así indios como españoles” para informar “a los indios enemigos que (los neerlandeses) solo vienen a la noticia de las minas de oro de Valdivia, y que cuando estén fortificados y con mucho número de gente les han de hacer trabajar en ellas y en otros oficios serviles” (Medina 1923, 428). Los

recados iban acompañados de “agasajos”, “deseando, asimismo, encaminarlos a la obediencia de Su Majestad, y que se den medios a su reducción y pacificación del Reino, intentando por todos caminos que no pase adelante esta unión” (Medina 1923, 428). En otra ocasión, tuvo que “soltar a un indio de los enemigos que tenía preso, por haberse ofrecido a ir por tierra, y que traería nuevas y señales ciertas de lo que hay en Valdivia, a quien por ello he ofrecido otras muchas pagas” (Medina 1923, 399).

Como ejemplo de poder duro, dispuso “el castigo que se ha de dar a algunos de los que se han confederado con el enemigo”, de manera que, “...experimentando, por una parte, el castigo y por otra mi agasajo, (...) muchos aclaman será posible les venza la fuerza de la razón” (Medina 1923, 428). Obviamente “la razón” -que para el gobernador era apoyar al Imperio Español-, se impuso por fuerza. Apenas se fueron los neerlandeses, envió a Valdivia mil soldados a caballo e infantería con “amigos indios (...) a castigar (a) los que habían hecho amistad con el holandés” (Medina 1923, 411-412). En la batalla murieron más de cincuenta “indios enemigos” y 350 hombres, mujeres y niños prisioneros fueron llevados a declarar en Concepción. Ahí supo que 47 europeos desertaron y quedaron “en poder de los indios que estaban confederados con (el enemigo)”. Los caciques los entregaron a los españoles, pues Herckmans los había tratado “malísimamente de obra y palabra”, ahorcando a siete (Medina 1923, 411-412). Esto disgustó al cacique principal “y los demás indios de guerra se habían ofendido mucho, y dado a entender su sentimiento al holandés”, tras lo cual se negaron a devolver otros cuatro (Medina 1923, 411-412). Este episodio atizó la antipatía de los indios hacia los neerlandeses, pues concluyeron que, si Herckmans maltrataba así a los suyos, con el tiempo trataría peor a los indios, y la tensión precipitó su regreso a Pernambuco. Por otro lado, sabiendo de los cuatro desertores en manos de los rebeldes, el gobernador envió de emisarios a unos indios amigos “...que pidiesen a los de guerra a los cuatro soldados del enemigo, ofreciéndoles crecido rescate”, asegurándoles que les daría buen trato y respetaría sus vidas (Medina 1923, 411-412). Los indios entregaron por lo menos a uno, que consta como Yosipo Lameres, holandés de veintitrés años y protestante, que declaró el 21 de agosto en Concepción y el 20 de septiembre en Lima (Medina 1923, 423).

Aunque el resto de la Araucanía permaneció en un intermitente estado de guerra, los españoles retomaron Valdivia. Y como acto simbólico indispensable de la recuperación de su soberanía sobre el territorio, previo al repoblamiento con buenos cristianos, desenterraron y quemaron el herético cadáver de Brouwer:

el capitán D. Alonso Mujica, yendo a reconocer aquel puerto, quemó el cuerpo del hereje (General Braut) y de su sepultura nació después un hermoso maqui, árbol de muchas utilidades y de cuya fruta hacen los indios muy sabrosa cerveza o chicha (...) que quiso Dios con aquel árbol dar por bien hecho el castigo y que en tierra tan santa no estuviese tan maldito cuerpo, y así después de desenterrado y quemado nació aquel hermoso árbol (Rosales [1674] 1877, 85).

El 3 de diciembre de 1643, el gobernador agradecía al virrey Mancera por el “desvelo y brevedad con que Vuestra Excelencia se ha servido de enviar a la provincia de Chiloé y ciudad de Santiago los socorros de armas, municiones y bastimentos, de que tanto necesitaba” (Medina 1923, 429). Y pedía más ayuda “para deshacer la unión que tienen los enemigos de Europa con los de tierra”, para lo cual estaba haciendo muchas diligencias, pues “sin ellos (los neerlandeses) no han de poder lograr sus designios, antes, en la ocasión que se ofreciere, experimentarían la poca fe y amistad que estos indios (nos) guardan (a los españoles)” (Medina 1923, 429). En respuesta, el 31 de diciembre de 1644, a poco más de un año de la partida de Herckmans, Mancera despachó una armada de doce galeones muy bien pertrechados, al mando de su hijo (Guarda 1953, 72-73). La flota ancló en Valdivia el 6 de febrero de 1645 con un contingente de novecientos soldados. Después de algunas escaramuzas, en donde murieron tanto indios como españoles, y la negativa inicial de dar provisiones, los soldados impusieron la paz y repartieron agasajos al cacique Juan Manqueante y su hijo don Antonio (antiguos “aliados” de los neerlandeses), luego de lo cual muchos indios se retiraron discretamente, mientras otros aceptaron quedarse bajo la autoridad imperial (Guarda 1953, 74, 77-78). Durante la década siguiente, los españoles reconstruyeron Valdivia y la rodearon de una impresionante colección de fortificaciones en la desembocadura del río y tierra adentro. Las primeras diseñadas para protegerse de extranjeros que lleguen por mar, y las segundas para enfrentar ataques indios desde tierra, y ambas para garantizar la frágil soberanía española en el área de Valdivia, rodeada por la indómita Araucanía en poder de los indios e intermitente guerra hasta principios del siglo XX.³¹

³¹ Valdivia, en manos de indios rebeldes de 1599 a 1645, se volvió inexpugnable bajo soberanía española, y a principios del siglo XIX era uno de los bastiones más fieles a la Corona. Pudo ser capturada sólo a inicios de febrero de 1820 por una fuerza patriota de 350 hombres liderados por el almirante Thomas Cochrane, que derrotó a más de 1.600 realistas (Guarda 1953, 244-251).

Capítulo 2. Espías e informantes

La historiografía de las últimas tres décadas, que muestra un renovado interés por el estudio de los extranjeros en Perú, desde dos perspectivas: cómo fueron percibidos y qué posibilidades y estrategias de asimilación tuvieron en la sociedad. En cuanto a las percepciones, destacan los artículos: “Herejes marginales e infectos: extranjeros y mentalidad excluyente en la sociedad colonial (siglos XVI y XVII)”, de Fernando Armas (1997), “El Perú y el mundo exterior. Extranjeros, enemigos y herejes (siglos XVI-XVII) de Peter T. Bradley (2001), y “El enemigo frente a las costas. Temores y reacciones frente a la amenaza pirata, 1570-1720”, de Ramiro Flores (2005). Mientras tanto, en lo que se refiere a las posibilidades y estrategias de asimilación, desde la mirada de la práctica social, destaca la obra *Vecinos y extranjeros. Hacerse español en la Edad Moderna* (2006) de Herzog.

El trabajo de Armas (1997) explica la construcción de la imagen de los extranjeros desde la mentalidad cultural, política y religiosa de las autoridades castellanas. Desde esta perspectiva, la Corona estaba llamada a defender la unidad de la fe cristiana frente al otro: judío, musulmán, “herejes de los países del norte”, falso converso, extranjero (Armas 1997, 356-359). Esta mentalidad, construida en la vieja España pasó al Perú, donde abundan las referencias a las incursiones de piratas y corsarios procedentes de países enemigos de España, y la actuación del tribunal de la Inquisición limeño en su lucha contra el judaísmo y el protestantismo (Sullón-Barreto 2016, 6, 14). Mientras que Bradley (2001) presenta al Perú y su relación con los extranjeros como una realidad que se descubre al mundo europeo: las descripciones de los viajeros -y de algunos marineros-, que relataban las bondades del medio, especialmente en términos económicos, que habrían llevado a muchos europeos no españoles -y a otros extranjeros-, a querer participar del prometedor comercio, y a radicarse (probablemente con buenas intenciones), en territorio peruano (Sullón-Barreto 2016, 6-7). Esta realidad sugiere que el Perú virreinal se hallaba integrado, por medio del comercio, en un complejo y distante mundo interconectado que se globalizaba, donde el Perú, desde el principio de su existencia, manifestó “rasgos cosmopolitas” (Bradley 2001).

Por su parte, Flores (2005), con el objetivo de “determinar cuáles fueron las actitudes que asumieron los habitantes y el gobierno colonial frente a las incursiones de los piratas” (Flores 2005, 33-34), plantea la asociación entre piratas y extranjeros como enemigos de la monarquía. Sin embargo, cae en el error de la generalización, porque, si bien los piratas procedían de naciones extranjeras, no todos los extranjeros llegados al Perú eran tenidos por piratas (Sillón-Barreto 2016, 9), y un ejemplo de ello fueron los náufragos del *Ciervo Volador*

que, como se verá más adelante, si bien podían entrar en la categoría de piratas, fueron tratados como prisioneros de guerra, la mitad pudo negociar su liberación y retorno a Europa con el auspicio del gobierno neerlandés, mientras que la otra mitad (salvo dos que se quedaron con los indios del sur de Chile), se asimilaron a la sociedad criolla. Señala también el problema que implicó determinar cuál era la definición de extranjero para un súbdito de las provincias americanas. En principio -dice este autor-, no era un concepto sencillo por cuanto no existía aún la noción de Estado nacional, pues, lo que unía a la monarquía era más la devoción y fidelidad al monarca que la invocación a una patria común. Por lo tanto,

los connacionales vendrían a ser todos aquellos súbditos que se hallaban bajo la férula del rey español. Esto abona más problemas que soluciones al asunto, por cuanto, si partimos de esta premisa, tanto sicilianos como milaneses y flamencos podían ser catalogados de compatriotas durante la época de Felipe II; por no hablar de Carlos V, quien tenía bajo su dominio a alemanes, bohemios, magiares y eslavos. Después de su anexión en 1580, también Portugal entró a formar parte de los dominios hispanos, con el mismo estatus que cualquier otro súbdito de la Corona (Flores 2005, 34-35).

Sin embargo, también recuerda Flores, que, el ser español iba más allá del simple compromiso dinástico, pues era también una identidad forjada a lo largo de la Reconquista, en la incesante lucha contra los musulmanes. En este contexto, los españoles terminaron vindicando lo cristiano como parte consustancial de su ser, su naturaleza y su propio destino. “No es extraño, por tanto, que se abriera una profunda brecha entre ellos y los otros, fieles de otras religiones que habitaban en la Península, como judíos y moros” (Flores 2005, 35). El punto culminante de la construcción de la identidad española se dio en la fase final de la Reconquista, con el proyecto de los Reyes Católicos de unificar totalmente España tanto en lo político y religioso como en lo étnico y cultural. En ese sentido, el ser católico fue uno de los principios rectores que determinó la calidad de “español” (Flores 2005, 35).

Por su parte, Herzog argumenta que el constructo “natural”, del que procedería la condición de “español”, se habría fundado “en los siglos XVI al XVIII sobre la base de la vecindad”, es decir, que los extranjeros podían alcanzar la naturaleza de españoles -sin necesidad de declaración formal alguna-, cumpliendo dos requisitos: manifestar su intención de integrarse de forma duradera en la comunidad local, y probar su lealtad (Herzog 2006, 15-17). Esta afirmación lleva a plantear la siguiente cuestión: ¿en qué momento se consideraba que un extranjero había alcanzado verdaderamente la integración en la tierra de adopción? (Sullón-Barreto 2016, 20). En el caso de los náufragos del Ciervo Volador, la respuesta parece ser que

la integración vino de la mano simplemente con su conversión al catolicismo y el hecho de que sus profesiones eran escasas y requeridas en el Virreinato.

En lo que respecta a la asimilación temporal de los extranjeros en Perú, Herzog (2006) señala que en la España moderna los extranjeros no formaron “una clase social propiamente dicha”, es decir, que en este colectivo -o colectivos-, hubo que distinguir entre los extranjeros peninsulares y los no procedentes de la Península, provenientes de los territorios de la Corona -como portugueses, flamencos, borgoñeses, sardos, napolitanos, etc.-, y los verdaderos extranjeros (Domínguez 1996, 19-20; Sullón-Barreto 2016, 19) Los primeros -incluidos los neerlandeses-, se entiende que eran vasallos del monarca hispano, y aunque esa situación pudo haber supuesto cierto trato de favor para los náufragos del Ciervo Volador, desde el punto de vista jurídico su condición y tratamiento fue -en todos los casos-, de extranjeros, considerando, además, que eran rebeldes de las Provincias Unidas en guerra con España desde 1580. Los segundos venían de territorios ajenos a la monarquía, y podían asimismo acogerse a cualquiera de los mecanismos de permisión señalados en la ley, pero cabe anotar que hubo -al menos en teoría-, una “distinción de trato según procedieran de países amigos o enemigos, de católicos o de infieles” (Domínguez 1996, 20; Sullón-Barreto 2016, 19). Según estos criterios, los náufragos del Ciervo Volador estarían en una condición híbrida intermedia, pues eran nominalmente súbitos del rey de España por provenir de territorios que pertenecían a la Corona, aunque también podían ser considerados como enemigos rebeldes, en el marco de la guerra de Ochenta Años.

Según Herzog (2006), el proceso de integración atendía básicamente a dos criterios: el primero referido a lo religioso, es decir, “que a partir del siglo XVI los que quisieran instalarse en los dominios de España tenían que ser católicos”. El segundo, relacionado con la intencionalidad -o buena voluntad-, de la comunidad de acogida, pero también del sujeto inmigrante. La integración, así, era entendida como un proceso “que se construía mediante negociaciones cotidianas en el seno de las ciudades, villas y lugares en donde se decidía de hecho y a diario quién era ‘uno de nosotros’ y quién no” (Herzog 2006, 18-20; Sullón-Barreto 2016, 21). Pero, ¿cómo pudieron estos extranjeros asimilarse a la sociedad local y permanecer por varios años recopilando información para las flotas de conquista neerlandesas del Virreinato Peruano? Las evidencias muestran, una vez más, que los náufragos del Ciervo Volador cumplieron cabalmente con los dos criterios de integración señalados por Herzog, pues aceptaron la fe católica y fueron acogidos por la comunidad del Callao gracias a sus habilidades profesionales en demanda.

En efecto, la clave para entender la asimilación de estos náufragos está en que la permitieron los conceptos de ciudadanía más bien abiertos que manejó el Imperio Español en esa época, estudiados por Herzog (2006), que sugiere una nueva interpretación sobre cómo operaba el concepto de ciudadanía en España y sus territorios de ultramar durante la Edad Moderna. Entre sus conclusiones Herzog señaló que, en el período moderno temprano, individuos interesados que perseguían sus propios y particulares objetivos, construyeron y aplicaron la categoría de “nativos de los reinos de España”, para distinguir a los españoles de los extranjeros. Para determinar quién pertenecía a la comunidad de nativos, por lo general se examinaba la integración de individuos y familias en las comunidades locales. La ciudadanía local (vecindad) sirvió como base en el debate sobre la membresía en la comunidad del reino (naturaleza), entendiéndose que ambas comunidades incluían individuos y familias que no necesariamente compartían un lugar común de nacimiento, ascendencia o incluso cultura, pero cuyo estatus se definía sobre la base de su comportamiento. La investigación de Herzog en los archivos de Lima sobre los procedimientos realizados para determinar quiénes debían ser expulsados del reino por su condición de extranjeros demostró “que el monopolio español en América, que prohibía la residencia y actividades comerciales de los no nativos, dio lugar a debates interminables sobre quiénes eran los españoles. Estos debates fueron impulsados en su mayoría por comerciantes, a menudo competidores...”, pero las preguntas formuladas y respuestas proporcionadas resultaron dramáticamente diferentes a las descubiertas en España (Herzog 2006). En definitiva, se consideraron miembros a aquellos cuyas actividades y acciones fueron interpretadas como una muestra de lealtad a la comunidad, con base en el desempeño, reputación y relaciones locales, mientras que aquellos cuyo comportamiento y palabras no lo hicieron, fueron definidos como extranjeros (Herzog 2006). Y, ¿cuál era el comportamiento que demostraba la lealtad comunitaria necesaria para ser miembro de la comunidad local? Las evidencias muestran que los comportamientos requeridos eran múltiples, pero uno básico, y quizás el más importante, era ser católico. En efecto, señala Herzog, aunque la lealtad a la Corona y a la Iglesia católica eran características esenciales de los españoles en ambos lados del océano, no eran suficientes para transformar a los individuos en miembros. “En cambio, la comunidad española fue imaginada como el agregado de múltiples comunidades locales, en las que individuos y familias se integraban como ciudadanos (vecinos) para ser reconocidos, cuando tal reconocimiento era necesario o deseado, también como españoles (Herzog 2006). Pero el hacerse católico si fue suficiente para que los extranjeros puedan radicarse en Perú, siempre y cuando cumplan otro requisito, el señalado por Bradley que era ejercer oficios calificados y en demanda en el Virreinato.

Gleydi Sullón-Barreto, en su tesis “Estrategias de integración de los extranjeros en la sociedad colonial limeña, 1590-1630. Un aporte para el conocimiento de la sociedad virreinal” (2016), plantea que, después del comercio, la navegación ocupó la segunda posición entre las actividades económicas practicadas por los extranjeros en Lima. La legislación indiana - señala Sullón-Barreto-, en su expresión literal, había sido muy clara en la no admisión de los extranjeros en las plazas de marinos, pilotos o maestros, “sino solo a los naturales de estos reinos” (Encinas 1945, 457; Sullón-Barreto 2016, 70). Sin embargo, coincidiendo con Bradley (2001), señala también que la escasez de marinos españoles, y sobre todo su falta de experiencia en el gobierno de las naves, y en el conocimiento de las rutas hacia las Indias, llevó a la Corona a aceptar, de forma excepcional, a navegantes extranjeros experimentados, siempre que cumplieran determinados requisitos. Bradley (2001) señala, además, que entre los extranjeros que se destacaron en el Perú por sus conocimientos náuticos estaban los neerlandeses. Como antecedentes legales sobre la admisión o rechazo de extranjeros en profesiones marinerías, Sullón-Barreto señala la cédula de 11 de diciembre de 1534, que mandó que los extranjeros que quisieren ir a las Indias por maestros o pilotos “siendo casados en estos reinos y teniendo en ellos sus mujeres y moradas, y los solteros que tuvieren vecindad en ellos (...) y siendo hábiles y suficientes” puedan ser admitidos en las flotas españolas (Sullón-Barreto 2016 70-71). Es probable que se tuviera en cuenta la situación política del momento: una cédula de 1590 autorizaba, por ejemplo, la contratación de marineros extranjeros católicos, excluyendo solamente a los ingleses. Otra de 1595 mandaba a los oficiales de Sevilla la contratación de marineros extranjeros “con que no fuesen ingleses ni franceses, ni de los rebeldes”, en clara alusión a los neerlandeses (Sullón-Barreto 2016, 71). La situación de guerra que vivía España con las Provincias Unidas conllevaba a la desconfianza con esa gente, pero no fue suficiente para inadmitir en la armada y la milicia a neerlandeses, pues primó la experiencia y pericia náutica por sobre otras consideraciones, especialmente que decir la milicia, al igual que la actividad marítima, formaban parte de aquellas actividades tenidas por estratégicas (Sullón-Barreto 2016, 74). En cualquier caso, la contratación de navegantes extranjeros tuvo un carácter temporal, especialmente teniendo en cuenta que, sobre maestros y dueños de naos, pesaba la orden de garantizar, con fianzas, el retorno a España de los marineros extranjeros que hubieren llevado a América (Sullón-Barreto 2016, 70-71).

2.1. La libre movilidad de los extranjeros en el Perú

Lejos de los espejismos y prejuicios, triste herencia de la Leyenda Negra, que pintan al Perú como un espacio cerrado, intolerante y poco amigable para quienes no fueran españoles, y fomentan la falsa idea de que, entre los siglos XVI y XVIII, los poquísimos europeos no españoles del Perú siempre eran (o debían ser) antiguos prisioneros o desertores de expediciones piráticas, lo cierto es que, desde las tempranas épocas de la conquista se asentaron, legalmente, en tierras peruanas, algunos europeos no españoles. La mayoría de estos migrantes no eran herejes, cripto judíos, espías o piratas, y “algunos poseían cartas de naturaleza y aun permisos para comerciar” (Bradley 2001, 658). En efecto, literatura reciente plantea que el Imperio Español no era tan cerrado, monopolista y, en fin, mercantilista como lo ha pintado la historiografía tradicional (Wallerstein 1984; Murray 2000). Desmonta estos supuestos apuntando a formas más complejas y ambiguas de las prácticas económicas imperiales y la posibilidad de asimilación de extranjeros, siempre y cuando fueran católicos.

En el siglo XVII, practicar la religión católica romana era el factor determinante para ejercer la ciudadanía en el Imperio Español. En efecto, personas de muchas nacionalidades que llegaron desde la conquista, gozaron de libertad y libre movilidad para establecerse y recorrer el Virreinato Peruano siempre que fueran católicas, especialmente las que practicaban trabajos en demanda, como la construcción de barcos y navegación en general. Además, podían ir y volver libremente de sus países de origen. Casi todas ejercían sus profesiones de buena fe y, conscientes de su inocencia, las autoridades no las importunaban mientras no cometan delitos o herejías. Sin embargo, cuando la guerra se agudizaba en Europa, con repercusiones en América, traducidas en la presencia de flotas en el Pacífico, el temor por los extranjeros se apoderaba del Perú. Solo entonces, las autoridades se llenaban de inquietudes, sospechas e inclusive celos por su presencia, y comenzaban las indagaciones y purgas. En 1619, por ejemplo, dos años antes de la expiración la tregua de doce años y anticipándose con cinco al ataque de la Armada de Nassau, los espías de Felipe III reportaron, acertadamente, que el gobierno neerlandés y la VOC enviarían al Perú una flota mayor que la de Spilbergen. Con los nubarrones de la guerra en el horizonte, “el monarca se preocupaba no solamente por los flamencos que habían llegado como corsarios o piratas, sino por los residentes de esa nacionalidad, desde antes como después de la primera incursión holandesa en el Mar del Sur”. Y ordenó, por cédula, el censo y retiro de todos los extranjeros tierra adentro (Bradley 2001, 659, 662). Sin embargo, por los valiosos servicios que ofrecían a la Armada del Mar del Sur, el virrey Esquilache se opuso a aplicarla y la mayoría de europeos del norte salió bien librada (Bradley 2001, 659).

El estado de libre movilidad se ilustra con el caso del alemán Juan Antonio, nacido por 1595 en “Embre”, donde vivió con sus padres hasta los siete años, cuando un pariente lo reclutó para un viaje a Setúbal (Portugal), en un navío cargado de trigo. Ahí se quedó por cinco años al servicio de un mercader, hasta que le comunicaron la muerte de sus padres, y se embarcó en un navichuelo para volver a su tierra. Dañada por una tormenta, la embarcación ancló en el “puerto de Forno” (Holanda), justo cuando se preparaban unas urcas para ir por sal a la punta de Araya (Venezuela), “y como era muchacho y no sabía del mundo, entendiendo que no había más de lo que él había visto, se embarcó en ellas” (ANH Inquisición L. 1030, 159v).

Antes de la invención de la refrigeración, la sal era indispensable para conservar alimentos, y los neerlandeses desarrollaron la industria e importante negocio de la preservación de carne, especialmente de pescados como el arenque y el bacalao. Pero, a causa de la rebelión, en 1580 España y Portugal les bloquearon los puertos de Setúbal y las islas de Cabo Verde donde compraban sal, y requerían urgentemente de una nueva fuente (Lane 1999, 63). Para 1585 descubrieron los ricos depósitos ubicados en Araya, y, dada la prohibición, enviaron expediciones clandestinas cada vez más numerosas y mejor armadas. España toleró unos pocos minadores, pero cuando el número superó el centenar de barcos anuales de entre doscientas y cuatrocientas toneladas, se volvió intolerable la flagrante violación de su soberanía y explotación de sus recursos. Araya también se convirtió en puerto de contrabandistas ingleses y franceses. Con expresas instrucciones de acabar con todos, en septiembre de 1605, Felipe II envió desde Lisboa una flota de catorce galeones y tres barcos menores con 2.500 hombres al mando del general Luis Fajardo, que los sorprendió, capturó nueve barcos en la primera refriega, siete en la segunda y solo dos escaparon. No había prueba de que lo fueran, pero Fajardo, amparado en un edicto del 6 de julio de 1605, les dio tratamiento de “piratas y corsarios”, ahorcando o decapitando ahí mismo y sin fórmula de juicio a la mayoría (unos cuatrocientos) incluido el comandante Daniel de Moucheron. Casi todos los 53 sobrevivientes terminaron de galeotes en Cartagena (Lane 1999, 64; Goslinga [1983] 2017, 63, 123, 127, 540). Entre ellos Juan Antonio, que sirvió a un español hasta 1608, cuando llegó de Madrid el decreto de liberación (ANH Inquisición L. 1030, 159v). Trabajó de marinero hasta 1610, cuando, muy posiblemente por vía de Tierra Firme (Panamá), pasó al Perú y se estableció en el poblado de Saña.

La presencia de Spilbergen en el Mar del Sur en 1615 generalizó el miedo de que los extranjeros puedan ayudarlo en sus conquistas, y el 19 de mayo el comisario local detuvo a Juan Antonio, acusado de herejía. Dos mulatos, uno menor de edad, dijeron que un día de

marzo en la portería del convento de San Agustín, dijo “que las monjas de Popayán habían amanecido preñadas, y que el obispo las había castigado y emparedado” (ANH Inquisición L. 1030, 158v). El mulato respondió que Dios las perdonaría si se arrepentían de sus pecados, y Juan Antonio replicó: “después del pecado hecho, no hay arrepentimiento para ante Dios”, lo cual, para el testigo, “era mal ojo” porque bastaba el arrepentimiento para alcanzar el perdón de los pecados. Juan Antonio insistió “que era cosa de burla, que no valía el arrepentimiento porque después de hecho el pecado no se alcanzaba el perdón” (ANH Inquisición L. 1030, 159v). Luego, en otro convento, el Miércoles de Ceniza, Juan Antonio no se arrodilló para recibir la ceniza, y lo hizo solo cuando el cura se lo mandó. Luego supo que los del pueblo murmuraban que lo hizo así “por ser pechelingue”,³² y otros prejuicios dada su condición de extranjero. Esperando su traslado al Callao, el prior de San Agustín lo visitó y preguntó sobre lo dicho de las monjas payanesas, pero no recordaba. Sin embargo, dijo que debía ser cierto si lo afirmaban unos buenos cristianos, por lo que confesaba, pedía perdón y misericordia. El 30 de julio lo recluyeron en las cárceles secretas de la Inquisición y, dada su minoría de edad, le asignaron un curador que actuó como abogado. Al siguiente día, en la primera audiencia, dijo desconocer la razón de su detención, porque era católico de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesarse y comulgar. Había sido bautizado “en la iglesia mayor de su pueblo, que se llamaba San Pedro” y, aunque no era confirmado, sus padres fueron católicos y murieron como tales (ANH Inquisición L. 1030, 159v). Sabía leer, aunque no podía escribir más que su nombre. Demostró la verdad de sus afirmaciones hincándose y santiguándose, diciendo cuatro oraciones y recitando los Mandamientos. Recordaba el episodio de la ceniza, pero dijo que, hasta que el cura le amonestó, no sabía que debía recibirla hincado. Finalmente, juró creer, como enseña la Iglesia, que Dios perdona a quien se arrepiente y hace penitencia, y negó toda otra acusación, insistiendo que era “cristiano católico que vivía en la fe de Jesucristo” (ANH Inquisición L. 1030, 160v-161). El tribunal recibió las pruebas el 7 de agosto y lo liberó bajo fianza un día después. Los mulatos se ratificaron y la causa se publicó

³² El término “pechelingue” y sus derivaciones “fregelingue”, “pichilingue” y “pechelingüe” aparece con cierta frecuencia en la documentación española del siglo XVII. En este contexto, aparentemente se usó como gentilicio de Vlissingen, Flesinga en castellano y Flesingue en francés. Vlissingen es un importante puerto y astillero de la provincia de Zelanda en los Provincias Unidas, de donde provenían muchos de los barcos y marineros neerlandeses que llegaron a América. Lo más probable es que la palabra pechelingue se derive de corrupciones primero en francés y luego en castellano de Vlissingen. Con el tiempo, en España y sus territorios ultramarinos se generalizó el uso de la palabra para referirse a neerlandeses y alemanes en general. Luego se convirtió en sinónimo de pirata neerlandés (Sluiter 1944) y en la actualidad, según el diccionario de la RAE, significa “pirata de mar” sin señalar su origen (Diccionario de la RAE). Hay varios lugares en América que se llaman Pechelingue, y en el Perú existe también el apellido Pechelingue o Pichilingue.

el 4 de noviembre. Juan Antonio reafirmó sus confesiones y pidió misericordia. El tribunal suspendió el proceso el 22 de enero de 1616, informándole que podía disponer de su persona como quisiese.

El caso de Andrés Cornelio (alias Fernández), un pechelingue, y, como tal, aparente enemigo irreconciliable de España, que terminó como súbdito honrado de la Corona en calidad de soldado del presidio del Callao, ejemplifica de forma aún más extrema tanto la libre movilidad como la persecución de los extranjeros por temores relacionados a la presencia de flotas neerlandesas en Perú. Su verdadero nombre debió ser Andreas Cornelis o algo así, y nació hacia 1603 o 1604 en “Tera” a seis leguas de Amberes. Vivió con su madre en Amberes hasta los dos años, cuando su abuela materna lo mandó traer a Ostende, donde vivió seis años hasta que murió la abuela. Un capitán portugués de apellido Acosta, relacionado con la difunta, lo tomó bajo su protección y servicio. Residieron por ocho meses en Lisboa, hasta que Acosta se fue al interior de Portugal, dejándolo encargado con el maestro de una carabela. Zarpó a Canarias con su nuevo jefe, pero al cabo de tres días los interceptó un corsario neerlandés, que retuvo a Andrés y al piloto antes de liberar la carabela. El corsario merodeó la costa africana por seis meses sin hacer presas, navegó a Inglaterra y una noche de buen tiempo entró en un puerto de la isla de “Edlan”, donde lo sorprendieron la capitana y almiranta inglesas, y se repartieron los tripulantes. Andrés pasó al servicio de un veedor de la armada, con quien vivió siete meses en Londres. Una noche, su jefe propuso viajar a España. Zarparon en una nave que paró en el puerto de Unst de las islas Shetland y remontó un río, donde se enfrentaron con un corsario flamenco. El inglés murió y Andrés quedó a bordo del flamenco. Al cabo de cuatro días llegó el resto de la flota, compuesta por “otras dos naos de armada de Estradama (Ámsterdam), capitana y almiranta, y dos pataches, y otra nao de armada” (ANH Inquisición, L. 1030, 285v). Andrés había sido enrolado por Spilbergen y, sin saber su destino, cruzó el Atlántico:

todas seis se habían hecho a la vela y, apartadas de la costa de España, habían ido a reconocer en las Canarias la isla de Garachico, y de ahí al puerto de San Vicente en Brasil. Y de ahí habían ido al estrecho de Magallanes, y habían tardado ochenta días en desembocar. Y en llegar al estrecho desde el puerto de San Vicente en el Brasil treinta días, y que la Mocha había sido la primera tierra que habían visto en el Mar del Sur, de donde habían ido a la isla de Santa María y de allí por la costa de Chile hasta Arica y Cañete, donde habían estado hasta que se dio la batalla, y luego habían llegado al puerto del Callao y por la costa del Perú hasta Paita, de donde habían atravesado al puerto de Acapulco, donde les habían dado pan y carne, y había saltado en tierra un sobrino del general holandés (ANH Inquisición, L. 1030, 285v).

Cruzaron el Pacífico desde Acapulco hasta Ternate en las Molucas, donde Spilbergen asumió el mando de la flota que enfrentaría a la Armada Española de la China, comandada por el general Ronquillo. Las armadas se enfrentaron el 14 y 15 de abril de 1617 en Playa Honda. Según Andrés, apareció la armada de Ronquillo “...en número de siete navíos y tres galeras e ido a Playa Honda (a) veinte leguas de Manila, donde estaban los enemigos esperando las embarcaciones de los sangleyes para robarlos. Y los habían embestido y peleado con ellos desde la mañana a la tarde, y habían echado a pique la capitana de Holanda y otros cuatro navíos” (ANH Inquisición, L. 1030, 285v-286). Los españoles vencedores rescataron varios heridos de los restos de un navío en llamas, y entre ellos Andrés, de unos trece años, que rechazó huir hacia la almiranta en una chalupa con otros compatriotas. Los españoles encerraron a los presos en el depósito de pólvora de Manila, donde Andrés pasó a servir al capitán Juan Bautista de Molina, dueño del navío Nuestra Señora de Guadalupe, en cuya casa vivió por tres meses, hasta que el comisario del Santo Oficio, fray Antonio Gutiérrez, lo recluyó en el convento de San Gabriel, donde la Inquisición examinaba a los pechelings. Gutiérrez lo retuvo en San Gabriel por más de un mes sin dejarle oír misa, para luego trasladarlo al convento de Santo Domingo, donde lo interrogó. Dijo que servía a un capitán inglés con quien se iba a España, cuando Spilbergen lo capturó. Respondió que “no” a la pregunta de “si él era de ellos”, pero admitió que asistió a las prédicas de los herejes y comió carne los viernes. Con fray Luis Reimundo y un lego flamenco por traductores, Gutiérrez lo juzgó y sentenció por hereje. Como penitencia, le hizo postrarse y golpear el hombro con una barita delgada mientras le leían un libro, para luego mandarle a confesarse y oír misa. Sirvió de dispensero del convento por catorce meses, donde aprendió castellano, y se embarcó como sirviente de un fraile en la flota de galeones San Diego y Espíritu Santo, que dejó Manila el 10 de agosto de 1618 y ancló en Acapulco ese diciembre (Todo Avante 2021). Como criado del fraile, viajó de México a España, donde el religioso lo acomodó con el factor José Ladrón de Guevara, y éste con un criado de Diego Fernández de Córdova y López de las Roelas, I marqués de Guadalcázar,³³ nombrado como virrey del Perú, en cuyo séquito pasó al Virreinato y se estableció como soldado en el Callao, primero en la compañía del capitán Andújar y luego en la del capitán Pedro Alonso Muñoz, con quien viajó a Panamá en la flota de plata de 1623.

³³ Siendo virrey de Nueva España desde 1612, el marqués de Guadalcázar fue ascendido al mismo cargo en Perú y viajó desde Acapulco. Entró públicamente en Lima el 25 de julio de 1622 y gobernó hasta el 14 de enero de 1629 (Zaragoza [1883] 2005, 233-235).

El 20 de junio de 1623, poco menos de un año antes de la llegada de la Armada de Nassau, cuatro veteranos de la batalla de Cañete: el capitán Pedro de Pineda, Juan Rodríguez, Bernardino Restán y el piloto Bartolomé de Villegas, acusaron maliciosamente a Andrés Fernández de supuestas herejías proferidas en julio de 1615. Todos iban en la almiranta Santa Ana, hundida por el fuego de Spilbergen, y los neerlandeses los rescataron de las olas y retuvieron a bordo de “la nao que llamaban La Pechelinga”. Pineda fue liberado en Huarmey al cabo de dieciséis días, Rodríguez en Paita luego de 34 y Restán en Acapulco después de tres meses. Durante el cautiverio, constataron las herejías de los pechelings, que “abominaban de los rosarios y oraciones”, la fe católica y la Iglesia, blasfemaban y comían carne los viernes y sábados, aun cuando gozaban de buena salud. El maestre de proa tenía por sirviente a un muchacho “de la misma nación (y) hereje”, a quien identificaron como el soldado del Callao Andrés Fernández, que “quería muy mal a los españoles, y (...) el contra maestre, su amo, era el más bellaco hereje que en la nao había”³⁴ (ANH Inquisición, L. 1030, 285v). Recordaban los rezos heréticos cada mañana y tarde, “y que el dicho muchacho rezaba con ellos”. Sobre la ingestión de carne los viernes, Villegas añadió que vio hacerlo “en particular, al dicho muchacho Andrés” (ANH Inquisición, L. 1030, 286v). Bernardino Restán viajó a Manila en la flota de galeones Ángel de la Guarda y San Antonio de Padua, que zarpó de Acapulco el 1 de abril de 1616, se enroló en la armada de Ronquillo, participó en la batalla de Playa Honda donde los españoles “habían quemado y echado a pique cinco navíos de Holanda” y vio cuando rescataron a Andrés Fernández del mar (ANH Inquisición, L. 1030, 285v-286). Ambos viajaron a Acapulco en el mismo galeón.

El 26 de junio de 1623, los cuatro inquisidores mayores analizaron el caso y votaron por apresar a Andrés Fernández, pero no lo encontraron porque estaba a bordo de la Armada rumbo a Panamá en el viaje anual con la plata de un año de minería potosina. Los jueces esperaron pacientemente su regreso, lo detuvieron en enero de 1625 y encarcelaron en las mazmorras secretas de la Inquisición. Tenía entonces veinte años, era menor de edad y le nombraron un curador y abogado. Interrogado sobre si sabía la causa de su detención, dijo que “no”, porque era católico. Declaró ser bautizado y confirmado, hijo de padres católicos, nacido en el “lugar de Estera”, y que su nombre original era Andrés Cornelio pero que, por consejo de su jefe Antonio de Santillán, alférez del capitán Pedro de Andújar, se lo cambió a

³⁴ Juan Rodríguez llegó a ser contra maestre del San Jerónimo, almiranta de la flota de galeones que zarpó de Acapulco junto a la capitana San Andrés el 20 de marzo de 1619 y llegó a Manila en julio del mismo año. En Acapulco, también había visto y reconocido a Andrés Fernández (ANH Inquisición L. 1030, 286v).

Andrés Fernández para sonar español, pues en el Callao “no asentaban plaza de soldado a los extranjeros” (ANH Inquisición, L. 1030, 286v). El 24 de enero narró su increíble historia, escuchó las acusaciones, respondió con su abogado que ya había sido procesado en Manila, por lo que su caso era cosa juzgada, y pidió su liberación. Su antiguo juez, Antonio Gutiérrez, y el traductor Luis Reimundo testificaron en su favor desde México, donde el primero era comisario del Santo Oficio de Acapulco, mientras los cuatro acusadores se ratificaron. Dijo que cuando lo enrolaron, desconocía el rumbo de la Armada de Spilbergen, aunque posiblemente si lo haya sabido su amo inglés. Admitió las faltas del pasado, como ir con su amo inglés a los templos heréticos de Inglaterra, donde todos cantaban con un libro. Añadió que, a bordo de la vicealmiranta tocaban la campana una vez por la mañana y otra por la tarde y todos oraban, cantaban y comían carne los viernes. Asistió forzado a esas prédicas, pues “si supiera nadar se hubiera echado al agua para venirse a los españoles”, y comía carne los viernes “porque no le daban otra cosa que comer” (ANH Inquisición, L. 1030, 287). Sustituyó durante el viaje al criado muerto del guardián del castillo de proa, que le impedía salir del navío, pues, de haberlo permitido huía a los católicos “porque había nacido cristiano” (ANH Inquisición, L. 1030, 287). Pero que tomó la Bula de la Cruzada desde 1622, cuando se instaló en el Callao, rezaba el rosario, creía en todo lo que mandaba la Iglesia Católica y “en esta creencia había vivido y pensaba vivir y morir” (ANH Inquisición, L. 1030, 287). El abogado demostró con testigos que Andrés era católico de oír misa, confesarse y comulgar en Acapulco, Panamá y el Callao. El tribunal aceptó las pruebas el 13 de mayo de 1625, se dio por satisfecho, suspendió definitivamente el proceso y liberó al antiguo grumete pechelingue, que debe haber terminado sus días como un honrado soldado del Perú (ANH Inquisición, L. 1030, 287v).

El caso de Andrés Fernández demuestra que las denuncias extemporáneas obedecían más a rencillas personales y xenofobia de los acusadores en su contra que a un sincero convencimiento de que fuera hereje. Por otro lado, el hecho de que la Inquisición aceptara el caso deja entrever la posibilidad de que sobre el reo pesaban sospechas de espionaje. En todo caso, el episodio demuestra que Fernández sirvió a los acusadores e inquisidores como chivo expiatorio, preso por unos seis meses, para vengar la humillante derrota infligida por Spilbergen a la Armada del Mar del Sur.

2.2. El Ciervo Volador, Van Noort y primeros informantes neerlandeses en Perú

En el siglo XVII vivían en el Perú cientos de extranjeros legal o toleradamente afincados, y de entre estos, “una categoría bien definida y valorada (...), era la de los que ejercían oficios

marítimos, tal vez una prueba de la experiencia y aptitudes personales que habían facilitado su llegada al Perú: marineros, pilotos, capitanes, maestros, dueños y armadores de barcos, los que desempeñaban cargos especializados como artilleros, calafates y carpinteros” (Bradley 2001, 659). Estas profesiones eran apreciadas, pero también podían dar lugar para esconder actividades clandestinas tras fachadas aparentemente inofensivas. Además, permitían estar siempre cerca del mar, lo que facilitaba acceso a navíos y flotas para comunicarse con sus países de origen y otros extranjeros, sin levantar sospechas. El gobierno y las compañías neerlandesas aprovecharon la apertura del Imperio Español a los talentos extranjeros, y, para lograr su proyecto de conquista, concibieron la estrategia de establecer redes de espionaje en el Perú, que puedan informar eficiente y oportunamente sobre las posibilidades y vulnerabilidades que favorecían las expediciones militares y fundación de colonias.

La génesis más probable de la compleja red de espionaje que operó en el Virreinato durante la primera mitad del siglo, se halla en un evento inusual que, siendo una mera casualidad, resultó también la oportunidad ideal para plantar por vez primera a un grupo de neerlandeses en Perú para que aprendan castellano y obtengan información sensible. El 17 de noviembre de 1599 ingresó al puerto de Valparaíso un barco abatido, casi desarbolado y carente de provisiones, con veintitrés famélicos sobrevivientes de una dotación original de 56. Una chalupa con siete tripulantes, incluidos el capitán y el carpintero Adriaan Dircksz, remó con bandera de tregua hasta la orilla, donde vieron gente. Repentinamente, cuando comenzaron a desembarcar, los emboscó una pequeña tropa dirigida por el corregidor de Santiago, Jerónimo de Molina (Bradley 1989, 17-18). Atacados con arcabuces y lanzas, se retiraron al mar con tres heridos, incluido el capitán con un balazo en la pierna y otro con un corte de partesana. Los hombres llevaban mosquetes, que no usaron para demostrar sus intenciones pacíficas (Medina 1923, 317-318; Barros 1999, 215-216). Al día siguiente, el corregidor subió al navío con bandera blanca, preguntó y si eran ingleses y le dijeron que eran holandeses y querían tratar en paz. Molina les recordó que España estaba en guerra con las Provincias Unidas, pero que tenían necesidad de muchas cosas, por lo que les dejarían comerciar si pagaban el impuesto real del tres por ciento (Ijzerman 1915, 92-93). Luego cambió de opinión, negoció su rendición, entrega del navío con su cargamento por 12.000 ducados³⁵ y la promesa de libertad para viajar a Buenos Aires, desde donde podían volver a su país (Ijzerman 1915, 93; Medina 1923, 318). Confiscó el barco y su cargamento, que el gobernador Quiñones descargó y vendió en su

³⁵ Según la declaración de Jacob Dircksz hecha en La Haya en 1603, el gobernador no aceptó ese valor por muy alto, y pagó 10.000 pesos (Ijzerman 1915, 91-94).

mayoría,³⁶ e incorporó el navío a la Armada del Mar del Sur (Wieder 1923, 262). El capitán del navío, llamado Buena Nueva del Evangelio, era Dirck Gerritszoon Pomp, alias “Dirck Gerritsz China” o simplemente Dirck Gerritsz (llamado Rodrigo Giraldo o Girardo en los informes españoles), mercader, navegante y escritor de unos 46 años, de cierta reputación por haber recorrido Europa, vivido en Portugal y en la India portuguesa y, especialmente, viajado a China y Japón (Medina 1923, 339-340; Goslinga [1983] 2017, 28).

El barco, más conocido con su nombre antes del viaje: Ciervo Volador, tenía 150 toneladas, dieciséis cañones, y fue parte de la flota organizada por la compañía Magallánica. A poco de salir al Mar del Sur, perdió contacto con el resto y fue presa de una tormenta que lo destrozó, obligándolo a buscar refugio en Chile (Montáñez 2014, 77-78). La decisión de entregarse en Valparaíso no fue unilateral del capitán, sino tomada por consenso, ya que, en efecto, era imposible continuar el viaje con la tripulación menguada, famélica y enferma, y las provisiones en estado críticamente escaso. Según el cabo de escuadra Jacob Jacobsz “fueron de acuerdo en que el dicho navío deje de seguir su viaje” (Medina 1923, 328). Sin embargo, Gerritsz pensó hacer de la rendición lo más rentable posible para él y los armadores. Al respecto, no queda claro si lo hizo como enemigo vencido y perdió todo, o vendió a los españoles el barco y su cargamento con conocimiento de la tripulación, pues según el carpintero Dircksz: “entendió que el navío lo había dado por 12.000 ducados”, mientras que para Jacobsz “el capitán se lo vendió a los españoles y a su capitán en 12.000 ducados, y luego otro día se comenzó a descargar y traer las mercaderías a tierra” (Medina 1923, 318, 328). Si el negocio fue para beneficio propio, Gerritsz sería un villano traidor, pero en todo caso, un hombre muy astuto que se jugó la carta del “fiel súbdito” de Felipe II, poniendo la nave, su cargamento e información sobre los otros barcos de la flota al servicio del virrey, a cambio de la promesa de libertad para volver a Europa, y, quizás, 12.000 ducados (Wieder 1923, 257-258).

Diecisiete, incluido Gerritsz, fueron trasladados a reponerse y curar sus heridas en Santiago, donde los interrogaron el 10 de febrero de 1600 y reclutaron algunos para la guerra con los araucanos (Barros 1999, 215-216). Por ejemplo, se sabe que el joven trompetista Laurens, nacido en Bergen (Noruega) de padres holandeses, entró al servicio naval y, en julio de 1600, viajó en una barca, al mando de un capitán vizcaíno, desde isla Santa María hasta Arauco. Los

³⁶ Su sucesor, Alonso García de Ramón, que fue a recoger a los soldados fugitivos y amotinados de Arauco, informó el 20 de agosto de 1600 que quedaba muy poco del cargamento original para poder socorrerlos (Wieder 1923, 262).

indios los emboscaron, mataron a todos los españoles y perdonaron la vida de Laurens para usarlo como intérprete en eventuales negociaciones con otros neerlandeses. Para mayo de 1603 Laurens seguía con los indios (Wieder 1923, 87). Gerritsz fue llevado a Concepción (Junín, Perú), hizo un viaje acompañado por monjes entre Jauja y Huamanga y terminó en Lima, donde permaneció por tres años apelando infructuosamente su cautiverio (Wieder 1923, 258).

Los seis restantes eran: el contraamaestre Laurens Claesz (Lorenzo Nicolás) de Amberes, de unos 35 años, el condestable Jacob Dircksz (Jacobo Rodrigo) de Purmerland, de unos veintiséis años, el intendente o cabo de escuadra Jacob Jacobsz (Jacobo) de Amberes, de veinticinco años, el carpintero Adriaan Dircksz (Adrián Rodríguez) de Leiden, de veinticinco años, y los grumetes Pieter Jansz (Pedro Joan) asistente de timonel de unos veinte años, de Brujas, y Jan Claesz (Joan), de Rotterdam, de dieciocho años. Permanecieron en Valparaíso hasta el 24 de noviembre, cuando viajaron al Callao en el Ciervo Volador custodiados por veinte soldados. Arribaron el 8 de diciembre y los separaron en distintos barcos del puerto (Ijzerman 1915, 93). Entre el 11 y el 20 declararon ante el virrey Luis de Velasco y Castilla, I marqués de Salinas del Río Pisuegra,³⁷ con el capitán flamenco Juan Enríquez Conobut por intérprete. Dijeron haber viajado en mercantes flamencos por Europa a través del Atlántico y el Mediterráneo, comerciando diversas mercaderías de su tierra, a la que regresaron con sal, aceite, aguardiente y vino, particularmente de España. Tenían distinto grado de experiencia, pues, mientras éste era el primer viaje del grumete Jan Claesz, el curtido Jacob Dircksz había viajado dos veces a Sanlúcar de Barrameda, tres a Cádiz, cinco a las Azores, dos a La Palma (Canarias), dos a La Rochela (Francia), una a Venecia, una a Génova y una a Austerlant (Islandia). Otro veterano: Laurens Claesz había ido dos veces a Sanlúcar, una a Bilbao, cinco a Lisboa, cinco a Francia (una de ellos a San Juan de Luz) y una a Inglaterra. Jacob Jacobsz había hecho tres viajes a España, incluyendo uno a Sanlúcar y otro a Cádiz, y uno a Setúbal (Portugal). Y Pieter Jansz había ido por cerveza cinco o seis veces a Inglaterra (Medina 1923, 272-321). Es notable que ninguno había viajado previamente a América, a los asientos neerlandeses de esclavos en África ni a sus factorías en Asia.

De todos, el más intrigante por su rol (años después) como espía para la Armada de Nassau (y quizás también para la de Spilbergen) es Adriaan Dircksz, conocido en Perú como Adrián

³⁷ Luis de Velasco (1534-1617), fue virrey de Nueva España entre 1590 y 1595, y nuevamente de 1607 a 1611. Fue nombrado virrey del Perú en 1595 cuando desempeñaba el mismo cargo en México, se embarcó en Acapulco y llegó a Lima el 24 de julio de 1596. Gobernó por siete años, cinco meses y dos días (Zaragoza [1883] 2005, 219-222).

Diego, Rodrigo o Rodríguez (Medina 1923, 321; Bradley 1989, 18; 2008, 15, 69; Montáñez 2014, 77). El 18 de diciembre, en el Callao, declaró tener veinticinco años (por lo que se deduce que nació hacia 1574) y ser natural de Leiden (Holanda). Era marinero y carpintero de mar y tierra (Medina 1923, 310). Había viajado por años en mercantes neerlandeses con trigo a Venecia, cuatro veces con trigo y aparejos navales a Ayamonte (Huelva, España), a La Rochela, de donde trajo fardería y sal a Flandes, a Austria, de donde llevó centeno para Flandes, y a Noruega (Medina 1923, 310-311). Luego se enroló como carpintero, con sueldo de cuatro florines mensuales, en la flota Magallánica y cruzó el Atlántico a bordo de la Fidelidad. Después de cruzar el estrecho de Magallanes, el 9 de septiembre de 1599, pasó al Ciervo Volador para hacer unas reparaciones y no pudo volver cuando los vendavales separaron los barcos (Wieder 1923, 78-79; Medina 1923, 315). Al igual que los demás tripulantes, viajó a Chile engañado, pues lo reclutaron para ir al cabo de Buena Esperanza y sólo en alta mar supo el verdadero destino (Medina 1923, 319). Los magistrados le preguntaron si antes de viajar sabía del Perú y sus defensas, y respondió que nunca había oído de este reino, del estrecho de Magallanes, ni de lo que había en él (Medina 1923, 315). Los oidores, informados de lo sucedido con los otros barcos en el sur de Chile, alegraron:

¿cómo puede ser verdad lo que dice? Pues sabe que todos en esta armada son vasallos del príncipe de Orange, enemigo rebelde del Rey, Nuestro Señor, y que ha sustentado y sustenta en muchos años la guerra en los Estados de Flandes contra la obediencia de S. M., y traen pilotos ingleses y marineros que son enemigos de españoles, por lo (que) se debe creer que esta armada viniendo, como viene, tan fuerte y con tanta artillería y pertrechos de municiones, es de mal hacer; y ha entrado a esta mar para infestarla y robar los puertos y costas y tomar los navíos que por ella navegan (Medina 1923, 319).

Respondió que, siendo un simple carpintero, no sabía nada sobre la expedición ni las armas que llevaba (Medina 1923, 314-315, 319). Frente a la insistencia, admitió y justificó el gran armamento argumentando que "...todo anda revuelto en el mundo y nunca se guardan palabras ni amistades, ni hay de quien fiar, por eso vienen apercebidos para defenderse" (Medina 1923, 315). Evidentemente sabía más de lo que admitía, pero sus conocimientos técnicos eran demasiado valiosos y se quedó trabajando, bajo libertad vigilada, en los astilleros del Callao con un tutor franciscano (ANH/Inquisición, 1647 7, 24). Otro, llamado Jan Huygen, también fue carpintero del Callao, luego pasó al ejército de Arauco y, para mayo de 1603, se rumoraba que se pasó al lado de los indios (Wieder 1923, 83). Gerritsz, el piloto Claesz y otros tres, considerados como "informantes con demasiado conocimiento" -es decir, percibidos como potenciales espías-, permanecieron en Lima por orden del virrey (Bradley

1989, 18). Algunos, como Jacob Dircksz, condestable y luego segundo oficial, sirvieron de manera forzada, hasta el 15 de marzo de 1600, en la única galera del Callao. Luego los separaron y repartieron por varios conventos limeños para su instrucción católica. Dircksz a Santo Domingo, uno a San Francisco, uno a San Agustín y uno al de los jesuitas, mientras que el joven grumete Jacob fue a servir en la corte virreinal (Wieder 1923, 83, 260-261; Montáñez 2014, 77).

En busca de los otros barcos neerlandeses, el 1 de enero de 1600 zarpó una armada de tres barcos a Chile, comandada por el almirante Gabriel de Castilla. El 13 le siguieron cuatro navíos mayores y uno menor para hacer guardia en el cabo San Gallán, al mando del sobrino del virrey Juan de Velasco, capitán de “La Concepción”, nuevo nombre del *Ciervo Volador*³⁸ (Bradley 2009, 30, n. 5). Sus instrucciones eran que, sí para el 20 de marzo no encontraban enemigos, debían cargar plata en Arica y llevarla al Callao. Luego de recorrer las costas chilenas sin resultado, Castilla ancló en Arica el 1 de abril, cargó algo de plata y regresó al Callao el 20 (Bradley 2009, 30-31). Dejó atrás al patache Buen Jesús, que, el 26 de marzo, entre Mocha y Santa María, cayó en poder de Van Noort, que supo por los tripulantes la suerte del *Ciervo Volador* (Bradley 2008, 19-20). Luego navegó a Valparaíso, donde el 28 de marzo quemó dos barcos y capturó un tercero, donde se apoderó de unas cartas escritas por Gerritsz en holandés y dirigidas “a sus amigos”, contando cómo terminaron sus actividades en Valparaíso, y que estaba herido y en condición miserable con sus hombres en la cárcel de Lima. En uno de estos barcos, abandonado a la deriva, iban treinta indios, sobre quienes Van Noort mostró nuevamente su cara hostil, ordenando pasarlos a cuchillo antes de incendiar el barco. El 8 de abril, cerca de Huasco, liberó a Francisco de Ibarra, capitán del Buen Jesús, y la mayoría de sus hombres “con extrema cortesía”, como ejemplo para pedir reciprocidad de trato hacia Gerritsz y su gente (Burney 1806, 222-223; Wieder 1923, 262-263; Bradley 2008, 20). Temiendo que una flota española mejor armada pueda derrotarlo, el 20 de mayo puso rumbo a las Filipinas.

En 1602, como respuesta a una cédula que disponía su libertad, Jacob Dircksz (Jácome Rodríguez), Daniël Arnold Maertensz (Daniel Arnaldo Martínez) y Christiaan Albertsz (Cristóbal Alb) viajaron a Panamá en la Armada del Mar del Sur con Sevilla por destino final,

³⁸ Durante el viaje se evidenciaron los daños severos del antiguo *Ciervo Volador*, causados por las tormentas desde su entrada al Mar del Sur. Hubo quejas sobre su maniobrabilidad, pues no avanzaba rápido y retrasaba a la flota. Sin haber encontrado al resto de la armada neerlandesa, regresó al Callao el 10 de marzo con el resto de la flota de Velasco, fue declarado inútil para la navegación de cabotaje y rematado públicamente por decreto del 14 de marzo de 1600 (Wieder 1923, 262; Bradley 2009, 31).

donde quedarían a cargo de la Casa de Contratación (Bradley 2008, 15, n. 18; Berguño 1991, 137; Ijzerman 1915, 157-158). Dircksz, liberado por gestiones del superior dominico de Lima dada su conversión al catolicismo, narró el viaje por tierra de Panamá a Portobelo sobre las montañas, y cómo se transportada la plata a lomo de mula y en barcas por el río Chagre, recordando que ese era el momento de mayor vulnerabilidad, como lo probó Francis Drake entre febrero y marzo de 1573 cuando, junto con el capitán francés Testu y el apoyo de negros cimarrones, emboscó la recua y se apoderó del tesoro (Lucena 1992, 100-101). Dircksz zarpó de Portobelo hacia Cartagena en una flota de cinco barcos con plata del rey valorada en “cinco millones” y “cuatro tercios de millón” de particulares. Allí les esperaban un galeón con más plata y productos de Nueva Granada, y una pinaza alemana con otras cincuenta o sesenta cargas. Estuvieron por ocho días en Cartagena, y siete barcos zarparon el 17 o 18 para La Habana, donde anclaron el 1 de septiembre. Ahí estaba el galeón San Mateo, que trajo al nuevo gobernador de Cuba, Pedro de Valdés, y la flota de México que llegó con “tres millones” en plata, cochinilla y otras mercancías valiosas. Finalmente, el 25 de septiembre, zarpó la flota de siete galeones, la pinaza alemana, tres o cuatro barcos y dos fragatas. El galeón en que iba Dircksz llevaba sesenta o setenta soldados y veinticinco o treinta marineros neerlandeses, daneses y “orientales”³⁹ capturados de varios mercantes en el Atlántico y forzados a trabajar para los españoles. El 4 o 5 de diciembre de 1602 la flota, que había crecido a veintidós embarcaciones: las ocho que dejaron La Habana, tres galeones, tres o cuatro barcos de Dunquerque y el resto navíos alemanes e ingleses capturados, ancló en España (Ijzerman 1915, 91-94; Wieder 1923, 260-261). Dircksz viajó a las Provincias Unidas, donde dirigió cartas a los Caballeros de los Estados de Holanda, que lo recibieron en asamblea el 27 de febrero de 1603, escucharon su testimonio y le pagaron 36 florines, según consta en el Registro de los Estados. Sin duda, les impresionó la descripción de los “millones” en plata, conducidos con poco resguardo sobre las montañas de Panamá, que llegaban anualmente a España, y esto despertó el interés por buscar la manera de interceptar el tesoro. El material fue luego examinado por el famoso geógrafo, cartógrafo, astrónomo y teólogo Petrus Plancius (Pieter Platevoet), fundador de la VOC y su cartógrafo oficial, para la elaboración de mapas y derroteros. El 17 de marzo de 1603 Plancius entrevistó al informante Jacob Dircksz (Wieder 1923, 263-264).

Por entonces, aún quedaban ocho náufragos en Lima, incluidos Dirck Gerritsz y Cornelis Lamberts Matelief, antiguo capitán y segundo de a bordo (Wieder 1923, 260-261). Su

³⁹ Hombres nativos de países ribereños del Mar Báltico (Ijzerman 2015, 94).

oportunidad de recobrar la libertad vino con la victoria del príncipe Mauricio de Nassau, el 21 de julio de 1600, la batalla de las dunas de Ostende o Nieuipoort, en donde cayó preso Francisco de Mendoza, almirante de Aragón, que negoció su liberación a cambio de varios neerlandeses cautivos. Con respecto a Adriaan Dircksz, el documento suscrito decía expresamente: “que este Adrián se había de restituir a Holanda de orden inmediata de Su Majestad y a su costa” (Inquisición 1647, 7, 24), junto con otros siete, incluido el peligroso y talentoso Dirck Gerritsz. Esto revela que el gobierno neerlandés valoró tanto la información que Jacob Dircksz trajo del Perú, que sus compañeros dejaron de ser “simples prisioneros”, para convertirse en informantes potenciales, cuyo regreso a las Provincias Unidas era imperativo. Gerritsz y Matelief, los marineros Jacob Jacobsz Bol, Arent Jansen y Tymon Barentsz van Enkhuisen, y los carpinteros Pieter Tielmans, Adriaan Pauwelsz y Adriaan Dircksz zarparon del Perú el 5 de mayo de 1603 y llegaron a Panamá el 22, donde estuvieron unas seis semanas antes de zarpar a Lisboa, donde desembarcaron el 1 de julio de 1604. Cuando llegaron a Rotterdam en febrero de 1605, tres encontraron a sus cónyuges casadas con otros hombres (Wieder 1923, 66, 259). Luego informaron puntualmente a sus superiores de la Compañía Magallánica y autoridades neerlandesas de lo que habían hecho y visto en Perú: detalles sobre la ubicación de asentamientos, minas y fuertes con tropas españolas, pero especialmente los itinerarios de la Armada del Mar del Sur y sus cargamentos anuales de plata⁴⁰ (Wieder 1923, 259, 262).

Pero aún quedaban quince hombres en el Virreinato: dos en Lima, doce en Chile y el trompetista Laurens con los araucanos. En Lima estaba Laurens Claesz, experimentado piloto reclutado para la Armada del Mar del Sur. En 1602 llegaron noticias de corsarios al sur de Chile⁴¹ y, para fines año, una flotilla de tres barcos zarpó del Callao tras ellos al mando del almirante Castilla, con Claesz como piloto. Paró en Valparaíso, zarpó al sur en marzo de 1603, paso Chiloé sin hallar a los enemigos y cayó presa de una tormenta, que la empujó hasta los 64 grados de latitud Sur, donde había montañas cubiertas de nieve. De vuelta a su patria, Claesz declaró que “ha navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, y desde allí hacia el estrecho en el año de 1603. Y estuvo en marzo en los 64 grados y allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente

⁴⁰ Gerritsz permaneció dos años en Encusa y volvió a la India en el Patany del almirante Paulus van Caerden. Para entonces era un anciano de 53 años, casi ciego y no apto para el servicio. A poco de llegar a de Bantam, el 28 de enero de 1608, embarcó de vuelta a las Provincias Unidas con el almirante Cornelis Matelief y falleció durante el viaje (Wieder 1923, 259).

⁴¹ Efectivamente, en 1603, los corsarios Antoine Le Noire y el barco La Mariage asaltaron Chiloé, pero huyeron antes de la llegada de Castilla (Burney 1806, 345-346; 1813, 17-18).

mes de abril regresaron de nuevo a las costas de Chile” (Berguño 1991, 147). Las coordenadas, aunque inexactas dada la tecnología de la época, y las descripciones hechas por Claesz y otros indican que habrían avistado las islas Shetland del Sur,⁴² convirtiéndose en descubridores de la Antártida (Berguño 1991, 144). En 1604 piloteó un navío del almirante Pedro Ozores de Ulloa que conducía al obispo de Quito fray Luis López de Solís. En el trayecto quizás visitó las islas Juan Fernández, de seguro Santa María, que describió con el detalle de un testigo presencial, y las “Islas Cognitas”⁴³ (Wieder 1923, 260). Los españoles valoraron sus servicios y liberaron por 1606. En 1607 estuvo Panamá y luego a Cartagena, desde donde seguramente viajó a Europa. En una fecha no muy posterior a 1607 declaró sus aventuras -especialmente el avistamiento de la Antártida-, en La Haya⁴⁴ (Wieder 1923, 260). Además, identificó Guayaquil y Puná como astilleros principales del Mar del Sur, detallando los tipos de madera usados para la construcción naval. Buena parte de la información se refiere al norte de la Audiencia de Quito, sugiriendo que Claesz conoció bien, vivió y traficó mayormente en el área, pues mencionó Quito, Pasto, Popayán, Cartago, Villaviciosa, la bahía

⁴² Dirck Gerritsz se apropió de las declaraciones de Claesz y las tergiversó, atribuyéndose el descubrimiento de Castilla y Claesz al alegar que su barco, el Ciervo Volador, fue empujado por las tormentas en 1599 hasta los 64 grados de latitud sur, donde vio tierras nevadas (Wieder 1923, 260).

⁴³ Laurens Claesz describió estas islas:

...son al menos tres (...): la primera se llama San Nicolás de Tolentino, la segunda Santa Verónica y la tercera San Antonio de Padua, situadas a la altura meridional de cuatro grados, a cuatrocientas millas de la costa del Perú, según los cálculos de los españoles, y trescientas millas españolas según mis cálculos, se encuentran a corta distancia al este y al oeste, de la primera a la segunda isla hay que navegar cuatro horas. En la primera isla hablan el idioma de los peruleros de Lima, en la segunda hablan otro idioma y son de color más negro. En la tercera isla son aún más negros. La primera isla mide treinta millas de longitud, la segunda veintitrés o veinticuatro millas y la tercera cuarenta millas, llenas de bosques. En la primera isla encontraron una madera dura y azul, en la segunda hallaron un poco de oro de catorce quilates (Berguño 1991, 146).

Por no haber otro grupo importante de islas cerca de la costa sudamericana en esa ubicación, Ijzerman identificó las “Islas Cognitas” con Galápagos. En efecto a latitud y la descripción coinciden, pero la mención de pobladores no les corresponde, pues estaban despobladas en el siglo XVII. Por otro lado, el año 1604 y la mención del religioso López de Solís coinciden con su nombramiento como arzobispo de Charcas y su viaje a Lima, donde murió sin asumir el cargo el 5 de julio de 1606. Claesz iba en la nave de Ozores de Ulloa que condujo al arzobispo y en el trayecto visitaron unas islas pobladas, pero ya sea por confusión o mala interpretación de la declaración original, parecen confundirse dos lugares en uno solo.

⁴⁴ En el Archivo General del Estado de los Provincias Unidas, en La Haya, existe un derrotero elaborado con la información de Claesz titulado: *Aanwyzynghe om op het spoedigste ende seeckerste van by Noorden door de Linie Equinoctiael ende boven de cust van Brazyl te seylen, naer Caep de Frio ende van daer voorts door de Straet van la Meere in de Zuytsee op de custe van Chily ende Peru* (Direcciones para navegar lo más pronto y lo más posible desde el norte a través de la Línea Equinoccial y sobre la costa de Brasil, hasta Cabo de Frío y de allí en adelante a través del Estrecho hasta el Mar del Sur y en la costa de Chile y el Perú). En este documento Claesz declaró tener unos cuarenta años. Cuando fue interrogado en Chile en diciembre de 1599, dijo tener 35, entonces, nació por 1564. En 1607 estaba en Panamá, y si de ahí volvió directamente a Holanda y declaró inmediatamente después, por entonces habría tenido unos 43 años (Wieder 1923, 260-261 n. 1, 2).

de San Mateo, Buenaventura, Gorgona, Santiago, Barbacoas y las distancias entre sitios con bastante precisión⁴⁵ (Berguño 1991).

En definitiva, es seguro que doce de los veintitrés sobrevivientes del Ciervo Volador volvieron a su país con información de inteligencia para futuras expediciones de pillaje y conquista, a saber: Dirck Gerritsz, Cornelis Lamberts Matelief, Laurens Claesz, Adriaan Pauwelsz, Pieter Tielmans, Jacob Dircksz, Jacob Jacobsz Bol, Christoffel Albertsz, Jacob Dircksz, Arent Jansen, Daniël Arnold Maertensz y Adriaan Dircksz (Wieder 1923, 66). La declaración de Laurens Claesz, junto con otra que hizo Jacob Dircksz en La Haya y las de otros neerlandeses llegados del Perú, sirvieron para elaborar informes estratégicos secretos con los datos necesarios para armadores, representantes de VOC y la WIC, y autoridades neerlandesas para planificar la expedición de la Armada de Nassau y muy posiblemente la de Spilbergen. En efecto, las declaraciones de Dircksz y Claesz, hechas en fechas cercanas, constan en el expediente único que sirvió para la primera⁴⁶ (Berguño 1991).

Otro elemento curioso del caso de los naufragos del Ciervo Volador es el buen trato que recibieron en Perú, que contrasta claramente con el maltrato e intolerancia que el Imperio Español mostró, en otros casos, con extranjeros que trataron de afincarse en territorios españoles del Nuevo Mundo. En efecto, el último cuarto del siglo XVI representa una época de radicalización del discurso contra reformista y antiherético español, en donde destacó Santa Teresa de Jesús como reformadora del catolicismo para combatir el anticatolicismo. Y en la iconografía, Santiago Matamoros, martillo del catolicismo contra sus enemigos tradicionales: los musulmanes, adquirió un nuevo significado al incorporar cuerpos

⁴⁵ Según la declaración de Laurens Claesz:

De Quito a Pasto hay cincuenta millas del este al oeste, teniendo que cruzar cuatro ríos peligrosos. De allí a Popayán hay 36 millas. Sin embargo, se cuentan de Quito a Popayán tan sólo ochenta millas. Villaviciosa está al sur de Pasto; de Pasto a Cartago hay dieciséis millas. En el camino que sigue después de Popayán a Cartago, comienza el país de Popayán. De Popayán al río, donde se encuentran los barcos, hay treinta millas de españolas, y de allí al mar hay veinte millas. La bahía mide media milla. Los árboles mangles tienen madera dura, utilizada para mástiles. En los manglares, pequeñas abejas negras producen una miel blanca y cera amarilla. De Popayán a 'Perina de Rowies' hay dieciocho millas en la carretera del Nuevo Reino. Perma llaman a los fríos picos de las montañas. El río Santiago corre cerca de Cartago y termina en la bahía de San Mateo, y separa el Perú de Popayán. El río Buenaventura termina en la bahía de Gorgona y es también muy grande, pero la de Santiago es más grande. Las salinas de los indios son llamadas Barbacoas, y desde allí hacia Pasto crece el maíz en la costa (Berguño 1991, 147-148).

⁴⁶ Las declaraciones de Laurens Claesz y Jacob Dircksz se hallan en el Archivo Real de Holanda, Primera Sección, en el volumen titulado "Instructiën en Journaalen van Brasiliaansche en Oostindische Rijsen zeedert 21 April 1623 tot 28 augustus 1681" (Instrucciones y diarios de los reinos brasileño y de las Indias Orientales con fecha del 21 de abril de 1623 al 28 de agosto de 1681), que contiene las instrucciones para la Armada de Nassau (Berguño 1991).

desmembrados y cabezas de herejes protestantes rodando entre las patas de su caballo blanco. Este discurso, cada vez más radical, halla ejemplos históricos en el trato recibido por protestantes que buscaron establecerse en el Nuevo Mundo. Apenas una generación antes de la rendición del Ciervo Volador, “Menéndez de Avilés hizo un ajusticiamiento masivo de piratas hugonotes en la Florida”. Y, por lo tanto, es lógico suponer que algo parecido les podía suceder a los náufragos neerlandeses en Chile, pues Felipe II había demostrado lo que su imperio hacía con los herejes que pretendían colonizar el Nuevo Mundo (Lucena 1992, 24). El caso es que entre 1562 y 1564, con el apoyo de Carlos IX, franceses hugonotes se establecieron con éxito en la Florida, pero la reacción del monarca español “sobre todo del establecimiento de herejes en lo que se consideraba tierra de misión para el catolicismo” (Saiz 1985, 33) fue enviar a desalojarlos “de inmediato” al hábil marino Pedro Menéndez de Avilés con los títulos de adelantado y gobernador. En 1565 Menéndez fundó y pobló San Agustín y luego fue con su tropa tras los hugonotes, a quienes sorprendió

antes del amanecer (...) Tras degollar al centinela y dar muerte a todo el cuerpo de guardia, penetraron en tropel, acuchillando a los sorprendidos piratas. Murieron 124 de ellos, sin que los españoles, validos de la sorpresa y el pánico enemigos, sufrieran sino un solo herido leve. Apenas si pudo escapar el jefe del fuerte, Laudonnier, con sesenta de los suyos, arrojándose por las murallas y huyendo a la selva. Con los demás no se tuvo cuartel, exceptuando a unos grumetes, por su poca edad, y algunas mujeres que los piratas habían traído consigo, totalizando unas setenta personas (Saiz 1985, 36).

Luego persiguieron a los que se escondieron en la selva, mataron a veinte de arcabuzazos y una docena, que intentaron esconderse entre los indios, fueron entregados a los españoles. El capitán Ribault y unos seiscientos huyeron en la flota hacia el sur y naufragaron en una tempestad. Los indios delataron a los 550 sobrevivientes escondidos en la selva, que fueron capturados y condenados a muerte “debido a la fobia de Menéndez de Avilés hacia los herejes hugonotes” (Saiz 1985, 37), incluido Ribault “que ofreció 100.000 ducados por su vida. No se le aceptaron, y fue ejecutado junto a sus hombres” (Lucena 1992, 85), excepto dieciséis, unos porque dijeron ser católicos y otros por su menor edad. En este caso, ser católicos les sirvió para salvarse de ser ejecutados.

A diferencia de la primera expedición, en que veintitrés náufragos aprovecharon su desgracia y la apertura de los españoles para permanecer por años en el Virreinato, recopilar información y volver a las Provincias Unidas como informantes, la segunda fue más allá, pues Oliver Van Noort, puso, deliberadamente, por lo menos un espía en Perú. En efecto, a

mediados de abril de 1600, de uno de sus barcos (con su conocimiento e instrucciones), desembarcó secretamente en Arica a un misterioso personaje conocido como “el tabernero” porque abrió ahí una cantina, lugar ideal para intercambiar noticias, sin levantar sospechas, con todo tipo de gente de mar (Bradley 2001, 661 n. 37; 2008, 21). Esta operación hubiera sido imposible sin tener con cómplices en tierra, quizás portugueses de origen sefardita relacionados las Provincias Unidas, que facilitaron su asimilación con la población local y el trabajo encubierto de quien fingió ser un desertor. También debe haberse contactado con los hombres del Ciervo Volador y otros informantes. El hombre, sin duda bastante mejor instruido que el promedio de los marineros, viajó el Perú extensamente y sin impedimentos, recopiló todo tipo de información y redactó una detallada representación del Virreinato, que viajó en las flotas de galeones hasta España y finalmente a las Provincias Unidas, probablemente en las manos de su propio autor. Varias copias del manuscrito, considerado por entonces como “una de las mejores descripciones de las Américas”, circulaban por Europa y sirvieron de fuente principal para las expediciones de Spilbergen y la Armada de Nassau, que regresaron con la información que faltaba completar la obra. Fue base para la Historia del Nuevo Mundo, publicada en 1625 por Johannes de Laet, geógrafo y director de la WIC (Montáñez 2014: 79 nota 125). El caso representa un ejemplo exitoso de la labor de espionaje neerlandés en Perú (Montáñez 2014, 79, n. 125).

Otro barco de la flota, el Hendrick Frederick, perdió contacto con los demás el 12 de marzo de 1600 por causa de las tormentas (Swart 2007, 5). El 18 de junio envió dos botes a capturar una pequeña barca en Arica, pero el nutrido fuego de artillería de la costa les obligó a retirarse. Intentar la captura de esta embarcación de poco valor, les hizo perder otra, idéntica en tamaño, que huyó llevándose setecientos lingotes de plata. El capitán culpó al mayordomo Christiaen Haese, que probablemente ya estaba en desgracia por una previa insubordinación. Unas semanas después, a la vista de la isla Puná, liberó un bote con cuatro soldados, desertores de la guarnición chilena de Santa María (Bradley 2001, 661 n. 37; 2008, 21). Por pedido de los españoles, Haese se les unió y llegaron a la costa, donde el neerlandés fue capturado y enviado a Lima. Ahí estuvo con Gerritsz, que gozaba de cierta libertad para moverse, y le relató el episodio. Según testimonio en Holanda del antiguo tripulante del Ciervo Volador Tymon Barentsz, Haese fue liberado y viajó a San Lúcar (España), donde desembarcó el 16 de abril de 1603, desde donde volvió a su país y vendió a las autoridades valiosa información sobre Perú (Swart 2007, 6, 10).

2.3. Joris Van Spilbergen

Dadas las urgencias de la interminable guerra europea y pese a los buenos augurios que transmitió Van Noort sobre las posibilidades de colonización en Chile, transcurrieron quince años hasta que otros neerlandeses, comandados por Spilbergen, se aventuren en el Pacífico con nuevos planes, y esos tres lustros sin corsarios fueron cruciales para los españoles, quienes consolidaron un poco más su precaria soberanía en el sur de Chile y afianzaron sus alianzas con indios pacíficos. Spilbergen trajo nuevas instrucciones de establecer alianzas con los indios para fundar una colonia. Sin embargo, desde la planificación inicial, el viaje tenía un trasfondo de piratería, pues, en caso de escasez de provisiones, debía tomar por fuerza las que requiera, apoderarse de flotas que transportaban riquezas como los galeones de Manila, atacar y dañar los puertos (Ramos 1980, 245).

La flota de Spilbergen ancló en Mocha el 25 de mayo de 1615, y, al día siguiente desembarcaron con mercadería y buen resguardo militar. Pese a la incertidumbre sobre el recibimiento que tendrían, las precauciones resultaron innecesarias. Al igual que con Van Noort los nativos se portaron muy amables y trocaron ovejas, aves y frutas por hachas, cuchillos, cuentas y otros artículos europeos. Spilbergen invitó al jefe local y su hijo a bordo, disparó salvas en su honor, les mostró sus grandes cañones “y les hizo señales en el sentido de que habían venido a luchar contra los españoles. Los nativos indicaron su complacencia, ya que eran enemigos de los mismos” (Schmidt 1999, 462). En su diario, Spilbergen elogió especialmente a estos indios, descritos como “de buenas maneras, educados y amables, muy ordenados en su alimentación y bebida, de buena moral y casi iguales a los cristianos”, aunque notó cierto recelo, pues prudentemente impedían que los europeos entren en sus casas y se acerquen a sus mujeres (Bradley 1989, 35).

Los indios de Mocha brindaron a Spilbergen inteligencia crucial, advirtiéndole que la Armada del Mar del Sur navegaba en su búsqueda. Esta noticia implicó que tuviera que decidir si se quedaba negociando una alianza y establecía un asentamiento, o zarpaba antes de que llegue la Armada. Bien sabía el almirante que los españoles tenían las de ganar si lo acorralaban en tierra, mientras que nada estaba dicho si el combate se producía sobre las olas. Juzgando la situación con acertada prudencia, renunció a la posibilidad de negociar un acuerdo con los indios, apuró el aprovisionamiento y navegó al norte.⁴⁷ El 29 de mayo ancló en Santa María,

⁴⁷ La disyuntiva en torno a dejar hombres y pertrechos para una colonia o seguir adelante con su contingente completo para enfrentar a la Armada del Mar del Sur, tuvo más que ver con problemas logísticos que con voluntad. En efecto, la línea de abastecimiento se extendía hasta las Provincias Unidas, haciendo imposible la llegada de provisiones y refuerzos en un plazo prudencial, menor al que le hubiera tomado al virrey armar y despachar una tropa para desalojarlos (Bradley 1989).

en cuya playa lo esperaban dos docenas de soldados de caballería españoles, y vio que una barca fue a advertir de su presencia en la costa continental. El fiscal de la expedición, Christian Stulinck, desembarcó con su tropa y solicitó permiso para comerciar. El corregidor Juan de Hinojosa, incapaz de resistir a una fuerza muy superior, accedió a negociar. Recibió amistosamente al fiscal y, reservándose un rehén para garantizar su regreso, aceptó la invitación a visitar una nave. Las negociaciones, basadas en la desconfianza mutua, fueron cautas y tensas: Hinojosa sabía de las intenciones neerlandesas de colonizar Chile, y Spilbergen temía una emboscada (Mercado 1985, 71-72).

Juan Cornejo, representante del corregidor, invitó a los oficiales neerlandeses a una cena en tierra para el 30 de mayo. Spilbergen desembarcó con soldados y varios mandos, pero adivinaron el peligro al percatarse de jinetes armados que parecían agruparse, y recibieron mensajes del Cazador, urgiéndoles volver a los navíos porque hombres armados marchaban al lugar de la cena. Volvieron precipitadamente seguidos por Cornejo y un cacique, asegurándoles lo infundado de sus temores. Pero Spilbergen los condujo a bordo para interrogaciones. La presencia del jefe indio demuestra que, lejos de pensar en pactar con los neerlandeses, los indios de Santa María estaban del lado español y a sus órdenes. Al siguiente día, un indignado Spilbergen despachó tres compañías con trescientos soldados contra los españoles. Sobrepasado en su capacidad de defensa, el corregidor y sus aliados indios simplemente huyeron, y los corsarios saquearon el pueblo vacío, llevándose unas treinta fanegas de trigo y todas las existencias de cebada, frijoles, quinientas ovejas y algunas aves de corral, para luego incendiar la pequeña iglesia y rancherías. Considerando la escasez, el botín compuesto de muy necesitadas provisiones, era más valioso que la plata (Bradley 2008, 34).

Spilbergen confirmó con Cornejo que el virrey Juan de Mendoza y Luna, III marqués de Montesclaros⁴⁸, advertido de su presencia y planes de establecer una colonia en Chile, despachó dos galeones y un patache para interceptarlo en el área comprendida entre Valdivia y las islas Mocha y Santa María. A diferencia de Van Noort, Spilbergen confiaba en su capacidad militar y no le intimidó la armada virreinal. En vez de evadirla, redactó una estrategia detallada con roles asignados para cada barco en caso de combate y funciones precisas para cada hombre. El 1 de junio se lanzó a la búsqueda de la flota peruana con rumbo a la bahía de Concepción, donde se presentó, desafiante, dos días después (Mercado 1985, 71;

⁴⁸ El marqués de Montesclaros fue virrey de Nueva España entre 1603 y 1607. Ascendido al mismo cargo en Perú, gobernó hasta el 18 de diciembre de 1615, cuando fue sustituido por Francisco de Borja y Aragón (Zaragoza 1883/2005, 225-229).

Bradley 2008, 35). Mientras tanto, Alonso de Rivera, el experimentado militar y gobernador de Chile, recibió en Concepción las noticias del ataque de Spilbergen a Santa María, y se apresuró a organizar las defensas. Spilbergen suponía que los defensores pobremente armados no superaban los doscientos, pero prefirió no atacar, y el 4 de junio zarpó con su rumbo norte. La decisión resultó prudente, pues, el 12 de febrero de 1616, Rivera reportó que lo esperaba con fortificaciones y parapetos con unos novecientos españoles y trescientos indios atrincherados (Barros 1885, 109-110; Rosales [1674] 1877, 610; Dagnino 1909, 116). Al igual que en Santa María, los indios de Concepción estaban dispuestos a colaborar con las autoridades españolas, y eran contrarios a la posibilidad de establecer acuerdos con los neerlandeses.

Los corsarios desembarcaron en varios sitios deshabitados antes de atacar la rada de Valparaíso el 11 y 12 de junio. Guiados por caballos salvajes que corrían a beber de arroyos, descubrieron las fuentes de agua dulce de Quintero. Desembarcaron en Papudo, y, antes de zarpar el 16 de junio, liberaron a Francisco de Lima junto con otro prisionero tomado en San Vicente (Brasil) y el español Cornejo. Los soldados Andreas Heinrich y Philip Hansen aprovecharon la oportunidad para desertar, y la escuadra neerlandesa navegó hacia el norte y visitó brevemente Arica el 2 de julio, antes de su inevitable encuentro con la flota virreinal⁴⁹ (Bradley 1989, 35).

Mientras tanto, Montesclaros recibía noticias confiables sobre el avance de Spilbergen a lo largo de la costa (Bradley 2008, 37). Supo de su encuentro con los portugueses cerca de Río de Janeiro y, en noviembre de 1614, de lo que resultó ser un falso avistamiento por Valdivia. Finalmente, el 22 de junio, tuvo información certera de los barcos neerlandeses en Santa María, descritos como: “los tres de ellos (...) grandes del porte de la capitana Jesús María”⁵⁰ (Medina 1923, 373), y no dudó de su capacidad para vencerlos, pues, además de favorecerle

⁴⁹ Según Burney, Spilbergen llegó a Valparaíso, dónde menciona por único incidente el incendio de un barco surto en el puerto por los propios españoles para evitar que caiga en manos enemigas. Luego, una recalada en Quintero, donde vieron caballos salvajes y cargaron agua fresca (Burney 1806, 337). Más específico, según Barros llegaron a Valparaíso el 11 de junio y pasaron sin hacer mayor daño. Al siguiente día hallaron, frente a la playa de Concón, al San Agustín, buque del comercio de Lima enviado el gobernador Rivera desde Concepción para alertar a Valparaíso de los enemigos. Doscientos corsarios desembarcaron y enfrentaron a setecientos españoles enviados apresuradamente desde Santiago al mando del capitán Juan Pérez de Urasandi, que mandó quemar el San Agustín con todas las provisiones del lugar: ochocientas fanegas de trigo, 150 quintales de bizcocho y 64 cuerdas de arcabuz, antes del desembarco enemigo. Los españoles, que triplicaban a los corsarios, poco pudieron hacer cuando estos pusieron una pieza de artillería en la playa y desembarcaron (Barros 1885, 110-111).

⁵⁰ El testigo Juan Domínguez refirió el galeón Jesús María, entonces capitana de la armada del Mar del Sur, de entre 350 y quinientas toneladas, construido en Guayaquil en 1604, con veintiséis piezas de artillería y 104 tripulantes (Medina 1923, 373).

el aislamiento geográfico, aún recordaba la célebre y humillante derrota y captura de Richard Hawkins y su tripulación, en la bahía de Atacames, el 2 de julio de 1594 (Bradley 1992, 246). El virrey confiaba en que su escuadrón de cuatro galeones “de excelente construcción y muy adecuadas para navegar por esas costas” no tendría dificultad para destruir a cualquier invasor del Mar del Sur.⁵¹ Además, por declaraciones del ex rehén Francisco de Lima ante los oidores de Santiago el 22 de junio, fue exageradamente informado del supuesto pésimo estado de la flota neerlandesa, comandada por un anciano Spilbergen de unos ochenta años (Medina 1923, 383-384; Bradley 2008, 30).

Con esta información, Montesclaros concentró la defensa en la flota que, bajo el mando de su inexperto sobrino Rodrigo de Mendoza, reunió, armó y tripuló de forma apresurada: el galeón capitana Jesús María con veintidós piezas de artillería y 320 tripulantes, la almiranta Santa Ana con doce piezas de artillería y 250 hombres, considerada la mejor de la flota, recientemente construida a un costo de 100.000 pesos, el Sabá (fabricado en Guayaquil por el general Antonio de Beamonte), el Nuestra Señora del Carmen (de propiedad de Baltazar de la Coba), el San Diego (de Alonso López de Vergara), el Carmen con ocho pequeñas piezas de artillería y doscientos tripulantes, otra nave de un señor Villafaña con cuatro piezas pequeñas de artillería y 120 hombres y una pequeña embarcación del comerciante Juan Duarte (Medina 1923, 74-75).

El 12 de julio zarpó la escuadra virreinal de ocho barcos y unos 1.300 tripulantes entre soldados y marineros. Como amargo presagio de lo que vendría, el capitán del Santa Ana, Pedro Álvarez del Pulgar, dijo que “estaba seguro de morir en ella porque ella era muy pesada y un pobre navegante” (Bradley 2008, 39). Al cabo de dos días, una tropa de menos de cien españoles disuadió un desembarco neerlandés en Cañete (Medina 1923, 375-376). Luego, el 16 de julio, frente a Pisco, Spilbergen capturó el barco de cabotaje de Juan Bautista González, que iba al Callao cargado de aceitunas y la grata sorpresa de 7.000 pesos de plata. Con el siguiente crepúsculo, frente a Cañete, el horizonte reveló la formidable visión de la escuadra peruana con todas las velas desplegadas (Bradley 2008, 36).

⁵¹ Las principales fuentes son: ‘Relación de las naos de enemigos que se vieron en la costa de Brasil 1614’, de 15 de noviembre de 1614 (AGI Patronato Real, 229-16); carta del gobernador de Río de Janeiro Constantino de Menales de 10 de enero y respuesta de Montesclaros 2 de marzo de 1615 (AGI Lima, 37); informes de Montesclaros de 2 de mayo, 22 de junio y 24 de septiembre de 1615 y ‘Relación de la pérdida de la Armada’ (AGI Lima, 36); ‘Relación de la Armada’, y acuerdos generales de 13 de noviembre y 22 de octubre de 1614 (AGI Lima 37); Cacho de Santillana de 19 de mayo de 1616 (AGI Lima, 146); ‘Relación (...) de persona desapasionada (BL Additional MSS 13975, 323-30); ‘Relación de las operaciones de la armada del Perú contra unos navíos corsarios holandeses en el año 1614’ (BN Madrid 3044, 509) (Bradley 1989, 206 n. 19; 2009, 83-85).

A prudente distancia, Mendoza describió los bajeles enemigos: “...son, los tres de ellos, como de 450 toneladas, con cada treinta piezas de artillería de bronce y fierro colado, en dos andanas, y el otro de trescientas toneladas, con veinticuatro piezas, y el otro de 150 toneladas con dieciséis piezas de artillería. Trae novecientos hombres de guerra pagados y trescientos de mar, y todos pelean con coselete y morrión” (Medina 1923, 377). Contaba con el doble de tripulantes que Spilbergen, pero la mayoría carecía “de experiencia en el uso y la práctica de armas de fuego, pues eran mestizos faltos de espíritu de lucha” (Bradley 2008, 38). Por otra parte, Spilbergen le doblaba en potencia de fuego, pues la escuadra peruana estaba casi enteramente compuesta de mercantes atropelladamente armados. La exagerada confianza del virrey en su excelente flota y el supuesto mal estado del contrincante, se pusieron a prueba, sobre las olas, poco después (Bradley 2008, 37).

En lugar de evitar el combate, tanto Mendoza como Spilbergen aceptaron los consejos de sus asesores y se enfrentaron. Spilbergen esperó prudentemente el ataque español, y las dos armadas se encontraron hacia las 17h00 del 17 de julio frente a Cerro Azul, al sur del Callao. Pese al ocaso, Mendoza pasó a la ofensiva y, frente a su indeclinable determinación, nada pudieron hacer los prudentes consejos de sus subordinados que pedían esperar el amanecer. Sólo cuando el desarrollo de la batalla empezó a volverse contra la flota peruana, se palparon los primeros indicios de un inminente desastre. Durante el primer choque, en una maniobra combinada, el Gran Sol y el Cazador, hundieron al desarmado San Francisco, con un saldo de noventa hombres ahogados. El capitán Juan Arce sobrevivió casualmente flotando sobre un tambor neerlandés (Palma 1893, 192-198; González 2013, 470-474). Durante la noche, para no delatar sus posiciones, los barcos peruanos mantuvieron las luces apagadas. Pero, quizás por esa misma razón, amaneció el 18 de julio con la flota tan dispersa que sólo los galeones Jesús María y Santa Ana participaron del combate de las ocho horas siguientes. Víctima del certero y eficiente fuego neerlandés, el Jesús María quedó reducido a la desesperanza, y, contra los deseos de Mendoza, sus tripulantes izaron bandera blanca y huyeron, dejando sólo al Santa Ana, pues los mercantes armados Carmen y el Rosario también escaparon antes del combate, todos a Pisco (el puerto más cercano), mientras que el San Andrés y el San Diego lo hicieron al Callao. El Santa Ana soportó los efectos de toda la potencia de fuego neerlandesa y pronto se volvió ingobernable. Los corsarios invitaron al capitán a rendirse y abandonar el barco, pero Álvarez de Pulgar, tal como prometió, se negó y hundió con la nao.⁵² Spilbergen

⁵² La legendaria batalla dejó una rica tradición en la historiografía peruana, comenzando por la “Vida de Santa Rosa”, escrita por el conde de La Granja y publicada en Madrid en 1711 y la obra de Pedro Peralta Barnuevo

se alzó con una victoria completa en la épica batalla de menos de veinticuatro horas, pues sus oponentes perdieron dos buques de guerra y entre 450 y quinientos hombres, mientras sus bajas sólo fueron dieciséis y entre treinta y cuarenta heridos en el *Morgensterre*, más veinticuatro muertos y entre dieciséis y dieciocho heridos en los demás barcos, cuyos cascos y arboladura resultaron prácticamente ilesos (Lohmann 1975, 390-397; Bradley 1989, 40-41). Quizás gracias a los espías del Callao Spilbergen tenía mejor información sobre su contrincante, mientras que la imprudencia de Mendoza y el exceso de confianza de Montesclaros están a la vista: la derrota dejó toda la costa oeste de Sudamérica a merced de los pechelingues.

Apenas supo de la derrota, Montesclaros entró en pánico por el riesgo de un desembarco enemigo en el Callao, y se involucró personalmente en la excavación de trincheras y construcción de emplazamientos de tierra. También convocó a todos los hombres capaces de pelear, incluidos unos trescientos clérigos y estudiantes universitarios, para reemplazar a los que viajaron en la flota a Panamá y los muertos de Cañete (Bradley 1989, 41). Por su parte, Spilbergen entendió bien la importancia militar de su victoria y la reacción psicológica que provocó en los peruanos, y, a diferencia de sus predecesores, que evitaron el contacto directo con la capital virreinal y su puerto, los desafió frontalmente. Las calmas retrasaron el avance, pero el 21 de julio, saboreando los laureles del triunfo, se presentó en la bahía del Callao y ancló en isla San Lorenzo para reparar los daños. Esperaba, naturalmente, que campeara la desmoralización y no hubiera defensores en el puerto, por lo que se sorprendió al ver banderas ondeando y escuchar trompetas, disparos y órdenes. Más raro aún resultó un cañonazo que pudo echar a pique al Cazador (Bradley 1989, 42). Aquí fallaron los espías, pues Spilbergen no supo de que sólo fue un ardid bien planificado:

Todos vinieron al Callao para protegerlo contra el acercamiento del enemigo, quien en la fiesta de María Magdalena apareció repentinamente en el puerto con sus cinco barcos, frente al Callao. Y todos estábamos estacionados a lo largo de la costa con nuestras armas en nuestras manos y bajo pena de muerte para que nadie dejara su puesto, esperando hasta que el adversario complaciente comenzara a disparar su artillería y nos enviara al próximo mundo. El provincial de los jesuitas también revela detalles que sin duda habrían animado a los holandeses si se hubieran enterado de ellos. Dos o tres mil se reunieron en la orilla para la

Lima fundada o la conquista del Perú, publicada en Lima en 1732 (Bradley 2008, 38). Ricardo Palma narró el episodio con mucha gracia en su tradición “El tamborcito del pirata”, donde también consta la notable figura femenina de la “monja alferez” Catalina de Erauso, que, disfrazada de hombre, se enroló en el Santa Ana. Según su propia confesión, saltó del barco mientras se hundía, fue rescatada por los corsarios y estuvo prisionera por veintiséis días, hasta su liberación en Paita junto con un fraile (González 2013, 470-474).

defensa. ¡Pero qué hombres! Comerciantes, jóvenes galanes apostados directamente desde la plaza del pueblo, que carecían de habilidad o experiencia para disparar un arcabuz, la munición era tan inadecuada que las bolas no encajaban en las bocas de los barriles con el resultado de que las dividieron en pedazos con dagas (Lewin 1958, 67).

En efecto, el Callao carecía de defensas y, por falta de gente más capacitada, fue el franciscano Gallardo quien disparó uno de los tres maltrechos cañones que quedaron en el puerto, que se desintegró luego de la descarga, pues los buenos zarparon en las armadas (Bradley 1989, 42). Spilbergen cayó en la trampa o escogió la prudencia. Su diario señala que, en caso de desembarco, enfrentaría ocho compañías a caballo y una de infantería con 4.000 soldados. Al no siquiera intentar desembarcar, falló en capitalizar su triunfo, y zarpó el 26 de julio luego de esporádicos intercambios de disparos con la costa (Bradley 1989, 42). Ahí se estableció una característica de la pugna entre españoles y neerlandeses en el Mar del Sur: los primeros siempre mantuvieron la primacía en tierra, mientras que los segundos la tuvieron en el mar.

Spilbergen supo por sus informantes que se aproximaba la escuadra que traía al nuevo virrey del Perú, Francisco de Borja y Aragón, II conde de Mayalde y V príncipe (consorte) de Esquilache⁵³, que haría un espléndido rehén. Patrulló la costa, confiado en prender a Borja para canjearlo por el almirante Paulus Van Caerden, capturado por los españoles por segunda vez en 1610 y preso en las Filipinas, por quien los neerlandeses se negaban a pagar un rescate de 40.000 pesos (Sluiter 1937, 221). Frente a Huaura interceptó un pequeño barco de cabotaje cargado de sal y ochenta jarros de miel, que retuvo, tripuló y puso al mando de Jan de Wit. El 28 de julio saqueó e incendió el abandonado pueblo de Huarmey, donde consiguió suministros frescos de naranjas, aves y cerdos. Para beneficio de otros aventureros, consignó ahí en su diario una fuente permanente de agua dulce. El 3 de agosto liberó dieciséis prisioneros de la batalla y otros se le fugaron, además del francés Nicolas de la Porta. Más tarde, los antiguos rehenes declararon que, a medida que avanzaban, dos cartógrafos dibujaban el litoral para hacer mapas para futuras expediciones de conquista. También que había en la armada una veintena de extranjeros que antes vivieron en Lima haciéndose pasar por comerciantes, cuando en realidad eran espías.

Paíta fue el último puerto visitado de la costa peruana, donde anclaron la noche del 8 de agosto. Al siguiente día desembarcaron trescientos hombres armados, que se retiraron al ver

⁵³ Francisco de Borja y Aragón fue nombrado virrey del Perú en 1615, se embarcó en la flota de ese año y llegó a Lima el 18 de diciembre. Gobernó seis años y tres días, hasta 1621 (Zaragoza [1883] 2005, 229-231).

defensores bien atrincherados por el corregidor Juan Colmenero de Andrade, que posicionó bien su pequeña fuerza de unos 120, incluyendo indios y mulatos. Pero al segundo día se desbandaron cuando Spilbergen alineó sus barcos para cañonear la ciudad, que ocupó del 8 al 31 de agosto de 1615. Le atrajo su ubicación y admiró lo bello de su naturaleza y gran cantidad de pesca, factores ideales para fundar un asentamiento permanente (Bradley 2008, 42). Además de intercambiar mensajes con los españoles, entró en tratos con los indios, pero, más allá de amistad y cordialidad circunstanciales, no se materializó ningún acuerdo para establecer una colonia.

Desde Santa Elena, a fines de agosto, zarpó en busca de las fuentes de agua de la isla del Coco, y luego a México. El 20 de septiembre avistó las costas centroamericanas a la altura de Amapala, y enrumbó hacia Acapulco con intención de interceptar el galeón de Manila, que lo eludió. Negoció cordialmente el intercambio de prisioneros por alimentos frescos y agua y optó por no atacar el puerto (Bradley 2008, 42). Bordeó la costa novohispana hasta fines de noviembre, cuando puso rumbo a Manila. Permaneció cinco días a la vista del puerto y se dirigió a la colonia neerlandesa de Ternate, donde juntó una armada de once navíos conformada por la capitana Sol de Holanda o Gran Sol (Hollandse Zon) de setecientas toneladas, 47 cañones, dieciocho pedreros y 144 hombres comandado por Spilbergen; almiranta Luna Nueva o Gran Luna (Groote Maan) de seiscientas toneladas, 32 cañones y dieciséis pedreros; Sol Viejo (Oude zon) de seiscientas toneladas, 32 cañones, dieciocho pedreros y 75 hombres; León Rojo (Rode Leeuw) de seiscientas toneladas, 36 cañones y dieciséis pedreros; Luna Vieja (Oude Maan) de 590 toneladas, 35 cañones, doce pedreros y noventa hombres; Fresne de quinientas toneladas, 28 cañones, diez pedreros y 94 hombres; Ángel (Engel) de quinientas toneladas, 24 cañones, diez pedreros y 84 hombres; Danolays de cuatrocientas toneladas, 32 cañones, doce pedreros y noventa hombres, Berber de cuatrocientas toneladas, 32 cañones, catorce pedreros y ochenta hombres; Donart de setecientas toneladas, y un buque auxiliar sin artillería.

A fines de octubre de 1616, la flota de Spilbergen fondeó en la costa de Mariveles (al sur de la península de Bataán), donde entorpeció por meses el tráfico naval de Manila y capturó varios barcos, atacó posiciones de la costa, y finalmente estableció su base en puerto del Fraile o Playa Honda, con la isla de Capones como fondeadero. Mientras tanto, para defender Filipinas, el gobernador interino, Jerónimo de Silva, organizó una flota de siete galeones, un patache y tres galeras comandadas por el almirante Juan Ronquillo del Castillo, compuesta por la capitana San Salvador de 1.900 toneladas, 46 cañones y 712 tripulantes al mando de

Ronquillo; almiranta San Marcos de 1.100 toneladas, entre 38 y 42 cañones y 428 hombres comandada por el capitán Juan de la Vega; San Juan Bautista de mil toneladas, entre treinta y 32 cañones y 329 hombres, comandado por el capitán Pedro de Heredia; Nuestra Señora de Guadalupe de setecientas toneladas, 24 cañones y 260 hombres al mando del capitán Juan Bautista de Molina; San Miguel de novecientas toneladas, 31 cañones y 290 hombres comandado por el almirante Rodrigo de Guillistegui; San Felipe de setecientas toneladas, entre 27 y 29 cañones y 306 hombres comandado por el capitán Sebastián de Madrid y Luna, San Lorenzo de cuatrocientas toneladas, veintidós cañones y 207 tripulantes bajo el mando del capitán Juan de Acevedo, el patache San Antonio de cien toneladas, seis cañones y 74 hombres, comandado por el capitán Andrés Coello, y las galeras Caridad con cuatro cañones y 233 hombres al mando del sargento mayor Pedro Téllez de Almacán, Victoria con siete cañones y 223 hombres comandada por el sargento mayor Diego de Quiñones y San Antonio con siete cañones y 355 hombres al mando del general Alonso Enríquez, capitán general de las tres galeras. Mientras que la armada española era muy inferior en artillería, superaba a la neerlandesa en número de hombres.

Dispuesta a romper el bloqueo neerlandés, la armada española se hizo a la vela el 7 de abril de 1617 y avistó la flota de Spilbergen el 13 frente a Playa Honda. Maniobraron sus posiciones todo el día y la noche para la que resultó ser la épica segunda batalla naval de Playa Honda, el 14 y 15 de abril de 1617, frente a la costa de la provincia de Zambales (Luzón Central). La mañana del 14, el galeón de Ronquillo se hallaba sólo cuando comenzó el combate, y resultó considerablemente dañado, pero logró estropear los aparejos y velámenes de varias naos enemigas. Los galeones San Felipe y Guadalupe no pudieron apoyar a la capitana porque la certera artillería corsaria los mantuvo a raya (Gómez 2022).

La batalla se generalizó el 15, cuando los españoles lograron ganar el barlovento y se enlazaron en un combate, intentando desarbolar a los neerlandeses para quitarles maniobrabilidad y abordarles, aprovechando que llevaban más hombres. Las tropas del Guadalupe lograron abordar un corsario, seguidas por las del San Miguel y el San Juan Bautista, que subieron a la almiranta enemiga Luna Nueva. Mientras tanto, las capitanas San Salvador y Sol de Holanda se acoderaron tanto que, cuatro horas después, sus disparos a flor de agua la hundieron con casi toda la dotación, mientras que los hombres del San Miguel incendiaron otros dos neerlandeses. Los del galeón San Felipe abordaron al Sol Viejo, y, en medio de la encarnizada la lucha, un mosquetazo neerlandés acabó con el capitán Sebastián de Madrid, desmoralizando a los españoles y permitiendo el escape enemigo. Los hombres del

San Juan Bautista resistieron durante horas en la almiranta Luna Nueva, que logró separarse muy dañada gracias al apoyo de otro neerlandés, pero perdió a su capitán junto con otros muertos y heridos. Finalmente, Juan Manuel de la Vega, perseguido por los neerlandeses, encalló e incendió intencionalmente el San Marcos en la costa de Ilocos para evitar que caiga en manos enemigas (Gómez 2022).

La ofensiva concluyó por la noche y los neerlandeses navegaron al norte, fuera del alcance la armada española que, demasiado dañada para perseguirlos, volvió a Manila con el saldo de 87 muertos (incluidos 37 filipinos y el capitán Madrid), y 148 heridos. Los galeones españoles viajaron al astillero de la isla de Marinduque para ser carenados, pero, sobre la costa de Mindiro, los alcanzó un tifón y, entre el 13 y el 15 de octubre de 1617 se hundieron seis con cuatrocientos tripulantes (Gómez 2022). A diferencia del combate de Cañete, en donde Spilbergen aniquiló la Armada del Mar del Sur, en el de Playa Honda vencieron los españoles que, a pesar de perder un galeón, hundieron tres neerlandeses, especialmente el Sol de Holanda, y obligaron la retirada de los otros, salvando definitivamente las Filipinas para el Imperio Español. La flota neerlandesa tuvo alrededor de cuatrocientas bajas, entre muertos y heridos. Dos de sus barcos: León Rojo y Fresne, fueron al Japón y otros cuatro a las Molucas. Spilbergen, que se hundió con su nave, fue rescatado casi muerto de las olas, volvió a Java y luego a Texel el 1 de julio de 1617, convirtiéndose en el quinto comandante naval en dar la vuelta al mundo. Murió como un héroe en Bergen Op Zoom (Brabante) en 1620 (Mercado 1985, 76).

2.4. Hans Bartholomew Aventroot y la Armada de Nassau

Hans Bartholomew Aventroot nació de una familia luterana en la aldea alemana de Haldern, cerca de Cleves, en 1559, a donde huyeron muchos protestantes neerlandeses de las guerras de religión (Weststeijn 2019, 1028-1029). Regresó joven a las Provincias Unidas para luego radicarse en Canarias, donde fue miembro de la burguesía local y capitán de milicia. En 1586 administraba el gran ingenio azucarero de Argual y Tzacorte, perteneciente al comerciante amberino Melchor de Monteverde, cuyo apellido original era Gröenemberg (Weststeijn 2019, 1029). Cuando murió Monteverde, se casó con su viuda, María van Dale, el 26 de mayo de 1589. Fue un capitalista incipiente, representante del naciente mercantilismo global, ejemplificado en empresas como la VOC. Hábil mercader, construyó una trama transnacional entre Canarias, España y el Caribe, con conexiones clandestinas a las Provincias Unidas, y pretendió “crear una red comercial internacional a escala mundial, con base en Canarias, con apoyo comercial y capitalista en Hamburgo, una de las metrópolis del poderío hanseático, y

con emporios en Cuba y en el Perú” (Cioranescu 1974, 570). Pero los cuatro hijos del primer matrimonio de María no lo querían involucrado en los negocios familiares, ni gozando de su fortuna (Cioranescu 1974, 555-556). Lo acusaron de proposiciones heréticas y tuvo el primer encuentro con la Inquisición en 1590. Fue brevemente encarcelado, pagó una multa y salió libre (Cioranescu 1974, 563-564, Weststeijn 2019, 1029-1030).

Quiso alejarse temporalmente de Canarias y expandir su imperio hasta Perú, por lo que aprovechó que un amigo y pariente político influyente: Antonio Peraza de Ayala y Castillo Rojas, conde de la Gomera, ejerció entre 1599 y 1609 como primer gobernador de Chucuito, en la frontera entre el Alto y el Bajo Perú, y viajó en su séquito (Cioranescu 1974, 565-566). Su calidad de espía se confirma en el hecho de que viajó de incógnito con nombre falso, o simplemente como “Juan Bartolomé”, pues no dejó registro de sus movimientos (Cioranescu 1974, 566-568). Recorrió el Virreinato por lo menos entre 1596 y 1600, reuniendo cantidad de información de todo tipo, haciendo amistades y conexiones comerciales, especialmente en Lima (Weststeijn 2019, 1029-1030). Posiblemente hizo más de un viaje al Perú para encontrarse con Adrián Rodríguez, Pedro de León y otros espías, y llevó de vuelta la información de inteligencia a Europa (Cioranescu 1974, 567-568; Montáñez 2014, 77). Como prueba de estos viajes y negocios, consta la demanda que plantearon los hijastros el 17 de noviembre de 1609, luego de la muerte de su madre, por 6.000 ducados de plata de ella que se llevó al Perú, más de 50.000 que ganó ahí en cuatro meses cuando estuvo con el conde de la Gomera, y 34.000 que tomó de la hacienda en varias ocasiones sin dar cuentas (Cioranescu 1974, 573). Otra prueba es la licencia que pidió al Consejo de Indias por 1604 para comerciar directamente con Perú a través de Magallanes y, como contrapartida, entregar seis piezas de artillería de veinticinco quintales y 1.500 balas para defender los puertos de Chile, Arica y Callao de los corsarios (Cioranescu 1974, 568; Weststeijn 2019, 1030). Para su desgracia, el pedido llegó poco después de los daños ocasionados por las flotas Magallánica y de Van Noort, y, el 9 de febrero de 1605, el Consejo rechazó la solicitud argumentando “infinitos inconvenientes” por el “evidente y grande daño que resultaría de abrir el viaje por el dicho estrecho pues, desde que lo descubrió Magallanes, se ha deseado y procurado tener aquella puerta cerrada al trato y comercio de esos reinos (...) y no hacerla común a los extranjeros, que usarán de él con armas y navíos de trato con más diligencias que los castellanos” (Cioranescu 1974, 568). Además, recordó la intención de centralizar el comercio del Perú a través de Panamá, y los enormes e infructuosos esfuerzos que se hicieron para poblar y fortificar el estrecho luego de la incursión de Drake (Cioranescu 1974, 568). Y, aunque no

consta de forma explícita, influyeron en la decisión los reiterados reclamos de los hijastros y otros enemigos, y, muy especialmente, las dudas sobre sus verdaderas intenciones y lealtad, pues, aunque vivía por décadas en territorio español, había pasado por la Inquisición. Sin rendirse, pidió otra licencia para comerciar entre Canarias y Cuba, que también fue negada.

Acosado por los reclamos de los hijastros de cuentas por dos décadas de administración de la hacienda de sus padres, vendió todos sus bienes en Canarias y se fue a Sevilla. Ahí, la radicalización de sus criterios religiosos fue proporcional a la creciente frustración por las negativas a su proyecto de establecer conexiones comerciales directas y regulares con América. Aunque fingía ser católico y fiel súbdito español, estaba convencido de la justa causa de la rebelión neerlandesa, y desarrolló una interpretación escatológica, según la cual el origen de la guerra de Ochenta Años estaba en la pugna religiosa, donde las pequeñas Provincias Unidas, como David, enfrentaban a Goliath, encarnado en el enorme Imperio Español, en un conflicto de alcances apocalípticos que predecía el fin de los reinados de España y el Papa. Durante la tregua de doce años (1609-1621) se comunicaba secretamente con el gobierno neerlandés, al que ofreció su auspicio, conocimientos y conexiones para promover la conquista del Perú (Schmidt 1999, 457). Se autoconvenció de ser un profeta llamado a propagar su mensaje tanto como fuera posible, y pasó de la reflexión y lo clandestino a la práctica abierta a principios de 1610, cuando la publicación de una serie de cartas le dieron notoriedad. La primera, con unas diez ediciones en castellano, latín, holandés, italiano y francés, fue la “Epístola al Rey de España”, donde urgía a Felipe III a convertirse al protestantismo con todo su imperio (Cioranescu 1974, 588-590). En la campaña epistolar retomó la idea de la hermandad de causa entre los indios americanos y los neerlandeses, al referir la difícil situación de las “almas pobres” de los indios peruanos que trabajaban sin tregua en las minas, y pidió la intervención real para mejorar sus condiciones corporales y espirituales. Solicitó audiencia con el Rey, pero, consciente de sus posturas radicales, lo negó el duque de Lerma, aunque le permitió reunirse con el secretario del Consejo de Estado, Andrés de Prada. Prada se horrorizó cuando Aventroot identificó al Papa con el Anticristo y le conminó a abandonar España, cosa que hizo ya abiertamente convertido en su enemigo (Weststeijn 2019, 1030, 1031).

De 1610 a 1611 vivió en Amberes, pasó por Lisboa y Londres, desde donde, en octubre de 1610, escribió a Felipe III a través de Prada, advirtiéndole del “reino del Anticristo” (Weststeijn 2019, 1031). Finalmente, se estableció en Ámsterdam, donde vivía cómodamente con su fortuna de 80.000 ducados, y en 1612 escribió otra carta para Felipe III en los mismos

términos (Cioranescu 1974, 573-574; Weststeijn 2019, 1031-1032). Por coincidir con la tradición escatológica anticatólica del pensamiento apocalíptico protestante del siglo XVII, sus escritos gozaron de fama entre las clases altas neerlandesa, inglesa y escocesa. Pero el aporte intelectual de Aventroot es haber aplicado la escatología de la tradición apocalíptica a la revuelta neerlandesa (Weststeijn 2019, 1033). Obviamente sus textos fueron incluidos en el catálogo de libros prohibidos de la Inquisición, que le instauró un nuevo proceso, en ausencia, junto con su sobrino Juan Coote, con quien vivió en Canarias (Cioranescu 1974, 577-579). En 1613 publicó la edición neerlandesa de la carta a Felipe III y despachó 7.000 ejemplares a Lisboa para que Coote los distribuya por España (Weststeijn 2019, 1033-1034). La Inquisición decomisó y quemó los panfletos, arrestó y procesó a Coote, que marchó con sambenito en el auto de Toledo del 10 de mayo de 1615 y terminó de galeote.

Lejos de rendirse, en 1615 Aventroot publicó una versión más larga de la carta (con traducciones al latín, alemán, italiano y francés) con una significativa enmienda. Cambió la referencia al Imperio Español en términos “antiespañoles” para hacerlo en sentido “antipapal”. La nueva narrativa comienza el 313, año del edicto de Milán, “gracias a la célebre donación del emperador Constantino”. Desde entonces, y por ese grave error, el poder único se dividió y Roma se convirtió en “bestia secular y espiritual, nacida de césares crueles y de papas sanguinarios”. Esa guerra de “la Bestia contra los Santos”, terminó en 1573, es decir 1.260 años después. Para ajustar los números con su interpretación, argumentó que un mes profético tenía treinta días y un año profético 360, es decir cinco menos que el normal. Por lo tanto, restando dieciocho al total de 1.260 resultaba el año 1555, cuando la firma de la paz de Augsburgo puso fin a la “primera guerra contra el Anticristo” (Cioranescu 1974, 573). En efecto, Aventroot y muchos contemporáneos consideraban el reinado de Carlos V como el del poder político policéntrico y tolerante, que terminó cuando Felipe II asumió el trono. La tolerancia religiosa, establecida en el imperio de los Habsburgo, significó el fin del reinado absoluto de “la Bestia”, pero, “viendo la llegada del Apocalipsis”, Carlos abdicó. Pese a que abogó por la autonomía de las Provincias Unidas, sus contemporáneos lo juzgaron más como defensor de la libertad de culto y tolerancia religiosa que como apologista de la independencia neerlandesa. Eso se entiende al considerar su historia personal y comercial de relaciones con Canarias, América y España. En efecto, el comercio global y lucrativo para todos, que Aventroot defendía como incipiente capitalista, se malograba si la guerra terminaba con la total separación de las Provincias Unidas del Imperio Español. Por lo tanto, resultaba más conveniente pactar un grado de autonomía similar al del reinado de Carlos V, para así poder

ampliar (en lugar de interrumpir) el comercio transnacional. Pero, si las diferencias religiosas fundamentaban la guerra, la paz definitiva dependía de la instauración de la libertad de conciencia (Weststeijn 2019, 1034-1035).

Por esos años Avenroot posiblemente aconsejaba a la expedición de Spilbergen y luego se convirtió en asesor principal de la Armada de Nassau que, a diferencia de las anteriores, buscaba establecer alianzas con nuevos socios potenciales: los negros libres y esclavos (Schmidt 1999, 451). Con ese propósito, Mauricio de Nassau enlistó a dos príncipes negros, hijos de reyes de la costa de Guinea, que tenían la misión de soliviantar a sus hermanos de raza (Morla 1903, 112-118). Además, Avenroot redactó “cartas de alianza” oficiales para los jefes indios y negros en castellano, diciéndoles que la Armada venía a liberarlos de la tiranía y urgiéndolos ponerse bajo su protección, abandonar a los corregidores y unirse a sus fuerzas. El príncipe de Orange instruyó distribuirlas “por todas las Indias Occidentales como se crea necesario”, complementándolas “con promesas de libertad, cargos, dignidades, encomiendas de tierras y otras benevolencias y ventajas”. Excesivamente optimistas, los patrocinadores creían que la sola presencia de la Armada en el Pacífico bastaría para encender una masiva rebelión de indios y negros contra los pocos españoles. Y, gracias a la amplia distribución de las cartas, se materializaría una alianza con las clases oprimidas, formando un ejército que superaría en diez a uno al del virrey. En medio de la confusión, las bien entrenadas y equipadas tropas neerlandesas asegurarían la victoria con la toma de territorio y establecimiento de una colonia en el corazón del Virreinato, que extendería la hegemonía neerlandesa y expulsaría definitivamente a los españoles del continente americano (Schmidt 1999, 453; Weststeijn 2019, 1038-1039).

Según los planes que trazó, Avenroot instó al comandante L’ Hermite a estar en Arica a principios de marzo, fecha en que la Armada del Mar del Sur zarpaba anualmente con la plata potosina. Luego de capturarla, debía desembarcar y, junto con la población amerindia, capturar Arica y convertirla en base de operaciones. Desde ahí las tropas avanzarían tierra adentro para crear un puesto de avanzada cerca de Cosapa, en el camino a Potosí (actual Bolivia). En las tierras altas reunirían alpacas y demás provisiones para abastecer Arica, construirían un fuerte para aislar Potosí del mar y lo tomarían junto con sus minas de plata, asestando un golpe mortal en el corazón de la economía imperial española. Es decir, una doble ofensiva: bloquear el mar y, simultáneamente, avanzar por tierra y tomar Potosí (Weststeijn 2019, 1038). Avenroot convenció a los otros inversionistas que, si ejecutaban escrupulosamente sus instrucciones, las Provincias Unidas se apoderarían de Potosí, el Callao

y Lima, tanto en lo militar como en lo espiritual (Weststeijn 2019, 1029-1030). La opinión pública neerlandesa se hizo eco de esta quimera, pues, según las crónicas contemporáneas la Armada “reduciría al español a su antigua pobreza” para “privarlo de aquello con lo que hasta ahora ha peleado su guerra contra la cristiandad” (Schmidt 1999, 453). El propio Mauricio de Nassau, convencido del éxito, auspició con grandes expectativas la estrategia de sorprender a Felipe IV en su patio trasero y así distraerlo de la guerra europea (Schmidt 1999, 452). Tiempo después, el espía Adrián Rodríguez explicó el optimismo neerlandés en la conquista del Perú, que podía conseguirse de igual forma que en la India Oriental, “donde habían enviado gente cada año, y habían ya tomado a Ormuz, y tenían allá 40.000 hombres de guerra y cuarenta navíos de armada, sin los que iban y venían cada año” (ANH Inquisición 1647 7, 8). Además, dos meses antes de la llegada de la Armada al Callao, llegó a Lima la noticia de la captura de Salvador de Bahía el 9 de marzo de 1624, en apenas un día y con ínfima resistencia de los defensores portugueses (muchos de los cuales recibieron a los neerlandeses con entusiasmo), demostrando el éxito de la primera mitad del plan neerlandés de atenuar Sudamérica simultáneamente por el Pacífico y el Atlántico (ANH Inquisición 1647 7, 8; Lucena 1992, 136).

Hasta el 3 de marzo, el aparato de espionaje español mantuvo relativamente informado al virrey del viaje trasatlántico de la Armada. Luego pasaron semanas, hasta que un mulato “desde los altos cerros de la costa de La Ligua, en Chile, los vio caminar por el más lejano horizonte (...) y contó once bajeles. No solamente se le negó crédito, sino que con pública autoridad lo ahorcaron, acriminándole que con falsas noticias perturbaba el común sosiego y maquinaba sediciones de los indios y gente plebeya y del servicio”⁵⁴ (Rosales [1674] 1877, 74). El 7 de mayo Guadalcázar volvió a saber de la Armada, cuando navegaba frente a las costas de Mala, a 48 horas de llegar al Callao (Mercado 1985, 112). Considerando que bordeaba la costa buscando interceptar la Armada del Mar del Sur, el hecho de que no hayan podido avistar una armada tan grande habla muy mal de los servicios de vigilancia peruanos. Aunque, sirva de excusa, que por esos días una neblina inusualmente densa cubrió la costa, y ese hecho fortuito ayudó a los neerlandeses, pero también les impidió capturar más que dos naves de cabotaje y otras lograron eludirlos. Las sorpresivas noticias pusieron a Guadalcázar en apuros, pues carecía de capacidad para organizar una defensa efectiva (Lohmann 1977, 401).

⁵⁴ Nótese que el desafortunado mulato estaba totalmente del lado de los españoles, y de que todo lo que dijo era cierto (Rosales [1674] 1877, 74).

Con pruebas concluyentes, dos chinchorros salieron del Callao para explorar cuan seguro era permitir la salida del segundo cargamento de plata y bienes privados. Uno iba comandado por Martín de Larrea y tripulado por otro español y dos negros, y tuvo la imprudencia de acercarse demasiado a investigar unas velas extrañas. Antes de saber su identidad, se vio acorralado por la Armada de Nassau. Sin embargo, reivindicó su negligencia despistando a los neerlandeses que lo interrogaron, pues los convenció de que la Armada del Mar del Sur estaba fuera de su alcance. En efecto, les dijo que la plata dejó Arica hacía “trece días”, mientras que los negros, (que parecían haberse puesto del lado neerlandés) insistían en que solo eran “tres días”. Larrea prevaleció con el argumento de que los negros no hablaban bien castellano, disuadiendo a los neerlandeses de salir inmediatamente tras la Armada, lo que permitió que, efectivamente, se ponga fuera de su alcance (Bradley 2008, 55-56).

Enfrentados al dilema de perseguir a la Armada o bloquear el Callao, los comandantes neerlandeses dudaron cuando se requería de decisiones rápidas. Hubo opiniones divididas, y para su posterior lamento, prevaleció la idea de que la Armada los eludió y que por entonces estaba llegando a Panamá a descargar la plata bajo la protección de sus cañones. Además, por carecer de pilotos familiarizados con las costas del norte, optaron por poner proa al Callao. La salud de L’ Hermite estaba muy deteriorada y no ejercía el mando efectivo, y la desacertada decisión de sus subalternos demuestra falta de liderazgo, confusión e indecisión (Gerhard 1990, 126-127; Bradley 2008, 55-56). En palabras de Carstens, supieron por un negro que la plata había “bajado la plata para Tierra Firme” porque “salió a tantos de mayo”, y esta noticia los frustró y “quedaron muy cortos”, porque “traían ánimo deliberado” de pelear con la Armada, para lo cual habían tomado muchas prevenciones como fortificar las proas y popas de sus navíos para que la mosquetería española no los dañe. Además, tenían listo su armamento y las bombas de fuego para lanzarlas contra los navíos enemigos (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). Luego del interrogatorio, el capitán Larrea quedó a bordo de la capitana y sus hombres en la Hollandia. En esas circunstancias, un negro se pasó voluntariamente a los neerlandeses, diciéndoles que en el Callao quedaban dos navíos listos para zarpar a Panamá con el rezago de la plata. Además, que había plata enterrada en el Callao “y que era tanta cantidad como la que ha salido”⁵⁵ (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). Los neerlandeses

⁵⁵ Es interesante notar que, desde esas épocas, se multiplicaron las historias de huacas y tesoros enterrados de forma tan exponencial que, hasta hoy, forman parte de la tradición cultural del Perú y los países adyacentes que conformaron el Virreinato. Siempre habrá timadores inescrupulosos, dispuestos a inventar y potenciar las leyendas de tesoros aprovechándose de los incautos que, como este negro, ofrecían riquezas fáciles a los invasores para beneficiarse de su codicia. Tal era el problema, que inclusive el Santo Oficio tenía entre sus metas perseguir y procesar a los augures que actuaban: “descubriendo o señalando lugares donde hay tesoros debajo de

pensaron que este nuevo aliado era el enlace para sellar la tan necesaria alianza con los negros y mulatos chalacos y limeños. Agradecidos por su ayuda y anhelando más colaboración, lo vistieron de terciopelo “muy galán”, convirtiéndolo en un corsario más⁵⁶ (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). El diario de la expedición describe los hechos:

el día 8, (...) casi a la altura del Callao, tomaron un pequeño barco tripulado por once hombres, cuatro de los cuales eran españoles, los demás indios y negros. De ellos recibió el almirante (L' Hermite) la inoportuna noticia de que el viernes anterior, el 3, la flota del tesoro -compuesta por cinco barcos ricamente cargados-, había zarpado del puerto del Callao a Panamá. El almirante español -en un navío de ochocientas toneladas montando cuarenta cañones-, no navegaba con la flota, sino que se encontraba todavía en el (...) Callao con dos navíos de guerra más pequeños, donde también estaban varios mercantes. También supo que la fuerza militar de los españoles en el Callao no pasaba de trescientos soldados, porque con el tesoro fueron enviadas dos compañías de sus mejores tropas. Y los indios prisioneros aseguraron a los holandeses que, tanto los indios nativos como los negros, se declararían a su favor tan pronto como se hicieran dueños de cualquier lugar que pudiera brindarles protección (Burney 1813, 19-20).

Informados por los tripulantes del chinchorro que Lima y su puerto estaban mal defendidos, decidieron bloquear el Callao, y, con el apoyo de unos 4.000 negros libres y esclavos, tomarían el Callao y marcharían sobre la capital. Además, si bien el tesoro principal los había eludido, el Loreto, buque insignia de la armada, esperaba órdenes en el Callao para zarpar con el segundo cargamento de plata privada. Contrariamente a lo sucedido con la opción de perseguir a la Armada, en esta ocasión prevaleció la opinión de los marineros, pues Larrea trató de disuadirlos de atacar el Callao argumentando que contaba con buenas defensas y una tropa de 6.000. Convencidos de que los indios y negros, “no dudarían en levantarse en contra de sus amos”, bloquearon el Callao por 98 agotadores días (algo más de tres meses) desde el 9 de mayo al 14 de agosto de 1624 (Schmidt 1999, 445). Según el diario, “En estas tierras (...) esperábamos hacer uso de los buenos servicios de ciertos indios que nos visitaron anteayer en

tierra, o en la mar, y otras cosas escondidas, y que pronostican el suceso de los caminos y navegaciones, y de las flotas y armadas, las personas y mercaderías que vienen en ellas” (Medina 1952 II, 36).

⁵⁶ Durante el interrogatorio en que Adrián Rodríguez sirvió de intérprete, los fiscales, intrigados por saber más sobre este negro que traicionó a los españoles, preguntaron a Carstens si lo había visto, y respondió que no. Entonces le increparon porqué había dicho que el capitán Larrea estaba a bordo de la capitana, mientras que el otro español y los dos negros estaban en el Hollandia, el mismo navío en que él viajaba. Carstens aclaró que tanto el capitán como los negros estaban a bordo de la capitana, mientras que el otro español iba en el Hollandia, pues “los intérpretes no le han entendido su lengua”, insistiendo en que decía la verdad (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 19). Cabe preguntarse si Rodríguez, intérprete y espía encubierto, no entendió bien lo que dijo Carstens, o sabía alguna cosa y tradujo deliberadamente mal para confundir a los fiscales.

su pequeña barca. Mostraron un gran celo por ayudarnos y nos aseguraron de la asistencia de los indios y de la revuelta de los negros, si es que asegurábamos un desembarco” (Schmidt 1999: 445). Sin embargo, tanto éste y el del negro que se les unió voluntariamente, resultaron casos aislados.⁵⁷ Pero, antes de aceptar la realidad, y con el afán de ganar su simpatía, respetaron las vidas y propiedades de indios y negros durante los ataques a Pisco y Guayaquil. No sirvió de nada sirvió porque los actos de crueldad que cometieron contra los prisioneros pusieron a toda la población peruana, sin distinción de raza y clase, en su contra. Los ejemplos más notables de hechos masivamente rechazados, son el del 15 de mayo cuando, en retaliación por la airada negativa del virrey de una tregua y canje de prisioneros, L’ Hermite hizo ahorcar a diecinueve rehenes de los masteleros, a la vista del Callao. El 13 de junio, cuando Schapenham dispuso la ejecución otros veintiuno porque Guadalcázar desairó otra propuesta de negociación. Y, el 28, cuando el capitán Verschoor, en venganza por la resistencia planteada en Guayaquil, y posterior persecución de sus hombres, ahogó a diecisiete prisioneros echándolos al mar, atados espalda con espalda, frente a la isla Puná. Pero el relato más vívido de la maldad de los herejes data del 2 de junio, cuando colgaron a un cura y acuchillaron al fraile doctrinero de Puná: “lo tomaron por sorpresa, le partieron la cabeza con un machete y le abrieron el estómago, quitándose las entrañas mientras aún estaba vivo”⁵⁸ (González Suárez 1931, 97). Estos impopulares actos de innecesario salvajismo obedecieron a la creciente frustración neerlandesa al constatar que, con el paso del tiempo, la balanza se inclinaba inevitablemente en su contra, mientras que los indios y negros no se manifestaban a su favor. Sólo sirvieron para reforzar la reputación de inhumanos que tenían en el Perú, alejando aún más la posibilidad de ganar simpatías locales. Y alimentan hasta la actualidad la legendaria mala opinión que sobrevive en el imaginario popular sobre las visitas de “piratas” al Callao y Guayaquil (Gerhard 1990, 127).

Durante el bloqueo aparentemente no se repartieron las cartas redactadas por Aventroot, y si alguna llegó a sus destinatarios, los neerlandeses no recibieron respuesta. Por otro lado, Guadalcázar se aseguró el apoyo de las poblaciones subalternas, demostrando más eficiencia que sus enemigos. En efecto, desde llegó la Armada, y consciente de que la población negra

⁵⁷ La historiografía más bien registró el caso de un indio que los traicionó. En efecto, en octubre de 1624, cuando recalaban en puerto Marqués (cerca de Acapulco) para cargar agua, un indio artillero “que nos había servido fielmente en todas nuestras misiones”, los traicionó de la forma más vil, guiando al vicealmirante a una bien planificada emboscada que cobró la vida de seis neerlandeses. El diario de la expedición pasa por alto este embarazoso evento (Callander 1768, 325-326; Burney 1816, 30-32; Schmidt 1999, 445).

⁵⁸ En retaliación por estos actos de terror, el virrey dispuso el ahorcamiento de Carstens a fines de junio de 1624 (Bradley 2008, 60).

era inmensamente mayor que la de españoles, se adelantó a la posibilidad de que los primeros cambien de bando.⁵⁹ Tanto para mantener bajo control a los indios y de negros, como para pelear contra los invasores, se apresuró a conformar un regimiento de “mercenarios negros”, de forma que, de la fuerza total de 2.050 que logró reunir, 1.200 (es decir, más de la mitad), eran negros y mulatos (Schmidt 1999, 445; Bradley 2009, 55).

Además, las señales de insatisfacción en las tripulaciones neerlandesas, explícitas en reiteradas deserciones, datan de antes de su llegada al Callao. Primero, cinco artilleros y un carpintero de la almiranta se escondieron en Juan Fernández durante los tres días en que cargaban agua (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 15) Luego se evadieron dos griegos que delataron la trama de espionaje en el Callao, entre trece y quince soldados durante el ataque a Pisco, y un número similar en los dos ataques a Guayaquil, donde consta que luego del segundo desertaron cuatro ingleses y cuatro franceses (Clayton 1973, 31, 34; Lohmann 1975, 412). Estas defecciones, irónicamente, suplieron la falta de informantes españoles entre los neerlandeses, y fueron una fuente invalorable para el virrey, permitiéndole obtener detalles precisos sobre los objetivos, barcos, tripulaciones y armamentos enemigos. Y, sobre todo, los problemas que socavaban su efectividad. En general, los prófugos coincidieron en señalar el descontento general por haber sido reclutados con engaños y promesas de que el viaje no superaría los seis meses. Además de la escasez de agua dulce y provisiones, pese a la creencia generalizada de que había suficiente carne y pescado a bordo, pero injustamente repartida.

El desertor Bulas reveló que dejaron muertos en San Lorenzo, y el virrey mandó una tropa a explorar la isla, que encontró dos desertores colgados de una horca. Pero el recuerdo más notable y triste del bloqueo, que hallaron en el árido suelo, fueron los entierros frescos de unos sesenta cadáveres, “y entre ellos el del general Jacques Tremeit metido en una caja y un ministro de su prédica” (Anónimo 1625, 1, 2). Desenterraron y quemaron los restos del pastor protestante, y, unos días después, una turba hizo lo mismo con el cadáver de L’ Hermite “porque le dejaron a muy mal cobro” (Anónimo 1625, 1-2). Así fue cómo la gente común, el populacho mestizo y mulato, lleno de ira e incitado por los curas, descargó su odio contra los “herejes” ensañándose con el cuerpo de su comandante, demostrando así de qué lado del conflicto estuvo siempre. El padre Rosales describió (y justificó) el macabro acto:

⁵⁹ En el censo de Lima de 1614 la población total de 25.434 estaba dividida en 9.616 españoles, 1.978 indios, 744 mulatos y 10.386 negros, unos 770 más que los españoles. La población aumentó en diez años, pero, para 1624, las proporciones deben haber sido similares (Bradley 2009, 52).

Después la gente plebeya del vulgo del marinaje y pueblo del Callao pasó a la isla, desenterró el cadáver y le arrojó a una hoguera como a hereje, llenándole de mil execraciones y oprobios, enfureciéndose contra él, y no tanto por enemigo, cuanto por contumaz hereje. Recelábanse que aquel cuerpo afeado e inmundo con la herejía, inficionaría aún regiones tan católicas y limpias y donde la pureza de la fe florece (Rosales 1674/1877, 76).

Este solo hecho demuestra cuán lejos estuvieron durante todo el bloqueo las clases subalternas de pactar con los neerlandeses. El pueblo, bien catequizado por los misioneros, albergaba convicciones religiosas católicas profundamente antiprotestantes, que pesaron mucho más en su consciencia que cualquier otra consideración relativa a los pechelingues, siempre vistos como herejes y jamás como libertadores.

Capítulo 3. La Inquisición

Desde fines del siglo XVI comenzaron a llegar espías e informantes que armaron una red en Lima y el Callao, con ramificaciones por todo el Virreinato. Hubo dos tipos principales: los neerlandeses, unos dedicados a actividades náuticas y otros al comercio, y los judíos portugueses, principalmente comerciantes. Destacan, entre los primeros, los náufragos del Ciervo Volador (especialmente Adrián Rodríguez), y Hans Bartholomew Aventroot, el más conocido de todos por servir de eslabón para pasar la información obtenida en Perú a los organizadores de flotas en las Provincias Unidas, y ser asesor y auspiciante principal de la Armada de Nassau. Y, entre los segundos, el más famoso es Pedro de León Portocarrero.

Además de los neerlandeses que llegaron, causal o voluntariamente, al Perú y se convirtieron en informantes, otra fuente de información para las Provincias Unidas eran los judaizantes portugueses, muchos con marcada animadversión y deseo de venganza hacia el Imperio Español por la expulsión y consecuente persecución de la Inquisición. Su origen remoto y conflicto con España datan del 31 de marzo de 1492, cuando, a instancias del Inquisidor General de Castilla y Aragón, Tomás de Torquemada (1420-1498), los Reyes Católicos promulgaron el “Edicto de Granada”, donde dispusieron que los judíos no convertidos al catolicismo abandonen Castilla, Aragón y todos los territorios bajo sus jurisdicciones dentro de cuatro meses, es decir hasta el 31 de julio, luego ampliado por diez días hasta el 10 de agosto.

El edicto tenía tres condiciones. La primera era haber cometido los “graves delitos” de usura⁶⁰ o herética pravedad. La segunda, un plazo perentorio de reflexión para escoger entre bautizarse o irse. Y la tercera, cuatro meses de término para que los sefarditas no convertidos enajenen todos sus bienes, excepto metales preciosos, caballos y armas. Estaba prohibido llevarse moneda acuñada, que debían convertir en títulos valor o mercancías. La única alternativa era la conversión, materializada en el sacramento del bautismo⁶¹, y quienes no aceptaron fueron expulsados de Sefarad, el nombre hebreo de España, la nueva tierra prometida donde prosperaron desde la expulsión romana de Jerusalén del siglo I. Los infractores, tanto sefarditas como españoles que ayuden a ocultarlos, serían ajusticiados con

⁶⁰ Práctica consistente en cobrar intereses por un préstamo dinerario. Considerada entonces como crimen y pecado, era común en las comunidades judías, cuyos derechos de adquirir propiedad por otros medios y trabajar en otros oficios, estaban generalmente restringidos (Diccionario de la RAE).

⁶¹ Este decreto estuvo vigente y no fue derogado de forma expresa sino hasta la expedición de la Constitución liberal de 1869, que estableció el derecho a la libertad de culto en España (España 1869).

pena de muerte y confiscación de bienes. Y los españoles, además, con la pérdida de sus derechos hereditarios y de vasallaje.

El Santo Oficio de la Inquisición se estableció para investigar las potenciales herejías de los “cristianos nuevos”, tanto sefarditas como musulmanes (también expulsados en 1492), que no se habían convertido sinceramente y mantuvieron en secreto su fe y ritos ancestrales. Aunque algunos aceptaron sinceramente el catolicismo, el Santo Oficio sospechaba de todos, y construyó un complejo aparato de alguaciles y familiares, espías e informantes civiles, acuciosos encargados de cuidar la moral social y la pureza de la fe. En poco tiempo que cada vez más sospechosos de practicar secretamente el judaísmo y el islam (llamados despectivamente “criptojudíos” o “marranos” los primeros, y los segundos “moros”, “moriscos” y “mudéjares”), cayeran en las garras de sus tribunales. Casualmente, el edicto coincidió con el descubrimiento de América, y muchos conversos vieron esa oportunidad para alistarse en los ejércitos conquistadores que, en cientos de barcos, viajaron al Nuevo Mundo. Aprovechando la confusión y falta de control de los primeros años de la colonización, cientos (sino miles), de sefarditas llegaron a América, donde formaron comunidades para protegerse y apoyarse mutuamente, y, en muchos casos mantuvieron, como símbolos de identidad, pero en secreto, tanto el idioma ladino como sus ritos ancestrales. Por generaciones ocultaron del mundo exterior sus orígenes, identidad, verdaderos apellidos y linajes, que sólo revelaban en la seguridad de sus colectividades. Recién en el primer tercio del siglo XVI, la Corona Española estableció un régimen más o menos efectivo para impedir el afincamiento de judaizantes y otros herejes en sus territorios americanos, especialmente con la fundación de tribunales inquisitoriales en Lima en 1569, México en 1571 y Cartagena de Indias en 1610.

En el Virreinato Peruano, el Santo Oficio llegó a ser la institución con mayor poder moral y político, además de contar con una sólida estructura burocrática, amplia red de informantes, recursos económicos propios e infraestructura, como salas de audiencias, cámaras de tortura y cárceles. Quizás por contar con tantos medios, de los que otros organismos carecían, más allá del aspecto religioso propio de un tribunal guardián de la pureza de la fe, asumió entre 1598 y 1648 una competencia menos conocida pero no menos importante: el rol político de protector y garante de la soberanía imperial frente a la amenaza de conquistadores extranjeros. Esto consta en sus informes al Consejo de la Suprema Inquisición de Madrid, que regía todos los tribunales: “se entenderá cómo el Santo Oficio de la Inquisición no solo sirve para la extirpación de las herejías, sino también para buena parte del sosiego temporal de la monarquía de Su Majestad” (ANH Inquisición 1647, 7, 24-25). Varios procesos incompletos,

como los de tres desertores de la flota de Spilbergen y Adrián Rodríguez, permiten apreciar ese doble papel de la Inquisición: la institución que más hizo por perseguir delitos políticos como la conspiración, traición y espionaje. Y en esa tarea fiscalizadora desplegó todo su poder para develar y desmantelar las redes de conspiradores que perturbaron la paz y amenazaron la soberanía española en Perú durante el periodo, a la vez que sentó precedentes sobre combatir esos delitos en Perú.

El 15 de noviembre de 1573 se celebró en Lima el primer auto de fe, con dos franceses y un corso penitenciados por luteranos, donde el francés Mateo Salado fue relajado. El segundo auto, en que fue relajado un religioso por blasfemo, falso iluminado y prácticas sexuales prohibidas, tuvo lugar el 13 de abril de 1578. El tercero, celebrado el 29 de octubre de 1581, tuvo veinte penitenciados y un flamenco, Juan Bernal, fue relajado.⁶² También fue el primero en que marchó un portugués judaizante: Manuel López. El cuarto auto se celebró el 5 de abril de 1592⁶³, con cinco portugueses penitenciados. El quinto auto tuvo lugar el 17 de diciembre de 1595, y terminó con cuatro judaizantes relajados: Jorge Núñez, Francisco Rodríguez, Juan Fernández y Pedro de Contreras, acusados, además, de colaborar con los ingleses que, al servicio de Isabel I, invadieron el Pacífico entre 1577 y 1594⁶⁴ (Medina 1952). El sexto auto, ocurrido el 10 de enero de 1600, coincidió con la alarma general por la primera irrupción neerlandesa en las costas chilenas y terminó con dos judaizantes portugueses relajados. El 13 de marzo de 1605 tuvo lugar el séptimo, donde se reconciliaron dieciocho judaizantes y tres fueron relajados. Entre los primeros estaba el portugués Luis Díaz de Lucena, compañero de Vicente de Acosta, un políglota y posible espía venido de Ámsterdam, que naufragó en costas panameñas. El octavo auto tuvo lugar el 1 de junio de 1608, con dieciocho penitenciados, de los que uno fue relajado por judaizar. El 17 de junio de 1612 se produjo el noveno auto, que fue más bien pequeño o “autillo”, en la capilla del palacio de la Inquisición, con nueve reos penitenciados, incluido un judaizante. El 21 de diciembre de 1625 se produjo el décimo auto, del que se hablará más detalladamente en el capítulo 4. 3 porque tuvo entre sus penitenciados al espía Adrián Rodríguez. El 27 de febrero de 1631 tuvo lugar el undécimo auto (otro autillo), sin ejecuciones, en la capilla de la Inquisición, con tres hombres y cuatro mujeres penitenciados. Entre ellos consta Álvaro Méndez, judío portugués señalado por tener

⁶² Este fue el primer auto en donde marcharon corsarios ingleses: John Oxenham, Tomás Xeruel y Enrique Butler, capturados en Panamá y juzgados en Lima por piratería y herejía (Medina 1952).

⁶³ En este auto constan, por herejes y piratas, los ingleses Walter y Eduardo Tiller, Enrique Oxley, Morley, capturados en Guayaquil de la tripulación de Thomas Cavendish (Medina 1952).

⁶⁴ En este auto marcharon quince ingleses de la tripulación de Richard Hawkins, capturados por la Armada del Mar del Sur después de una batalla frente a la costa de Atacames, Ecuador (Medina 1952).

relaciones con Francia y Holanda. Y el 17 de agosto de 1635, hubo el duodécimo auto (un autillo), con doce penitenciados.

3.1. La Inquisición Limeña y Pedro de León Portocarrero, “el judío portugués”

Como consecuencia de la expulsión de España, ocurrió el éxodo forzado de miles de sefarditas alrededor del Mediterráneo, buscando admisión en reinos con tolerancia religiosa y posteriores migraciones al norte de Europa. La mayoría se refugió en Portugal bajo la protección del rey Manuel I. Sin embargo, hasta ahí los alcanzó el largo brazo de la Iglesia, y, para 1496, Portugal anunció la expulsión de los no bautizados. Pero no todos se fueron, y en 1506 estallaron protestas antisemitas en Lisboa, con el saldo de unos 4.000 muertos. Horrorizado por las proporciones de la masacre, el monarca se ablandó y toleró a los migrantes sefarditas por un tiempo más. Pero la Iglesia presionó, y en 1515 pidió la creación del Santo Oficio, aunque con reticencias del Vaticano. Luego de años de ambigüedad, en 1536 el rey Juan III estableció formalmente tribunales en Portugal y sus territorios, particularmente Brasil. Históricamente, sólo en Portugal unas 40.000 personas fueron procesadas, de las que 1.175 resultaron relajadas y 633 quemadas en efígie. La persecución, ampliada a los protestantes a partir de la Reforma de 1519, se extendió hasta 1765, cuando se registró el último auto de fe. Aunque, en la práctica, la Inquisición portuguesa se terminó por un decreto del 1 de octubre de 1774, que obligaba la sanción real de los veredictos del Santo Oficio, no fue abolida formalmente sino hasta la revolución constitucional de 1821. Mientras que en España el último auto de fe ocurrió en Valencia el 31 de julio de 1826, y la Inquisición quedó formalmente abolida por decreto publicado el 17 de julio de 1834.

La persecución obligó a los sefarditas (desde entonces llamados “portugueses” como sinónimo de criptojudíos), a una nueva diáspora. La mayoría, buscó acercarse en reinos tolerantes, tanto del Mediterráneo como del norte de Europa, donde destacan Francia y algunos estados alemanes, pero especialmente Inglaterra y las Provincias Unidas, el estado más tolerante de la época, donde constituyeron importantes comunidades dedicadas al comercio. Las redes llegaron eventualmente al Nuevo Mundo, notablemente a las colonias inglesas y neerlandesas de Norteamérica, las islas del Caribe y Brasil. Y, desde esos territorios a los virreinos de Nueva España y Perú. Con la entronización de Felipe II como rey de Portugal, se incrementó la afluencia de portugueses de origen sefardita al Perú, especialmente porque el tratado de unión respetó el tráfico de esclavos portugués. Desde 1595, con la concesión del primer asiento para traficar al cristiano nuevo Pedro Gómez Reynel, Cartagena de Indias se volvió puerto de entrada para criptojudíos que, usando las

factorías portuguesas del África como puertos de embarque, burlaban a las autoridades españolas, desembarcaban y se diseminaban discretamente por todo el territorio. Tal fue el grado de tolerancia a la migración portuguesa que, para 1610, la Casa de Contratación reclamaba: “teniendo V. M., cerrada la puerta a los vasallos de la Corona de Castilla para pasar a Indias si no es con licencia expresa e información de limpieza y naturaleza y otros requisitos, esta gente (los portugueses) la tiene abierta, siendo toda sospechosa de todas maneras” (Escobar 2002, 48). Asimismo, hacia 1620 el Santo Oficio alertó del alto número de extranjeros que llegaban al Perú desde Brasil por la vía del Paraguay, y, como consta en la Recopilación de Indias, consiguió una ley para restringir esa afluencia:

desde el Brasil entran por tierra en la provincia del Paraguay, y pasan a las del Perú muchos extranjeros: flamencos, franceses y de otras naciones. Y los gobernadores de aquella provincia, por sus fines particulares, no se lo impiden como lo deben hacer, y de su asistencia resultan muchos inconvenientes y daños. Mandamos a los gobernadores del Paraguay que no consientan ni permitan que por aquella provincia entre ningún extranjero, portugués ni castellano, por ninguna razón ni causa que se pretenda valer si no llevare especial licencia nuestra, despachada por el Consejo Real de las Indias. Y prenda y remita a estos reinos a todos los que sin esta calidad hallare en su gobernación, con sus bienes y hacienda, dirigido al presidente y jueces de la Casa de Contratación de Sevilla. Y si el gobernador lo permitiere se le hará cargo e impondrá culpa grave en su residencia (Lewin 1950, 48).

Pero estas normas cayeron en saco roto, pues los judaizantes portugueses siguieron llegando y estableciéndose por todo el Virreinato. Así,

en el Alto Perú, como en todas las regiones de América, la presencia de judíos era tan ampliamente conocida, que, por más que resultara muy grave una denuncia de esa naturaleza, fue lanzada con harta frecuencia. Muy mal le salió semejante acusación contra los habitantes de Cochabamba a Martín del Barco Centenera, autor del famoso poema *La Argentina*. Estos, tremendamente ofendidos, movieron cielo y tierra para demostrar la falacia de una acusación tan comprometedora (Lewin 1950, 50).

Por otro lado, desde el siglo XVI las colonias sefarditas de Ámsterdam, Rotterdam y otras ciudades mantenían cercanas relaciones con sus pares del Perú. De su lado, los cristianos nuevos peruanos aprovecharon la oportunidad para establecer lucrativos negocios con compañías neerlandesas, especialmente la VOC y la WIC, fundadas con capitales judeoportugueses. En efecto, “en la búsqueda interoceánica de nuevos mercados, las redes desarrolladas por los judeoconversos instalados en el Nuevo Mundo, hace de éstos los socios privilegiados de un mercantilismo holandés en plena expansión y particularmente interesado

en el rico continente americano” (Escobar 2002, 52). En esa coyuntura se enmarca la relación de colaboración entre las comunidades judaizantes portuguesas a ambos lados del Atlántico con los esfuerzos bélicos neerlandeses en el marco de la guerra de Ochenta Años, y sus expediciones para extender el teatro militar al Pacífico, Caribe, Brasil y Lejano Oriente:

la Compañía de las Indias Occidentales, que realiza su empresa conquistadora con participación de capitales portugueses emigrados a Ámsterdam, no sólo contiene la dispersión marrana, sino atrae a numerosos judíos francos. El fin del dominio holandés en el Brasil (1654), provoca otra desbandada general de los judíos portugueses a las colonias españolas, aunque, según parece, los más fieles a su religión eligen otros lugares de refugio⁶⁵ (Lewin 1950, 48-49).

La ira antiespañola y anti lusitana de muchos conversos, traducida en colaboración con las compañías neerlandesas, trasluce en varios procesos inquisitoriales. Por ejemplo, Duarte López Mesa confesó en Cartagena haber oído decir a un joven portugués que “si Dios fuese servido de que su padre saliese por cónsul de la dicha Cofradía de Holanda, tenía esperanza de que había de hacer tantos males como a su padre le habían hecho en Lisboa, y que tenía esperanzas que en breve tiempo serían los de la Compañía de Holanda señores de las Indias, y que habrían de dejar al rey de España como un labrador” (Escobar 2002, 61-62). Ante el mismo tribunal, Manuel Álvarez Prieto, que se declaró judío y quiso morir como tal, en confusas declaraciones dijo estar “sentado por judío en la cofradía de los judíos de Holanda, y que en el derecho de ella quiere morir guardando la Ley de Moisés, porque es judío y como tal quiere morir, y que se remite a la dicha Cofradía” (Escobar 2002, 61). Con estas palabras, asociaba el ser judío y practicar la Ley de Moisés con ser miembro de la Cofradía de Holanda, lo que implica una mezcla de religión con negocios, coincidente con los mismos principios de las compañías neerlandesas, motivadas tanto por lo comercial como por el afán de conquista militar y el anticatolicismo militante. En 1626, preocupado por las relaciones de estas

⁶⁵ En Curazao datan de 1621 los asentamientos esporádicos de neerlandeses en busca de madera y agua. Pero el 28 de julio de 1634 una expedición de la WIC al mando de Johannes Van Walbeeck capturó la isla, y las Provincias Unidas se apoderaron de las Antillas Neerlandesas: Aruba, Bonaire, San Martín (compartida con Francia), Saba y San Eustaquio. Los judíos portugueses llegaron con los primeros colonos neerlandeses, pero su migración se visibilizó desde 1651, así como en las colonias neerlandesas de Recife y Pernambuco al noreste del Brasil, arrebatadas a Portugal en 1630. La reconquista portuguesa del Brasil en 1654 supuso la llegada Curazao, pero también a las demás Antillas Neerlandesas, de cientos de criptojudíos portugueses buscando refugio, y ahí florecieron sus negocios y cultura. Esto explica por qué el papiamento, idioma oficial de las islas, tiene tan marcada influencia del portugués pese a que Portugal no tuvo colonias en el Caribe. La comunidad judía de Curazao es la congregación activa más antigua de ese credo en el continente americano y su sinagoga, que data de 1732, la más antigua de América en uso continuo (Benmergui 2023).

comunidades con las Provincias Unidas, el Consejo de la Suprema en Madrid, advertía e instruía a los inquisidores peruanos:

Aquí se ha entendido que a esos reinos y provincias pasan algunos herejes de diferentes naciones con ocasión de las entradas que en ellas hacen los holandeses y que andan libremente tratando y comunicando con todos y tal vez disputando de la religión, con escándalo de los que bien sienten y con manifiesto peligro de introducir sus sectas y falsa doctrina entre la gente novelera, envuelta en infinidad de supersticiones, cosa que debe dar cuidado y que pide pronto y eficaz remedio. Y consultado con el Ilustrísimo Inquisidor general, ha parecido que hagáis exacta diligencia para saber en qué lugar de ese distrito se alojan, y habiéndose averiguado con el recato y secreto que conviene, ordenaréis a los comisarios que los admitan a reconciliación, instruyéndolos en las cosas de nuestra Santa Fe Católica por personas doctas y pías. Y, no queriendo convertirse, procederéis contra ellos conforme a derecho y severidad de los sagrados cánones, en que pondréis el cuidado y vigilancia que esto pide, antes que lleguen a ser mayores los inconvenientes que amenaza la disimulación que se ha tenido, dándonos aviso de lo que fuéredes haciendo (Medina 1952, 304-305).

El mejor conocido de los espías criptojudíos fue Pedro de León Portocarrero, alias “el judío portugués”, nacido 1576 en el pueblo de Vinhais, provincia de Traz os Montes (Portugal), de un linaje de cristianos nuevos que cruzó la frontera luego de la expulsión de 1492. Cuando el Santo Oficio llegó a Portugal, persiguió y procesó a su familia en el tribunal de Coimbra. Condenado por judaizante, el padre, Cristóbal Peres de León, murió en la hoguera y la madre, Antonia Méndez, en prisión. Pedro huyó a España, donde se radicó con identidad falsa, pero la Inquisición lo encontró en 1596. Acusado de judaizar, intentó vanamente ocultar su origen con una partida matrimonial y carta de dote falsas, que señalaban su lugar de nacimiento en la villa de Viana de Bollo, provincia de Orense (Galicia). Penitenciado con uso de sambenito por un año, marchó en el auto de fe de Toledo de 1599. Fue liberado con licencia para trasladarse a cualquier lugar, demostrando que, una vez reconciliados y declarados católicos, los extranjeros gozaban de libre movilidad en el Imperio Español.

Muchos sefarditas soñaron encontrar en Perú la nueva tierra prometida, donde podían vivir y prosperar en paz, lejos de los estigmas y prejuicios de la vieja Europa por su raza y condición de conversos, traducidos en la mirada vigilante de la Inquisición (Carcelén 2009, 109). Por ejemplo, el mercader Luis de Lima había dicho que “esta tierra del Perú era para los portugueses de promisión, porque cuidan los hombres de ella más de ganar plata que de vidas ajenas, y que esto fuera así sino estuviera en el Perú la Inquisición, a quien ellos en gran manera aborrecen” (Medina 1952, 133-134). Otro fue Pedro de León, que migró al Perú con

su cónyuge Leonor de Acerrada y se establecieron en Lima por febrero de 1600, amparados por su hermano Hernán Pérez de León, llegado años antes. Viajó extensamente como comerciante, llegando hasta Potosí. Como factor mercantil de Pedro de Salcedo, vivió en Ica de noviembre de 1604 a diciembre de 1605 (Carcelén 2009, 109). En 1606 se estableció en Lima como comerciante independiente, especializado en compra y venta de todo tipo de mercancías, consignación o habilitación de agentes viajeros, y usura. Enviudó, y el 6 de mayo de 1607 se casó con Francisca Ordóñez Franco, con una dote de 3.000 pesos de nueve reales. El 9 de junio nació su hijo Hernán y vivían en una casa de la calle San Pedro Nolasco (hoy séptima cuadra del Jirón Cuzco) arrendada a Hernán Carrillo de Córdoba (Carcelén 2009, 110). En 1611 tuvo el caudal suficiente para alquilar una casa solariega, y sus problemas comenzaron cuando un reo de la Inquisición lo acusó de judaizar y fue citado para responder, pero el tribunal desestimó los cargos. Dados los avatares propios de su profesión y la inestabilidad económica del Perú, las deudas lo agobiaban dos años después, y, sin el apoyo financiero de su cónyuge, se tensó la vida marital. A todo esto, se sumó el miedo permanente de nuevas acusaciones de herejía, y, en 1615, a poco de la incursión de Spilbergen, dejó a su esposa y desapareció misteriosamente (Carcelén 2009, 110).

Lo cierto es que sus extensos viajes no solo fueron de negocios, sino que era espía al servicio de las Provincias Unidas, y tomó nota detallada de todo cuanto vio, con la deliberada intención de reconocer y describir las debilidades defensivas para favorecer sus empresas de conquista. Regresó a Europa en la flota de galeones con sus dos hijos, Hernán de nueve años y una niña de seis, y se establecieron en Sevilla. Acusado de judaizar con otros dos comerciantes portugueses, fueron detenidos el 9 de enero de 1617 con confiscación de bienes, pero, ni con tortura, pudo el tribunal probar los cargos. Por sentencia del 11 de enero de 1619, pagó trescientos ducados de multa para cubrir los gastos procesales y fue condenado a penas menores. Poco se sabe de su vida posterior, aunque probablemente se radicó en las Provincias Unidas, donde arregló sus notas y, hacia 1620, justo cuando se organizaba la Armada de Nassau, circulaba un relato titulado: “Descripción General del Reino del Perú, en particular de Lima”, que describía el Virreinato con detalle. El documento, dirigido a los líderes de las Provincias Unidas, informaba sobre los estados comercial, militar y social del Perú, particularmente de Lima y el Callao. Por un lado, el autor, que mantuvo el anonimato, elogiaba el excelente clima limeño, sus recursos y riqueza y, por otro, señalaba la fragilidad de sus defensas: falta de muros, fuertes y artillería. Además, decía que los españoles de Lima eran solo 4.600, mientras que los esclavos eran unos 40.000. Y la disparidad numérica

explicaba el miedo permanente con que vivía la élite española, temerosa de una rebelión. El tono general sugiere que, al revelar las debilidades defensivas del Perú, invitaba a la organización de expediciones de conquista (Carcelén 2009, 110-111; Montáñez 2014, 80). Ciertas precisiones temporales, como un terremoto ocurrido el 26 de noviembre de 1605 y la presencia de Spilbergen en el Callao el 26 de julio de 1615, revelan que fue redactada por esos años, y el análisis lingüístico sugiere que el autor fue portugués⁶⁶ (Carcelén 2009, 102).

3.2. Adrián Rodríguez y los “desertores” de Spilbergen ante la Inquisición

Expulsado del Perú en 1603 con otros once antiguos náufragos del *Ciervo Volador*, Adriaan Dircks llegó a Sanlúcar de Barrameda para embarcarse en un navío neerlandés con rumbo a Francia, desde donde regresó a Leiden y se casó en ceremonia luterana con María Cristen, de ese credo. Ahí vivió por cinco años ejerciendo su oficio de carpintero, y aprovechó el hecho de que era uno de los pocos neerlandeses que sabía castellano y había vivido en el Callao, para contactar con autoridades y armadores (entre ellos posiblemente con Hans Aventroot) e informarles acerca de todo cuanto sabía del Perú. Además de pagarle por la información (como hicieron con otros veteranos del *Ciervo Volador*) Mauricio de Nassau le hizo una propuesta adicional: contratarlo como espía in situ, para que regrese al Callao y remita informes periódicos sobre las debilidades defensivas, posibilidad de botín, e incluso de arrebatarse el Virreinato (o partes de él) a la Corona Española.

Dircks aceptó, dejó su casa y a su cónyuge “que no quiso acompañarle”, y se fue a La Rochela, donde se enroló en un navío español con rumbo a Santoña. Ahí tomó un barco de Alonso Madriz cargado de hierro y volvió a Sanlúcar, donde se quedó trabajando de carpintero de ribera con el argumento falso de que quería “vivir entre españoles” en el camino de la fe católica, que era el único (ANH Inquisición L. 1030, 796). Lo cierto es que, informado de las expediciones que se organizaban en las Provincias Unidas, buscaba la oportunidad para volver al Perú de forma discreta. Viajó a Santo Domingo, y, en 1612, a San Juan de Ulúa en la flota del general Juan de la Cueva. Tuvo la oportunidad de quedarse en México, pero no lo hizo “porque en el tiempo que (...) estuvo en San Juan de Ulúa había prendido muchos flamencos la Inquisición y habían salido muchos con sambenito” (Inquisición 1647, 7, 11). Finalmente, desembarcó en Portobelo, desde donde regresó al Perú por 1613, y, con el nombre de “Adrián Rodríguez”, se estableció en el Callao, donde fue bien

⁶⁶ La Descripción fue redescubierta en la Biblioteca Nacional de Francia en 1910 por José de la Riva Agüero, que, para 1914, determinó que el autor era un judío portugués. En 1970 Lohmann despejó finalmente la incógnita sobre su identidad (Montáñez 2014, 80 n. 130, 131, 132, 133).

recibido por sus conocimientos, y trabajó nuevamente como carpintero del astillero. Dos años después, mientras Spilbergen depredaba el Pacífico, vivía tranquilamente en el Callao, donde era un eslabón de la cadena que pasaba información a los neerlandeses. Quizás lo haya hecho con Spilbergen, pero es seguro que lo hizo para la Armada de Nassau (Bradley 2008, 69). Sin embargo, interrogado años después sobre sus razones para volver, alegó simplemente que “su tierra era pobre”, que “se había gastado los setecientos u ochocientos patacones que llevó del Callao” y que el salario en Europa no le alcanzaba para sustentar a su cónyuge, madre y sobrina.

La Corona Española no tardó en descubrir la grave traición de extranjeros que, como Gerritsz y sus hombres, el tabernero, Aventroot y Pedro de León, fueron bien recibidos en Perú, donde lucraron del comercio y el trabajo que les proporcionaron, gozaron por años de libre movilidad sin vigilancia, y, una vez libres, volvieron a Europa y se transformaron en informantes de las autoridades neerlandesas. Consecuentemente, la actitud española cambió, se volvió mucho más cauta y desconfiada y tomaron medidas para evitar que continúe la fuga de información a vista y paciencia de las autoridades y la sociedad. Tanto la correspondencia de la Inquisición como documentación de otras fuentes prueban que, tanto a las autoridades religiosas como seculares, preocupaba la posibilidad de una invasión neerlandesa (Schaposchnik 2015, 39-40).

Aunque pudo haber otros que no han sido detectados, hay evidencia de tres hombres de la flota de Spilbergen que se quedaron en Perú: Andreas Heinrich (o Hendrick), Philip Hansen (llamados Andrés Enríquez y Felipe Juan), y Nicolás de la Porta (o Porte). Los dos primeros huyeron en Papudo (Chile) el 16 de junio de 1615, y el tercero en Huarmey el 3 de agosto, luego del combate de Cañete.⁶⁷ Se entregaron voluntariamente alegando ser desertores, con una multitud de razones para abandonar la flota, pero autores como Lohmann (1975) consideran sus motivos como falacias, y que, en realidad, el plan de los organizadores era dejarlos el tiempo suficiente para que recopilen suficiente información para la siguiente

⁶⁷ Para los procedimientos en contra de los desertores y la evidencia de Francisco de Lima, ver: AGI Contratación no. 7, que detalla la indagación en Sevilla en 1618 y la instrucción de la Corona, un año después, de liberar a los prisioneros. También ANH Inquisición 1030, 71-77v. AGI, Lima 37 ‘Virrey Esquilache’, 6 de abril de 1617 y hallazgos de la Inquisición de Lima, 25 de febrero de 1617. Las declaraciones de Lima y Heinrich (BN Madrid 2348, 233 ‘Relación del viaje que el año de 1615 hizo por el estrecho a la mar del sur el holandés Jorge Esperuet’. Hay una copia en BL Additional MSS 17621, 136, y el original publicado en la ‘Colección de documentos inéditos para la historia de España’ de Fernández de Navarrete (Bradley 2008, 205 n. 3).

expedición: la Armada de Nassau, un proyecto de conquista tan ambicioso que tardó nueve años en materializarse.

Luego de su “fuga”, Hansen y Heinrich fueron conducidos a Santiago de Chile y recluidos en una institución jesuita para ser instruidos en la fe. El 22 de junio de 1615 la Audiencia interrogó a Heinrich con intérprete. Declaró ser alemán, de 33 años y natural de Emden en Frisia Oriental, y que “habiéndoles echado en tierra para hacer agua, él y otro soldado que con él salió se escondieron y quedaron en tierra, y vieron venir un indio a caballo, al cual salieron a encontrar y los trajo al general de la gente española” (Medina 1923, 387). Alegó que huyó por la mala comida que daban a la marinería, pues: “los principales bien comen, y el común mal” (Medina 1923, 387). Añadió que cada tripulante recibía sólo una pequeña medida diaria de vino, sin saber cuántas pipas había en la flota. Las provisiones incluían bizcocho, carne de vaca y puerco, habas, garbanzos, numerosos quesos y manteca de vaca, pero mucho estaba podrido (Medina 1923, 387). Declaró los tamaños de los buques y su artillería, y que llevaban gente que navegó previamente el Mar del Sur, como Jorge Nicolás, piloto mayor de la almiranta, que cruzó Magallanes con Van Noort, y el condestable (o sargento de artillería) Juan Nicolás, natural de Delft, además de unos ingleses (Medina 1923, 388). Resulta novedoso que los tripulantes de Spilbergen eran asalariados, en lugar de regirse por el clásico principio corsario de “sin presa no hay paga”. No recordaba los buenos sueldos del general y el almirante, pero sí que los pilotos cobraban mensualmente treinta florines, veintiocho los capitanes, dieciocho los alféreces, diecisiete los sargentos, dieciséis los cabos de escuadra y nueve los soldados, que, además, tenían derecho al dieciséis por ciento del producto del saqueo de puertos. En esto último se asemejaban a las típicas expediciones corsarias. En cuanto al sueldo de los muertos sin sucesión, la mitad iba a los armadores y el resto a obras de caridad. Pero todo se pagaría de vuelta en las Provincias Unidas (Medina 1923, 388).

Los entregaron al comisario del Santo Oficio, que los remitió a Lima con el capitán Juan Pérez Urazandi. A pesar de sus protestas en el sentido de que eran simples desertores, y de que pretendieron probarlo revelando gran cantidad de información sobre la flota de Spilbergen, esta vez las autoridades prefirieron no confiar, y se aseguraron de que permanezcan vigilados. Pues, aunque fuera cierto que no eran más que fugitivos, también eran proletarios pobres, fáciles de tentar con un poco de dinero para que, de vuelta en sus países, revelen todo cuanto hayan visto en Perú.

En estos casos se puede ver, por vez primera, algo que se repetiría especialmente durante la Gran Complicidad (1635-1639): que el Santo Oficio asumió, además de su clásico papel de

tribunal de la fe, el rol de una fiscalía especializada en delitos políticos como la traición y el espionaje. Los procesos comenzaron el 9 de noviembre de 1615, y, en la primera etapa, los inquisidores se centraron en el delito de herejía. Philip Hansen de Königsberg, de veintiún años, consta en los anales de la Inquisición como: “Isbran, natural de la ciudad de Quinisper, provincia de Prusia, sujeta al rey de Polonia” (Medina 1952, 333). Fueron puestos en la carcelilla de familiares y, para la interrogación, sirvieron de intérpretes un alemán y un español que había estado en Alemania y sabía su lengua. Ambos se empeñaron en demostrar su catolicismo persignándose, alegando ser bautizados y recitando oraciones y Sacramentos que, según los intérpretes, eran “oraciones de calvinistas” (Medina 1952 II, 333). Heinrich insistió que sus padres “eran católicos papistas”, que el padre había muerto y la madre vivía en Ámsterdam, donde “había ido en busca de su hermano que estaba estudiando (...) y que era católico” (Medina 1952, 332). Pero los intérpretes afirmaron la falsedad de todo, obligándolo a cambiar el testimonio:

que de diez años a esta parte ha sido católico cristiano y papista, tenido y creído lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia Católica de Roma, pero que antes había sido luterano y, aunque lo fue, tenía buen corazón a la fe católica, y como muchacho no sabía lo que le convenía (...), que en su tierra los padres de la Compañía le enseñaron la fe católica (...) y que (en Holanda) también hay muchos herejes calvinistas y luteranos (Medina 1952, 332).

Los intérpretes dijeron que sólo repetía lo que ellos iban diciendo, y que no tenía más instrucción católica que lo aprendido con los jesuitas en Chile. Al final, admitió no saber si era católico, y “que quería ser instruido en las cosas de nuestra Santa Fe (...), ha tenido buen corazón y así deseaba ser enseñado en ella, y aunque ha comunicado con los herejes, ha sido por ser sus camaradas, pero que nunca ha creído ni sabido ninguna de las sectas de Calvino y Lutero” (Medina 1952, 332). Añadió que, por haberse embarcado con protestantes, no pudo ser instruido como católico.

Sorteada la etapa para del delito de herejía, empezaron las indagaciones sobre su calidad de espía, y le preguntaron las circunstancias de su enrolamiento con Spilbergen. Declaró:

que había un año que había salido de su tierra para Holanda, y que toda su vida había sido soldado, así con los católicos como con los holandeses, (...) que estando en Holanda se había hecho gente por el conde Mauricio (...) para ir a las Indias de Portugal, y en ellas había venido (...) en seis naos, que habrá trece meses que salieron, y la una se volvió desde la boca del estrecho. Y que por haberlo traído engañado pensando que iban a la India de la especería, y ver después que venían contra cristianos, luego que pudo se había huido en Chile yendo a

Santiago (...) y que el venir con herejes había sido como mozo, por ver mundo (...), y que tras de la armada en que él vino, había de venir otra el año que viene, que se quedaba haciendo (Medina 1952, 332).

Insistió en que “vino como soldado en esta flota, que le dijeron que debía navegar hacia la India, y en el camino cambiaron de rumbo y vinieron a robar” (Medina 1952, 333). Hansen y Porta mencionaron cosas similares, y el segundo refirió la apertura de “órdenes secretas” cuando ya estaban en alta mar. Estos sospechosos comentarios demuestran que, para mitigar sus culpas, buscaban traspasar a los armadores la responsabilidad por las hostilidades cometidas por Spilbergen en el Mar del Sur. El 9 de enero de 1616 se examinaron las declaraciones, y, como no estaban instruidos en la fe, resolvieron catequizarlos en dos conventos distintos (Medina 1952, 333).

El tercero y más intrigante de los desertores de Spilbergen fue Nicolás de la Porta, francés de veinticuatro años. Si los procesos de los anteriores arrojan ambigüedades sobre su calidad de espías, esa acusación es reiterada en el caso de Porta. En efecto, el 12 de agosto de 1615 el Santo Oficio comenzó a recibir los testimonios del notable número de veintiún testigos que: “le tenían y juzgaban por hereje y espía, y más por flamenco o valón que francés, y que venía concertado con los herejes por muchos años” (Medina 1952, 333). La sospecha de espionaje se fundó en que, mientras permaneció vigilado en el Callao, “se comunicaba (...) con otros de su nación, y se recogían y encerraban a solas y hablaban en su lengua. Y lo habían visto algunos días ir a la mar por diferentes partes, con una escopeta, a ver los puertos y entradas de tierra” (Medina 1952, 333). Porta insistió en su inocencia y “que nunca había entrado de noche en casa de ningún extranjero. Que de día había entrado en casa de un inglés y un francés, algunas veces a almorzar, y que trataba con ellos de cosas de sus tierras y no otra cosa. Y que no conocía en esta ciudad ningún hereje” (Medina 1952, 337-338). El 30 de octubre votaron por ponerlo en las cárceles secretas y proseguir la causa. En la primera audiencia, el 3 de noviembre, declaró su genealogía, en donde constaba que él y todos sus ancestros eran parisinos, y ninguno hereje penitenciado. Insistió con vehemencia que fue bautizado y confirmado en París, y siempre católico practicante (Medina 1952, 334).

Resultaba necesario aclarar si la fuga se debió a que, como afirmaba, se arrepintió de andar con “piratas luteranos” porque era católico, o si, por el contrario, buscaba instalarse en el Callao como espía. Narró su fuga señalando que después del desastre de Cañete desembarcó con otros en Huarmey para cargar agua

y yéndose, paseando como que iba a tirar a pájaros, pasó adelante de los centinelas, y dejando el mosquete, había echado a huir hacia tierra, y aunque le tiraron los suyos tres o cuatro mosquetazos, no le acertaron, ni otros que estaban tirando a pájaros. Aunque corrieron tras de él, no le alcanzaron (...) y se escapó y vino a los cristianos, que estaban media legua del puerto, poco más, los cuales lo trajeron a esta ciudad y lo entregaron al virrey (Medina 1952, 332, 337-338).

Dijo que siempre quiso huir, primero en Brasil, donde no le dejaron desembarcar, y tampoco en Chile con los otros dos porque había buena guardia, mientras que en Huarmey tuvo más libertad de movimiento. Para probar que no era espía, afirmó que Spilbergen ofrecía 2.000 pesos de recompensa por su entrega para ejecutarlo, “y que si lo echara por espía no hiciera esta diligencia” (Medina 1952, 337). Aquí cabe la pregunta, ¿cómo sabía de la recompensa si no era un espía que se comunicaba con la flota? Afirmó saber leer y escribir en francés y leer muy bien en latín. Había vivido en casa de su padre hasta los doce años, cuando entró al servicio de un parisino que lo llevó a Lyon, Marsella, Burdeos, Tolosa, Lorena y “Savarna” “que es el primer lugar de Alemania la Alta” (Medina 1952, 334-335). Después fue a Viena y a “Ellerque”, “que todo es de luteranos y tierra del príncipe palatino del Rin”. De ahí fue al arzobispado católico de Colonia, así como en “Tarberi” y en la ciudad de “Julier” (cerca de Holanda) donde todos eran católicos. Luego pasó a Lieja (Bélgica) “tierra de valones, que unos son católicos y otros luteranos”, y volvió por un año a la casa paterna en Paris. Fue por dos años a “Tarbieri” y vivió un año en Colonia, antes de enrolarse como soldado del archiduque Leopoldo de Austria “que hacía gente contra el duque de Brandemburgo” (Medina 1952, 334-335). Terminada la guerra, fue soldado por seis meses en la guarnición de Nimega (Holanda). Pasó a Amberes y Bruselas, que obedecían al Rey de España, donde anduvo ocho meses, y luego a Ámsterdam, donde se embarcó con holandeses luteranos para Dinamarca, y de ahí con otros luteranos para Dieppe, donde se enroló en un navío con rumbo al Brasil con cuarenta franceses y dos flamencos. Pasaron Canarias con buen viento, pero ahí les enfrentaron una calma y a la flota de Spilbergen. El almirante despachó cinco lanchas, que abordaron el mercante y, antes de liberarlo, reclutaron por fuerza a Porta, otros tres franceses y los dos flamencos. Fue conducido a la almiranta, “y conociéndole el capitán de ella de cuando era soldado en Nimega, le hizo su sargento, y el general le había dicho que fuese soldado fiel y le daría su paga, y en Holanda, cuando volviesen, se la pagaría cumplidamente, y, (...) por verse libre de las prisiones y grillos, dijo que así haría” (Medina 1952, 336). A bordo, todos eran luteranos, “...que los hombres mozos, con la sangre nueva, por ver mundo no reparan cosas” (Medina 1952, 334-335). Pero Spilbergen no le dijo que “venía al Perú a

pelear con los españoles”, sino a comprar especería en las Molucas (Medina 1952, 334-335). Recién en Magallanes les confirmó que su primer destino era Perú: “entrando por el Estrecho, les había dicho el general a todos los soldados que si llegaban al Mar del Sur (...) serían muy ricos” (Medina 1952, 335).

Pero en la siguiente audiencia dejó perplejos a los inquisidores por contar otra historia, lo que fue tomado como indicio de que en realidad era espía. Dijo que se enroló como soldado en Ámsterdam con sueldo de nueve patacones por dos meses de trabajo, y “que, como hombre deseoso de saber y haberle dicho allá que venían otros franceses en la armada que iban al Maluco, se había embarcado con ellos (...) sin señalarle tiempo para el viaje, y que luego que se había embarcado, si le dejaran saltar en tierra, no viniera la jornada” (Medina 1952, 337). Más sospechoso aún, cambió su historia por tercera vez, diciendo que se enlistó en Dinamarca, y lo justificó alegando temer que lo maten, porque, al momento de su captura, los españoles “le pusieron tres o cuatro hombres las espadas a los pechos” (Medina 1952, 336). Aunque admitió que anduvo con luteranos, insistió en su catolicismo, pero fallaba en los rezos y moniciones, y el 18 de noviembre fue formalmente acusado de herejía, pero lo negó: “aunque le ahorquen no podía decir otra cosa, que él había de vivir y morir como católico cristiano, creyendo lo que cree la Iglesia Católica Romana”⁶⁸ (Medina 1952, 336). Luego, al ser inquirido sobre su participación en la batalla de Cañete, admitió que

había peleado (...) contra los católicos españoles, pero (...) de mala gana, porque, si no, le echaban a la mar. Y que él no hizo más que asestar la artillería con algunos españoles que iban cautivos, y que de astillazos había salido herido en tres partes, aunque fue poco. Y que, rendida la almiranta de los españoles, había soltado una lancha e ido a bordo de ella, aunque no entró, pero que había conocido al almirante y oídole decir que no quería salir aquella noche de su navío, y con esto se volvió a su navío, sin matar ningún español (Medina 1952, 337).

Los jueces no pudieron determinar si “era hereje holandés y no francés (hugonote)” (Medina 1952, 333). Varios testigos afirmaron haberle oído que las Provincias Unidas llevaron la guerra al Perú “porque el Rey, Nuestro Señor, no les dejaba vivir en su ley (...) Y que ellos también eran católicos y creían que había Dios y Santa María, pero que no creían que había dispensación del Papa” (Medina 1952, 333). Tres españoles cautivos de Cañete y liberados en Huarmey, declararon que, a bordo de la almiranta “hacía y decía lo mismo que los dichos dos

⁶⁸ También narró la evasión de Heinrich y Hansen: “después de hechos a la mar, echaron (de) menos dos soldados, que el uno era alemán y católico, y el otro era (de) cerca de Flandes y era luterano, y que no sabe si huyeron ellos o los echaron de propósito, o los mataron los españoles” (Medina 1952, 337).

testigos primeros han dicho, y añadieron que le vieron pelear en la dicha refriega y matar españoles” (Medina 1952, 333). Otros dos, capturados en Brasil, “le habían visto tratarse y comunicarse como hereje, acudiendo a las prédicas y sermones que cada día hacían, y rezando en unas horas como los demás, y haciendo las demás cosas que hacían los herejes, y ultrajaba a los cristianos católicos diciéndoles perros papistas y otras palabras afrentosas” (Medina 1952, 333). Otros más le vieron almorzar un día de ayuno, y les dijo que “los fregelingues no se confesaban ni querían confesarse con sacerdotes, porque estaban amancebados” (Medina 1952, 333).

Las autoridades estaban preocupadas por rumores de otra escuadra neerlandesa, que Porta desmintió parcialmente, alegando que ninguna se organizó antes de la partida de Spilbergen, aunque no podía asegurar que posteriormente se hubiese armado una (Medina 1952, 338). Para desmentir que era espía, dijo “que todos los testigos que habían dicho contra él era gente infame y de falsa palabra, y que todo lo demás negaba y se remitía a sus confesiones”, y “procuró probar cómo siempre dormía en casa del virrey, y que no había ido a la mar ni sabía la lengua inglesa, y que era buen cristiano” (Medina 1952, 339). Finalmente, “que en la armada donde vino, todos eran de la religión de luteranos y que, si por haber huido del enemigo y venirse a favorecer de cristianos merecía la muerte, que se la den, que aquí estaba, que le den libertad para confesar y encomendarse a Dios, que había dicho la verdad, y lo demás de la acusación negaba” (Medina 1952, 339). Concluyó con la ratificación jurada de sus declaraciones ante el letrado, fiscal y curador “que no tenía más que decir, que bien sabía que lo habían de ahorcar, que le quiten la vida” (Medina 1952, 339). El 20 de noviembre los testigos se ratificaron, el proceso se publicó el 9 de enero de 1616 y concluyó definitivamente el 27. Dos días después, lo examinaron, leyeron la monición ordinaria y como no respondió, votaron por administrarle tormento moderado, cosa que el curador apeló infructuosamente. El caso ofrece una interesante descripción del tipo de torturas aplicadas por la Inquisición limeña: “se le dieron ocho vueltas de cordel a los brazos y, tendido en el potro, se le dieron dos a los molledos en ambos brazos, y en los muslos y espinillas, y garganta del pie, que todo fue moderado y no dijo cosa alguna. Y duraría el tormento como hora y cuarto” (Medina 1952, 339). El 9 de febrero pronunciaron sentencia unánime: “(que) abjurase de levi y oyese una misa en la capilla del Santo Oficio en forma de penitente. Y sirviese en la galera del Callao a Su Majestad sin sueldo, hasta la flota del año de 1617” (Medina 1952, 339). Zarpó en la flota con Heinrich y Hansen rumbo a España, donde Porta completaría su tiempo de galeras, con pena de doscientos azotes si incumplía. En Sevilla fueron nuevamente

examinados en 1618 y liberados en 1619 por disposición de la Corona (AGI Contratación 167, 7). Quizás volvieron a las Provincias Unidas con valiosa información sobre el Perú, útil para la Armada de Nassau.

Mientras tanto, en Lima, diciembre de 1615, el virrey Esquilache convocó una junta de expertos para reconstruir la Armada del Mar del Sur, destruida por Spilbergen. Decidieron reparar los galeones que quedaban, construir una galera y otros dos barcos. Los trabajos, realizados en Puná, demoraron cinco años, entre 1617 y 1622. El resultado fue la reparación y carenaje del San Felipe y San Pelayo y la Visitación, y la construcción del Loreto, de entre cuatrocientas y quinientas toneladas y 44 cañones, que se convirtió en capitana, el patache San Bartolomé, de unas cien toneladas y ocho cañones, y una galera (Clayton 1978, 45-46, 86-87). La demanda de mano de obra implicó el traslado de muchos esclavos y artesanos libres de Lima y el Callao a Guayaquil, y entre ellos Adrián Rodríguez, que trabajó en el San Pelayo.⁶⁹ Durante su permanencia en Guayaquil, un confidente, enterado de sus actividades clandestinas, le aconsejó que vuelva a su tierra cuando haya reunido suficiente dinero, porque de lo contrario se lo quitarían, porque “eran los españoles como la mula, que al cabo de siete años daban coz” (ANH Inquisición 1647 7, 14, 23).

Rodríguez desoyó los consejos y estaba de vuelta en el Callao a 1619. A pesar de carecer de pruebas concretas sobre sus actividades de espionaje, la Inquisición le tenía cierta desconfianza y vigilaba. La noche de navidad, el comerciante francés Antonio Brunet pasó por la casa de Rodríguez y, conversando los dos solos “de cosas de la religión y de los herejes”, Adrián dijo que le parecía imposible que sus padres, que trabajaron con sus manos y lo criaron muy bien, fueron piadosos, dieron limosna e hicieron buenas obras, se hubiesen ido a los infiernos sólo por no seguir la religión católica. Luego cuestionó la autoridad única de la Iglesia para absolver pecados y, refiriéndose a los protestantes como los “de aquella religión”, dijo que también podían salvarse si hacían buenas obras (ANH Inquisición L. 1030, 795-796). También que esos “otros cristianos” no tenían “Santísimo Sacramento del Altar” ni otros, aunque “a la cena dan un poco de pan y vino”, y que “no era menester buscar Santos sino a Dios”. Brunet respondió “calla la boca” y notó que, siendo viernes, Rodríguez comió carne. A

⁶⁹ Declaraciones y evidencias circunstanciales sugieren que, durante su permanencia en Guayaquil, Adrián Rodríguez adquirió suficiente conocimiento del puerto, sus defensas y riquezas, y pudo sugerir y asesorar a la Armada de Nassau para los dos ataques que sufrió el 6 de junio y el 27 de agosto de 1624 (Bradley 2008, 59, 63).

pesar de que hacía obras “de buen cristiano”, por estos dichos y comer carne en viernes, Brunet lo denunció al Santo Oficio (ANH Inquisición L. 1030, 795-796).

A principios de 1620 detuvieron por espionaje a un extranjero que había estado en su casa y, cuando llevaba dos semanas preso, temiendo que lo delate, Rodríguez pidió a su confesor franciscano que pregunte discretamente al oidor encargado sobre el estado de la causa y si había dudas sobre él. Pero el franciscano lo traicionó porque dijo al juez que tenía al hombre equivocado, pues “de un Adrián, flamenco, había mucha sospecha” (ANH Inquisición 1647 7, 13). Lo detuvieron el 29 de mayo y liberaron luego de un breve proceso, amonestación, multa menor y quizás algo de tormentos. Volvió a su casa y al tan valorado trabajo de carpintero en el Callao, donde siguió espionando, sin detección, por los próximos cuatro años. Recibió varios avisos de peligro, pero se quedó porque tenía su plata repartida y no quería irse pobre (ANH Inquisición L. 1030, 795-796). Mientras tanto, cuatro espías flamencos, quizás antiguos “desertores” de Van Noort y Spilbergen, se escabulleron con rumbo a España por donde pudieron (ANH Inquisición 1647 7, 23). Lo cierto es que Adrián esperaba la llegada de la Armada de Nassau para asesorarla en tareas bélicas, y unírsele triunfalmente después de la captura del Callao. En efecto, según revelaciones posteriores, “si no le hubieran prendido, en esa Armada se había de ir a su tierra” (ANH Inquisición 1647 7, 13). Cuando llegó la Armada, las autoridades lo detuvieron brevemente y soltaron por falta de evidencias. Ahí debió prever las desgracias que lo esperaban y lamentó no haberse ido, aunque sea a nado, las dos leguas que lo separaban de los barcos.

3.3. Descubrimiento del espionaje y procesos contra Adrián Rodríguez

La madrugada del 12 de mayo, durante el ataque a los navíos del Callao, cayó prisionero el alemán Carsten Carstens, que resultó ser uno de los mejores informantes del virrey. Al día siguiente, sorprendidos con la potencia de la Armada, sin duda la mayor amenaza del Perú desde la conquista española, los fiscales le preguntaron: “¿Con qué designios e intentos salió tanta armada de los Estados de Flandes?” Señaló “que el designio es por cartas que han recorrido particulares de sus correspondientes que viven en este reino, de venir a poblar en él” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). Es decir que, desde hacía años, fluía correspondencia entre espías y otros residentes, y armadores neerlandeses, en donde los primeros invitaban a los segundos a “poblar” el Perú. Esta asombrosa respuesta prueba la compleja trama de espionaje que operaba entre el Callao y las Provincias Unidas, que alimentó la codicia de los organizadores, convenciéndolos de la facilidad con que podían convertir al Virreinato Peruano en dominio de las Provincias Unidas.

A pesar de que la intención era apoderarse del Virreinato, Carstens explicó que, si no resultaba porque “no sean poderosos para ello”, emprenderían acciones de piratería para “hacer todo el daño posible. Para lo cual intentarán todos los medios que les parecieran convenientes” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 18). También contó que el vicealmirante Schapenham dirigió el primer ataque del viernes 10 de mayo, cuando llegaron en lanchas hasta el desembarcadero en la boca del río. Y que el negro traidor que iba por guía, “les tiene persuadido hay enterrada tanta plata como (la que iba en la Armada), y juntamente de que la fuerza de este presidio es muy flaca, y que con muy gran facilidad sería desbaratada” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 19). Comentó las expectativas de alianza con los negros, que apoyarían el ataque neerlandés a continuación del desembarco y recibirían unas 5.000 armas personales (como mosquetes y arcabuces) que triplicaban en la armada al número de tripulantes (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 10). Sin embargo, fracasó este intento de desembarco y todos los demás, de forma que, según el diario de la expedición, para el 13 de mayo el consejo supremo dictaminó que “la empresa contra el Perú había fallado”, pues

por los relatos circunstanciales dados por los prisioneros, los españoles eran fuertes en todas partes. Sólo en Potosí había más de 20.000 españoles -además de los indios y los negros-, todos bien provistos de armas. Los pueblos de la costa estaban bien provistos de medios de defensa, y el virrey se había asegurado la fidelidad de los indios y negros. En fin, no existía la menor posibilidad de ejecutar el gran plan de invasión (Burney 1813, 22-23).

Carstens habló de unos cincuenta enfermos, “y entre ellos el general (...) habrá ocho meses que está en una cama y no se levanta de ella sino uno o dos pasos por estar tullido de gota e hinchado de piernas y flaqueza de cuerpo” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 17). Cada barco llevaba tres cirujanos y, un médico a bordo de la capitana para atender al general “y degollaron a otro en el viaje porque decían mataba de propósito a la gente” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 17). Durante la travesía murieron unos doscientos hombres, de forma que llegaron al Callao unos 1.300 entre marineros y grumetes, doscientos a bordo del *Hollandia*. Pero más que el escorbuto, les aquejaba un estado general de desmoralización: “la mitad (...) viene descontenta por los grandes trabajos que ha padecido” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 17). Esto respondía, en parte, a la escasa y mala comida. Habían zarpado con provisiones para treinta meses. La carne y el pescado “que llaman pejepalo”⁷⁰ abundaban a bordo, pero sólo les daban dos onzas de cecina y una de pescado podrido por vez. Quedaba biscocho para diez meses y cada hombre recibía sólo tres libras cada ocho días. Pero lo más escaso era el agua dulce, que

⁷⁰ Bacalao o abadejo sin aplastar y curado al humo (Diccionario de la RAE).

esperaban hallar a sotavento del Callao. Los comandantes estaban conscientes de que, por “la poca razón que se les da” en la primera oportunidad podía producirse una deserción masiva: “si saltan en tierra se huirán muchos por el hambre y necesidades que padecen” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 17), lo que explica en parte la poca capacidad ofensiva demostrada en cada intento de desembarco. Y por eso “tienen puestas tres centinelas en cada navío, para efecto de que no pongan en ejecución el mal intento que tienen concebido” (AGI Panamá 17 R.8 N.157, 17).

La noche del 21 de mayo, cuando la Armada llevaba apenas trece días sitiando el Callao, dos griegos de la vicealmiranta Delft, que constan en los reportes españoles como Juan y Antonio Nicolás, robaron un bote, se escabulleron a tierra y se entregaron (Rosales [1674] 1877, 75). Confirmaron con los fiscales lo que hasta entonces no era más que una sospecha: hacía años que, desde el corazón del Virreinato, operaba una compleja red de espionaje al servicio de las Provincias Unidas (Bradley 2008, 6, 69). En efecto, tenían por lo menos un informante en el Callao: “que venía llamada del dicho Adrián, y que era espía” (ANH Inquisición L. 1030, 796). Adrián Rodríguez, que apenas hacía una semana sirvió de intérprete en las declaraciones de Carsten Carstens, fue apresado, incomunicado e interrogado. En días posteriores, otros nueve desertores de varias nacionalidades confirmaron que Mauricio de Nassau tenía una red clandestina de informantes en el Callao, y quedó expuesta la trama de espionaje que favorecía sus acciones bélicas. Entre otras cosas, dijeron que la noche del 29 de abril, diez días antes de la llegada de la Armada al Callao, desembarcaron un hombre (que no pudo volver a bordo) “para que hablase con un flamenco carpintero y otro flamenco que era lengua, intérprete del virrey, para cuando examinaba algún extranjero” (Anónimo 1625, 4). Sin duda se trataba de los informantes del Príncipe, con quienes se escribían desde hacía tiempo. Añadieron que, por marzo de 1623, “habían escrito al conde Mauricio cuantas cosas había en Lima”, y Rodríguez fue quien “había dado aviso de todo a Flandes”, especialmente del día previsto para la salida hacia Panamá de la Armada del Mar del Sur con el cargamento de plata anual, que se salvó de caer en manos enemigas por apenas tres días (ANH Inquisición 1647 7, 26; Bradley 2008, 55). Pero también culparon a Rodríguez de los fallidos intentos de desembarco, pues “entre los holandeses se decía que Adrián les había engañado, porque hallaban muy fortificado el Callao” (ANH Inquisición 1647 7, 26). Los fiscales allanaron su casa, y su suerte quedó echada cuando, en el cajón de un banco, “le habían hallado cartas del conde Mauricio y de otros rebeldes, en respuesta de sus avisos que habían dado él y otros culpados, que habían avisado a Holanda de cuantos puertos había en el Perú, y de que daños podían hacer y en que

parte” (Anónimo 1625, 4). El 28 de junio lo interrogaron y, pese a las torturas, no delató a sus cómplices, aunque para entonces estaban presos un fabricante de guantes y un comerciante, y seguían las investigaciones (Bradley 2008, 69). Con tantas evidencias, la justicia criminal declaró culpable de traición a Adrián Rodríguez, y lo condenó a morir “despedazado con lenguas ardientes”, aunque revisarían la pena si colaboraba con información (Anónimo 1625, 4). En ese estado de cosas, el 18 de julio, un soldado y el principal comediante del teatro de Lima fueron descubiertos tratando de comunicarse con los neerlandeses por un oficial, al que mataron antes de robar un bote y huir hacia los enemigos (Burney 1813, 27).

A pesar de su condena a muerte por la justicia criminal, el Santo Oficio requirió a Adrián Rodríguez, que fue trasladado de las cárceles de corte a las inquisitoriales, donde permaneció aislado. El 23 de julio los inquisidores interrogaron a Antonio Brunet, el mismo que lo acusó de herejía en 1620, y dijo que, ocho días después de iniciado el bloqueo, visitó la casa de Rodríguez, quien, estando a solas, confesó su simpatía por la causa hugonote y la Armada de Nassau, que veía como fuerza vengadora de las purgas de protestantes en Europa: “ya están acá nuestros parientes, los pechelingues”, a lo que Brunet respondió que no eran sus parientes. Rodríguez le recordó la masacre de San Bartolomé del 23 y 24 de agosto de 1572 en París, cuando los católicos, con la complicidad del rey Carlos IX y su madre, asesinaron a miles de hugonotes franceses. Y añadió que, pese a la purga, aún había muchos en París. Brunet lo negó, alegando que Enrique IV prohibió la herejía, a lo que Rodríguez insistió que “si en París no hay hugonotes descubiertos, los hay en secreto” (ANH Inquisición, L. 1030, 796).

La ejecución de Rodríguez quedó suspendida, y el juicio inquisitorial comenzó el 2 de octubre, casi dos meses después de que partió la Armada de Nassau. En el auto cabeza del proceso, los calificadores señalaron el delito de herejía, sin desconocer “la calidad de su persona, que es de nación flamenco, y que bien fue pirata de oficio, y ahora sindicado por espía” (ANH Inquisición L. 1030, 796-797). Así, los inquisidores acumularon el delito previo de espionaje al de herejía en un solo proceso. Secuestraron sus bienes el 13 de noviembre, y el 25 lo trasladaron a las mazmorras secretas.⁷¹ Además de Brunet, cinco testigos declararon

⁷¹ Existen dos expedientes sobre Adrián Rodríguez en la serie contenciosa del Archivo del Tribunal de la Inquisición de Lima del Archivo General de la Nación del Perú:

1. Legajo No. 02 (1588-1590) Cuaderno 07 “Expediente del secuestros, prisión y declaración de bienes de Adrián Rodrigo natural de Flandes, (reconciliado), carpintero de Ribera y vecino del Callao”. Contiene entre otros: Inventarios, recibos, cuentas, concurso de acreedores, años 1624-1630 en 326 folios.
2. Legajo No. 12 (1624-1625) Cuaderno 03 “Autos que sigue el Fisco de Adrián Rodríguez flamenco reconciliado contra diferentes personas que deben dinero de cuenta de su libro”. Incluye memoria de los que deben, años 1645-1651 en ocho folios (Ortegal y Carcelén 2000, 73, 243).

básicamente sobre sus herejías, aunque tres se refirieron al espionaje. Dijeron que enviaba y recibía abundante correspondencia sospechosa, y, tiempo atrás, un criado de los moteles del Callao que alojaban a los flamencos, llegó buscándolo con pliegos de cartas de dos dedos de alto. Rodríguez, que estaba ausente en el mar, llegó al siguiente día urgiendo la entrega de sus documentos “porque si no, le increparía su amo de casa”. Inquirido al respecto, reconoció que mantenía comunicación regular con su tierra, y que “por mano de los moteles” envió plata a su mujer dos o tres veces (ANH Inquisición L.1030, 798-799). También expusieron que, a finales de junio los funcionarios Juan de San Millán (nacido en Amberes de padres españoles) y Alonso Ramírez de León fueron a la cárcel de corte a interrogar a Carstens, Rodríguez y otro flamenco acusado de espía. El flamenco pidió que San Millán le devuelva libros suyos escritos en flamenco para cepillarlos, y San Millán respondió que se los había dado al alcaide Bartolomé de Pradedá, provocando el reclamo del flamenco porque Pradedá no se los devolvería. Cuando San Millán y Ramírez ya se iban, el primero alcanzó a ver que Rodríguez preguntó al flamenco para qué quería los libros, luego cabeceó y le dijo: “para que te fías de este” (ANH Inquisición L.1030, 798).

La primera audiencia ocurrió el 2 de diciembre, y siguieron ocho, algunas convocadas por los jueces y otras por pedido del reo, el 16, 19, 20 y 23 de diciembre de 1624, y el 6, 18, 25 y 30 de enero de 1625. Todas trataron el crimen de herejía, ejemplificado en su matrimonio con luterana cuando volvió a Leiden en 1604, que Rodríguez se esforzó en desmentir, alegando ser buen católico, bautizado y practicante. Con el objetivo de que reconozca la herejía para evitar su ejecución por espionaje, le recordaron su pasado pirático: “que mirase que había venido a robar por el estrecho”. Pero Rodríguez no cayó en la trampa, pues sabía que la herejía era un crimen más grave, y que lo que el juez realmente quería era que “dijese que era luterano para quemarme” (ANH Inquisición 1647 7, 16). El caso concluyó el 16 de marzo y se publicó al día siguiente:

Adrián Rodríguez, carpintero de ribera, natural de la ciudad de Leiden en las islas de Holanda. Apostata observante de la secta de Lutero, antes negativo contumaz y después confitente, a quien por espía antes le habían dado tormentos por declaraciones de los que echó al puerto del Callao el enemigo holandés, y por indicios conocía de esta causa el señor doctor don Francisco de Alfaro, auditor general de Su Excelencia, reconciliado con sambenito perpetuo (Medina 1952, 29-30; Báez-Camargo 1960, 85).

Evacuados los cargos de herejía, los inquisidores quisieron conocer lo que Rodríguez sabía de la Armada de Nassau. Para ello, acudieron a la práctica de usar un reo previamente sobornado

para que se gane su confianza y consigan la información que buscaban. El escogido fue Juan de Ortega, francés de veintidós años, nacido en Burdeos de padres judíos, a quien prometieron clemencia y reducción de penas. Los pusieron en la misma celda a principios de marzo de 1625, y Rodríguez, que hasta entonces permaneció aislado, poco después le contó no sólo sus sentimientos y frustraciones, sino también interesantes detalles sobre su trabajo de espía, conocimientos sobre la Armada y opiniones sobre las razones de su fracaso, con recomendaciones de lo que debió hacer para conquistar el Callao. La enorme franqueza con que habló demuestra el quemeimportismo de un hombre condenado a muerte irremediabilmente, que nada perdería con delatarse, pues sabía que Ortega pasaba la información al inquisidor. Y a pesar de todo, quiso guardar ciertas apariencias, alegando no estar preso por herejía sino porque muchos flamencos entraban a su casa, y el inquisidor quería que señale a los que eran herejes. Pero el único que conocía era un español que lo visitó en la cárcel y hablaba muy bien el toscano.

Ortega reveló las insólitas y delirantes declaraciones de su compañero al inquisidor Juan Andrés Gaitán en cuatro audiencias del 12 de marzo, 7, 11, 24 y 30 de abril. Dijo que Rodríguez había decidido contarle todo porque era francés, y “franceses y holandeses son hermanos”. Luego le hizo prometer que no lo delataría, y le aconsejó en varias ocasiones que pida la revisión de su caso y se cuide del alcaide Pradedá, que le pidió información de él para chantajearlo, pues “vendía a los presos”, por lo que no les convenía compartir celda⁷². Una ocasión, tratando de sobornarlo o ganar su voluntad, le ofreció mil pesos si lograba salir y le devolvían su plata (ANH Inquisición 1647 7, 1-2). Otra ocasión confesó cuánto le gustaría estar con él en Flandes, donde no había Inquisición “y se ríen de que por la secta prenden a los hombres” (ANH Inquisición 1647 7, 1-2).

También corroboró lo declarado por Carstens y Bulas, en el sentido de que el segundo objetivo de la Armada era conquistar Chile, y que el bloqueo del Callao se decidió sólo cuando perdieron la oportunidad de capturar la flota de plata en Arica. Explicó los dos yerros tácticos que, a su juicio, le costaron la victoria: no revelar su destino a las tripulaciones y

⁷² Bartolomé de Pradedá era alcaide de las cárceles secretas de la Inquisición desde 1605. En 1635 y 1636, dentro de los testimonios de la Gran Complicidad, salieron a la luz cantidades de acusaciones de los reos sobre diversas incorrecciones y abusos cometidos en el ejercicio de su cargo, tales como escuchar secretamente las audiencias para luego vender la información o usarla para chantajes, permitir el ingreso a las cárceles de personas no autorizadas, especialmente mujeres, con las que tenía “amistad deshonestas”, robarse de la ropa, comida y otras cosas de los presos, ausentarse sin motivo en horas de trabajo, no cerrar debidamente las puertas de las celdas, facilitar la comunicación entre reos y ayudar en la fuga de varios. Fue procesado en 1636, removido del cargo y sustituido por Diego de Vargas (Medina 1952, 72-86).

atacar directamente el Callao. Por dejar de hacer aquello, llamó despectivamente “vinagre” al comandante Schapenham, que, con ayuda de los indios de Valdivia, que alimentarían a la tripulación, primero debió tomar, fortificar y organizarse en las islas de Mocha y Santa María, donde había ganado, o Juan Fernández, donde vagaban muchas cabras salvajes, “y (...) de cualquiera isla que se fortificaran saldrían a robar la mar y destruir la navegación de los españoles. Y (...) cada año vendría socorro de Holanda y podrían conquistar el Perú hasta Potosí” (ANH Inquisición 1647 7, 8).

En el caso de que hubiesen conquistado Lima, Ortega preguntó cómo podían enfrentar a los españoles que, bajando de las montañas, “los echarían (...) a palos” (ANH Inquisición 1647 7, 7). Rodríguez respondió que, siendo ese el caso, podían retirarse a las islas mencionadas o a Valdivia, donde construirían una fortaleza, insistiendo “que los indios de Valdivia les dieran de comer, y que en las demás islas (...) hay también muchos regalos” (ANH Inquisición 1647 7, 7). Pero, ya que optaron por el bloqueo sin lograr desembarcar, en vez de marcharse definitivamente debieron hacerse a la mar por un mes, “y luego irse hacia Panamá y encontrar la Armada del Rey y tomar (Panamá) para hacerle daño”, o retirarse temporalmente a las islas, donde se armarían y dejarían algunos barcos, mientras otros iban por los galeones de Manila (ANH Inquisición 1647 7, 9). Esperarían hasta el momento del viaje anual de la plata de Arica a Panamá para capturarla sin ser vistos, no sobre la costa de Lima, sino a la altura de Manta (ANH Inquisición 1647 7, 9). Para enero de 1625, creía que la Armada de Nassau estaría en India, y de vuelta en las Provincias Unidas para 1626. Pero aseguraba que los neerlandeses volverían con cien barcos con cien hombres en cada uno, tomarían Lima, Panamá y Portobelo, y recibirían apoyo de Europa por vía de Panamá:

si estos navíos que vinieron de Holanda y estuvieron en el Callao el año pasado trajeran 4.000 hombres, y echaran en una bahía que está nueve o diez leguas más arriba del Callao 1.500 (...) con diez piezas de artillería (que tiene buen desembarcadero) y 2.000 hombres en Ancón (más abajo del Callao junto al cerro de la arena) con otras diez piezas de artillería (pues traían veinte de campaña) y estos marcharan por tierra hacia Lima, por arriba y por abajo, y con los navíos, en que quedaban quinientos hombres, embestir al Callao con la artillería y tirar muchos cañonazos sin cesar, dividida la gente de Lima y el Callao en tres partes, no pudiendo defenderlas los españoles, los holandeses se tomarían (...) Callao y (...) Lima, y podrían hacer un fuerte grande en el Callao y otro muy grande en Lima, y los españoles les pagarían tributo (ANH Inquisición 1647 7, 5, 9, 18).

Ortega contestó que todo eso era imposible, pues el virrey había logrado reunir 7.000 defensores, a lo que Rodríguez replicó:

La noche de la quema de los navíos se huyó del Callao la tercia parte de la gente (...) y el virrey y el general estaban blancos como una nieve y tenían tanto miedo como los que huyeron. Y si ellos (los neerlandeses) echaran la gente por los dos puertos que digo y cañonearan con los navíos el Callao (...) le tomaran, porque todos huyeron, que nadie quiere morir. Y los holandeses son soldados criados toda la vida entre las balas y aunque les pasen por los oídos no las temen, y, cuando quieren dar la batalla, se echan cada uno dos jarras de vino, y aunque la bala les pase el cuerpo no la sienten. Y los españoles ni saben de guerra ni han visto guerra y todos huyeran (ANH Inquisición 1647 7, 5).

Otro día, Ortega le aconsejó confesar, pues Gaitán mostraba misericordia con quienes lo hacían, y Adrián respondió: “calle, que también se huelgan de quemarlos para que escarmienten otros. Yo soy holandés y los holandeses ahorcaron muchos españoles en el Callao, y también querrán quemarme a mí” (ANH Inquisición 1647 7, 16). Ortega preguntó el número de españoles asesinados y Rodríguez respondió “que treinta habían ahorcado, y que en Guayaquil habían echado otros españoles a la mar amarrados unos con otros” (ANH/Inquisición 1647 7, 16). Luego, ante la cuestión de por qué tantas atrocidades, Adrián explicó:

los que ahorcaron en el Callao fue porque, saltando en tierra, al embajador de los holandeses le dijo el almirante Plaza borracho: ‘¿qué gente traes, que todos se han huido en Pisco?’, y (que) vendarles los ojos era uso de guerra. Más, que luego los habían llevado a la capitana al embajador y los que con él venían, y les habían tirado los bigotes y escupídoles en la cara (...) Que pudiera el virrey tratarlos bien y regalarlos y decirles buenas palabras. Y (no) ‘que no tenía más que balas y pólvora’ y enviarlos contentos. Más tiene el virrey falta de gobierno y no sabe de guerra. Y así les dio ocasión que ahorcasen los españoles, porque allá les dan por orden que si les hacen buen trato les hagan; si malo, malo. Si quieren paz, paz. Y si guerra, guerra. Y (...) los holandeses les han de dar tanta guerra a los españoles, que les pese (ANH Inquisición 1647 7, 16-17).

Reducido a tan lamentable estado, Adrián Rodríguez se arrepentía de haber vuelto al Perú en 1613. De haber estado Europa cuando se organizó la Armada, decía que le nombraban general. Ortega le preguntó ¿Cómo era eso posible? Si no era más que un carpintero. Y Adrián, muy arrogante, contestó que por lo menos le hacían almirante. Entonces -inquirió Ortega-, ¿Por qué cuando llegó al Perú en 1600 no lo hizo como capitán, alférez o sargento? A lo que respondió que en esa época era muchacho y no sabía las cosas del mundo, y que ahora si las sabía. Dio tres vueltas al corral, y exclamó: “¿No tengo yo linda persona para

general o almirante? ¡Y soy holandés!” (ANH Inquisición 1647 7, 10-11). Luego describió cómo hubiera dirigido el ataque al Callao:

si yo fuera almirante de (...) dicha Armada y hubiera quedado por general de ella, (...) escogiera ochenta hombres (...), diera cien patacones a cada uno y mandara que se metieran en cuatro navíos de los mercantes que habían tomado. (...) los metiera ingenios de fuego, (...) pusiera dos lanchas a cada lado de los navíos y mandara a los ochenta hombres que llevaran aquellos cuatro navíos: los dos derechos a la capitana de noche y que se abordaran con ella, aunque les tiraran mucha artillería. Y, en abordándola, pegaran fuego a los navíos, y luego los holandeses se echarían en las lanchas por la banda que (...) estuviera más a cuento. Y (...) cada uno llevaría un hacha en la pretina y un alfanje colgado (...) Y (...) con el hacha habían de cortar el casco de la lancha y volverse. Y (...) los otros dos navíos se habían de meter entre los (...) mercantes y hacer lo mismo para quemarlos. Y que los cien pesos de los que matasen los españoles en la ocasión, se repartiesen entre los holandeses que quedasen vivos. Y que, (...) que de esta manera (...) quemaría la capitana y los (...) mercantes, e hiciera mucho daño a los españoles (ANH Inquisición 1647 7, 10-11).

También presumió de gran competencia militar con el ejemplo hipotético contrario, es decir que la armada conquistadora fuera española y el Callao la plaza holandesa asediada. Si él hubiera estado encargado de la defensa, pasaba a la ofensiva tripulando cada mercante del puerto con 150 o doscientos hombres, lanzándolos contra los invasores protegidos por baterías costeras. O hubiera hecho remolcar brulotes con lanchas tripuladas por veinte o treinta hombres para prender fuego a los barcos enemigos. Y para incentivar a los defensores, hubiera dado doscientos patacones a cada uno, con la condición de repartir entre los sobrevivientes lo que quedara de los muertos. Y, con esta estrategia “no escapara navío ninguno de los de la armada, más los españoles no supieron hacer cosa” (ANH Inquisición 1647 7, 11).

Frente a elucubraciones tan grandes, Ortega preguntó por qué en su momento no se las aconsejó a Guadalcázar, y Rodríguez respondió que no lo hizo justamente para evitar que le acusen de espía, y que la razón por la que le prendieron fue por decir algunas cosas “de broma y en burla”. Luego, recordando su tortura, dijo que peores cosas le hubieran hecho si hablaba con el virrey. Ahí dejó fluir toda su ira, alegando que Guadalcázar era “el inquisidor mayor”, responsable de su proceso ante el Santo Oficio: “el virrey ha hecho que me metan aquí para que me muera o me tengan preso toda mi vida en España, como tuvieron (a) otro flamenco que llevaron de La Habana, que de Sevilla lo pasaron a Madrid y se murió en la cárcel” (ANH Inquisición 1647 7, 18). Otro culpable de sus desgracias era el inquisidor mayor Gaitán, pero

sus peores enemigos, a los que más odiaba, eran el alcaide Pradedo y el oidor y auditor general, doctor Francisco de Alfaro, su juez en el caso de espionaje. Si la Armada de Nassau capturaba Lima, “habían de ahorcar al alcaide de las cárceles de esta Inquisición, porque vendía los presos, y (...) también a Su Señoría (el inquisidor)” (ANH Inquisición 1647 7, 18). Parecía haber perdido la cabeza luego de tantos meses de encierro, y, “paseándose en el corral de su cárcel” y “cubriéndose (con) su capa” exclamó: “¡Ahora yo soy general!” (ANH Inquisición 1647 7, 18). Luego se puso muy serio y, mirando de un lado al otro, dijo:

Yo tuviera a don Francisco de Alfaro en la popa de un navío con un alfanje en la mano y en la otra una carta del conde Mauricio, mi general, (...) se la enseñara y dijera: ‘esta carta es de mi general’ como él me dijo: ‘esta carta es del virrey’, cuando me dio tormento. Y luego hiciera que tomaran dos botijas vacías tapadas muy bien las bocas e hicieran que le ataran la una a los pies y la otra a la cabeza, y que le echaran boca arriba en la mar para que se muriera despacio y padeciera más (ANH Inquisición 1647 7, 18).

Y amenazó: “cuando sepan en Holanda que estoy preso en la Inquisición y que me atormentaron, habiendo diecisiete años que estoy entre los españoles, y que quemaron el cuerpo del general que estaba en la isla enterrado (refiriéndose a L’ Hermite), darán al rey de España, guerra, la más cruel que nunca han dado” (ANH Inquisición 1647 7, 12). Quizás Adrián confiaba en que sus otrora poderosos amigos, quizás el propio Estatúder, le ayudarían a salir de prisión y volver a Flandes. Albergaba esperanzas de que, nuevamente, lo salvarían las personas que canjearon su liberación en 1600 luego de la batalla de Nieuwpoort. Pero, de vuelta a la realidad, lo más seguro era que, luego de quitarle sus tres o cuatro mil pesos y esclavos, se los den a la Casa de Contratación y le extraditen a Sevilla en la próxima flota. Sin embargo, no quería irse a España, y antes trataría de huir a Leiden. Y cuando allá le falte dinero, “¿qué he de hacer sino ser corsario? Y robar todo lo que pudiera, y ser peor que los flamencos que allá están (...) Tengo que ser corsario y peor que todos. Si puedo, he de beber la sangre a los españoles” (ANH Inquisición 1647 7, 15).

Con base en todas estas declaraciones, el Santo Oficio condenó a Adrián Rodríguez a relajación luego de marchar por las calles en el auto de fe previsto para el domingo 21 de diciembre de 1625. Sería el décimo a realizarse en Lima desde un autillo celebrado, trece años antes, en la capilla de la Inquisición. Varios religiosos lo prepararon espiritualmente para enfrentar su destino, acompañándolo en su celda desde las 10 de la noche del día 20. Al amanecer pidió audiencia para decirle al inquisidor que la primera vez que estuvo en el Callao no le instruyeron bien en la fe, y que después de residir tres años en Perú lo extraditaron

contra su voluntad a las Provincias Unidas, donde “fácilmente se había vencido y vuelto a la secta que antes había profesado, no con entera deliberación de tenerla por mejor que la ley y religión de la Iglesia Romana (...), sino creyendo que aquello era bueno como esto otro” (ANH Inquisición L.1030, 807). Así justificó que, dos meses después de llegar, se casó “según la iglesia de Calvino, con las ceremonias y ritos de los herejes, porque no se podía casar de otra suerte, ni se lo consintieran, porque siendo natural de allí y criado en la secta de los herejes, corría riesgo su persona si le tuvieran por papista” (ANH Inquisición L.1030, 807). Como “hombre bárbaro” que era, sabía poco y estaba muy arrepentido, “y pidió y suplicó se usase con él de misericordia, porque quería vivir y morir en la creencia de la fe católica, y si lo quebrantase le castigasen. Y pidió misericordia con mucha insistencia” (ANH Inquisición L.1030, 807).

A las seis de la mañana el tribunal entró en consulta para revisar la sentencia. De forma insólita, los jueces consideraron sinceras las palabras de Adrián, y pese a las pruebas irrefutables de espionaje y sus propias confesiones incriminatorias, se conmovieron y conmutaron la pena de muerte: “fue votado a que, en auto público de la fe le fuese leída su sentencia, hábito y cárcel perpetua, confiscación de bienes y que, por las variaciones, fuese desterrado a las galeras de Su Majestad por tiempo y espacio de ocho años”, al cabo de los cuales quedaba libre (ANH Inquisición L.1030, 807). A partir de las ocho de la mañana, marchó en el grandioso auto de fe junto con otros veintitrés penitenciados por diversos delitos, en su mayoría judaizantes de “una complicidad”. Entre ellos Bernardo López Serrano, durante cuyo proceso se verificaron contactos con Francia, y otro que “se dejó morir en la cárcel”. Juan Ortega, su compañero de celda y delator, fue premiado sobre el cadalso, donde le quitaron el sambenito “por buen confitente”. El auto concluyó apoteósicamente con la quema pública de otros dos criptojudíos, mientras que, luego de abjurar de vehementi⁷³, Rodríguez fue reconciliado. Purgó su pena desde el día siguiente, sin ración ni sueldo. Desterrado del Perú, debe haber viajado a España en la flota de 1626 (Medina 1952, n. 70; Medina 1952, 32).

3.4. Los reos de la Armada de Nassau y el epílogo de Aventroot

Entre cautivos y fugitivos, la Armada de Nassau dejó unos treinta hombres en el Virreinato Peruano. Fueron tratados como prisioneros de guerra, pero algunos también como

⁷³ La reconciliación consiste en la reintegración al seno de la Iglesia Católica luego de aburar de forma vehemente y pública de la herejía (García-Molina 1999, 556, 578-579, 581-592).

sospechosos de herejía y, por lo tanto, catequizados. Al respecto hubo una notable disputa entre los inquisidores Juan de Mañozca y Juan Andrés Gaitán sobre si el Santo Oficio debía o no procesar a estos hombres. Mañozca, consejero del virrey que había servido por veinte años como inquisidor en Cartagena y “se daba por entendido en cosas del mar”, consideraba que los juicios inquisitoriales en contra de corsarios eran parte de las medidas defensivas que debían implantarse en el Virreinato, mientras Gaitán opinaba que la Inquisición debía limitarse a juzgarlos como herejes sólo en caso de que lo fueran, dejando a la justicia ordinaria el tratamiento de delitos como la piratería. En general, primó la perspectiva de Gaitán, que era la de la Corona, pues muy pocos de este grupo resultaron juzgados por el Santo Oficio por herejía (Medina 1952, 18).

Permanecieron algún tiempo en prisión y luego libertad vigilada hasta alrededor de 1630, cuando una cédula real dispuso su envío a Europa. Mientras estuvieron en Perú, fueron foco de sospechas, especialmente porque podían esparcir doctrinas heréticas y subversivas, provocando la rebelión de indios y mulatos que tanto temían las autoridades. En sesión del cabildo limeño del 8 de noviembre de 1624, con el recuerdo del bloqueo aún fresco, un regidor denunció que considerable número de pechelingues radicados en los alrededores de Lima forjó amistad con gente de la plebe, indios y negros. Compartían fiestas y juergas donde averiguaban sobre los puntos débiles del Virreinato, mientras difundían ideas extrañas entre gentes “de poca formación ideológica” (Lohmann 1975, 490). En consecuencia, el cabildo pidió tomar medidas para frenar el riesgo de la relación entre antiguos corsarios y el pueblo llano. Casi un año y medio después, en otra sesión del 16 de marzo de 1626, otro regidor planteó la misma preocupación, señalando que, luego de cumplir sus penas, entre dos y tres decenas de pechelingues hallaron trabajo como capataces y mayordomos en chacras y haciendas de los alrededores de Lima, en donde trabajaban de forma aparentemente inocente, aunque en realidad espían para los enemigos y diseminaban doctrinas “adversas al orden establecido” (Lohmann 1975, 490).

El caso más conocido de los neerlandeses procesados tanto por la jurisdicción común como por la eclesiástica fue el de Pieter Jan, “natural de Lire, aldea junto a la ciudad de Delft, en Holanda”, conocido en Perú como Pedro Joanes o Juanes (alias Yanses), de cuarenta años (ANH Inquisición L. 1030, 904-905). Junto con otros tres, llamados Diego Escañar, de treinta años, “natural de la ciudad de Amberes en Brabante”, Juan Pedro, de veintidós años, natural “de la provincia de Brabante, de un lugar junto a Belduque”, y el parisino Felipe Cañaviré, de 35 años, cayeron prisioneros en uno de los asaltos de Guayaquil y fueron conducidos a Quito,

donde los juzgaron, hallaron culpable a Yanses de piratería y lo condenaron a muerte. Pero, dada su condición de prisionero de guerra, se suspendió la ejecución, y los cuatro quedaron presos en la cárcel de Quito, donde el Santo Oficio asumió su catequización (Lea 1922, 418). Cuatro días después de la condena, el comisario inquisitorial les golpeó con unas varas y absolvió de las censuras eclesiásticas, y al cabo de seis meses se confesaron y comulgaron, pero Escañar vio que Yanses “habiendo tenido por un rato las especies sacramentales en la boca sin consumirlas, volviendo el rostro las había escupido a un rincón” (ANH Inquisición L. 1030, 905). Lo reprendió por no ser buen cristiano después de haberse confesado, y Yanses contestó: “que la confesión era cosa de fábulas, y que, aunque Nuestro Señor había dado potestad a San Pedro para perdonar pecados, ya no había esa potestad” (ANH Inquisición L. 1030, 905). Escañar lo delató con el jesuita gantés Juan Bautista Ejidiano, que lo denunció formalmente a Lima el 22 de abril de 1627. El proceso comenzó en Quito, donde el Santo Oficio interrogó a los otros tres pechelingués. Escañar dijo que, luego de seis meses de catequismo, Yanses “estaba buen cristiano”, pero había “perdido la esperanza de libertad, que entendía conseguir por haberse vuelto (católico)”, y por eso también perdió la fe, cuestionó la confesión y la capacidad de los curas de perdonar pecados, pues “un pecador no podía perdonar los pecados de otro pecador”. En otra ocasión, le vio escupir luego de rezar el Padrenuestro (ANH Inquisición L. 1030, 906-907). Juan Pedro lo corroboró, añadiendo que le dijo que escupió la hostia “porque le dolía el corazón” (ANH Inquisición L. 1030, 907). Mientras que Cañaviré declaró no haberle visto escupir la comunión ni poder confirmar las blasfemias porque, siendo francés, no entendía su lengua, “pero que los otros compañeros le declaraban lo que le oían decir y que, en una ocasión, tratándose del Santísimo Sacramento, había dicho (...) que no creía que la comunión que le habían dado fuese el verdadero cuerpo de Dios, sino que era pan y agua” (ANH Inquisición, L. 1030, 907). También dijo que recibieron una bula en Quito, y que Yanses “haciendo sus necesidades, había roto la suya y limpiándose con ella en menosprecio de lo que contenía, porque la había hallado sucia en el corral, y diciéndoselo se había reído y no respondídale” (ANH Inquisición L. 1030, 907). Finalmente contó que, cuando el dominico que los confesó regresó después de unos días, preguntó a Yanses si quería ser católico, y le respondió: “no se cansase el padre, porque no quería seguir la ley de los cristianos sino morir en la de los anabaptistas” (ANH Inquisición L. 1030, 907).

No sería raro que, tanto la blasfemia como la denuncia y los testimonios, hayan sido un complot de los cuatro para conseguir el traslado de la cárcel de Quito a la del Santo

Oficio en Lima, donde la comida y condiciones generales eran mucho mejores. Además, en Lima sería más fácil escapar y contactar, eventualmente, con la red de espías. De hecho, poco después los condujeron a las galeras del Callao, donde, el 5 y 6 de octubre de 1627, cuatro hombres testificaron contra Yanses ante el comisario: el médico de la Inquisición Manuel Pérez, los soldados Luis Montes y Andrés Ruiz, y Juan Lorenzo de Morales, que cumplía condena como galeote. La Inquisición calificó la causa el 17 de enero de 1628, con acusación formal de “ser hereje calvinista y jactándose de ello” (ANH Inquisición L. 1030, 908-909). Al siguiente día resolvió prisión y secuestro de bienes y lo recluyó en las cárceles secretas el 1 de febrero. El 26 tuvo su primera audiencia con un intérprete jesuita por no haber aprendido el castellano. Ahí quedó claro que era calvinista de padres calvinistas, con firmes creencias en esa herejía y sin intención de volverse católico. Sin embargo, dijo que quería convertirse hacia el final del procedimiento, pidió misericordia e instrucción en la fe. Lo repitió en audiencia voluntaria del 22 de marzo, añadiendo que practicaría la verdadera fe hasta en Holanda. El 24 de mayo de 1628, el alcaide Pradedá declaró que cierto día, al oír un ruido, fue a ver a Yanses, encontró rota la puerta de su celda, y, luego de buscarlo, lo encontró en la sala del tribunal,

donde (...) le había embestido, y andando bregando por estar enfermo el dicho alcaide, le había rendido y tendido en el suelo, donde le matara sin poderse defender, a no entrar un negro, su esclavo, que le ayudaba en las dichas cárceles, con el cual había podido rendirle y meterle en un cepo. Y que lo mismo le había sucedido pocos días después, estando dando muchos golpes el dicho reo en una de las cárceles donde estaba⁷⁴ (ANH Inquisición L. 1030, 908-909).

El 10 de octubre, con apoyo de dos intérpretes, escuchó la acusación, confesó sus herejías, pidió misericordia, absolución e instrucción católica, y al siguiente día concluyó la causa a prueba. El 30 oyó los testimonios en su contra y “dijo (...) muchas herejías, con que le parecía que estaba obstinado en su primera herejía”, reafirmó sus creencias diciendo que seguía y quería tener la ley de los “jebuseos, que era la de sus padres, los cuales habían muerto en la suya, que era la de Calvino, y que lo decía así porque le tenían preso y no le hacían gracia” (ANH Inquisición L. 1030, 910-911). Confesó que en Quito escupió la

⁷⁴ Este hecho consta en el juicio contra Pradedá de 1636 por abusos. En efecto, el día que Yanses intentó escapar, el alcaide, como muchas otras veces, metió a sus hijas a las cárceles durante el almuerzo para disimular la entrada de “una mujer casada, llamada Mariana, que (...) había sido (...) dama del dicho alcaide” (Medina 1952, 81). Según testificó entonces María de la Cruz, “una vez que había entrado una de las dichas sus hijas, (...) se acertó a soltar el pechelingue, y la muchacha salió dando voces, huyendo de él, y (ella) de presto echó el golpe a la puerta, porque el dicho pechelingue no se saliese, y apretó con el cuerpo la dicha puerta” (Medina 1952, 81).

comuni3n porque no era m1s que pan, y “que la confesi3n era cosa de burla, y que s3lo San Pedro tuvo potestad de absolver y no los dem1s hombres” (ANH Inquisici3n L. 1030, 910-911). Neg3 que pueda adorarse las im1genes, y, como jebuseo, “no sab3a distinguir la secta de Lutero y Calvino, y que cre3a en Jesucristo, y que Jesucristo mandaba que no hiciesen im1genes” (ANH Inquisici3n L. 1030, 910-911). Firm3 as3 su confesi3n en holand3s: “Pedro Juan, natural de Lier, puede beber cerveza y andar solo” (ANH Inquisici3n, L. 1030, 910-911). El abogado oy3 las declaraciones del int3rprete y amonest3 a Yanses, que nuevamente dijo querer ser cat3lico “y que el verse afligido en su prisi3n y las tentaciones del demonio, le hab3an hecho volver a decir los errores que hab3a dicho, de que pidi3 perd3n y misericordia” (ANH Inquisici3n, L. 1030, 910-911). El 14 de febrero de 1629 los inquisidores Juan Guti3rrez Flores, Juan de Ma3osca y Antonio de Castro, y los oidores de Lima Feliciano de Vega, Francisco de Alfaro y Juan Calder3n Loayza suspendieron la causa y enviaron el proceso a consulta. Unos d3as despu3s, el inquisidor Gait1n dictamin3 que el caso pertenec3a a la jurisdicci3n com3n y no al Santo Oficio:

el reo hab3a sido cautivo en la guerra de Guayaquil y detenido con fuerza, y constaba de sus confesiones que no quer3a ser instruido sino perseverar en su secta. Y que mientras de su voluntad no quer3a ser instruido o quer3a vivir entre nosotros, el conocimiento de sus herej3as por ser criado en ellas y ense3ado de sus mayores, no pertenec3a al tribunal. As3 era de parecer se volviese el reo a la galera de donde se trajo, y se encargase a sus superiores le castigasen si escandalizase en materia de religi3n (ANH Inquisici3n L. 1030, 911).

El 15 de febrero encargaron su instrucci3n al rector de los jesuitas, y al siguiente d3a lo entregaron al maestre de la galera capitana, donde permaneci3 hasta 1630, cuando, por mandato real, liberaron a todos los pechelingues. Yanses se qued3 en Lima, y, tiempo despu3s “comenz3 a dar algunos esc1ndalos en esta ciudad con pl1ticas, locuras y embriagueces” (ANH Inquisici3n L. 1030 1190). Fue detenido el 10 de diciembre, y, examinado por los m3dicos de la c1rcel que le diagnosticaron demencia, termin3 en el hospital de San Andr3s “donde se curan los locos” (ANH Inquisici3n L. 1030, 1190). Aparentemente no era considerado peligroso porque resid3a en el hospicio, pero sal3a a las calles, donde dec3a sus “proposiciones her3ticas”⁷⁵ (ANH Inquisici3n L. 1030, 1190). Fue nuevamente procesado como hereje y muri3 repentinamente por 1638. Sus tres comp1a3eros, liberados en

⁷⁵ Pieter Jan no sali3 en el siguiente auto de fe de 1631, pues su causa consta en los anales de la Inquisici3n como despachada fuera del auto: “Pedro Joanes, oriundo de Delph, que estando en Quito preso y condenado a muerte por pichilingue (pirata hereje), fue catequizado, y despu3s de comulgar escupi3 las formas. Y constando de sus confesiones que no quer3a tornarse cat3lico, fue enviado a galeras, siendo despu3s mandado poner en libertad en virtud de real c3dula, en que se le consideraba como prisionero de guerra” (Medina 1952, 32).

cumplimiento de cédula de 1630 (al igual que los demás prisioneros y desertores de la Armada de Nassau), se quedaron en Perú o regresaron a Europa con información para futuras conquistas y alimentar la red de espías del Callao (ANH Inquisición L. 1030, 1190).

Mientras tanto, en Europa, al enterarse del fracaso de la Armada de Nassau, Aventroot se sintió inmensamente decepcionado y se preguntaba por qué no se cumplieron sus profecías. Naturalmente, atribuyó el desastre al hecho de que los comandantes no siguieron sus instrucciones. En 1625 revisó las notas tomadas durante los preparativos, y concluyó que pasó por alto algunas de las señales divinas y olvidó asegurarse de que la Armada lleve ejemplares del Catecismo de Heidelberg, por cuya razón la luz de Dios no la acompañó al Perú. En efecto, al concentrar todo esfuerzo en lo militar, dejó de lado el aspecto espiritual, cuando era a través de la conversión al protestantismo, y no por las armas, cómo se liberaría al Perú (Schmidt 1999, 458). Pero, sobre todo, erró en sus cálculos proféticos, que señalaban 1628 como el año correcto del fin del gobierno español en Perú. Por lo tanto, el fracaso de la Armada obedeció a que adelantó cuatro años al año providencial de la caída del Anticristo⁷⁶ (Weststeijn 2019, 1040-1041). En 1627 escribió un vehemente panfleto en castellano titulado “Epístola a los peruleros”, dirigido, esta vez, no solo a indios y negros, sino a “los peruleros”, es decir todos los habitantes del Perú, conminándolos a liberarse y elegir su propio monarca a la cabeza de una aristocracia protestante independiente, que acabe con la Inquisición y los impuestos, mejore la posición de los encomenderos y los indios reprimidos (Schmidt 1999, 459; Montañez 2014: 61). El texto completo dice:

Epístola a los Peruleros en la cual está comprehendido el catecismo de la verdadera religión cristiana, y una alianza de los muy poderosos Señores Estados, de las Provincias Unidas del País Bajo.

Autor: Ioan Bartolomèes, Ámsterdam: 1627.

Epístola a los del Perú

Hermanos, atento que los muy poderosos Señores Estados de las Provincias Unidas del País Bajo, por mi dirección ahora cuatro años pasados hayan enviado con el General L’ Hermite una Armada al Perú, no he podido dejar de escribir esta Epístola para que sepáis la causa porque yo la solicité y en ella hagáis lo que estáis obligados, así al bien de vuestro prójimo como a la gloria de Dios. La causa por la cual la solicité fue y es para quitar al Rey de España

⁷⁶ Por exagerada que parezca tal escatología profética, no era una excentricidad de la época, donde florecieron muchos augures milenaristas, protestantes que buscaron interpretar los confusos hechos de la guerra de los Ochenta Años a la luz de las Escrituras. Aventroot fue el único entre decenas que ofreció una interpretación escatológica de la empresa colonial neerlandesa en América (Weststeijn 2019, 1042-1043).

la plata con la cual por instigación del Papa persigue la Iglesia de Cristo para oprimir la palabra Santa de Dios, y no pudiéndosele quitar esa plata sin vuestra ayuda, ni vuestra ayuda sin vuestra libertad, ordenaba yo una alianza en que sus Altezas prometían deponer en vuestra libertad cristiana. Empero, ni la alianza fue publicada ni la Armada tuvo buen suceso, y eso, de una parte, por culpa de personas malintencionadas, y de otra parte por faltas que nos eran ocultas: a saber, que el Armada se abrazase con el brazo carnal, partiese cuatro años antes de su tiempo, y, especialmente, que con ella no fuese enviado el cristiano catecismo. Porque la iglesia verdadera de Cristo -que el Rey de España persigue-, se conoce por la palabra de Dios, que en el catecismo está enseñada, por lo cual sus altezas ahora le envían sin poder del brazo carnal, para que a sólo Dios se dé la gloria, así del principio como del fin de la redención de su amada Iglesia.

Cristo, Nuestro Señor, ha nos advertido de la persecución de su Iglesia, diciendo que no vino para meter paz en la tierra, sino disensión y cuchillo... Con mucha vehemencia litigan contra los humildes que solamente glorían en Cristo y persiguen a su Iglesia, así con el cuchillo como con falsa doctrina. La cual el Rey Carolo, habiendo el Reino del Perú tiranamente tomado, ha encomenzado de perseguir con vuestra plata hasta Filipo el Cuarto, el que aún hoy día con ella no solamente la persigue, más también la extirpa, así en Alemania por la guerra, como en sus propios dominios por la Inquisición. Y como gente libre, obligados a repudiar al Rey de España, en este presente Rey Felipe, el Cuarto de la generación y del nombre, pero para saber de la tercera generación de los conquistadores entonces expire, debéis con diligencia escudriñar la tercera generación de los primeros conquistadores, que ese Reino por fuerza han tomado (...) Y, pues, Dios ha librado estas Provincias Unidas de la tiranía del Rey de España, estando los muy poderosos Señores Estados obligados, así en gratificación como en conservación de esa su libertad, a ejecutar juntamente con vosotros esta justa sentencia, en cuya conformidad perpetúan, por la presente, a todos los encomenderos y corregidores que en esta ejecución ayudaren sus encomiendas y corregimientos que al presente posean.

Confiados que Cristo, Rey de todos los Reyes, haya de resucitar un rey que sea celoso de la gloria de Dios, que en vuestro reino plante la fe verdadera cristiana, como en el catecismo por la Palabra Santa de Dios está enseñada. Por lo cual, debéis tener por vuestro rey legitimo al que primeramente purgare alguna iglesia de las imágenes prohibidas, por las que quita Dios en su casa la única gloria al cual los muy poderosos Señores Estados permiten su asistencia, y dan a esta alianza su leal palabra, de le asistir en todo posible por mar y tierra. Y asimismo os prometen correspondencia perpetua de comercio: que mandar han de proveeros con toda la ropa necesaria, así de la India Oriental como de estas, sus Provincias, mejor y a mucho menos precio que ahora de España les pagáis. Y en señal de la verdad, han sus Altezas mandado de poner sus armas unidas en la cabeza de esta Alianza (Montañez 2014: 237-238).

La misiva revisa el fallido intento de la Armada de Nassau por apoderarse de la plata, su fracaso por ausencia de alianzas con indios y negros porque la flota, concebida erróneamente como una expedición militar y no religiosa, partió cuatro años antes de tiempo y sin llevar el verdadero catecismo. Explicó que la insaciable avaricia de España convirtió a los administradores coloniales en esclavos que comandaban esclavos, y las políticas económicas restrictivas, sumadas con excesivos impuestos, excluían a los peruanos del comercio internacional, obstruyendo su desarrollo.⁷⁷ La propuesta radical, fusión de piedad religiosa con pragmatismo económico, planteaba transformar el Perú en reino protestante independiente, que se materializaría en 1628 (Weststeijn 2019, 1045). Planteó un nuevo plan de alianza entre las Provincias Unidas y los “Señores del Perú”, pues se acercaba la hora de que los peruanos se conviertan al protestantismo e inicien la rebelión contra la tiranía española, sin la ayuda militar neerlandesa. Por eso les explicaba, según su interpretación del Apocalipsis, que el Papa era el Anticristo, la misa católica una terrible idolatría y el Rey de España, su sirviente, desangraba a los verdaderos cristianos. Para que asuman la auténtica fe, adjuntó a la Epístola su propia traducción al castellano del Catecismo de Heidelberg (Schmidt 1999, 459-460; Weststeijn 2019, 1043-1044).

Aventroot insistió tanto en publicar la carta, que las Provincias Unidas y la WIC accedieron a financiar 3.000 ejemplares. Pero consideraciones políticas más pragmáticas, les persuadieron de prohibirle el despacho de un barco con treinta tripulantes a repartir las cartas en Perú. Los desafió enviándolas en un navío de la WIC que dejó Texel el 24 de enero de 1628 y ancló en Buenos Aires, donde el capitán, temeroso de la Inquisición y sólo antes de zarpar, desembarcó 75, que fueron confiscadas y destruidas (Weststeijn 2019, 1046). El panfleto fue incluido en el índice de libros prohibidos por la Inquisición,⁷⁸ y Aventroot recibió, como baldazo de agua fría, los 2.925 ejemplares de su Epístola y la guerra santa por la liberación del Perú quedó en nada⁷⁹ (Schmidt 1999, 460; Montañez 2014, 61-62).

⁷⁷ Evidentemente, Aventroot se hacía eco de su propia experiencia como mercader, cuando en 1605 la Casa de Contratación le rechazó la solicitud de comerciar directamente con Perú. También encaja dentro de un tropo común en la propaganda antiespañola de la época -germen de la Leyenda Negra-, donde los americanos, víctimas de la tiranía, debían liberarse (Weststeijn 2019, 1043-1044).

⁷⁸ Increíblemente, la publicación tuvo secuelas y en 1668 los españoles capturaron en el Orinoco a un neerlandés con copias de la Epístola (Montañez 2014, 61-62).

⁷⁹ Sin embargo, de forma más casual que profética, en 1628 se dio un evento notable de gran celebración para las Provincias Unidas y grave perjuicio para España. En la bahía de Matanzas (Cuba), el almirante neerlandés Piet Heyn logró la hazaña única y sensacional de capturar toda la flota cargada con plata mexicana y peruana antes de su viaje anual a Sevilla (Lucena 1992, 140-142).

Aventroot no se rindió, y en 1629 intentó nuevamente convencer a las Provincias Unidas de liberar Sudamérica del yugo hispanoportugués. Las autoridades calificaron el plan de impracticable, pero Aventroot insistió, y en 1630 publicó una traducción al holandés de la Epístola, solicitándoles explícitamente cumplir con la obligación moral de imprimir una traducción de la Biblia protestante al castellano y distribuirla en Perú (Cioranescu 1974, 61). Pero el gobierno había invertido tanto dinero y expectativas en la fracasada Armada de Nassau, que el pragmatismo ganó la partida al profetismo, y todo interés por conquistar el Perú se desvaneció. Las Provincias Unidas optaron por concentrar sus esfuerzos políticos, militares y económicos en Brasil, que demostró su vulnerabilidad desde 1624. Concretamente en Recife, donde la WIC estableció la colonia en 1630 que serviría como base para construir su imperio Atlántico, dejando por casi dos décadas el Mar del Sur quedó libre de conquistadores neerlandeses.

El obstinado Aventroot no perdió la fe en sus cálculos proféticos. Muy pronto España y las Indias recibirían la iluminación de la verdadera fe, Felipe IV se convertiría y el Perú sería liberado. Sin embargo, irónicamente, el fin que se acercaba era el suyo propio, cuando el viejo y melancólico profeta decidió hacer la última gestión personal para acelerar las cosas (Cioranescu 1974, 61). A los 72 años, en 1632, decepcionado porque su país olvidó sus profecías del Perú y concentró toda energía en Brasil, imprimió su última obra y viajó a Madrid⁸⁰ Dispuesto a difundir sus ideas a cualquier costo con su nueva arma literaria, presentó dos peticiones al conde-duque de Olivares, ministro de Felipe IV, instando la conversión de Felipe al protestantismo, concesión de libertad religiosa para sus súbditos y abolición de la Inquisición. Ambos documentos datan del 24 de octubre de 1632. El primero dice:

Señor. Que había de venir la apostasía, por la cual se dejaría de predicar el evangelio verdadero de Cristo, y que, después en estos postreros tiempos antes del fin del mundo, otra vez se había de predicarlo a todas las naciones y gentes, (pues) los apóstoles y el Cristo mismo lo predijo. De lo cual, la verdad en muchas partes de la cristiandad está ya cumplida, como consta de los reinos de Inglaterra, Dinamarca, Suecia, y de las más innumerables provincias y ciudades a donde, en lugar de la ignota misa, se predica el evangelio de la gracia de Cristo. Y, pues, que Dios quiere que en estos postreros tiempos antes de fin del mundo el evangelio del Reino de Cristo otra vez se predique a todas las naciones y gentes. Y Vuestra Majestad, con la

⁸⁰ Esta obra fue confiscada por la Inquisición y destruida, por lo que se desconocen el contenido y tiraje. Posiblemente era un compendio de las revelaciones incluidas en sus anteriores publicaciones y algunas nuevas reflexiones (Cioranescu 1974, 61).

Inquisición del reino, impide que, en vuestros reinos, en manera ninguna se predique. Es este impedimento del evangelio la única causa de que las provincias preciosas del País Bajo se levantaron, y que los demás vuestros reinos, así en América como aquí en Europa, se van empobreciendo, consumiendo y periclitando. Y por eso la monarquía Romana, madre de esa apostasía, se va ahora a (la) perdición, para que el evangelio de la verdadera luz se predique en todas las tierras y especialmente en las de Vuestra Majestad, cuya verdad Dios también confirmó con tres testimonios que me ha dado. Y a mí dan esperanza que ha de hacer por Vuestra Majestad cosas grandes en gloria suya, y me han, en la flaqueza a mi mayor edad, así confortado como obligado de venir acá para servir a Vuestra Majestad en ellas. El Rey de los Reyes guarde y bendiga a Vuestra Real Persona. De Madrid 24 de octubre, 1632. De Vuestra Majestad humildísimo criado. Joan Aventrote (Cioranescu 1974, 62).

Y el segundo:

Excelentísimo Señor. De la carta que con ésta va por Su Majestad, podrá Vuestra Excelencia entender que no solamente es lícito, más que también en extremo es necesario dar libertad de religión, cosa que conviene a Vuestra Excelencia bien de notar, pues que en ella consiste la conservación o la perdición de los reinos. Y dando libertad de religión se trocará la maldición en bendición y se hará con la ayuda de Dios, antes más de lo que a Vuestra Excelencia he dicho, cuya ilustrísima persona Dios guarde muchos años. De Madrid, 24 de octubre 1632. El humildísimo criado de Vuestra Excelencia, Joan Aventrote (Cioranescu 1974, 62).

En principio, Olivares no lo tomó en serio, pero la insistencia de Aventroot resultó tan molesta, que, al final, no fue tan amable como Lerma y Prada dos décadas atrás. Lo denunció ante la Inquisición como “un perro herético que cree que puede ser un mártir por su religión” (Cioranescu 1974, 65). La orden de captura consta como apostilla en la segunda carta: “En Madrid, 29 de octubre, 1632. Que se prenda luego a Juan Aventrot y se remita a la Inquisición de Toledo. Juntamente se junten los papeles que hubiere en el Consejo de éste y su sobrino, que dio un libro al señor rey don Felipe III, por cuyo mandato se prendió el sobrino, llamado Juan Cote” (Cioranescu 1974, 65). Según los autos del proceso:

quiso venir con él a España, a pesar de su edad avanzada y de los peligros a que se exponía, para hablar con el rey don Felipe IV, como en efecto lo hizo en octubre de 1632, dándole dos memoriales escritos de su propia mano y aconsejándole de palabra y por escrito las opiniones de Eutiquio,⁸¹ manteniendo las mismas opiniones del libro que su sobrino había entregado ya a

⁸¹ Eutiquio fue un monje griego nacido en 378 y muerto en 448, iniciador del monofisismo, doctrina cristiana que considera que Jesucristo sólo tiene naturaleza divina y no humana. La Iglesia Católica descartó esa ideología por herética y la persiguió hasta extinguirla. Pero la Inquisición del siglo XVII consideraba que los protestantes la habían resucitado (Cioranescu 1974, 62).

don Felipe III, y conociendo en estos países a muchas personas que profesaban su misma secta, lo ocultó maliciosamente, aumentando su culpa con muchos pecados contra Dios y su nombre (Cioranescu 1974, 62).

Fue la última vez que compareció ante la Inquisición. El proceso se dio con inusitada velocidad, pues, el promotor fiscal determinó, con las pruebas a la mano, su condición de “hereje, apóstata, partidario de la secta de Calvino e insolente para con la persona del Rey” (Cioranescu 1974, 64-65). Tan peligroso personaje no podía dejar España, especialmente por las cuentas pendientes con el tribunal de Canarias. Luego de varias entrevistas e interrogatorios, le levantaron tres tipos de cargos. El primero repitió los de su juicio de 1590: comer carne en Viernes Santo y afirmar que la fornicación no es pecado. El segundo se centró en las publicaciones clandestinamente introducidas en España e Indias, y las cartas a los monarcas españoles. Y el tercero, sus últimas proposiciones criminosas: permitir la libertad de culto, pretender otorgar a los indios la libertad para profesar su falsa religión y suprimir los lazos existentes entre España y Roma. Todos estaban directamente relacionados con la guerra europea y el apoyo a la Armada de Nassau, incluyendo una posible alianza con indios y negros para enseñarles el protestantismo y conquistar el Perú. Durante el juicio demandó la restitución, con intereses y rentas adicionales, de la hacienda confiscada años atrás por el tribunal canario. Resulta interesante ver cómo Aventroot mezcló sus intereses espirituales con los materiales y personales, en una actitud constante a lo largo de su vida: “En el mismo momento en que lo vemos poner a riesgo su vida por una causa utópica (...) es extraño y hasta chocante ver que no se olvida de sus rentas y de sus intereses devengados” (Cioranescu 1974, 66).

Formulados los cargos, fue legalmente asistido por un abogado de oficio con tiempo suficiente para organizar la defensa. Los jueces le invitaron a pensar en su vida, salvar su alma y aceptar los cargos. Pero Aventroot confirmó las alegaciones del fiscal y se mostró tan firme en sus creencias que el abogado se declaró incapaz de defenderlo, retirándose del proceso. Preguntado si quería otro abogado o defenderse a sí mismo, respondió que ninguno de los dos, y fue hallado culpable con sentencia de “hereje obstinado”, condenado a confiscación de bienes y relajación. Marchó con sambenito por las calles toledanas en el auto del 22 de mayo de 1633, y los inquisidores lo entregaron al corregidor pidiéndole que lo trate con la misericordia permitida por la ley. Sobre el cadalso erigido en la plaza de Zocodover, “el cuerpo de Juan Aventroot, culpable de haber abrigado un alma de hereje, o posiblemente una mente confusa, fue reducido a cenizas y mezclado con esa tierra de España que será suya

hasta que se cumpla el milenio del que fue el prematuro anunciador⁸²”. Así, “murió en penitencia” y convencido de sus profecías, siendo su propia muerte la única que pudo presagiar (Cioranescu 1974, 66-67; Weststeijn 2019, 1046-1048).

3.5. Alarmas múltiples, ataques al Brasil y nuevos espías

En julio de 1624 Guadalcázar supo de la captura de Salvador de Bahía en Brasil por una armada mucho más grande que la que tenía al frente, cuyo éxito militar se lo debió parcialmente a los criptojudíos, que en el momento decisivo se pasaron al lado neerlandés. El Santo Oficio sabía que la presencia y tolerancia de portugueses en Perú suponía riesgos por la ayuda que prestaban a las potencias enemigas, sirviéndoles de informantes secretos, o apoyándolos abiertamente como hicieron en Bahía: “vea lo que podrá importar su noticia para algunos efectos o advertimientos del servicio de Su Majestad, y mayor seguridad de estos puertos de las Indias y del Mar del Sur. Y cuan perniciosa es en estas partes la afluencia de los extranjeros septentrionales tolerados por vía de composición y de otra manera” (ANH/Inquisición 1647 7, 24-25). En efecto, el 4 de noviembre de 1625 los inquisidores limeños recordaron a la a la Suprema de Madrid:

sabemos que casi todos los de esta nación que asisten en este reino y en el de México, y muchos de los que andan por España pecan de la ley de Moisés, tienen sus casas, hijos, mujeres y deudos en Francia, Pisa, Florencia y Venecia a do trasladan la plata que ganan en este reino. Y en ocasión de enemigos, podrían hacer lo (mismo) que (hicieron) en la Bahía de Todos los Santos en Brasil, en deservicio grande de Su Majestad y daño de estas provincias; cosa que a nuestro parecer pide remedio (ANH Inquisición 1647 7, 25).

Pero Guadalcázar, enfrascado en su propia guerra con la Armada de Nassau bloqueando el Callao y pirateando a diestra y siniestra, nada podía hacer para proteger al Brasil, pues, pese a la unión de 1580, esa jurisdicción era completamente independiente del Virreinato Peruano (Muzquiz 1945, 179). Sin embargo, anticipándose a otro posible ataque al Perú, y siguiendo los consejos de la Inquisición, tomó medidas como investigar posibles tramas de espionaje en El Callao (Schaposchnik 2015, 115, 231).

Por 1627 se rumoró la presencia de corsarios en el Mar del Sur, y el nuevo virrey Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, IV conde de Chinchón⁸³ envió una fragata

⁸² Sus correligionarios tradujeron y publicaron la sentencia en holandés en Ámsterdam, y, efectivamente lo tuvieron por mártir (Cioranescu 1974, 66-6; Weststeijn 2019, 1046-1048).

⁸³ Nombrado Virrey del Perú, el conde de Chinchón, que había sido consejero de Estado en Madrid desde 1626, viajó a América en la flota que, comandada por Fadrique de Toledo, zarpó de Cádiz el 14 de agosto de 1628.

anual, bien pertrechada, a vigilar la costa chilena hasta los 44 grados, en cumplimiento de una cédula del 29 de octubre (Muzquiz 1945: 185-186). Asimismo, para proteger la Armada, despachó un chinchorro a Panamá con derroteros e instrucciones de reconocer la costa, volver a Paíta, repetir el viaje hasta tres veces y reportar sobre enemigos desde la isla de la Plata, sin cuyo aviso la Armada no dejaría el Callao. También envió doscientas bocas de fuego, treinta picas y cuatro piezas de artillería a Arica (Muzquiz 1945, 185-186).

Los rumores resultaron falsos, pero el peligro que significaban los espías seguía presente. El caso de Adrián Rodríguez, y especialmente el hecho de que operó por tantos años sin detección, motivó la alerta permanente de las autoridades. En enero de 1630 llegaron noticias de españoles luchando contra neerlandeses en la isla de San Cristóbal (Saint Kitts) en el Caribe. Y al cabo de seis meses, luego de avisos desde Buenos Aires sobre barcos neerlandeses en el Atlántico Sur, comenzó un frenesí de supuestos avistamientos en las costas de Quito y Panamá. El 11 de julio llegaron noticias sobre la posible entrada de más de ochocientas velas enemigas al Mar del Sur, y se advirtió a todos los puertos. Emisarios bajaron a buscar más información en Buenos Aires, y el 29 llegó un correo desde ahí con la noticia de que la escuadra neerlandesa del almirante Hendrick Corneliszoon Loncq conquistó Pernambuco. Los portugueses se habían defendido con valor en el fuerte de San Jorge, pero huyeron al interior cuando se impuso la superioridad numérica del invasor. El gobernador Matías de Albuquerque los organizó, y, con apoyo indígena⁸⁴, dirigió dos exitosos ataques, pero no pudo impedir que los neerlandeses retengan el puerto de Itamaracá y construyan fuertes (Muzquiz 1945, 179-180).

Más importante que lo poco que podía hacer para socorrer al Brasil, era el apoyo de Chinchón a Panamá, que, además de pertenecer a su jurisdicción, era el puerto donde anualmente anclaba la Armada cargada de plata. El 26 de agosto de 1630, el presidente de esa Audiencia informó a Chinchón que unos quince barcos neerlandeses apresaron cuatro o cinco fragatas de tráfico sobre costas cartageneras, y que, para evitar nuevas pérdidas, ordenó suspender la salida de buques de Portobelo a Cartagena y otros puertos. El 11 de octubre de 1632 llegó otra alarma por el ataque fallido de tres corsarios a un barco que zarpó de Cartagena. Para atender estas emergencias, Chinchón tuvo que socorrer Panamá y Cartagena varias veces con pólvora y armamento. Mientras tanto, dejó España la flota del almirante Antonio de Oquendo con

Entró públicamente en Lima el 14 de enero de 1629 y gobernó por nueve años, once meses y cuatro días (Zaragoza [1883] 2005, 235).

⁸⁴ Es notable, una vez más, verificar cómo los indios del Brasil, al igual que los del Perú, no se pusieron del lado de los invasores neerlandeses sino de los defensores, en este caso portugueses (Muzquiz 1945, 180).

dieciséis barcos y más de mil tripulantes. Ancló en Bahía de Todos los Santos, derrotó a la armada neerlandesa y capturó a su almirante Adriaan Hans Pater el 12 de septiembre de 1631. Luego fue al norte, se unió a las fuerzas de Albuquerque y recuperaron el puerto de Olinda, obligando a los neerlandeses a retirarse a Pernambuco (Muzquiz 1945, 180-181).

Mientras tanto, en el Callao, denunciaron a inicios de septiembre de 1630 a quien, por entonces, era la cabeza de los espías. En efecto, las autoridades capturaron y pusieron en la cárcel de corte a un hombre llamado “Plemón”⁸⁵, nacido en Sevilla de padres irlandeses, conocedor de muchas lenguas, “y la nuestra, española, como el más ladino” (Suardo 1936, 97-98). Las investigaciones confirmaron que era hereje, pues no se confesaba ni iba a misa. Pero, sobre todo, espía al servicio de Mauricio de Nassau⁸⁶ y lo procesó la justicia común. En su casa requisaron un detallado derrotero:

una relación de todo lo que hay en este Reino, en particular desde Chile a Panamá, los puestos, puertos y qué gente puede socorrerlo y con qué armas y con toda distinción el Callao, cuantas piezas de artillería, de que porte cada una, cuantos soldados pagados y la cantidad de mosquetes, arcabuces, picas y dardos tiene la sala de armas, y cuantos caballeros se pueden juntar (Suardo 1936, 97-98).

Plemón era más sofisticado que sus predecesores, pues cifraba la información transmitida a las Provincias Unidas en supuestas cartas románticas que debían ser leídas con clave. Una de estas decía: “estuve en tierra negra 2.000 cargas de trigo, sierra - sierra - cruces - cruces, caballería San Cristóbal, San Lázaro, 2.000 mil con quien casar - y en cuanto a lo que me escribes de enterrarlo, soy de parecer que mejor es quemarlo y echarlo a la mar, porque hay muchas malezas en esta tierra” (Suardo 1936, 97-98). Los investigadores pudieron descifrar la carta, que en realidad eran direcciones para que tropas neerlandesas invadan el Callao⁸⁷:

que por Bocanegra marchen 2.000 soldados armados a la sierra siguiendo las cruces de los cerros hasta San Cristóbal por amor (¿temor?) de la caballería. Y que en San Lázaro hay 2.000 casas sin defensa que pueden saquear, y que es fácil tomar tierra, pero que no es acertado quedarse en ella sino quemarla destruirla, y con lo que se sacare volverse a la mar (Suardo 1936, 97-98).

⁸⁵ El alias “Plemón”, que consta en el Diario de Lima de Suardo, puede ser una mala traducción del apelativo inglés “Plymouth”, quizás el nombre verdadero del personaje (Montáñez 2014, 78).

⁸⁶ Mauricio de Nassau murió el 23 de abril de 1625, lo que prueba que su correspondencia con Plemón no era reciente, aunque bien pudo seguir correspondiendo con sus sucesores.

⁸⁷ Los planes de conquista que tenía Plemón eran sorprendentemente parecidos a los de Adrián Rodríguez. Esto sugiere que se conocían y eran espías en la misma red, pero el primero no fue descubierto al mismo tiempo que el segundo y operó por cuatro años más.

Aunque lo señalado al final podría significar que debían quemar las cartas con información comprometedora después de su lectura, y arrojar las cenizas al mar en lugar de enterrarlas para evitar que las descubran. El licenciado Gregorio Arce de Sevilla, relator de la Audiencia, fue designado juez, y, dada la gravedad del caso, se inclinó por la pena de muerte, pero el virrey lo impidió y envió a Plemón en la siguiente flota con rumbo a España como prisionero de guerra (Lohmann 1975, 490-491; Carcelén 2009, 107-108) “porque en los ejércitos no se castigan los espías si no son de la misma nación (de) que tengan sueldo, y que, si se castigase a este, castigarían los enemigos ciento por uno” (Suardo 1936, 97-98). Esto se explica porque su antecesor Guadalcázar había sido reprendido por ejecutar a Carsten Carstens en 1624, contrariando las reglas de la guerra (Carcelén 2009, 107-108).

3.6. El acto final: La Gran Complicidad

Con el peligro, aún latente, de otra invasión neerlandesa, en 1635 estalló en Perú otra alarma por espionaje con el escándalo conocido en la historiografía como “Gran Complicidad”⁸⁸, y consistente de unos 160 juicios a lo largo de cuatro años, en contra de cristianos nuevos radicados en Lima, casi todos comerciantes de origen portugués que practicaban secretamente el judaísmo. Habían acaparado el mercado, de forma que “en la primera mitad del siglo XVII, todo el comercio estaba amenazado por una quiebra general debido a la instauración del proceso inquisitorial llamado la Complicidad Grande (...). Se logró salvar la situación porque incluso los inquisidores tuvieron que (...) pagar las obligaciones de los reos de los bienes que les fueron secuestrados” (Lewin 1950, 51). La Complicidad, que resultó ser la mayor persecución y proceso judicial de la historia de la Inquisición Peruana, comenzó formalmente el 2 de abril con la detención de Antonio Cordero. Conforme pasaron los meses, creció tanto el número de reos que los jueces tuvieron que alquilar y habilitar viviendas como cárceles. También fue el punto de inflexión para el poder e influencia del tribunal limeño, que nunca más tuvo un caso tan grande a su cargo, y que después del auto de 1639 sufrió un evidente y lento declive, hasta su extinción definitiva en 1820.

La extensa historiografía que trata la Complicidad desde el siglo XIX, se enfoca en su aspecto principal, eminentemente religioso, con sus componentes de racismo, intolerancia, codicia y venganza en clave tridentina. Y lo conecta con las guerras de religión europeas que, desde la

⁸⁸ Entre 1640 y 1649 se produjo en México su propia Gran Complicidad. Al respecto, cabe notar las posibles relaciones familiares entre los reos de ambos virreinos, involucrados en negocios como el tráfico de esclavos, al que se dedicaba el mexicano Simón Váez de Sevilla, que compartía el apellido y probable parentesco con dos procesados en Lima: Rodrigo Váez Pereira y García Váez Enríquez (Medina 1952).

reconquista, involucraron a España, y las ramificaciones que llevaron a la instauración de la Inquisición en América. Este capítulo no desconoce el componente religioso de la Complicidad, pero se concentra especialmente en las evidencias presentadas en algunos casos, que permiten suponer que varios reos, ciertamente herejes, eran también espías e informantes para las compañías y autoridades neerlandesas y sus proyectos de conquista del Perú, a través de sus redes comerciales con parientes, amigos y socios en Brasil, México y Europa. En consecuencia, el apelativo de “Gran Complicidad” tiene un doble significado, más amplio que el de la historiografía tradicional: confabulación de judíos para contaminar a los cristianos con ideas heréticas. En efecto, la Complicidad fue también una conspiración política y militar secreta entre judíos de las Provincias Unidas con criptojudíos peruanos para conquistar el Virreinato, y, quizás, establecer un Estado judío:

La llamada Complicidad Grande limeña fue, para todos los historiadores, una simple redada de la Inquisición a fin de impedir la práctica secreta del judaísmo y adueñarse de cuantiosos bienes. Se considera, eso sí, que ha sido importante por el número de detenidos, pero nada más. Sin embargo, un autor judío, Günther Friedländer, ha descubierto la verdadera naturaleza del proceso, llegando a la conclusión que se trató de una conspiración política de los judíos conversos, muy bien organizada y con apoyatura internacional que, recurriendo incluso a la insurrección armada, tenía por finalidad tomar el poder y establecer un Estado judío (Rivanera 1994, 91).

Si bien la intención de establecer un “Estado Judío” en América parece exagerada, fue una suposición que los inquisidores y demás autoridades tomaban en serio antes de los arrestos de 1635. En efecto, la Gran Complicidad tiene causas temporalmente más remotas, relacionadas con la pugna geopolítica por el control de territorios a nivel global entre España y Portugal, por un lado, y las Provincias Unidas, por el otro. Además, abonó el terreno la tensión acumulada de sucesos más inmediatos en la propia Lima, como el ataque de Spilbergen en 1615 y, muy especialmente los de 1624, cuando dos flotas neerlandesas atenuaron Sudamérica de forma simultánea: la de L’ Hermite y Schapenham que intentó conquistar el Callao, y la de Willkens y Heyn, que logró retener Bahía en Brasil por casi un año. Seguidas por una operación mucho más grande, que, entre febrero y marzo de 1630, aseguró el control neerlandés de Pernambuco, donde la población de origen sefardita favoreció a los invasores (Schaposchnik 2015, 114-115). Desde entonces, creció exponencialmente la presencia de sefarditas en Brasil, dedicados al lucrativo negocio de los ingenios azucareros manejados con esclavos, de forma que “a mediados de la década de 1640, se calcula que la comunidad judía de Recife -que llegó a disfrutar aquí de mayores libertades que en las Provincias Unidas-,

alcanzó los 1.500 miembros, lo que suponía entre un tercio y la mitad del total de la población del Brasil holandés” (Valladares 2021).

Fray Buenaventura Salinas y Córdova, cronista y antiguo calificador del Tribunal Limeño, reflexionando en 1631 sobre la defensa del Callao siete años antes, advertía que el mayor peligro no provenía del mar sino de comerciantes extranjeros que vivían mezclados con la población local, y lucraban de las oportunidades de negocios que ofrecía el Virreinato, mientras que, a la vez, podían unirse a los neerlandeses invasores como hicieron en Bahía (Schaposchnik 2015, 80). En sus palabras: “Pero no se entienda que este es el mayor ultraje de este reino, verse solo y cercado de enemigos de la Fe que lo inquietan y amenazan por la mar. Mayor peligro tiene en tierra, mayor daño recibe esta ciudad de Lima, Huancavelica, Potosí, con los forasteros que pasan todos los años al comercio y viven con nosotros chupando la tierra como esponjas” (Memorial de Salinas y Córdova 1631 citado por Schaposchnik 2015, 219). Y resultaba alarmante la falta de familiares del Santo Oficio para vigilar a tanto extranjero. En efecto, cuando se estableció la Inquisición en 1571, sólo se asignaron doce para Lima, pero la población creció exponencialmente, de manera que para 1630 se requería de unos cincuenta, y la falta de personal obligaba a reclutar gente poco calificada, “porque como los vecinos son de ordinario tratantes y andan en sus contrataciones, muchas veces se carece en la ocasión de ministros, y nos vemos obligados a valernos de quienes no lo son, aventurando mucho los aciertos” (Medina 1952, 65). Por lo tanto, desde la conquista neerlandesa del Brasil, era urgente aumentar los familiares por razones de defensa, “advirtiendo que hoy con la vecindad del enemigo en el Brasil, no tienen seguridad estos mares, y está esto expuesto a cualquiera invasión suya, sin reparo considerable para su defensa” (Medina 1952 II, 65). Con estos antecedentes, la posibilidad de otra expedición al Perú, superior y mejor preparada que la de 1624, era un riesgo cierto, que, sumado al apoyo de los cristianos nuevos del Perú, bien relacionados con los de Brasil y las Provincias Unidas, podía eventualmente vencer las vicisitudes del pasado y fundar una colonia neerlandesa, en donde los judíos gocen de la misma libertad de credo que en Ámsterdam, y el Brasil neerlandés (Schaposchnik 2015, 114).

El tema no está del todo claro, pues, “la información registrada en los procesos de fe no prueba de forma inequívoca que los cristianos nuevos estaban envueltos en tales planes, pero es claro un nivel de sospecha” (Schaposchnik 2015, 114). La teoría de la conspiración criptojudía se fortaleció con unas extrañas demandas de Manuel Bautista Pérez, dueño de una de las mayores fortunas del Perú gracias al tráfico de esclavos, conocido y respetado por

su generosidad, y jefe del gremio de comerciantes portugueses. En 1634 pidió que el virrey le arriende el almojarifazgo, o impuesto sobre el comercio entre España y sus provincias, “lo que le habría asegurado un control completo de esta actividad” (Rivanera 1994, 92). También quiso que le entregue el control y manutención de la sala de armas de Lima. Ambos pedidos levantaron sospechas de que buscaba promover, con posible apoyo militar neerlandés, una insurrección armada en Lima contra los españoles, y fueron, afortunadamente, rechazados (Lewin 1950, 150; Escobar 2002, 50). En caso contrario, bien pudo pasar algo parecido a lo de Cartagena a principios de 1640, donde, según reportó un inquisidor a la Suprema en Madrid, 1.500 portugueses llegados del Brasil planificaron “tomarse el puerto y la flota que allí estaba anclada. Armada la ciudad al lado del obispo, el clero y los ministros de la Inquisición, los defensores (...) lograron finalmente dar cuenta de la intentona de los portugueses hasta que llegó la armada de Portobelo” (Escobar 2002, 62).

Las evidencias de colaboración entre criptojudíos peruanos y compañías neerlandesas aparecen en varios juicios. Por ejemplo, uno de 1636 en Cartagena, donde varios reos dijeron invertir hasta trescientos pesos anuales en la “Cofradía de Holanda”, como llamaban a la WIC. Esto corrobora las confesiones del judaizante limeño Duarte López Mesa, antiguo residente de las Provincias Unidas: “en la ciudad de Ámsterdam se juntaban todos los días veinticuatro hombres a consejo en casa señalada, que llaman de la Contratación, y los cinco de estos veinticuatro son portugueses y los demás holandeses, ingleses, danos de Dinamarca, franceses y otras naciones” (Escobar 2002, 53).

En efecto, el Santo Oficio tenía indicios de que, con apoyo neerlandés, los mercaderes criptojudíos establecidos en Brasil extendieron sus redes comerciales hasta Lima, Cartagena y México, ciudades a donde varios de los procesados viajaban con frecuencia alegando motivos comerciales. Y todo esto demuestra que la Gran Complicidad no sólo buscó extirpar la herejía judaica y las secretas redes familiares y comerciales que la permitían y robustecían, sino también a descubrir, neutralizar y castigar a los informantes y espías, traidores de la Corona:

El interés de los holandeses en las Indias Occidentales dio un margen amplio de combinaciones y proyectos que apoyarían las pretensiones de los judíos en el Perú y las ambiciones de los holandeses en la América del Sur (cuatro años después de la ‘Gran Complicidad’, los holandeses tomaron Valdivia en una expedición armada). No puede caber duda de que las verdaderas proyecciones de la gran empresa de los judíos de Lima se conocían en muchos lados, y también entre los poetas judíos, que bajo el antifaz del catolicismo seguían viviendo en España (Rivanera 1994, 92).

Para poder investigar mejor las conexiones entre criptojudíos y conquistadores neerlandeses, el Tribunal limeño, nominalmente bajo supervisión real, actuó independientemente de los dictados y parámetros de la Suprema de Madrid. Los inquisidores, algunos con posiciones tanto en el Tribunal como en la administración virreinal, estaban, especialmente por esa última razón, pendientes de una posible nueva invasión (Schaposchnik 2015, 113, 115). Un indicio siempre presente de la conspiración son los sentimientos antiespañoles y de revanchismo en los testimonios de varios reos. Por ejemplo, el caso de Juan de Azevedo, soltero de 37 años, natural de Lisboa, pero residente en Lima, donde fue cajero del mercader Antonio Gómez de Acosta. A sabiendas de que no se salvaría del fuego, usó el proceso para vengarse de sus enemigos:

dijo contra muchos y levantó a muchísimas personas falsos testimonios, revocó, hizo y cometió muchas maldades, incitando a otros presos para que levantasen falsos testimonios a los de afuera y dentro, dándoles el pie del lugar, de la seña y contraseña con que habían de contestar las culpas falsas con él, que las pintaba con tales circunstancias que al más vigilante y experimentado juez le haría creer ser aquello verdad. No dejó parte alguna donde no haya personas comprendidas en los testimonios que levantó, ni España ni Portugal, ni Guinea, ni Cartagena, ni otras partes de las Indias (Medina 1952, 133).

Fue relajado por “tanta suerte de ritos y ceremonias en guarda y observancia de la ley de Moysén que le enseñaron en Guinea, que ponía admiración, ocupando las audiencias días enteros” (Medina 1952, 133). Lo mismo hizo su amigo Luis de Lima, natural de Moncorbo (Portugal), soltero de más de cuarenta años, hermano de Juan y Tomás de Lima (que fueron reconciliados en el auto de 1635). Lima bajó de Panamá en la armada de ese año, y, cuando se entregó en 1636, presentó confesiones ambiguas y falsos testimonios, “...persuadiendo a lo mismo a otros presos, haciendo agujeros por las paredes de las cárceles para hablarles, diciendo lo que habían de hacer y deponer y las señas con que habían de conocer a los que habían de levantar testimonios, a uno de judío yapero,⁸⁹ al otro de cualtralbo,⁹⁰ y, de este modo, otras muchas señas y contraseñas y apodos” (Medina 1952, 133-134). Sus mentiras distorsionaron el proceso y los jueces no atinaban a frenarlo ni siquiera mudándolo de cárcel, mientras Lima justificaba todo alegando que sólo descargaba su conciencia. Se arrepintió al final, y, mientras le leían la sentencia y preparaban para la hoguera “con muchas lágrimas

⁸⁹ Yapero. Término coloquial americano para referirse al que añade la yapa, o cantidad extra no cobrada de lo comprando (Diccionario de la RAE).

⁹⁰ Cuatralbo. Dicho de un animal: que tiene blancas las cuatro patas. También jefe o cabo de cuatro galeras (Diccionario de la RAE).

pidió perdón (públicamente) a Santiago del Castillo, Pedro de Soria Arzila y a Francisco Sotelo (...), diciéndoles les había levantado falso testimonio por la enemistad que les tuvo, y en general pidió perdón a los demás que había levantado testimonios” (Medina 1952, 133-134).

Las pesquisas establecen la existencia de un grado de complot político organizado e identificaron dos grupos de conspiradores: “el del riquísimo y poderoso mercader Manuel Bautista Pérez, conocido como el ‘capitán grande’ de los judíos conversos de Lima, y el del capitán Antonio Morón, jugador profesional (...) no puede caber duda de que los dos grupos juntamente con el resto de sus correligionarios habían pensado en una acción económica, política y, en último caso, armada, porque en todas partes encontramos indicios de este plan” (Rivanera 1994, 91). Una treintena de testigos señalaron a Pérez como principal responsable de la conjura, e interpretaron la intención de encargarse de la sala de armas limeña “como deseo de obtener el control del arsenal de la ciudad, a fin de entrar en tratos con los enemigos de España, los protestantes holandeses, de igual manera que los judaizantes portugueses del norte del Brasil, en aquel momento bajo el dominio de los Países Bajos” (Lewin 1950, 150).

Entre los conjurados destaca Simón Osorio (u Ossorio), alias “Simón Rodríguez”, cristiano nuevo portugués de veintiocho años en 1639, natural de la villa de San Combadan (Portugal) y criado en Flandes. Según un reporte a la Suprema del 18 de mayo de 1636, Osorio se estableció en Quito con poderes de la duquesa de Lerma para administrar sus obrajes. Fue capturado y conducido a las cárceles inquisitoriales de Lima el 22 de diciembre de 1635. Su delito, común a todos los reos, era el de “judío observante de la Ley de Moysen”, agravado porque “traía el calendario de sus fiestas, en cifra” para enseñar la Ley a otros cristianos nuevos. Además, le hallaron dos retratos, “el uno en habito de mujer, y el otro en habito de hombre”, y documentos de las varias identidades que usaba, con “tres padres y diferentes naturalezas”. Con testimonios adicionales, le imputaron crímenes de suplantación de identidad, traición y conspiración (Medina 1952, 57). Identificaron a Francisco de Coçoros, procesado y reconciliado por la Inquisición de Coímbra, como su verdadero padre. Para evitar la asociación y consecuente persecución, Osorio huyó a Madrid, donde falsificó documentos, y pasó a América con falsa información de limpieza de sangre. Osorio estaba “convencido de su falsedad, (y) dijo que con cuatro reales haría él en Madrid informaciones (a) quien quisiese, pintándose el más noble y calificado, y para ostentar traía grandes mechones y andaba muy galán y oloroso” (Böhm 1984, 402). El hábil impostor ayudaba a otros criptojudíos a obtener pruebas falsas de limpieza por los que cobraba comisión (Ordóñez 2005, 38). El caso

demuestra cuan fácil era adulterar informes, y, con un poco de histrionismo, persuadir de su autenticidad a las autoridades.

Según confesó, desde Perú mantenía estrecha relación con los neerlandeses que comerciaban con Brasil, y también con los atacantes de Bahía en 1624 y 1625 y conquistadores de Pernambuco en 1630. También se había “jactado de que él y dos hermanos suyos tienen 8.000 ducados en la compañía contra Su Majestad en Holanda, para armar por la mar, y que son de la escuadra del Brasil”⁹¹ (Böhm 1984, 354-355). Salió como penitente en el auto de 1639, sin cinto ni bonete, llevando sogá alrededor del cuello y una vela verde. Pese a tan graves evidencias, se salvó de la hoguera abjurando de vehementi, y fue condenado a cien azotes, pérdida de bienes, expulsión permanente de las Indias y seis años como galeote en España, sin sueldo (Böhm 1984, 402).

El ejemplo más notable de la conspiración consta en el reporte de 8 de junio de 1641 del inquisidor Antonio de Castro y del Castillo a la Suprema de Madrid, con los pormenores y justificaciones de la Gran Complicidad, la seriedad de los procesos y lo draconiano de las sentencias (Schaposchnik 2015, 139, 169-170, 255). Consta que, mientras se desarrollaban los procesos, y con intención de generar caos para facilitar la liberación de los reos, unos conjurados intentaron robar, o simplemente hacer estallar, un depósito de pólvora cerca de Lima:

teniendo el virrey conde de Chinchón mucha cantidad de pólvora (...) en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe de frailes franciscanos, que está fuera de esta ciudad, se halló una mañana comenzado a hacer un agujero en la pared de la calle del almacén de la pólvora fuerte y gruesa, y a poca distancia un tizón apagado. Causó alboroto, procurose averiguar, y no se pudo (Böhm 1984, 371).

No hubo resultados en la búsqueda de los autores hasta unos meses después, cuando la respuesta llegó de una fuente inesperada: Isabel Antonia Morón, de apenas catorce años cuando fue apresada con su familia en 1635. Cónyuge de Rodrigo Váez Pereira, nació en Sevilla y era hija del matrimonio del comerciante portugués Antonio Morón y Mayor de Luna, residentes en Lima desde 1627. También era sobrina materna de Mencía de Luna, casada con el mercader Enrique Núñez de Espinosa. Meses antes del auto, Antonio Morón y su cuñada Mencía murieron en prisión. Para el buen desarrollo de los procesos, se enfatizaba

⁹¹ Esto también consta en la crónica del auto de 1639 del prelado Fernando de Montesinos: “tuvo testificación de haberse jactado que un hermano suyo y él tenían en la Compañía de los Holandeses contra Su Majestad 8.000 ducados en la escuadra dedicada a las partes del Brasil” (Böhm 1984, 402).

lo crucial del secretismo y castigaba a quienes lo violaban, y los inquisidores tenían por práctica común el someter a los reos a una suerte de “dilema del prisionero”, en donde presionaban a unos para que delaten a otros, alegando que los primeros ya lo habían hecho. Así, conocedores de que los presos, aunque aislados, se daban modos de comunicarse, ponían por compañeros de celda a otros previamente sobornados con promesas de reducción de penas y trato benévolo, con la misión de ganarse la confianza de los primeros y extraerles información (Schaposchnik 2015, 139). La “famosa hechicera” Beatriz de la Bandera, traída del Cuzco y que, por haber estado incomunicada, nada sabía de los sucesos de Lima, fue puesta en la celda con Isabel Antonia, se ganó su confianza y testificó lo siguiente:

quejándose doña Isabel de sus trabajos, comunicó que el agujero que se había comenzado a hacer en el almacén de la pólvora de Guadalupe había sido por orden de sus deudos y para volar la ciudad. Y que se comunicaban con los holandeses, y que los aguardaban, y otras cosas que constan de la declaración de doña Beatriz, la cual nunca tuvo noticia del agujero del almacén de la pólvora, ni del tizón, ni de otras particularidades que refiere (Böhm 1984, 371-372; Schaposchnik 2015, 238).

Según las alarmantes revelaciones, los parientes de Isabel Antonia dispusieron la construcción de un túnel en el depósito para extraer la pólvora y volar la ciudad en contubernio con neerlandeses que los aguardaban en algún lugar cercano. Esto sugiere una confabulación de neerlandeses avecindados en Lima con judaizantes portugueses, o que, de alguna manera, un grupo de soldados neerlandeses estaban escondidos en Lima o el Callao organizando un nuevo ataque. Nuevamente, estas declaraciones conectan sospechosamente con la citada solicitud para administrar el arsenal de la ciudad hecha por el capitán grande al virrey Chinchón:

Manuel Bautista Pérez había, en vano, tramitado ante el virrey su nombramiento como administrador del arsenal de armas de Lima, y la joven Isabel Antonia, hija del capitán Antonio Morón, por orden de su familia trató de preparar el terreno para volar el polvorín de Santa Guadalupe, acción que tenía que ser realizada en combinación con los judíos holandeses... No es de extrañar que los conversos soñaran con una rebelión armada y una toma de Lima y posiblemente del Perú (Rivanera 1994, 92).

El desafortunado testimonio de Beatriz de la Bandera⁹² sobre los dichos de Isabel Morón no sólo selló el destino de la familia Morón, sino que, además, proveyó a los inquisidores del

⁹² Beatriz de la Bandera tuvo una pena atenuada por colaborar para descubrir el complot de la pólvora. Según los anales “...fue traída presa por hechicera, confesó su delito, y entre otras cosas dijo se le aparecían los demonios en forma de mastines y monos, con unas colas muy largas y ramos de molle en las manos. Salió al auto con

eslabón entre herejía y traición que justificaba todo el proceso. En el citado reporte de Castro a la Suprema de 1641, además de combatir la herejía, el inquisidor definió la Complicidad como proceso de lucha en contra de crímenes políticos de espionaje y conspiración: “Segundo motivo, y que por él consta que no solo fue complicidad de judaísmo, sino hostilidad y maquinación de crimen leso” (Böhm 1984, 371).

La Gran Complicidad concluyó grandiosamente en Lima con el auto del 23 de enero de 1639, el décimo tercero y más grande de la historia virreinal. Comparecieron ochenta reos, que desfilaron impecablemente vestidos y con palmas, a lomos de caballos blancos igualmente adornados. Con excepción de un bígamo y seis hechiceras, el resto fue procesado por judaizar, con la velada sospecha de haberse infiltrado en la sociedad peruana para espiar y ser cómplices de los intentos neerlandeses por conquistar Perú. De estos, 42 observantes de la “Ley de Moysen” fueron reconciliados luego de marchar con sambenito, sogá en la garganta y vela verde en las manos, dos más fueron reconciliados con sambenito, pero con insignias de quemados desde la noche anterior al auto y siete, que abjuraron de vehementi por escrito, fueron declarados inocentes. Mayor de Luna y su hija Isabel Morón marcharon y fueron reconciliadas luego de abjurar formalmente de ser judías judaizantes, y condenadas a destierro permanente de Indias y prisión perpetua en Sevilla. Además, recibieron cien azotes en las calles públicas como castigo por haber establecido un ingenioso esquema de comunicaciones con otros reos, que incluyó sobornos a tres miembros del entramado burocrático, incluido el alcaide Pradedá, que, al ser descubiertos, fueron procesados y marcharon en el auto. Por judaizantes contumaces, quemaron a doce: diez vivos, Morón en estatua y el cadáver de Rodrigo Váez, a quien, por confesar y pedir misericordia a último minuto, le dieron garrote, ahorrándole el sufrimiento indecible de morir abrasado por las llamas. Declaró antes de morir: “Hasta aquí he sido judío y desde ahora soy cristiano” (Böhm 1984, 406-408, 421-422; Schaposchnik 2015, 250).

Desde la política, la Gran Complicidad marcó el clímax de la pugna de cuatro décadas entre el imperio hispanoportugués y las Provincias Unidas en el Virreinato Peruano. Todo el proceso puede leerse como la respuesta definitiva que dio España a seis incursiones en el Pacífico para conquistar territorios del Virreinato, con tres dimensiones: dos en el campo internacional y una en el interno. Las internacionales fueron la reafirmación de la soberanía imperial española en Perú y Chile, y explicitar el triunfo del poder imperial sobre las ambiciones expansionistas

coroza blanca, vela verde en las manos, abjuró de levi. Fue condenada a destierro de esta ciudad y la del Cuzco por cuatro años” (Medina 1952 II, 113).

de los rebeldes neerlandeses que, si bien ganaron en Europa, no pudieron exportar su victoria al Perú. Y en lo interno sirvió como vindicta pública, al resolver y castigar de forma jurídica y simbólica a los judeoconversos portugueses, enemigos del Imperio Español, que, infiltrados en el muy católico Virreinato como espías e informantes, alimentaron por décadas al gobierno y compañías neerlandesas con la información necesaria para las empresas de conquista.

Conclusiones

Para elaborar algunas reflexiones finales, a modo de conclusión, volvemos a la pregunta de investigación: Considerando los éxitos de la expansión neerlandesa en otras latitudes, se trata de explicar ¿Por qué -dado su tamaño, recursos y óptima organización-, las expediciones neerlandesas fracasaron en sus objetivos de conquista en el Virreinato Peruano? La historiografía señala algunas claves del fracaso neerlandés en el Virreinato Peruano. Los diarios oficiales de las expediciones sugieren que las expectativas con las que los organizadores instruyeron a Spilbergen y L' Hermite sobre las buenas posibilidades de conquistar territorios en Chile y Perú -que iban desde la factibilidad de fundar colonias al sur de Chile hasta la de arrebatar Potosí, el Callao y Lima al Imperio Español-, y la posibilidad real de llevar a cabo esos planes era quimérica, como lo comprobaron cuando ya estaban en el Pacífico. En efecto, la fuerza de las circunstancias y falta de alternativas, tornó expediciones concebidas como de conquista y colonización, en simple piratería y destrucción de infraestructura española (Gerhard 1960; Lohmann 1975; Mercado 1985; Bradley 2008, 2009). Las narrativas neerlandesas y declaraciones de prisioneros y desertores también demuestran desmoralización frente a bravura y altivez de las poblaciones locales (incluyendo españoles, mestizos, indios negros y mulatos) mejor organizados y unidos, especialmente en tierra, pero también más desesperados por la defensa que sus antagonistas por la conquista del Callao durante los 98 días que duró el bloqueo de la Armada de Nassau. Síntomas adicionales del fracaso están en las reiteradas deserciones de las filas neerlandesas y enfermedades como el escorbuto que diezmaron las filas conquistadoras. Otro elemento clave fue la falta de información veraz. A este respecto, resulta notorio el fracaso de los informantes y espías plantados por los neerlandeses en Perú para enviar información auténtica, contrastable y verificable con respecto a las realidades locales. Por el otro lado, es irónico que las autoridades virreinales recibieran mejores datos de los invasores capturados, que les permitió, finalmente, ganarles la partida. Además, están las vicisitudes propias de los largos viajes a vela, la mala comida, y la reiterada denuncia de que las tripulaciones fueron reclutadas con engaños, de que se les dijo que iban al lucrativo Lejano Oriente, donde podían hacer negocios con especias y otros productos locales, para luego revelarles que iban al indómito y desconocido Perú, que no ofrecía buenas posibilidades comparado con la China.

Con respecto a la estrategia de buscar alianzas con los indios, indispensables para el establecimiento de una colonia en Chile, las expediciones neerlandesas, en general, fracasaron, demostrando la naturaleza ambivalente de la relación entre neerlandeses e indios

del sur de Chile, que osciló entre lo cordial y lo abiertamente hostil. La excepción fue Baltazar Cordes que, en alianza con indios en guerra con los españoles y aprovechando hábilmente las circunstancias que le favorecieron, capturó y ocupó Chiloé por dos meses. Esta acción sembró en las Provincias Unidas la idea de que era posible lograr una alianza con los indios para establecer una colonia en Chile, y que valía la pena intentarlo. La expedición de Mahu y Cordes, organizada por la compañía Magallánica, implicó un primer valioso intento por establecer el comercio tanto con los españoles en Chile como transpacífico, probar suerte con la piratería cuando el comercio se probó imposible por la negativa española, establecer colonias en el Sur de Chile y, para ello, como estrategia de corto plazo hacer alianzas con los indios y, de largo plazo, poner espías en Perú a recopilar información para futuras expediciones militares de conquista. La compañía contrató a Dirck Gerritsz por su conocimiento previo de China y Japón, que le permitirían ser el enlace para establecer relaciones comerciales con esos imperios y arrebatar el monopolio a los portugueses y españoles, que llevaban décadas comerciando con ellos. Con esas perspectivas, Gerritsz invirtió en el viaje y planeaba participar de la venta en Europa de las especies que adquirirían en el Lejano Oriente. Pero, cuando ya en alta mar los comandantes informaron a la tripulación que el viaje no sería a través del cabo de Buena Esperanza sino del estrecho de Magallanes, para Gerritsz y el grueso de la tripulación la noticia fue un baldazo de agua fría. Ahí cambiaron las perspectivas comerciales, pues quedó claro que el destino de las mercaderías que iban en la flota era ser vendidas en Chile y Perú y que, luego del peligroso cruce del Pacífico, se adquirirían las especias en Oriente con la plata del producto de la venta. Todo eso implicaba que el viaje era mucho más peligroso de lo que la tripulación podía suponer, con el riesgo cierto de ser capturados por los españoles en el Mar del Sur, como en efecto sucedió con el Ciervo Volador.

La decisión de entregarse en Valparaíso con el Ciervo Volador no fue unilateral, sino tomada de forma democrática por la mayoría de tripulantes. Sin embargo, Gerritsz pensó hacer que la rendición finalmente resultara lo más rentable posible tanto para él como para los organizadores. No queda claro si las autoridades virreinales tomaron en serio estas negociaciones y cumplieron con su parte, o si solo les interesaba el barco para mejorar la capacidad de la Armada del Mar del Sur y lucrar de sus mercaderías y provisiones. El trato relativamente laxo de Gerritsz y sus hombres y su posterior liberación por canje, aunque no fue inmediata ni en Buenos Aires, sugiere que si hubo un acuerdo que los españoles respetaron hasta cierto punto. Finalmente, si la expedición resultó un completo fracaso en

cuanto a sus objetivos de comercio, conquista y piratería, por lo menos los doce sobrevivientes que volvieron a su patria, lo hicieron con algo muy valioso para compensar las pérdidas de los armadores: información de inteligencia, crucial para la organización de futuras expediciones.

La rendición del Ciervo Volador en Valparaíso se debió a causas fortuitas, pero está probado que sus tripulantes aprovecharon el hecho de estar entre los primeros neerlandeses que visitaron el Perú para viajarlo extensamente recopilando información, pues la documentación con las declaraciones de estos náufragos existe en el Archivo General de los Países Bajos en La Haya, notablemente en los expedientes relativos a la organización de la Armada de Nassau. Más allá de la entrega de información de los doce que volvieron a sus países, consta que por lo menos uno regresó al Perú: Adriaan Dircks, que llegó a Chile por primera vez como náufrago en 1599, volvió a su país en 1604 a resultas de un intercambio de prisioneros, y regresó al Callao, sin haber enfrentado ninguna traba, en 1613, oficialmente como carpintero de ribera, pero en realidad contratado por la VOC y el gobierno de las Provincias Unidas para servir de un útil espía in situ para las expediciones que vendrían unos años después. En años posteriores, consta que, durante su residencia en el Callao solía recibir en su casa a los extranjeros que pasaban por ahí, y más aún si eran de su misma nación. No sería raro, y es hasta probable, que entre sus visitas estuvieran las de oscuros personajes como Hans Bartholomew Aventroot (Montáñez 2014, 77) y Pedro de León Portocarrero. Finalmente, Van Noort logró plantar con éxito al enigmático “tabernero” flamenco de Arica, colector de la información que sirvió de base para el libro *Historia del Nuevo Mundo* de Johannes de Laet.

Si bien los logros de Van Noort en cuanto a alianzas y conquistas en el sur de Chile fueron nulos, su viaje sirvió para alimentar la particular fascinación que generaba Chile en sus conciudadanos, quienes imaginaban una especial afinidad con los nativos. Esto se debió a las descripciones del diario que trajo de vuelta, en que pintó el paisaje al sur de Santiago como el más fértil del mundo, donde todo lo sembrado crecía en abundancia, y, por supuesto, las minas de oro “...indescriptiblemente ricas” (Schmidt 1999, 462). A la belleza de la naturaleza chilena, lo equilibrado de su clima, la fertilidad de su tierra y el oro debajo de ella, se sumaba la reputación de valor de sus indios, que resistían con tesón los avances conquistadores de los españoles desde mediados del siglo XVI. En efecto, fue durante el viaje de Van Noort que se produjo la revuelta de 1599, en que los indios expulsaron a los españoles de Valdivia. El corsario supo de este evento, y, a su regreso, se apresuró a reportarlo con particular simpatía hacia los “valientes guerreros” (Schmidt 1999, 461-462). Su narrativa no está exenta de la

clásica retórica anticatólica de la revuelta neerlandesa, pues elogiaba la destrucción de claustros e iglesias con sus “ídolos papistas” (Schmidt 1999, 461-462). En el imaginario neerlandés, esto suponía que, en el marco de una alianza, los indios bien podían ser catequizados en la verdadera fe. A las descripciones de Van Noort se sumó la historia del éxito de Baltazar Cordes, y todo ello sirvió para impulsar la tercera expedición a cargo de Joris Van Spilbergen.

Los espías e informantes pueden clasificarse en tres tipos. En primer lugar, el comerciante converso de origen portugués, en segundo el comerciante neerlandés protestante y el proletario también neerlandés que, aprovechando que su profesión era valorada en Perú, aprovechó para espiar. Ejemplo del primero es Pedro de León Portocarrero, del segundo Hans Bartholomew Aventroot y del tercero Adrián Rodríguez. León Portocarrero, como fue usual entre de judíos portugueses que migraron, huyó de la Inquisición suponiendo que hallaría la tierra prometida en el Perú, pero la persecución lo alcanzó hasta Lima y luego de vuelta en Sevilla. El afán de lucro, mezclado con el resentimiento, la oportunidad y, posiblemente, un encargo expreso desde las Provincias Unidas, lo llevaron a componer y luego vender su “Descripción”. Con respecto a este documento se barajan dos hipótesis. La primera es que, resentido por la forma como fue maltratado en España y Portugal, además de huir de la Inquisición, posiblemente migró al Perú desde un inicio como espía de las Provincias Unidas, con el encargo de componer una descripción con información útil para favorecer los propósitos de la guerra de Ochenta Años. La segunda es que quizás no viajó en calidad de espía, sino que aprovechó la oportunidad de vivir y viajar libremente por el Perú para convertirse en uno. En este caso, dados sus problemas económicos de 1613 compuso la Descripción con la intención de venderla, y probablemente huyó de vuelta a Europa temiendo que la Inquisición descubriera, además de su herejía, sus actividades de espionaje y escritos comprometedores.

Como para reforzar ambas hipótesis, la llegada de Pedro de León al Perú coincide, de forma sorprendente, con la rendición en Valparaíso del Ciervo Volador y la presencia de un espía bien conocido: Hans Aventroot. Al igual que Aventroot (que aprovechó su amistad y parentesco político con el conde de La Gomara para recorrer el Perú recopilando información) y Adrián Rodríguez que, oculto tras su profesión de carpintero de ribera, permaneció por años haciendo lo mismo, e intercambiando correspondencia con las autoridades de las Provincias Unidas, sin ser detectados, las actividades clandestinas de León Portocarrero, actuando bajo la fachada de un diligente comerciante, nunca fueron descubiertas. No sería raro que Pedro de

León, Aventroot y Rodríguez se conocieran, y que los tres fueran colaboradores de la misma red de espías que operaba en Perú al servicio de las Provincias Unidas desde, por lo menos, 1600. La conclusión es ambigua, pues resulta problemático conocer la verdadera dimensión del rol que jugaban las minorías extranjeras en Perú como actores de la guerra, ya sea de forma directa o indirecta, consciente o inconsciente, como espías a favor de las Provincias Unidas. El secretismo propio de las actividades de espionaje no permite dilucidar con certeza si la Descripción de León Portocarrero sirvió a la expedición de la Armada de Nassau, pero su mera existencia revela el rol significativo que jugaron los agentes secretos que operaban en el propio centro de la hegemonía española sudamericana, desde donde proveían regularmente de información actual y precisa a sus enemigos (Montáñez 2014: 81).

Todos estos casos ilustran una característica de los extranjeros residentes en Perú: que casi nunca tenían restricciones para volver a sus países. En efecto, gozaron de libre movilidad para ir y venir y viajar por el Virreinato. Con respecto a los extranjeros en general, y a los neerlandeses en particular, se puede apreciar que, quienes se dedicaban a oficios navales, como quiera que hayan llegado, figuran entre quienes más conocimiento tenían de la navegación al Perú y en el Mar del Sur, además de la geografía costera del Pacífico (Bradley 2001, 662). Y, como siempre hacen los migrantes, conformaron comunidades dentro del Perú, además redes comerciales y familiares, tanto entre compatriotas que vivían en varias partes dentro del Virreinato, como con parientes y amigos en su tierra de origen: las Provincias Unidas, en España, Portugal, Francia, Inglaterra y en el Brasil, especialmente durante el dominio neerlandés de 1630 a 1654. Si bien la mayoría eran simples proletarios o comerciantes sin malas intenciones, unos pocos -como el carpintero de ribera Adrián Rodríguez y Plemón-, aprovecharon hábilmente que las circunstancias facilitaban espionar al servicio de las ambiciones colonialistas de las Provincias Unidas. Una característica sorprendente de la labor de los espías es que la información clandestina viajó durante años de ida y vuelta entre España y el Perú en las flotas de galeones entreverada con la correspondencia común, sin que las autoridades la detecten. En efecto, los agentes encubiertos aprovecharon que el volumen de correspondencia de los muchos extranjeros asentados cerca de los puertos era tan alto y constante, que resultaba imposible para los oficiales revisarlo todo y descubrir aquellos que contenían información sensible. Así operó durante décadas la compleja y eficiente red de espionaje al servicio de las Provincias Unidas en el Perú.

Los desertores de Spilbergen bien pueden haber sido espías dejados deliberadamente el tiempo suficiente como para recopilar información para la siguiente expedición de la Armada

de Nassau que, aunque llegó en 1624, se organizaba desde 1619, año en que muy oportunamente fueron liberados y volvieron a Europa los hombres de Spilbergen. El más sospechoso fue Nicolás Porta, que se contradijo, cambió varias veces su testimonio, y, aunque afirmó ser francés, los inquisidores pensaban que era flamenco, además de que veintiún testigos afirmaron en su juicio que era espía. Aunque no hay pruebas concluyentes de que fueran, efectivamente, espías que fingieron desertar para quedarse en Perú, alguna historiografía, basada en los testimonios de los juicios inquisitoriales, como Lohmann, los ha tratado como tales. Sin embargo, del lado neerlandés no se ha hallado documentación concluyente de que ofrecieran testimonios a los organizadores de la Armada, como si está demostrado para los náufragos del Ciervo Volador y el tabernero dejado por Van Noort.

La expedición de Spilbergen, en cuanto a las relaciones con los indios, no mostró nada nuevo en los mismos puntos donde todas pararon: Magallanes y las islas Mocha y Santa María. Es más, en la última los indios estaban abiertamente del lado de los españoles y los apoyaron en su intento de emboscar a Spilbergen. Sin embargo, Spilbergen actuó bajo el supuesto errado pero persistente en las Provincias Unidas de que retomaría y continuaría unos supuestos tratos amistosos establecidos por las expediciones precedentes. Pero no hay nada más ajeno a la realidad, especialmente porque el lapso de quince años entre las primeras y la de Spilbergen es demasiado tiempo para pensar en un proceso continuo en el que los indios hubieran estado en pausa temporal, esperando el regreso de los neerlandeses para proseguir con una negociación tendiente a la fundación de una colonia neerlandesa en Chile. En todo caso, ante la disyuntiva de si quedarse en la isla Mocha y dejar ahí algunos de sus hombres y pertrechos para establecer un asentamiento, o enfrentarse a la Armada del Mar del Sur que había salido en su busca, Spilbergen escogió lo segundo y abandonó cualquier proyecto colonizador. Nuevamente el aislamiento, el mal clima, la ambigüedad en la actitud de los indios hacia los neerlandeses, la indisposición de su propia gente (que en buen número viajó al Perú engañada, suponiendo que iba hacia las Molucas, donde había oportunidad de hacer buenos negocios), y lo increíblemente larga que resultaba la línea de abastecimiento hasta las Provincias Unidas, jugaron en contra del proyecto colonizador. Por otro lado, hay que notar la prudencia y buen juicio de Spilbergen, pues lo más probable es que si se quedaba en la isla, hubiera sido expulsado pocos meses después por una fuerza superior combinada de españoles e indios, como le sucedió a Cordes en Chiloé en 1600. Spilbergen escogió sabiamente enfrentarse y aniquilar a la Armada del Mar del Sur, pero falló en capitalizar su triunfo pues, esta vez por exceso de prudencia, no atacó el puerto del Callao, que se hallaba prácticamente a su merced.

En México fracasó en su intento por capturar el galeón de Manila, pero cruzó el Pacífico con éxito y comandó la flota que atacó las Filipinas en 1617 con el objetivo de expulsar a los españoles del Asia. Esta vez fue derrotado, pero disuadió a los españoles de atacar los asentamientos neerlandeses de Indonesia, con lo cual ambos imperios quedaron en situación de empate geopolítico, y el Pacífico dejó de ser, en la práctica, el mare clausum español.

Pero el enorme esfuerzo neerlandés, y el clímax del proceso, desembocó nueve años después en la construcción y equipamiento de dos poderosas flotas que eran empresas de capital mixto, auspiciadas tanto por el gobierno como por particulares, la WIC y la VOC. El objetivo de la primera fue atacar Salvador de Bahía en el Brasil y el de la segunda, el Virreinato Peruano, de forma simultánea, en 1624, para atenuar al Imperio hispanoportugués (entonces en alianza y bajo la misma corona Habsburgo) en un intento quimérico por arrebatar toda Sudamérica al Imperio Español. La armada que atacó el Brasil capturó la ciudad en un día, pero la colonia duró sólo un año (Lucena 1992, 136). La segunda era la imponente Armada de Nassau, cuyo objetivo era atacar el corazón del Virreinato Peruano, traducido en dos grandes metas. La primera, capturar la Armada del Mar del Sur con todo su cargamento de plata en Arica o en la rada del Callao el 9 de mayo de 1624. Para este propósito, contaban con la fecha exacta de la salida de la armada, gracias a la red de espías del Callao (notablemente Adrián Rodríguez) y su contraparte en Europa, cuya cara visible fue Hans B. Aventroot. Y la segunda, conquistar territorio en el Virreinato para establecer una base permanente en esa parte del mundo. La primera opción, y la más obvia, era arrebatarle territorio al Imperio Español en el Sur de Chile, bajo el supuesto de que la soberanía española en esa zona era débil y estaba poco conectada tanto con Lima, la sede del Virreinato, como con la metrópoli como para recibir auxilio oportuno en caso de una invasión. Y, además, estaba la guerra permanente con los indios, que impedía que la Corona pudiera completar y perfeccionar la conquista del territorio más al Sur del río Biobío. La Armada de Nassau perdió por pocos días la oportunidad de capturar la Armada del Mar del Sur con su tesoro, y, en lugar de atacar el sur de Chile, sintiéndose lo suficientemente poderosa -y alentada por sus espías, que le aseguraron que el propio corazón del Virreinato estaba mal defendido-, cayó en el error de atacar directamente el Callao, intentar tomar el puerto y marchar hacia Lima. Dado que la información de los espías fue incompleta, por no decir errada, el plan original devino en un tedioso bloqueo del Callao que se prolongó por 98 días, entre el 9 de mayo y el 14 de agosto de 1624. Ahora el éxito de la misión dependía de que, mientras bloqueaban la rada del Callao,

recibirían el apoyo masivo de las poblaciones subalternas de esclavos, y gente negra libre del Callao.

En este episodio destaca el desconcierto de la Armada de Nassau frente al hecho de que las poblaciones subalternas que supuestamente pactarían con los neerlandeses y engrosarían sus filas, no los apoyaron para lograr sus objetivos de conquista y colonización. En efecto, el terror a los herejes implicó falta de apoyo de las poblaciones subalternas -indios, negros, mestizos y mulatos esclavos y libres-, que percibieron a los neerlandeses, autodefinidos como sus “libertadores” (tanto del yugo español como de la fe católica), como crueles piratas y, quizás, nuevos y peores conquistadores que los ya conocidos españoles, con quienes habían establecido una dinámica de convivencia. Ciertamente, los colectivos subalternos tenían sus propias agendas y razones para defenderse de los invasores y ponerse del lado de los españoles en la salvaguardia del Perú. La hipótesis es que las poblaciones subalternas del Perú no creían que ser parte del proyecto imperial neerlandés fuera una alternativa mejor al español. Pero también, tenían miedo a la reacción de las autoridades españolas, que, en cada caso analizado, tomaron medidas adecuadas, incluyendo duras represalias, para evitar que posibles simpatías por los intrusos se tornen en alianzas efectivas para permitirles conquistar el Perú o partes del Virreinato (Lohmann 1975; Mercado 1985; Bradley 2008, 2009). En efecto, aliarse con los neerlandeses (así sea temporalmente) fue una experiencia amarga para los indios chilotas y araucanos, pues el castigo español por favorecer a los enemigos fue tan severo que, en adelante, se lo pensaron dos veces antes de suscribir alianzas antiespañolas, y más bien aprendieron a jugar una hábil diplomacia con los españoles para obtener favores de la Corona a cambio de preservar la soberanía española en el extremo sur del continente. Pero la más importante de las lecciones fue para los españoles, que tomaron medidas efectivas y autoritarias para evitar que, en el futuro, los indios presten su apoyo a los neerlandeses. La violenta retaliación implicó que, en adelante, los caciques se mostraran mucho más cautos a la hora de decidir si ofrecían o no apoyo a otros europeos que no fueran españoles, pues la respuesta de estos últimos bien podía romper la frágil “estabilidad” de la región que vivía en permanente tensión por la tozuda posición indígena de mantener el statu quo de la frontera, frente a los múltiples intentos españoles por romperlo y expandir sus posesiones al sur del Biobío.

Durante el bloqueo rigió una suerte de empate técnico entre las fuerzas invasoras y las virreinales, que se tradujo en un total dominio del mar por parte de las primeras, mientras que las segundas controlaban las posiciones en tierra. La Armada esperó en vano el respaldo que

nunca llegó. Mientras la Armada languidecía por la desmoralización de su gente, la falta de agua y provisiones, las defensas de tierra se fortalecían en la misma proporción, hasta que, en julio, el virrey Guadalcázar planteó a sus asesores militares pasar de la defensiva al ataque y asaltar los barcos neerlandeses y sus tropas acantonadas en la isla de San Lorenzo. Bien informados por los prisioneros como Carstens y desertores de los problemas a bordo de la Armada, los militares le aconsejaron esperar pacientemente hasta que la desmoralización, las enfermedades, la falta de agua y provisiones empezaran a cobrar réditos en los invasores. Y, en efecto, a mediados de agosto Schapenham levantó el bloqueo y se retiró con rumbo norte teniendo siempre en mente volver hacia el sur y conquistar Chile, cosa que nunca se materializó, en último término, por la oposición de sus propias tropas y marinería. En el ínterin, la expedición originalmente concebida como de conquista, degeneró en mera piratería, y así ha pasado a la historia y ha sido leída por la historiografía tradicional. En efecto, porciones de la flota decidieron arrasar con los puertos menos defendidos de la costa tanto hacia el Norte como hacia el Sur. Atacaron Pisco y Guayaquil, donde esperaron vanamente lo mismo: que las poblaciones subalternas se vuelquen en apoyo de los “libertadores” neerlandeses.

La Armada de Nassau fue una flota pequeña comparada con las flotas de la conquista española de un siglo atrás. Es curioso que los neerlandeses hayan subestimado al Imperio Español en el Perú tanto como para imaginar que la conquista del Virreinato Peruano era posible. La conquista del Perú hubiera sido viable sólo en el caso de que hubieran existido, efectivamente, fracciones en sociedades locales y la voluntad de guerras civiles. Pero el caso es que los mapuches del sur de Chile estaban en guerra contra cualquier potencia europea que quisiera colonizarlos, sea España, las Provincias Unidas o cualquier otra. Más al sur, en el estrecho de Magallanes, los indios Yamaná tampoco se mostraron favorables a un acuerdo: el asesinato de diecisiete neerlandeses es prueba inequívoca de que no querían extranjeros en su territorio. Schapenham se horrorizó cuando concluyó que eran antropófagos, por los cadáveres que se llevaron y los que dejaron mutilados, por lo que no hubiera pactado con esos indios tan primitivos. Además, las poblaciones afro peruanas y los indios chilenos no participaron del proyecto neerlandés porque no lo veían como una vía de “salvación” o “independencia” del Imperio Español, no existían faccionalismos locales tan profundos como para no ser resueltos por los españoles mediante negociación y cooptación.

A pesar de la creencia de que “con sus socios neerlandeses, los amerindios debían liberarse de la tiranía de España y, por ende, liberar su hemisferio del control de los Habsburgo” (Schmidt

1999, 445), fue grande su decepción al comprobar que las clases subalternas jamás mostraron intenciones de apoyarlos, y más bien fueron universalmente vistos como invasores crueles e indeseables herejes tanto por las clases dominantes del Perú como por los indios y negros. Podríamos decir que había un consenso social a este respecto. Además de la desconfianza y el recelo que despertaron los neerlandeses en estas poblaciones, están las medidas tomadas por el gobierno virreinal para evitar el contacto con los invasores y el factor religioso. En efecto, por un lado, los misioneros adoctrinaron tan bien en la fe católica a los mestizos y negros del Virreinato, que estos verdaderamente aborrecían a los herejes protestantes, con quienes jamás se alearían contra el catolicismo. Mientras que el virrey, bien enterado de la intención neerlandesa de pactar con las poblaciones subalternas del Virreinato contra los españoles, durante el bloqueo reclutó a los negros y mulatos libres del Callao y Lima, con quienes formó milicias para la defensa de la ciudad y el puerto, además de que las usó para tener bajo control al resto de poblaciones subalternas y evitar su contacto con los invasores neerlandeses.

Por otro lado, las declaraciones de dos griegos, Carstens y otros desertores, resultaron mucho más valiosas y prácticas para los defensores, pues revelaron que los invasores atravesaban una grave situación aquejados de enfermedades y desmoralizados por falta de agua y provisiones. Esta información fue la que finalmente permitió al virrey Guadalcázar ganarles la partida. En efecto, resulta irónico que los prófugos y reos proporcionaran información más certera al virrey que la que los que los espías pudieron filtrar a la Armada de Nassau. En el último momento, los desertores fueron mejores “espías” para los españoles que los que, plantados con tanto cuidado en Perú desde 1600, sirvieron a las expediciones neerlandesas.

Para cerrar el ciclo de las expediciones neerlandesas al Pacífico en el contexto bélico, está la expedición de Brouwer y Herckmans, que logró conquistar por unos pocos meses Valdivia. A pesar de los buenos auspicios, y de que la armada zarpó del Brasil, reduciendo considerablemente la línea de abastecimiento con respecto a las anteriores expediciones, finalmente resultó un fracaso. En efecto, el 28 de octubre de 1643 el capitán Elías Herckmans -y lo que quedaba de la flota que zarpó de Pernambuco el 15 de enero pasado al mando del capitán Jacob Brouwer-, abandonaron Valdivia y, con ello, todo intento de establecer una colonia neerlandesa en el Pacífico americano. Herckmans ancló en Pernambuco dos meses después, donde lo recibieron con sorpresa, pues dos navíos se aprestaban a abandonar el puerto: uno hacia Valdivia con refuerzos y otro a informar en las Provincias Unidas la buena nueva de que la WIC logró establecer una base comercial en Chile (Mercado 1985, 89). Apenas cinco años después, el 24 de octubre de 1648, se firmó el conjunto de tratados

conocidos como Paz de Westfalia, en los que el Imperio Español no tuvo más remedio que reconocer definitivamente la independencia de las Provincias Unidas. A cabo de once años, el 28 de enero de 1654, los neerlandeses capitularon en Recife y devolvieron su último bastión en el Brasil al Imperio Portugués, terminando así con el sueño de una gran colonia neerlandesa en América del Sur, del cual solo quedaron Surinam y las pequeñas (pero prósperas) Antillas Neerlandesas, que hoy son estados libres, pero mantienen un estatuto de asociados de las Provincias Unidas.

Finalmente, este trabajo se ha dedicado al estudio de la particular labor del Santo Oficio como fiscal, es decir más allá de la extirpación de la herejía y cuidado de la moral pública, centrado en la persecución de delitos políticos como la conspiración, la traición, el espionaje y la piratería, otra importante función de este tribunal, especialmente durante la guerra de Ochenta Años y los consecuentes y reiterados intentos de las Provincias Unidas por establecer colonias, o simplemente conquistar, el Virreinato Peruano. La Inquisición sabía e investigó eficientemente el hecho de que información sensible y de interés para llevar con éxito la guerra europea entre neerlandeses y españoles al Perú llegó, efectivamente, desde Perú hasta las Provincias Unidas, a través de complejas redes de comunicación que incluyeron las relaciones de comercio entre judaizantes portugueses establecidos en Lima (y otras partes del virreinato) y amigos, parientes y socios comerciales en Europa.

Comenzando por los juicios seguidos a los desertores de Spilbergen, se demuestra la labor del Santo Oficio para procesar extranjeros sospechosos de espiar. Bradley señala con acierto que “los documentos parecen indicar una serie de fases de mayor preocupación”: notablemente la segunda década del siglo XVII tras las primeras incursiones neerlandesas de principios de siglo en Chile, a partir de 1635, cuando se ponen en práctica medidas contra franceses, y con la célebre Gran Complicidad, donde uno de los asuntos que indagó la Inquisición fue la complicidad de los judaizantes portugueses que, a través de sus redes comerciales y familiares con Europa, servían de espías para facilitar información para la guerra a las potencias enemigas de España, notablemente las Provincias Unidas (Bradley 2001; 658). La documentación oficial de investigaciones y procesos criminales e inquisitoriales, generada en esos momentos, demuestra que la red de espías fue una realidad y no una invención paranoica de las autoridades virreinales. En efecto, no fueron simples chivos expiatorios ajusticiados para calmar los temores de la gente, como señala una parte de la historiografía que se ha ocupado del tema (Armas 1997, 380).

Prueba del trabajo de la Inquisición está en los apartados dedicados a los procesos en contra de espías como Adrián Rodríguez, piratas como Pieter Jan, e informantes judaizantes portugueses relacionados con las Provincias Unidas, sus compañías y las expediciones que organizaban al Pacífico. A lo largo del trabajo, se analizaron varios juicios se realizaban sobre la base de acusaciones que permitían establecer con cierta certeza, gracias a investigaciones previas a la detención, la culpabilidad del imputado. Generalmente sólo mencionan los temas relacionados con la heterodoxia de la fe católica del reo y poco -o nada en la mayoría de casos-, al “delito político” de atentar contra los intereses de España, traducido en la relación y complicidad con las compañías auspiciantes de las expediciones neerlandesas al Pacífico, de las que los judaizantes peruanos eran informantes a través de sus redes de comercio, mientras que sus congéneres europeos las financiaban. En unos pocos casos, los juicios mencionan la relación de algún procesado con Francia y las Provincias Unidas, reinos en donde se criaron y tenían contactos o familia, aunque este tipo de información es tangencial a los crímenes de herejía, que conformaban el meollo de los procesos. Pero, como se ha visto, hay algunos casos que sirven para ilustrar el interés de los judaizantes americanos por relacionarse con las compañías neerlandesas.

Las evidencias documentales prueban que, más allá de los franceses, ingleses y flamencos - algunos de ellos abiertamente piratas-, que en más de una ocasión levantaron sospechas de espionaje, muchas confirmadas durante los procesos, los judaizantes de origen portugués fueron quienes estuvieron más frecuentemente en la mira de la Inquisición. La información sobreviviente de los procesos es incompleta, pero permite comprender la existencia de permanente tensión entre los portugueses de origen judío y el Santo Oficio, prácticamente desde su establecimiento en 1569-1571. En efecto, los jueces sabían que las grandes comunidades sefarditas de ciudades como Ámsterdam tenían lazos comerciales con los portugueses de origen judío que migraron a América y establecieron congregaciones en Lima y el Callao, entre otras ciudades. Y estaban conscientes de que, bajo una apariencia inofensiva, el tráfico comercial facilitaba el intercambio de información sensible -o espionaje-, que alimentó los conocimientos necesarios para que las compañías neerlandesas organicen las expediciones que incursionaron en el Pacífico entre 1600 y 1643. Desde correspondencia del tribunal, pasando por documentación de fuentes públicas externas a la Inquisición, queda claro que la posibilidad de una invasión neerlandesa preocupaba tanto a las autoridades religiosas como a las seculares (Schaposchnik 2015, 39-40).

En cuanto a los procesos contra Adrián Rodríguez, es notable el hecho de que, habiendo sido condenado a muerte por la justicia criminal, luego fuera requerido por el Santo Oficio para ser investigado y procesado, tanto por hereje como por espía y traidor. Este episodio ejemplifica que la Inquisición limeña tuvo, entre otros atributos y funciones (en especial durante la primera mitad del siglo XVII), el cuidar la soberanía del Virreinato Peruano frente a la amenaza que suponían los espías establecidos en Perú para pasar información de inteligencia estratégica a las Provincias Unidas, la más notable potencia emergente rival de España del momento.

En los aproximadamente doscientos años de funcionamiento del Tribunal Limeño, hubo 32 personas quemadas en la hoguera, once de ellas luego de un solo auto: el de 1639, equivalentes al 33 % del total⁹³ (Schaposchnik 2015). En este caso, todos los ajusticiados lo fueron por judaizantes. Esto refleja el hecho señalado de que, de la totalidad de extranjeros procesados en Lima, la gran mayoría fueron criptojudíos portugueses. Pero al examinar los expedientes, aparecen esporádicas acusaciones y testimonios que señalan vínculos personales con las Provincias Unidas y Francia. Y, aunque generalmente no consta de forma explícita, en varios casos subyace la sospecha del delito político de traición, sugiriendo que además de herejes, actuaban como informantes o tenían alguna relación con las incursiones neerlandesas y sus piraterías. En la práctica fueron procesados por ambos delitos, pero formalmente sólo sancionados por herejía.

El auto de 1639 resolvió de forma jurídica y simbólica el tema de la gran complicidad de los judíos infiltrados en el muy católico Virreinato Peruano. Pero, más allá del aspecto religioso, para los propósitos de este trabajo interesa el papel del Santo Oficio como garante de la soberanía imperial y el despliegue de poder para develar, dismantelar y destruir redes de espías, a la vez que sentar un ejemplo y advertencia para los conspiradores que buscaban perturbar y amenazar la soberanía española en Perú. El auto de 1639 constituye el clímax del poderío y la grandeza del Santo Oficio en Lima que, si bien existió por casi dos siglos más, sufrió desde 1640 una lenta e inexorable decadencia. Con respecto a todos los demás autos practicados hasta la extinción del Tribunal en 1820, el de 1639 tiene dos características por las que se lo puede señalar como el más relevante. En primer lugar, el enorme número de procesados, en los que supera a todos los otros con creces. Y en segundo su relevancia

⁹³ A este respecto es notable que, aparte de los relajados, la mayoría -más de un centenar-, fueron reconciliados con la fe católica y liberados, beneficiándose de la indulgencia del tribunal, que actuó de forma mucho menos severa de lo esperado, considerando los daños ocasionados por los corsarios neerlandeses con quienes los criptojudíos habrían tenido complicidad.

política, al descubrirse en las investigaciones las relaciones sospechosas, por decir lo menos, que mantenían muchos de los judaizantes penitenciados con amigos y familiares en las Provincias Unidas y Francia, a través de sus redes comerciales. De hecho, un buen número fue señalado como “viajante”, es decir viajero comercial de una trama que se extendía por Lima, México, Cartagena y llegaba hasta Ámsterdam, donde se decía que mantenían contactos con las compañías comerciales holandesas, principales promotoras de las expediciones corsarias al Pacífico, al Caribe y al Brasil en el marco de la guerra de Ochenta Años. Durante estos juicios, los inquisidores reportaron a Madrid su certeza de que los criptojudíos peruanos estaban en contacto con sus pares de Ámsterdam. Esto llevó a mayores especulaciones e investigaciones en la península, para tratar de descubrir si también en la vieja España los cristianos nuevos portugueses mantenían conexiones semejantes.

Todo el proceso puede verse como una respuesta política a cuatro décadas de incursiones neerlandesas al Virreinato Peruano, alimentadas por la información proporcionada por una compleja red de espías que incluían, presumiblemente, a los criptojudíos portugueses de Lima. Y también como vindicta pública y demostración de la fuerza, grandeza y poder del Imperio Español frente a sus enemigos. En este sentido, el cruento caso marcó el punto culminante en la pugna entre imperios, en la que España realizó dos cosas en el Perú: reafirmar su soberanía y hacer explícito el triunfo simbólico de su poder sobre sus enemigos judaizantes y neerlandeses, empeñados durante la primera mitad del siglo XVII en separar el Virreinato del Imperio Español, o por lo menos arrebatarse algún territorio.

Ciertamente, el Tribunal fue perdiendo influencia y, en consecuencia, los once autos de fe que se celebraron hasta su extinción en 1820 -siempre con presencia de judaizantes portugueses entre los reos, aunque cada vez menor-, tuvieron menos lustre e importancia. Antes de la firma de la Paz de Westfalia que puso fin a la guerra y, por ende, a las expediciones de neerlandeses en el Pacífico y actividades de espionaje que las inteligenciaban, se produjo el auto del 17 de noviembre de 1641, que fue un autillo, el décimo cuarto con dieciséis penitenciados, de los que catorce eran judaizantes de origen portugués, por lo que, ajusticiando a los últimos criptojudíos que quedaron libres del proceso de 1635-1639, es el que cierra definitivamente el ciclo de la Complicidad. Coincidiendo con el fin de los afanes conquistadores neerlandeses en el Perú⁹⁴, la actividad del Tribunal Limeño decayó de forma sustancial, de forma que, en carta al Consejo del 11 de octubre de 1648, Juan de

⁹⁴ Los piratas no regresarían al Pacífico sino en 1680, con un viaje comercial y exploratorio en el medio, que no puede calificarse de pirático, realizado por John Narborough en 1669-1670 (Bradley 2008, 87).

Izaguirre, secretario del tribunal, reportó que quedaba en las cárceles inquisitoriales sólo un reo: Manuel Henríquez, que permaneció preso hasta su ejecución luego del siguiente auto de fe (el décimo quinto), dieciséis años después: el 23 de enero de 1664.

Referencias

- Amich, Julián. (1956) 1991. *Diccionario Marítimo*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Andrade, Tonio. 2011. *Lost Colony: The Untold Story of China's First Great Victory over the West*. Princeton: Princeton University Press.
- Andrade, Tonio, y Xing Hang. 2016. *Sea Rovers, Silver, and Samurai Maritime East Asia in Global History, 1550–1700*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Andrien, Kenneth. 2011. *Crisis y decadencia: el Virreinato del Perú en el siglo XVII*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú.
- Anónimo. 1625a. *Casos notables, sucedidos en las costas de la ciudad de Lima*.
- 1625b. *Insigne victoria que el señor marqués de Guadalcázar, virrey en el reino del Perú ha alcanzado en los puertos de Lima y Callao contra una armada poderosa de Holanda despachada por orden del conde Mauricio. Dase cuenta de cómo el enemigo llevaba intento de coger la plata de Su Majestad y el desastrado fin que tuvo por mano de los españoles. Avísase también de una declaración que hizo un soldado del enemigo, francés de nación y en su profesión católico, llamado Juan de Bulas, que huyó de su ejército ante el señor virrey, a ocho de enero de este año de 1625*. Lima.
- 1923. “Narración histórica del viaje ejecutado del este del estrecho de Le Maire a las costas de Chile, al mando de Su Excelencia el general Enrique Brouwer, en los años 1642 y 1643”. En *Colección de Historiadores de Chile Tomo XLV* de José Toribio Medina. Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana.
- 1626. *A true relation of the fleete which went vnder the Admirall Jaquis Le Hermite through the Straights of Magellane towards the coasts of Peru, and the towne of Lima in the West-Indies: with a letter, containing the present state of Castile in Peru*. Londres: Mercurius Britannicus.
- Armas, Fernando. 1997. “Herejes, marginales e infectos: Extranjeros y mentalidad excluyente en la sociedad colonial (siglos XVI y XVII)”. *Revista Andina* 15 (2): 355-386.
- Báez-Camargo, Gonzalo. 1960. *Protestantes enjuiciados por la Inquisición en Iberoamérica*. Ciudad de México: Casa Unida de Publicaciones.
- Baraibar, Álvaro. 2013. “Chile como un Flandes Indiano en las crónicas de los siglos XVI y XVII”. *Revista Chilena de Literatura* 85: 157-177.
- Barrenveld, Dirk Jan. 2001. *The Dutch Discovery of Japan*. Lincoln: Writers Club Press.
- Barros Arana, Diego. 1885. *Historia General de Chile tomo IV*. Santiago de Chile: Imprenta Jover.
- 1999. *Historia general de Chile tomo III*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Benmergui, Alicia. 2023. “Curazao y su vieja memoria sefaradí”. *Esefarad*.
<https://esefarad.com/curazao-y-su-vieja-memoria-sefaradi-por-alicia-benmergui/>
- Berguño, Jorge. 1991. “Un enigma de la historia antártica: El descubrimiento de las islas Shetland del Sur”. *Revista Española del Pacífico* 1 (1): 129-159.
- Berrueta, Julen. 2019. “España y Holanda: dos países separados por la guerra y unidos por el arte”. *El Español*, 25 de junio.

https://www.elespanol.com/cultura/arte/20190625/espana-holanda-paises-separados-guerra-unidos-arte/408709822_0.html

- Bloch, Marc. 1952. *Introducción a la Historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Böhm, Günter. 1984. *Historia de los judíos en Chile vol. I*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Boorstin, Daniel. (1983) 2000. *Los descubridores* Barcelona: Crítica.
- Borschberg, Peter. 2015. *Hugo Grotius, the Portuguese, and Free Trade in the East Indies* Ciudad de Singapur: NUS Press.
- Boxer, Charles Ralph. 1977. *The Dutch Seaborne Empire*. Londres: Penguin Random House.
- 1988. *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800*. Londres: Pelikan Books.
- Bradley, Peter. 1989. *The Lure of Peru. Maritime intrusion into the South Sea (1598-1701)*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- 1992. *Navegantes Británicos*. Madrid: MAPFRE.
- 2001. “El Perú y el mundo exterior. Extranjeros, enemigos y herejes”. *Revista de Indias* 41 (223): 651-617.
- 2008. *Pirates on the coasts of Peru, 1598–1701*. Londres: Lulu Enterprises.
- 2009. *Spain and the Defense of Peru (1579-1700) Royal Reluctance and Colonial Self Reliance*. Nueva York: Lulu Enterprises.
- Burney, James. 1803. *A chronological history of the voyages and discoveries in the South Sea or Pacific Ocean, to the year 1723, including the history of the buccaneers of America*. Londres: Luke Hansard & Sons.
- 1806. *History of the voyages and discoveries in the South Sea or Pacific Ocean volume II*. Londres: Luke Hansard & Sons.
- 1813. *A Chronological History of the Voyages and Discoveries in the South Sea of Pacific Ocean, Part III, from the year 1620 to the year 1688*. Londres: Luke Hansard & Sons.
- Callander, John, ed. 1768. *Terra Australis Cognita, or Voyages to the Terra Australis, or Southern Hemisphere, during the sixteenth, seventeenth, and eighteenth centuries*. Edimburgo: Alexander Donaldson.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. 2008. *Católicos y puritanos en la colonización de América*. Madrid: Fundación Jorge Juan y Marcial Pons / Ediciones de Historia.
- 2019. “The Pirate as Conquistador: Plunder and Center-Periphery Politics in the Making of the British Empire”. *Medium*, 25 de abril.
<https://jorgecanizaresesguerra.medium.com/the-pirate-as-conquistador-plunder-and-center-periphery-politics-in-the-making-of-the-british-933ef02c5b69>
- Carcelén Reluz, Carlos Guillermo. 2009. “Espionaje, guerra y competencia mercantil en el siglo XVII. El judío portugués Pedro de León Portocarrero, autor de la Descripción del Virreinato del Perú”. *Investigaciones Sociales* 13 (22): 101-116.
- Cioranescu, Alejandro. 1974. “Un visionario en la hoguera. La vida y obras de Juan Bartolomé Avontroot”. *Anuario de Estudios Atlánticos* 20: 543-609.
- Clayton, Lawrence. 1973. “Guayaquil y la defensa de la hegemonía española en el Pacífico oriental durante los siglos XVI y XVII”. *Revista del Archivo Histórico del Guayas* 4.

- 1974. “Local initiative and finance in defense of the Viceroyalty of Peru: the development of self-reliance”. *Hispanic American Historical Review* 54 (2): 284-304.
- 1978. *Los astilleros de Guayaquil colonial*. Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas.
- Clulow, Adam. 2014. *The company and the shogun: The Dutch encounter with Tokugawa Japan*. New York: Columbia University Press.
- Constitución Democrática de la Nación Española. 1869. Madrid, 6 de junio.
https://www.congreso.es/constitucion/ficheros/historicas/cons_1869.pdf
- Cordingly, David. 1995. *Life among the pirates. The romance and the reality*. Londres: Little, Brown and Company.
- Dagnino, Vicente. 1909. “El corregimiento de Arica 1535-1784”. Archivo Memoria Chilena.
<https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8563.html>
- Earle, Peter. 2006. *The pirate wars*. Nueva York: St. Martin’s Griffin.
- 2007. *The Sack of Panama*. Nueva York: St. Martin’s Griffin.
- Errázuriz, Crescente. 1882. *Seis años en la historia de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Escobar, Ricardo. 2002. “Los criptojudíos de Cartagena de Indias: un eslabón en la diáspora conversa (1639-1649)”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 29: 1-27.
- Fayanás, Edmundo. 2016. “Holanda, la maravilla del agua y la tierra”. *Nueva Tribuna*, 29 de noviembre. <https://www.nuevatribuna.es/articulo/mundo/holanda-maravilla-agua-y-tierra/20161123194043134102.html>
- Flores Guzmán, Ramiro. 2005. “El enemigo frente a las costas. Temores y reacciones frente a la amenaza pirata, 1570-1720”. En *El miedo en el Perú, siglos XVI a XX*, editado por Claudia Rosas Lauro 33-50. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos.
- Gallez, Pablo. 1974. “La expedición de Le Maire y Schouten en las costas patagónicas (1615-1616)”. En *Segundo congreso de historia argentina y regional*, tomo II. Buenos Aires: Academia Nacional de Historia.
- 2007. “El informe de Schapenham. El documento más antiguo sobre los Yámanas”.
www.folkloretradiciones.com.ar
- García-Molina Riquelme, Antonio. 1999. *El régimen de penas y penitencias en el Tribunal de la Inquisición de México*. Ciudad de México: UNAM / Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Gerhard, Peter. 1990. *Pirates of the Pacific 1575-1742*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- Geyl, Pieter. 1980. *The revolt of the Netherlands 1555-1609*. Londres: Ernest Benn Limited.
- Gómez Cañas, Santiago. 2022. “Segunda batalla de Playa Honda. 15 de abril de 1617”. *Todo a babor*, 20 de enero. <https://www.todoababor.es/historia/segunda-batalla-de-playa-honda-15-de-abril-de-1617/>
- Gómez Rivas, León. 2005. “Economía y guerra. El pensamiento económico y jurídico desde Vitoria a Grocio (y después)”. *Studia Historica. Historia Moderna* 27: 135-159.

- González de la Vega, Gerardo. 2013. *Mar Brava. Historias de corsarios, piratas y negreros españoles*. Madrid: Miraguano.
- González Suárez, Federico. 1893. *Historia general de la República del Ecuador tomo IV*. Quito: Imprenta del Clero.
- 1931. *Historia general de la República del Ecuador tomo IV*. Quito: Daniel Cadena.
- Goslinga, Cornelio. (1983) 2017. *Los holandeses en el Caribe 1580-1680*. La Habana: Casa de las Américas.
- Guarda, Gabriel. 1953. *Historia de Valdivia 1552–1952*. Santiago de Chile: Editorial Cultura.
- Hanna, Mark. 2015. *Pirate Nests and the Rise of the British Empire, 1570-1740*. Williamsburg: The University of North Carolina Press.
- Hausberger, Bernd, y Erika Pani. 2018. “Dossier Historia Global. Presentación”. *Historia Mexicana* 68 (1): 177-196.
- Herzog, Tamar. 2006. *Vecinos y extranjeros. Hacerse español en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hojman, David. 2011. “The Dutch invasion of colonial Chiloe and early Chilean exceptionalism: A critical juncture and counterfactuals approach”. En *Primer Congreso chileno de historia económica*. Santiago de Chile: Universidad Andrés Bello.
- Ijzerman, Jan Willem. 1915. *Dirck Gerritsz Pomp alias Dirck Gerritsz China, de eerste Nederlander die China en Japan bezocht (1544-1604) zijn reins naar en verblijf in Zuid-Amerika*. Den Haag: Martinus Nijhoff.
- Klooster, Wim, y Gert Oostindie. 2018. *Realm Between Empires*. Nueva York: Cornell University Press.
- Lane, Kris. 1999. *Blood and Silver*. Oxford: Signal Books.
- Lewin, Boleslao, ed. 1958. *Descripción del Virreinato del Perú, crónica inédita de comienzos del siglo XVII*. Rosario: Universidad del Litoral.
- Lohmann, Guillermo. 1964. *Las defensas militares de Lima y Callao*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- 1975. *Historia Marítima del Perú, siglos XVII y XVIII tomo IV*. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.
- Lucena, Manuel. 1992. *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Madrid: Mapfre.
- Lunsford, Virginia. 2004. *Pirates and Privateers of the Golden Age Netherlands*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Medina, José Toribio. 1923. *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XLV Los holandeses en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- 1952. *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- 1962. “Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y Guillermo Cornelio Schouten (1619)”. En *Viajes relativos a Chile*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

- 1962. “Relación de un viaje a la costa de Chile realizado por orden de la Compañía de las Indias Occidentales, en los años 1642 y 1643 al mando del señor Hendrick Brouwer”. En *Viajes relativos a Chile*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- Mercado Martinic, Roberto. 1985. “Incursiones de corsarios holandeses en las costas de Chile y del Virreinato del Perú desde 1598 a 1643”. Tesis, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Montañez-Sanabria, Elizabeth. 2014. “Challenging the Pacific Spanish Empire: Pirates in the Viceroyalty of Peru, 1570-1750”. Tesis, Universidad de California.
- Morla, Carlos. 1903. *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra de Fuego*. Leipzig: F. A. Brockhaus.
- Murray, Rothbard. 2000. *Historia del pensamiento económico en una perspectiva austriaca* vol. 2. Madrid: Unión Editorial.
- Museo de la Santa Inquisición. 2024. “Museo de la Santa Inquisición”. <https://sites.google.com/site/santainquisiciondaniela/la-pena-de-relajacion>
- Musquiz de Miguel, José Luis. 1945. *El conde de Chinchón, virrey del Perú*. Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Oostinde, Gert. 2014. *El Caribe holandés. El colonialismo y sus legados transatlánticos*. La Habana: Editorial José Martí.
- Ordóñez Chiriboga, Ricardo. 2005. *La herencia sefardita en la provincia de Loja*. Quito: CCE.
- Ortegal Izquierdo, Alexander, y Carlos Carcelén Reluz. 2000. *Control espiritual y bienes temporales. Manuscritos del Tribunal de la Inquisición de Lima, Siglos XVI–XIX. Catálogo de la Serie Contenciosa, Tomo I: 1571–1699*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Ortiz Canseco, Marta. 2016. “Algunos apuntes sobre el Auto de la fe celebrado en Lima a 23 de enero de 1639, de Fernando de Montesinos”. En *Fernando de Montesinos, Auto de Fe, celebrado en Lima a 23 de enero de 1639*, coordinado por Esperanza López Parada y Marta Ortiz Canseco. Madrid: Iberoamericana.
- Ortiz Sotelo, Jorge. 2008. “Las guerras anglo-holandesas: dos poderes marítimos en lucha por el predominio”. *Revista de Marina*: 78-97.
- Palma, Ricardo. 1893. *Tradiciones peruanas*. Barcelona: Montaner y Simón.
- Phelan, John Leddy. (1967) 1995. *El Reino de Quito en el siglo XVII la política burocrática en el imperio español*. Quito: BCE.
- Ramos Pérez, Demetrio. 1980. “La indagatoria sobre los planes ingleses para la futura guerra en América y el parecer de Jorge Juan, en 1750”. *Historia* 15.
- Rivanera Carlés, Federico. 1994. *Judíos conversos ¿víctimas o victimarios de España?* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rosales, Diego de. (1674) 1877. *Historia general del reino de Chile volumen II*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- Ruiz Martínez, Herlinda. 2011. “Corsarios franceses juzgados como herejes luteranos por la Inquisición en Iberoamérica, 1560-1574”. Tesis de maestría, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

- Schaposchnik, Ana. 2015. *The Lima Inquisition. The plight of crypto-jews in Seventeenth Century Peru*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Schmidt, Benjamín. 1999. "Exotic Allies: The Dutch-Chilean Encounter and the (Failed) Conquest of America". *Renaissance Quarterly* 52 (2): 440-473.
- Sluiter, Engel. 1937. "The Dutch on the Pacific Coast of America, 1598-1621". Tesis doctoral, University of Berkeley.
- 1944. "The word pechelingue: its derivation and meaning". *Hispanic American Historical Review* 24 (4): 683-698.
- Schama, Simon. 1988. *The Embarrassment of Riches*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Todo Avante. 2021. "Historia naval de España". https://todoavante.es/index.php?title=1618-1619_-_Galeon_de_Manila
- Sixirei, Carlos. 2019. *Plaza del Mundo. Historia Informal del Brasil*. Madrid: Verbum.
- Schurz, William. 1939. *The Manila Galleon*. Nueva York: E. P. Dutton.
- Suardo, Juan Antonio. 1936. *Diario de Lima, 1629-1639*. Lima: Instituto de Investigaciones Históricas.
- Sullón-Barreto, Gleydi. 2016. "Estrategias de integración de los extranjeros en la sociedad colonial limeña, 1590-1630. Un aporte para el conocimiento de la sociedad virreinal". Tesis de maestría, Universidad de Piura.
- Swart, Fred. 2007. "The Circumnavigation of the Globe by Pieter Esaiasz. de Lint 1598-1603". *The Journal of the Hakluyt Society*. <https://coilink.org/20.500.12592/rrp59k>
- Torre, José Ignacio de la. 2014. *Breve historia de la Inquisición*. Madrid: Ediciones Nowtilus.
- Valladares, Rafael. 2021. "Compañía Holandesa de las Indias Occidentales". <https://www.enciclonet.com/articulo/compannia-holandesa-de-las-indias-occidentales/>
- Villiers, Jacob, ed. 1906. *The East and West Indian Mirror. Being an Account of Joris Van Speilbergen's Voyage Round the World (1614-1617)*. Londres: Hakluyt Society.
- Wallerstein, Immanuel. 1984. *El moderno sistema mundial vol. II: el mercantilismo y la consolidación de la economía mundo europea 1600-1750*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Weller, Thomas. 2016. "Fronteras fluidas: Los Países Bajos, la Hansa y el embargo general de 1586-1587". *E-Spania: Revue Électronique d'Études Hispaniques Médiévales* 24. <https://doi.org/10.4000/e-spania.25760>
- Weststeijn, Arthur. 2019. "Protestant Prophecy and Spiritual Conquest between Spanish America and the Dutch Republic: The Case of Joan Aventroot". *Rivista Storica Italiana* 134 (3).
- Wieder, Frederik Casparus. 1923. *De reis van Mahu en De Cordes door de Straat van Magalhaes naar Zuid-Amerika en Japan 1598-1600*. Den Haag: Martinus Nijhoff.
- Woodward, Colin. 2007. *The Republic of Pirates*. Orlando: Harcourt.
- Wreck Site. 2024. "Hoop (+1600)". <https://www.wrecksite.eu/wreck.aspx?182297>
- Zaragoza, Justo, y José María Sánchez Molledo, ed. (1883) 2005. *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española desde el siglo XVI al XVIII deducidas de las obras de D. Dionisio de Alcedo y Herrera*. Madrid: Renacimiento.

Archivo Histórico Nacional de España / Madrid (ANH)

ANH/Inquisición 1646 7

ANH/Inquisición 1647 7

ANH/Inquisición L.1030

Archivo General de Indias / Sevilla (AGI)

AGI Contratación 167 7

AGI Lima 34

AGI Panamá 17 R.8 N.157